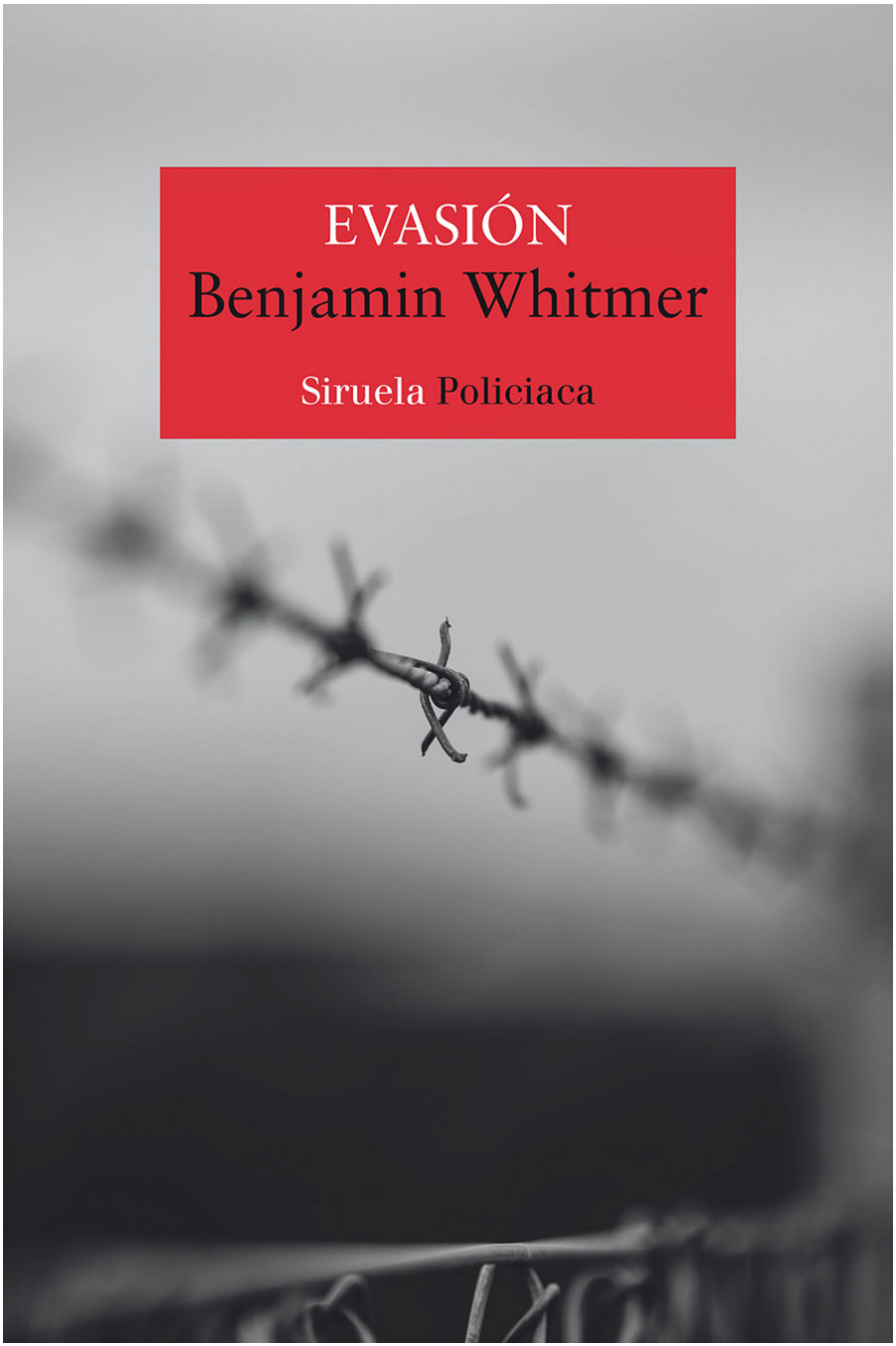
EVASIÓN
Benjamin Whitmer
Siruela Policiaca

Benjamin Whitmer

EVASIÓN

Traducción del inglés
de Virginia Maza

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Título original: Old Lonesome

En cubierta: fotografía de © Markus Spiske/Unsplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© *Éditions Gallmeister, 2018*

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-83-6

Para Ward Churchill, 1968

Las prisiones existen para ocultar la lacra que es todo lo social en su banal omnipresencia, reduciéndolo a lo estrictamente carcelario.

JEAN BAUDRILLARD

Es curioso. Todos los que han pasado por la cárcel coinciden en una cosa: ya han cumplido su condena. A los demás, en cambio, aún les espera la suya.

MERLE HAGGARD

1

El preso

Alguien se ha cagado encima. Mopar Horn no sabe si ha sido un carcelero o un preso, pero el salón de la casa apesta tanto a mierda que se le saltan las lágrimas. Mopar se las enjuga. Está en cuclillas, apretado contra un piano de pared y agarrado a una pata cabriolé mientras el mundo trata de desaparecer bajo sus pies.

—Cálmate de una puta vez y lo aflojamos —dice Mitch Howard desde la puerta. Sigue con la gorra de uniforme que se puso para que los guardias de las torres no vieran que es negro. Le queda pequeña y le baila sobre la coronilla cuando habla.

—¿Qué? —responde Mopar—. ¿Qué coño has dicho?

Con la carrera, a Howard se le han torcido las gafas de montura metálica. Se las coloca sobre la nariz con un dedo índice tan gordo como el brazo de un bebé. Se pasa el día levantando pesas.

—Se lo digo a esos.

Esos son los tres carceleros que hay arrodillados sobre la alfombra roja del salón. Tienen las manos esposadas a la espalda y la cara a punto de reventar como un tomate maduro. Dos han llegado a la conclusión de que lo mejor es no moverse y poner toda su atención en respirar, pero el rubio se ha llevado las esposas hasta el tacón de las botas con punta de acero y forcejea. El aire le sale en gañidos desgarrados a través del hilo de cobre que lo estrangula y la espalda se le hincha bajo la camisa, por las muñecas chorrea sangre que desaparece en la alfombra.

Sangre roja, canapé rojo, butacas rojas, cortinas rojas, una lámpara de mesa con la tulipa roja. Hasta las lucecillas del árbol de Navidad son rojas. Mopar se seca la frente con la manga de la camisa de uniforme y parpadea para aclararse la vista, pero no se va el puto rojo. También se oye algo. Un sonido rojo. Un gorgoteo o un latido, como si bombeara sangre. ¿De dónde coño sale? Mopar se agarra el nudo de la corbata, tira hacia abajo, luego hacia arriba y se la saca por la cabeza. La lanza contra la pared.

—¿Dónde se han metido todos? —dice—. ¿Dónde están?

Nadie responde. La anciana está hecha un ovillo en el canapé, el pelo desteñido lo lleva recogido en la nuca, igual que si le hubieran incrustado un pedazo de madera en el cráneo con un clavo de carpintero. Los otros dos presos, Wesley Warrington y Bad News

Dixon, están despatarrados en unas sillas. No había uniformes para todos, así que siguen con los tejanos y las chaquetas azules de prisioneros.

Y allí no hay nadie más. En cambio, por el portón norte escaparon doce cuando menos. Mopar lo recuerda.

—¿Dónde están los demás cabrones?

—Se han largado por su cuenta —dice Howard—. Solo quedamos tú y yo, Warrington y Bad News. Ese era el plan.

—No lo recuerdo. ¿Qué plan ni qué niño muerto?

—El plan es mío —dice Howard—. No te estrujes la mollera, que bastante tienes ya.

—Hay que joderse. —A Mopar se le abotagan los sesos y tiene que respirar por la boca. Su cráneo es una olla a presión que amenaza con explotar—. ¿Ya han dado la alarma? No oigo la sirena.

—Tú tranquilo, campeón —dice Howard—. Céntrate en la respiración.

Al oírlo, Mopar tiene la tentación de vaciarle la escopeta que fabricaron en la cárcel. Si me tratas como a un tarado, pintaré las paredes de rojo. Más rojo. Sigue con ese sonido en el oído, el gorgoteo. Es como si la sangre bombeara en las paredes que tiene alrededor. Tú respira.

Al otro lado de la ventana, las montañas despuntan grises y cubiertas de maleza entre la nieve, y el sol es como un farolillo que se escondiera entre las cumbres. Mopar lo mira. Trata de calmarse. Respira, bodoque. Es la primera puesta de sol que ves en diez años. Tú respira.

El carcelero rubio sigue forcejeando con las esposas. Tiene el pelo como la pelusilla de un recién nacido y le asoma por debajo el rosa del cuero cabelludo. De pronto parece que los ojos se le van a salir de las órbitas y el izquierdo se llena de sangre, le han estallado los capilares. Cae de bruces y empieza a retorcerse como un ciempiés sobre un fogón.

—Suéltales un poco el cuello —le dice Howard a Mopar—. Afloja a esos paletos antes de que la palme alguno.

Le habla como si fuera un mocoso. Aunque hubiera podido, Mopar no habría movido ni un dedo. Que se jodan los carceleros.

—Ya voy yo.

Bad News se levanta de la silla. Prepararon los garrotes en el taller de la prisión, con alambre de cobre y un palo para darle vueltas. Bad News levanta al carcelero rubio por el palo que tiene en la nuca; el cable se le hunde en la carne del cuello y corre sangre. Se le está amoratando la cara y entre los labios asoma la lengua hinchada. Bad News lo levanta y lo pone otra vez de rodillas, pero no suelta el palo.

—Vamos, hazlo —le dice Howard—. No vamos a matar todavía a esos palurdos.

—No se perdería gran cosa —dice Bad News. Es joven y ansioso, y tiene cara de estar al borde del retraso. Esos ojos saltones son todo pupilas. Dice que se jodió la cabeza con el LSD. Dice que, si consumes bastante LSD, te dan el carné de loco. Dice que tomó seis veces más de lo necesario y que, si no te lo crees, te lo podría decir esa perra de Boulder. Lo malo es que ya no se le puede preguntar nada.

El carcelero rubio se agarra al cable que lleva liado al cuello. Bad News sigue sin soltar el palo.

—¿A qué esperas? —le dice Howard a Bad News.

Bad News gira el mango y afloja el cable. El carcelero se revuelve, tratando de coger aire. Vomita en la alfombra. Bad News va a soltar a los otros dos y los dos se estremecen como hojas cuando lo ven agarrar el mango.

—Te arrepentirás de no haber matado a estos cerdos —dice.

—No me arrepentiré de nada —responde Howard—. Ve a buscar algo de comida.

—Acompáñame, Warrington —dice Bad News. Pasan junto a Howard y salen del salón.

Howard mira a la anciana del canapé.

—¿Cómo te llamas?

La mujer tiene la mirada perdida en el vacío. Es como si el asunto no fuera con ella. Al oírlo, dirige sus ojos grises hacia Howard.

—Pearl —responde.

—¿Estás casada, Pearl?

Saca un pitillo liado a mano del bolsillo del delantal y lo enciende. Apaga la cerilla y la tira a la alfombra, como si no fuera suya.

Howard la pisa con la bota de prisión.

—Será mejor que me respondas.

—Si tuviera marido, lo habría dicho.

—No vayas de lista, zorra. ¿Tienes hijos?

Lanza el humo hacia los paneles de chapa del techo.

—Entonces, ¿no tienes nada de ropa que podamos usar?

Lo mira como si un perro se hubiera cagado en mitad de la alfombra.

—Al bajito quizá le valga la mía.

—Vaya, nos ha tocado una listilla —dice Howard—. Si estás sola, ¿por qué hay tres coches aparcados en la puerta?

—Yo no he dicho que esté sola.

Howard se rasca un punto exacto entre las cejas.

—De acuerdo —le dice—. Empecemos de nuevo. ¿Quién más vive aquí?

—Tengo huéspedes —responde—. Dos tienen coche.

—¿Y dónde coño están ahora?

Bad News vuelve al salón y Warrington lo sigue como su sombra. Bad News lleva un maletín en la mano. Se lo da a Howard con una sonrisilla.

Howard abre el bolso de cuero. Y lo cierra.

—Así que huéspedes, ¿eh?

Pearl no mueve la mirada. Ni una pizca.

—Imagino que lo de los huéspedes de Pearl no os pilla por sorpresa. —Howard habla con los carceleros. Vuelve a abrir el maletín —: Te llegan visitas de todas partes, ¿verdad, Pearl?

—Perdí a mi esposo en el cuarenta y nueve. —Lo dice como si una fiera le habitara justo detrás de la cara y tuviera que emplear toda su voluntad en contenerla—. Cuando la fuga. Lo mató uno de los vuestros.

—Yo no estaba en prisión en el cuarenta y nueve —responde Howard—. Tenía diez años.

—Con solo pisar la calle, veo esos muros —dice la mujer—. No necesito nada más para recordar por qué lo hago.

—Apuesto a que hay un montón de dinero por aquí que también te lo recuerda —le dice Howard—. Una montaña de pasta.

—Las mujeres que vienen a mi casa no quieren saber nada de críos —dice Pearl—. Las mujeres que vienen a mi casa habrían preferido no saber nada de las mujeres que las parieron. Si crees que algo así no pasa de una generación a otra, solo tienes que echar un vistazo alrededor cuando vuelvan a meterte en Old Lonesome.

—Eres una vieja amargada. Lo que te pasa es que estás resentida con el mundo.

—No. Lo que me pasa sois vosotros. Todos vosotros.

Y no solo se refiere a los que están en ese salón. Habla también de todos los que están fuera.

—Amargada y reseca. Odias el mundo porque nunca te ha mojado las bragas. —Howard abre el maletín y saca una cosa larga, metálica y repugnante—. ¿Qué tal si me dices dónde escondes ese montón de pasta? Estaría bien porque, si no, te meteremos esto y empezaremos a darle vueltas para ver si aún tienes algo por ahí dentro.

Rezuma desprecio por los poros, pero basta verle la cara para saber que Howard se equivoca. No está amargada. Sencillamente, la vida y todas las que acudieron a esa casa con el corazón roto en busca de algo que terminara con su desconsuelo han hecho añicos el suyo. Mopar se pregunta si alguna vez lo tuvo entero.

—Debajo de la cama hay un listón suelto —responde—. Allí está.

Howard hace un gesto a Bad News y a Warrington.

—Id a buscarlo.

Mopar se frota los pantalones. Están tan mugrientos como si hubiera estado sepultado en el barro. Apenas había comenzado a nevar cuando salieron de la prisión, y todo era un lodazal.

—No podemos seguir aquí haciendo el gilipollas —dice Mopar.

—¿Cómo que el gilipollas? —pregunta Howard.

—Antes o después sabrán que nos hemos metido en una casa —responde Mopar—. A mí nadie me dijo que este fuera el plan, que yo recuerde.

—¿Y adónde pretendes llegar sin dinero? —pregunta Howard.

—El dinero no os servirá de nada —dice un carcelero. Tiene la cabeza tan gorda que casi no le cierra el cuello de la camisa.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le dice Howard.

—Este es el pueblo del alcaide Jugg. Puede que os las hayáis arreglado para cruzar la puerta de la prisión, pero jamás saldréis de la ciudad.

—¿Tan seguro estás? —Howard deja la recortada apoyada en la pared y saca un tubo de unos veinte centímetros de la chaqueta. Es de los que usaron para romperles la crisma a los guardias de los uniformes.

El carcelero de la cabeza gorda tensa la mandíbula.

—Entregaos —dice—. Pasaréis algún tiempo en aislamiento, pero nada más. Aún no tienes ningún cargo por asesinato, Howard.

Howard trata de pegarle con el tubo en la cabeza. El carcelero se encorva para esquivar el golpe, pero lo recibe en la oreja y cae de costado contra las piernas de Pearl. Howard vuelve a blandir el tubo y el cuero cabelludo del guardia sale volando por los aires como una cáscara de naranja. Se desploma sobre los pies de Pearl, que lo aparta de un puntapié y lo deja caer al suelo con un golpe seco.

—Qué buena samaritana estás hecha —le dice Howard—. Ese podría haber sido tu marido.

2

El rastreador

Jim Cavey esperó a que se marcharan todos para ir al vestuario de prisión. Sin embargo, al entrar seguía allí Checkers. Su cara era como lo que hay dentro de un cubo de manteca.

—Adelante, Jim —le dijo—. Se han ido hasta las gallinas.

Ya iba con ropa de calle, pero seguía descalzo. Tenía los pies blancos llenos de líneas azuladas.

—Supongo que se han largado a toda prisa —dijo Jim.

—Es Nochevieja. Están deseando ponerse como una cuba y cepillarse a la mujer de otro.

—Lo decía por la tormenta, imagino que querrán estar en casa antes de que llegue.

—¿Qué tormenta?

—Esta mañana un pinzón pasó volando tan bajo que me despeinó el flequillo.

Checkers rio con un resuello que le hinchó rayas azules en el blanco de la cabeza.

—Ay, este Jim… Por eso me gusta tanto quedarme un rato a charlar contigo. —Dio un palmetazo en el banco.

Jim abrió la taquilla, sacó una botella de refresco de cola y echó dentro un pegote marrón de tabaco mascado.

—Lo digo en serio —dijo Checkers—. Me gusta aprender algo nuevo cada día. Hoy tocan pájaros.

Jim soltó los cordones de las botas. Se recostó en las taquillas para tirar con fuerza del talón y quitárselas.

—Ahí tienes una navaja y agua para afeitarte —dijo Checkers—. Si hace falta, seguro que hay una desbrozadora por alguna parte.

Jim sacó la ropa de calle de la taquilla. Una camisa verde de tela áspera, pantalones marrones y un abrigo Carhartt marrón claro casi beige, con el cuello y los puños en desintegración y los codos tan desgastados que asomaba el forro. Al dejar el fardo sobre el banco, soltó olor a hoguera y a tierra mohosa.

—Por lo menos podrías lavarte el trasero alguna vez —le dijo Checkers—. Hueles a perro muerto.

Jim se quitó la corbata del uniforme sin desatar el nudo y la colgó del gancho.

—¿Te puedo preguntar algo, Jim? —dijo Checkers.

La chaqueta y la camisa de uniforme se unieron a la corbata y,

luego, los pantalones. Jim dio media vuelta en calzoncillos largos y miró a Checkers.

Checkers levantó una mano y la sacudió por delante de la nariz.

—Digo en serio lo de lavarte el culo —le dijo.

—¿Qué querías preguntar?

—El otro día, estuve hablando de ti con los muchachos. Nos preguntábamos cómo llegaste a ser así.

Esa vez Jim escupió el pegote de tabaco al suelo, a un palmo del pie descalzo de Checkers.

—Una de las cosas que cuentan por ahí es que tu padre no te dejaba entrar en casa y te hacía dormir en el gallinero. Algo así marcaría a cualquiera. A que te críen las gallinas me refiero.

—¿Y por qué os dedicáis a despellejar a alguien que no está delante? —respondió Jim—. No lo entiendo.

—Es lo que hace la gente, Jim. La gente se junta y habla de otra gente.

Checkers lo dijo mientras se subía los calcetines, pero después no hizo ni el gesto de calzarse. Se quedó sentado y mirando a Jim, sonriendo de vez en cuando.

Mientras, Jim terminó de vestirse y se marchó. Fuera se caló el gorro de lana y empezó a alejarse de Old Lonesome. Cada vez que salía sentía el impulso de mirar atrás, pero nunca lo hacía. Lo notaba pegado a su espalda, una mole que apenas levantaba del suelo, construida con bloques de granito tan grandes como motores de coche que los propios presos tuvieron que picar en las canteras de Dos Tortugas Mountain. No hacía falta darse la vuelta. Su presencia se sentía en todas partes.

Cruzó el parquecillo cercano a la prisión pensando en Checkers. Luego pasó por delante de los apretados edificios de ladrillo y las fachadas comerciales de doble altura de Main Street, entre farolas con guirnaldas y adornos navideños. Y seguía pensando en Checkers.

Un par de manzanas más adelante estaba el Yard y a Jim le dio por pensar que estaría bien hacer una visita. Se imaginó empujando la puerta, sintió el golpe de humo y de grasa en la cara y vio a todos los guardias girar la cabeza para ver quién entraba. Cuando llegara Checkers, Jim lo estaría esperando y le rompería una botella en los dientes. Le daría una lección que no iba a olvidar en la vida.

Jim se sacó la idea de la cabeza. Sabía que no le convenía seguir pensando en eso. Cualquier problema que llevara a casa supondría una larga conversación con Ruby, y ya les esperaba una larga conversación. La de todas las Nocheviejas: ¿por qué no iba con ella a ningún lado?

Giró a la izquierda al llegar a Fifth Street. Las farolas de las esquinas cobraron vida y enseguida las acompañaron las luces de los

porches, recortando las siluetas de olmos y álamos sobre el atardecer.

Lanzó un escupitajo.

Y entonces sonó la sirena.

Jim está en la autopista 19, a solo una milla de casa. Ha sonado la sirena y no debería seguir adelante. Cuando suena la sirena hay que acudir a prisión, da igual donde estés. Pero no soporta la idea de tener que volver a ese vestuario.

Entonces oye que un coche se acerca por detrás.

Sabe muy bien qué coche es.

A su izquierda asoman las montañas. Y le duelen las ganas de subir. Buscaría un sitio para pasar la noche y tendería una trampa para la cena. Ojalá pudiera ir a pasar el fin de semana. Jim se detiene y suelta una vaharada en la nieve.

Es un coupé Chrysler. El conductor se echa hacia un lado para abrir la puerta del acompañante. Es Adam Bellingham, el ayudante del alcaide. Un hombre paliducho de cincuenta y pocos años, con la barbilla hundida en la corbata y unos lastimeros ojos pardos que siempre parecen estar suplicando que no los mires. Pero no hay que dejarse engañar por ese aspecto. Hace veinticuatro años, Bellingham se marchó a Francia y volvió con tantas medallas que no cabrían en un cubo. Si con alguien no quería cruzarse Jim era con él.

—Te estaba buscando —dice Bellingham—. Monta.

Jim nota cómo cae la temperatura. Oye el murmullo de los primeros copos de nieve que logran colarse por el abrigo. Los álamos del arcén crujen y chasquean con las ramas desnudas.

—¿Has cogido el coche para venir a buscarme?

—Eso es, he venido a por ti.

—Puedes hacer como que no me has encontrado, no se lo diré a nadie.

—Monta.

En el asiento del acompañante, hay un mapa del pueblo. Jim lo aparta y sube al coche.

—¿No has oído la sirena? —pregunta Bellingham.

—La he oído.

—Pues te habías equivocado de dirección.

—Depende de cómo lo mires —dice Jim—. ¿Por dónde han salido?

—Por el portón norte. Tomaron a unos guardias como rehenes y algunos también iban de uniforme. Los vigías de las torres no se atrevieron a disparar, por si daban a los suyos.

—¿Les parecieron guardias?

—¿Tú qué crees?

—¿Qué ha dicho el alcaide Jugg?

—Creo que los fusilaría si no los necesitara para buscar a los

fugados.

—Entiendo.

—Nos pagan para evitar que se escapen. No me caen muy bien los que no cumplen. —Bellingham mira a Jim fijamente—. ¿Cuántas cervezas has bebido?

—Ninguna.

—Llevas una pajita enganchada a la barba. Pensé que habrías ido a tomar algo al Yard y que acabaste en algún arbusto tras una gresca.

—Nunca voy al Yard. Allí no hay más que guardias.

—Eres guardia, Jim.

Jim coge el mapa.

—¿Han mirado en casa de los Benson?

—Ni idea.

Jim sigue examinando el mapa. Se le da bien leerlos si le dejan su tiempo.

—¿No lo sabes?

—¿Ves alguna emisora en el coche? Cuando hay alguna novedad, Jugg informa por la radio local. No tenemos más información y, de momento, no ha dicho nada de los Benson.

—Bueno, Jugg no es tonto. Seguro que ya ha pensado en esa casa. ¿Adónde vamos?

—De vuelta a prisión. Allí recibiremos órdenes.

Jim sigue mirando el mapa un rato. Traza una línea entre el portón norte y las casas cercanas con el dedo. Luego, lo desliza sin rumbo.

—¿Tienes una pistola?

—En la guantera.

Jim abre la caja del salpicadero y saca una M1911 de servicio. Está en una pistolera deslucida con «USA» repujado en el cuero. Suelta un silbido.

—Toda tuya —le dice Bellingham—. No tiene valor sentimental.

Jim abre la pistolera y desenfunda el arma. Está amartillada y el seguro, puesto. No se molesta en comprobar si va cargada, ya lo sabe. Desabrocha el cinturón y se ciñe la pistolera. Luego, saca la cartuchera de la guantera y dos cargadores del 45, y los guarda en el bolsillo del abrigo.

—Sé un sitio donde Jugg no ha buscado.

—¿Dónde?

—En casa de Pearl Greene.

—¿De qué conoces a Pearl Greene?

Jim pliega el mapa.

—Me lo contó el Viejo.

En efecto, a Jim se lo contó el Viejo. Cuando trabajabas con el Viejo no te quedaba otra que escuchar sus historias. Y en una granja

de pollos siempre había faena. Limpiar mierda de gallina con la rasqueta, echar paja, recoger huevos… Todo el día, todos los días. Decía que eran lecciones para la vida. Contaba quién era un borracho, quién ponía los cuernos a su mujer o quién había ido a ver a Pearl Greene.

El Viejo odiaba el pueblo. Lo odiaba porque había visto en qué se había convertido. Pasó de ser un pueblo con prisión a un pueblo-prisión. En todo Colorado lo sabían; si estabas en Denver, ni siquiera hacía falta mencionar el nombre, con decir Old Lonesome sabían a qué te referías. El Viejo los odiaba a todos y se pasaba el día explicándole a Jim por qué. Por su parte, Jim aprendió a odiar las gallinas.

La rutina solo se rompía cuando acudía un coche de la prisión. Entonces el Viejo dejaba lo que estuviera haciendo y era como si los ojos le desaparecieran en las cuencas.

3

La forajida

Dayton Horn se ha quedado dormida en el sofá a primera hora de la tarde. Cuando Ethan seguía vivo, tomó la costumbre de madrugar. Esas dos o tres horas antes del amanecer eran el único momento del día en el que no la necesitaba para nada y acabaron siendo sus favoritas. Se sentaba en la pequeña mesa de la cocina a tomar un té, mientras escuchaba el despertar de los pájaros y se entretenía viendo la bruma que atravesaba el prado al otro lado de la mosquitera.

Ahora lo hace por pura rutina: en pie antes del amanecer y fuera de casa con las primeras luces. No se quedó con muchos animales. Un par de gallinas y una vaca nada más. El caballo no valía ni el tiempo ni el dinero que costaba, así que lo vendió. Ya no tiene que dedicar el día entero a cuidarlos, pero le gusta dejarlo todo hecho por la mañana y dedicar la tarde a leer. Tiene todo lo que necesita; además, sin ocuparse de nadie más que de sí misma. Y no tiene la más mínima intención de que eso cambie.

Esta tarde se ha quedado dormida con un libro en el regazo. The brave cowboy. Ha sido por el constipado con el que está batallando. Al principio le costaba entender lo que leía, luego las letras se emborronaron y al final se le cerraron los ojos. Lo mejor habría sido acercarse al pueblo a por medicamentos, pero está lejos, así que puso al fuego algo del bourbon de Ethan que quedaba por ahí y le añadió miel y limón. Lo tomó caliente mientras leía.

Así se ha quedado dormida. Arropada por la modorra del bourbon y del constipado. En el acogedor espacio que crearon los dos para ella.

Cuando despierta se está poniendo el sol y el prado se agita en delicados tonos azules y blancos de nieve al otro lado de la ventana. Está sudando. Se había quitado el mono de trabajo, pero se ha dormido en ropa interior de abrigo. Abre y cierra los brazos para que dejen de dolerle los codos, y entonces cae en la cuenta de que no se ha despertado ella sola. La ha despertado algo. Pero no sabe el qué.

Aparta el libro y lo deja en el suelo junto al sofá para ir a encender el quinqué de la mesita. Levanta la pantalla de cristal y prende la mecha con una cerilla de madera. La lámpara sofoca el extraño crepúsculo azulado y, con un parpadeo, la salita de estar se anima como si estuviera viva. Todo parece deformado, desenfocado.

¿Ha sido un sueño?

¿Qué sueño?

No lo recuerda.

Vuelve a colocar la pantalla y ajusta la mecha hasta que la habitación deja de moverse y la luz dibuja alrededor contornos nítidos de amarillo y sombras. Enfrente, junto al escritorio de la esquina, está el arbolito de Navidad. Lo cortó ella misma y, luego, fue dando vueltas por el bosque metiendo nidos en un saco de arpillera. Cuando estuvo lleno, volvió con él a casa, puso una vela en cada nido, los colgó del árbol y encendió las luces. Aunque dejó un cubo de agua del pozo al lado, no se ha atrevido a encender las velas más veces. En realidad, solo le pareció importante tener un árbol. La Navidad es una de esas cosas que nunca sabe si está preparada para extirpar de su vida.

A los pies del árbol hay un regalo. Es una edición de bolsillo de The Dillinger days que compró la última vez que bajó al pueblo. Pensó que a Mopar podría hacerle gracia y se lo compró.

Fue a visitarlo solo un par de semanas atrás. Estaba más pálido que de costumbre y con la mirada como salida de una colonia de trabajos forzados. La sala de visitas tenía las paredes de hormigón y estaba divida en dos por una larga mesa de formica imitación de madera que la recorría de un extremo a otro. Se sentó en un taburete, al otro lado de una pantalla de plexiglás.

Mopar fumaba ansioso y echaba la ceniza compulsivamente en una lata que había encima de la mesa. Le lanzaba miradas apagadas, pero enseguida las apartaba. No era más que huesos. Estaba tan flaco que dolía verlo.

—Es por la celda sin ventanas —dijo con la voz amortiguada por el plexiglás—. Me quedo allí, en lugar de salir al patio.

—Tienes buen aspecto. Solo pareces un poco cansado.

—Claro.

Aunque evitaba mirarla, sabía que tenía todos los sentidos puestos en ella. Era como estar sentada en la barra de un bar y notar que un tipo te está mirando desde la otra punta, aunque nunca lo pillas. Y también sabes que te seguirá al aparcamiento al salir.

—Claro —repitió Mopar.

—¿Claro? —Lo dijo con algo de sorna, como si estuvieran jugando. Pero no jugaban.

Mopar empezó a dibujar una sonrisa, aunque no llegó muy lejos.

—Claro, estoy cansado.

—He visto a tu madre, a tía Patsy.

—¿Dónde?

—En el supermercado de Perkins. Hace un rato.

—¿Qué llevaba puesto?

—El vestido azul de rayas. Iba a por unas revistas.

Tendió la mano con la que sujetaba el pitillo como si fuera a tocar el cristal. No lo hizo y el gesto la dejó petrificada. No podía tocarla, pero que tendiera la mano hacia ella la petrificó. Nunca hacían eso.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó él.

Sintió un hormigueo en las manos, tenía los nervios a flor de piel.

—¿El qué?

—Venir a verme.

¿Qué se puede responder a eso? Ni lo intentó.

—¿Sabes cuántas personas más vienen a visitarme?

—¿Tía Patsy?

—Sí, viene una vez al año. El domingo más próximo a mi cumpleaños.

El hormigueo. Era como si la piel se le levantara. Lo cortó en seco. Está cansado, nada más. Has venido muchas veces y nunca te ha hecho sentir así.

—¿A quién voy a visitar si no? —le dijo—. La cárcel está al lado de casa, así que lo suyo es venir de visita de vez en cuando.

—Ella vive a solo media milla de aquí y no tiene nada que hacer. Tú estás muy ocupada con la granja.

—La granja apenas da quehacer.

Echó el cigarrillo en la lata y ni se molestó en apagarlo. Se frotó los ojos y volvió a dibujar la misma sonrisa fugaz. Está cansado.

Dayton miró hacia un guardia. No les prestaba atención. Nadie lo hacía.

—He oído que ya no está contigo —dijo Mopar—. Ethan.

—¿Qué pasa con él?

—Nada, que ya no está.

Junto a Dayton había sentada una mujer con moldeado y una cajetilla de Marlboro sobre la mesa.

—Disculpe —le dijo Dayton.

La mujer se giró hacia ella, algo sorprendida.

—¿Podría darme un cigarrillo?

La mujer deslizó el tabaco y una caja de cerillas hacia ella.

Dayton encendió un pitillo.

—No, ya no está. —Aspiró el humo y devolvió la cajetilla.

—¿Y ahora estás sola allí arriba?

—Hay más gente. —No era completamente mentira—. No están todo el día, pero siempre hay alguien por ahí. Me echan una mano.

Estaba alerta, con todos los sentidos puestos.

—Me gustaría ver qué has hecho.

—¿Con qué?

Extendió de nuevo la mano hacia el cristal, justo en el momento en el que ella se llevaba el cigarrillo a la boca y se rozó los labios con los

dedos. Tuvo la sensación de que era su mano y de que era él quien le tocaba los labios.

—Con la granja.

En el lado del plexiglás en el que estaba Dayton había ceniceros de cristal. Aunque solo había fumado un poco, apagó el cigarrillo. La mujer del moldeado farfulló algo.

—¿Para qué lo has encendido? —le preguntó Mopar.

Dayton hizo un mohín, tenía el estómago revuelto.

—Ni idea.

—Al verme fumar aquí contigo, ¿te apeteció probar?

—Exacto.

—¿Para ver si te gusta?

—No es el primer cigarrillo que fumo.

—No, claro —le respondió—. Ya lo imaginaba.

Estaba cansado. Eso se decía Dayton al marcharse de allí. No pasaba nada más. Lo había visitado al menos treinta veces y nunca la había hecho sentir mal. Ni una sola vez. Tan solo estaba cansado. Trató de bromear con ella como hacen los primos, pero no le salió bien. Nada más.

Ha sido la sirena.

Por eso se ha despertado.

Normalmente no se oye desde donde está, pero hay noches y noches. Tiene que doblar a la derecha por Main Street, atravesar las praderas del norte del pueblo por un corredor de viento y subir aullando por Dos Tortugas Mountain, allí hace carambola en la luna y llega rebotando por Jackleg Canyon hasta su ventana. Y, al llegar, repica en el cristal.

Queda medio canuto en el cenicero del escritorio, junto al árbol de Navidad. Sonríe.

Y enseguida borra la sonrisa.

4

Los reporteros

Stanley Hartford está apurando una botella de Coors en un bar de Denver. De las paredes cuelgan guirnaldas y coronas de abeto hechas de plástico, y las lámparas del techo están cubiertas de espumillón y lucecitas de colores. Al fondo de la barra hay una figura de los caballos de Budweiser tirando de un trineo y, a su lado, un enorme reloj de pared de la cerveza Coors. Aún quedan horas para que cierre el salón de billar que hay debajo de su habitación en el Milner: bolas dando golpes, peleas, borrachos y putas. A veces Stanley consigue quedarse dormido, pero hoy no es el día. Esta noche toca estar en el J&B's Buffet y cabrearse pensando en la habitación enana y de mala muerte que tiene encima de unos billares. Ojalá la vida pudiera meterse en una licuadora.

No hay más clientes. Es Nochevieja. El camarero se ha colgado la bayeta al hombro y lee un libro de bolsillo. Tiene la piel cenicienta y cuando habla es como si hubiera ido a clases de locución en la universidad del bien hablar. No hay vocal ni consonante que no salga de sus labios con una claridad meridiana.

Al ver leer al camarero, casi lamenta no llevar un libro encima. Lleva semanas sin leer. Los espacios en blanco no le dejan ver las palabras. Lo peor es que nunca ha habido un divorcio interesante ni lo habrá jamás. Es la cosa más aburrida del planeta, pero, cuando estás en mitad de uno, no hay hueco para nada más. Te sorbe los sesos por los oídos y consigue que te odies por ello.

Qué mierda de vida.

Últimamente lo piensa muchas veces.

El camarero levanta la vista del libro.

—¿Quiere otra?

Stanley mira el reloj. Por enésima vez. Y asiente.

El camarero coge un abrebotellas y abre la cerveza. Es probable que jamás se haya abierto otra botella con una ejecución tan perfecta. Es como si Stanley hubiera caído en un plató de cine para echar un trago.

—Tú no eres camarero, ¿verdad? —pregunta.

El camarero le acerca la botella.

—¿Perdón?

—Solo trabajas aquí para sacarte un sueldo, ¿no? Yo también trabajé en un bar al principio.

—Estudio arte dramático, voy a ser actor.

—¡No me jodas! —Stanley da un palmetazo en la barra—. Lo supe con solo mirarte.

La puerta se abre y se cierra, y Garrett Milligan se sienta en un taburete al lado de Stanley.

—¿Me invitas a una cerveza?

Garrett es uno de los jóvenes que tienen contratados en el Rocky Mountain News para llenar las páginas del nuevo diseño del periódico, en tamaño tabloide. Lleva un traje barato de color naranja de la Denver Dry Goods Company.

—Ese traje es para echarse a llorar —le dice Stanley.

—Pero tiene algo, ¿no te parece? —responde Garrett—. Me lo compró mi esposa cuando conseguí el trabajo.

—¿Solo tienes ese?

—Lo limpia cada noche.

Esa conversación ya no lleva a ninguna parte.

—Te presento a nuestro camarero —dice Stanley—. Es actor.

El camarero frunce el ceño.

—¿Traigo ya la cuenta?

—No seas tan susceptible —dice Stanley—. Si no vas a presumir, yo lo haré por ti.

—No tienes que hacer siempre lo mismo —Garrett se dirige a Stanley—. Con todo el mundo…

—Ábrele una cerveza al muchacho —le dice Stanley al camarero, que obedece. Después se dedican a beber la cerveza en silencio hasta que Stanley no puede seguir bebiendo en silencio—: ¿Qué pasa, chico? ¿A qué has venido?

—El mayor está con anginas y el bebé solo quiere biberón, si es que llega a comer. Se pasa el día llorando, no calla ni para meterse algo en la tripa.

—¿Y qué haces tú fuera de casa?

—Ha habido un accidente a la vuelta de la esquina. —Garrett acaricia el estuche de cuero de la cámara—. Lo tengo todo. A mi mujer no le importará que me tome una cerveza.

—Seguro que sí.

Garrett bebe un buen trago, casi media botella.

—No se enterará.

—Seguro que sí.

—Joder… —Es como si acabara de tragarse un coágulo de sangre. Termina la cerveza sin borrar esa mirada—. ¿Luego se vuelve más fácil?

—Para mí, sí. —Stanley hace señas al camarero para pedir otras dos cervezas—. Muy muy fácil.

Garrett aparta la botella vacía y coge la nueva.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara, aunque ya sé la respuesta.

—De acuerdo. ¿Qué pasó?

—Siempre estaba trabajando y cuando se quedaba en casa, no tenía nada que decir. —Stanley ve que el camarero comienza a sonreír tras el libro de bolsillo—. Lo que tienen de malo las palabras es que te hartas de ellas. Y ella se hartó aún más. Al menos, de las mías. Le gustaba el dinero, pero con el tiempo pensó que podría tener el dinero sin las palabras. Aquello fue el final.

—En ese caso, me irá mejor. Yo no tengo un centavo.

—No por mucho tiempo —dice Stanley—. En cuanto saques un par de reportajes decentes, ganarás un dineral. Haces un buen trabajo.

Garrett asiente, aunque no parece convencido.

—Termina esa cerveza y vete a casa.

—Te hago caso —responde Garrett dibujando un círculo con la botella sobre la barra.

Suena el teléfono. El camarero responde y escucha un minuto en silencio antes de asentir y tendérselo a Garrett.

—Creo que es para usted.

Garrett deja de mover la cerveza. En realidad, se queda totalmente inmóvil. Stanley le pone una mano en el hombro y le da un apretón.

—No creo que sea su esposa —dice el camarero—. Diría que es su jefe.

Garrett coge el teléfono y escucha.

—Sí, señor —dice. Y lo repite. Repite lo mismo hasta que Stanley deja de prestar atención y hasta que al final le devuelve el auricular al camarero.

—¿No quería hablar conmigo? —pregunta Stanley.

—No. —Vuelve a dibujar círculos con la botella—. Pero preguntó por ti.

—No tenía ninguna duda.

—Me preguntó si aún tienes coche.

—Qué mierda de vida. —Stanley se lleva el cristal frío de la cerveza a la frente—. ¿Por qué?

—Quiere que subamos a las montañas.

—¿Adónde?

—A Old Lonesome.

—Que no cuente conmigo. —Stanley sacude la cabeza—. Yo me voy a mi habitación a comer galletas saladas con sardinas. Estoy esperando una llamada y no tiene nada que ver con Old Lonesome.

—Si no vamos, tengo que llamar en cinco minutos.

Garrett deja la botella con un golpe. Ni fuerte ni ruidoso. Un golpe seco, sin más.

—Solo iremos tú y yo. Lo ha dejado claro. Se avecina tormenta, así

que tendríamos que ponernos en marcha enseguida.

—Es una fuga. Eso significa pasar la noche por el bosque siguiendo el rastro de un puñado de paletos.

—Seguramente.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? ¿Cómo narices se entera de todo?

—No sabe que estás aquí —responde Garrett—. Me ha dicho que vaya a buscarte.

—¿Y cómo narices sabía que estabas tú?

—¿Acaso importa? Es el reportaje que necesito. Me lo ha dicho.

—No le veo el sentido a escribir un artículo que puede costarme un tiro en la cabeza —dice Stanley—. Como mucho, si mi ex se hubiera atragantado con el corcho de una botella… Pero, si no es eso, me quedo aquí bebiendo.

—El crío tiene anginas y debo elegir entre comprar medicinas o leche para el biberón. No me alcanza para las dos cosas. Y mi esposa prácticamente ha dejado de comer.

—Vete al infierno, chico —dice Stanley—. Perdeos todos en el infierno. Sabes por qué te ha llamado, ¿verdad? Sabía que, si me lo decía a mí, no iba a ir.

—Iría yo solo si pudiera. De tener otra opción, no te lo pediría.

—¿Alguna vez te he hablado de mi melocotonar? —dice Stanley—. Los melocotones crecen en cualquier parte. Poca gente lo sabe. Los navajos los cultivaban en un cañón de mierda en Arizona, hasta que llegó Kit Carson y les quemó los árboles. Cuando tengas suficiente dinero, podrás comprarte un melocotonar y llevar el número del abogado de tu divorcio en el bolsillo.

Stanley pierde la mirada en la barra.

—Al infierno… ¿Cómo es tu esposa?

—¿Qué dices?

Stanley eructa en el puño.

—Cuéntame algo de ella. Lo que se te ocurra.

—No sé describirla, yo no escribo. ¿Quieres que te enseñe una foto?

—A ver.

Garrett saca una fotografía de la cartera y se la pasa.

Es tal cual la imaginaba Stanley.

—Vete al infierno, chico.

5

El preso

Es como si Mopar no pudiera sacarse a Molly de la cabeza. Ni siquiera ahora. En cuanto le ha bajado la adrenalina, es todo ella. Algo en la cabeza no para de gritarle que por fin están los dos en el mismo lado del muro. Sigue junto al piano sin soltar la recortada. Más allá de la ventana la nieve dibuja líneas blancas sobre el azul cada vez más oscuro y Dos Tortugas Mountain se alza tras la prisión. Tiene la cara de Molly. La nieve, la ladera de la montaña. Es su rostro en verano, porque todos los recuerdos de ella son en verano. Tomando el sol en el patio tumbada en una manta junto a una pila de libros, con sus vestidos y las sábanas en el tendedero. Su cabello, los hombros bronceados, el olor a sol y a loción para el bronceado.

No tiene sentido seguir pensando en eso; al fin y al cabo, ya no queda nada en lo que pensar. Molly no le ha visitado ni una sola vez. Alguien como ella no va de visita.

Warrington está recostado contra una pared. Tiene las manos sobre el pecho y ronca plácidamente. Es difícil saber si Bad News también duerme porque no para de sacudir los pies. Parecen calambres. Se han bebido entre los dos una botella entera de brandy que encontraron en una alacena.

También están los carceleros. El rubio no se ha movido desde que Howard le atizó con el tubo. A Mopar le han pegado tantas veces que no siente lástima por él, pero ver tanta sangre le ha revuelto el estómago.

—No podemos seguir aquí esperando —dice Mopar—. Tenemos que largarnos de una puñetera vez.

—Enseguida nos iremos. —Howard está encajado en una de las butacas y parece tan fuera de sitio como un caballo cimarrón en una cuadra. Cuenta el dinero que Bad News y Warrington sacaron del dormitorio de Pearl.

—¿Y por qué no nos vamos ya?

—Porque no me apetece encontrarme con cientos de polis nada más poner un pie fuera. Estamos a cuatro manzanas de la cárcel. Quiero esperar a que se alejen para buscarnos.

El carcelero rubio con la cabeza machacada se convulsiona de repente y acto seguido se queda rígido.

—Hay que joderse —dice Mopar.

Howard lo mira.

—Le pegaste un tiro a un ayudante del sheriff, ¿verdad, campeón? —dice—. ¿O no contaron la verdad?

Todo es rojo. Un enorme horno de color rojo.

—Enseguida darán con nosotros.

Los dedos de Mopar se agarran con fuerza a la recortada.

Howard se guarda el dinero en el bolsillo trasero del pantalón.

—Querías ser Dillinger, así que mataste al ayudante del sheriff. Salió todo en los periódicos.

Mopar sacude la cabeza para sacarse un poco del rojo. Levántate, bodoque, se dice.

—No creas todo lo que lees en el periódico.

—¿No mataste al ayudante?

—Claro que lo maté —dice Mopar—. Pero no dije lo de Dillinger.

—Lo dijo tu abogado. Lo leí.

—Era abogado —responde Mopar—. Están todos mal de la cabeza. Estudian leyes porque los violaron de niños o cosas así.

Howard se quita las gafas y se queda con ellas en la mano.

—¿Sabes por qué he zurrado a esa sabandija?

Mopar prueba a incorporarse y descubre que es más fácil de lo que imaginaba.

—¿Te había pegado a ti antes?

—No, qué coño. No es por eso. Todos esos malparidos me han dado alguna paliza.

—Entonces, ¿por qué?

—Cada vez que pasaba a mi lado, me daba un empujón. Muy suave, apenas se notaba. Y luego decía «volveremos a vernos, jefe».

—No es tan terrible —dice Mopar—. A mí me decían cosas peores. Todos.

—Es lo que me dijo mi esposa la última vez que vino a verme. Vino con mi hijo de ocho años. Lo dijo y me dio un beso, con esa hiena ahí al lado. Desde entonces, no hubo día en el que no lo repitiera. —Howard apunta al guardia con la boca del arma—. Volvería a hacerlo.

—¿Tienes tabaco? —pregunta Mopar.

—A la mierda tu tabaco y tú. —Howard vuelve a ponerse las gafas y los ojos parecen crecer detrás de los cristales—. Cualquiera que haya estado ahí dentro con esos bastardos puede entenderlo.

—Y lo entiendo —responde Mopar—. Pero ¿tienes un cigarrillo o no?

Howard saca del abrigo un paquete de tabaco de la prisión y se lo pasa.

Mopar saca los papeles, coge una pizca de tabaco y empieza a liar un pitillo después de limpiarla.

Pearl resopla desde el canapé. Es el primer sonido que se le escucha en mucho tiempo.

—Menuda pareja —dice—. ¿Uno de estos muchachos te toma el pelo y tú lo mueles a palos?

—¿Acaso quieres tomarme el pelo tú también? —Howard endurece el gesto y es como si le hubieran cincelado la cara alrededor de las gafas—. No vas a librarte por ir vestida de mujer, zorra.

Bad News se incorpora bruscamente y cabecea.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Te has despertado en el momento perfecto. —Howard hace un gesto hacia Pearl—. Estoy a punto de callarle la boca a esta vieja chocha mataniños.

Bad News mira a Pearl fijamente.

—¿Os he hablado de la primera vez que vi uno? —pregunta.

—¿Que viste el qué? —Mopar lame el papel y termina de liar el pitillo.

—Un chocho.

Howard vuelve a quitarse las gafas y se frota los ojos.

—Fue el de mi madre —dice Bad News.

Howard se coloca otra vez las gafas.

—Le pregunté si esa cosa paraba de moquear alguna vez. —La risa de Bad News campanillea como la de una niña. Acto seguido, cierra los ojos y vuelve a quedarse dormido.

Es para vomitar. Mopar enciende el cigarrillo con una cerilla, guarda la caja y los papeles en el paquete, y se lo lanza a Howard.

Fuma. El tabaco de la prisión sabe a yodo, pero no deja de ser tabaco. Fuma y espera. No piensa en Molly.

No ha pasado mucho tiempo. Howard está de pie, dando vueltas por el salón. Es como si contara. Al rato para y le da un manotazo a Warrington en la coronilla.

—Levanta, gilipollas. Coge la comida que no os hayáis zampado todavía. —Le da un puntapié a Bad News—. Ve tú también. —Entonces se dirige hacia Pearl—: ¿Dónde tienes las llaves del coche?

Pearl se da un pellizquito en la nuca.

—Pégale un tiro en el pescuezo —le ordena Howard a Mopar.

La mujer señala hacia el otro lado de la puerta junto a la que está parado. Hay unos ganchos en la pared con llaves colgadas.

—Ahí las tenéis.

—¿Ese Ford LTD nuevecito es el tuyo? —pregunta Howard.

Los ojos de Pearl son del color de la nieve sucia.

—Coge las llaves del Ford —dice Howard.

Mopar se las acerca.

Bad News y Warrington están revolviendo la cocina en busca de comida. Se oyen cristales rotos.

—Y bien, ¿cuál es el plan? —pregunta Mopar—. ¿Vamos a Denver?

¿A México?

Pearl hace todo lo posible por escucharlos desde el canapé, y, de estirar tanto el cuello, se le ponen orejas de rata.

—Deja de mirar o te corto el cuello —le dice Howard.

La mujer mira hacia otro lado.

—Empieza a tararear —dice Howard.

Tararea I got stripes.

—Voy a cortarle el cuello a esa zorra asesina —le dice Howard a Mopar—. A Denver, no. Apuesto diez contra uno a que tienen la ciudad llena de controles.

—Es cierto —dice Mopar—. A México. Buscamos un sitio bonito y nunca nos encontrarán.

—No te adelantes tanto. En cuanto empieces a pensar en México, serás suyo.

—No sé por dónde vas.

—Ahora mismo estarán todos reunidos —le dice Howard—. El alcaide Jugg y esas alimañas tratarán de pensar como nosotros. No podemos ser más listos que ellos. En cuanto lo intentemos, seremos suyos.

—No tenemos que pensar, vale. Entonces, ¿a dónde vamos?

—A Fort Collins.

—¿Fort Collins? ¿Qué coño es Fort Collins?

—Nada, eso es lo bueno. Tan solo es la ciudad más cercana lo bastante grande como para desaparecer un par de días. Y nadie más va a ir a Fort Collins.

—Pero está nada más bajar de la montaña, nos estarán esperando.

—No, nos estarán buscando en Denver o de camino a México. Irán hacia donde van todos.

—A mí me importa un pijo adónde vayamos. —A Mopar el cerebro le empuja las paredes del cráneo y sabe que está a punto de salir por algún lado—. Yo solo quiero ponerme en marcha.

—Ese ha sido siempre tu problema. —Howard grita hacia la cocina —: Eh, cabrones, ¿habéis terminado ya?

Warrington y Bad News vuelven al salón. El primero lleva una maleta de cuero.

—La he encontrado en el piso de arriba. He metido mucha comida.

—Bastará —dice Howard—. ¿Y tú qué llevas, Bad News?

Pero Bad News no lo escucha, está mirando hacia el árbol de Navidad y el nacimiento que hay a sus pies. Unas figurillas de porcelana con túnicas cosidas con fundas de almohada hacen de José y María, y Jesús es una de esas muñecas que mean solas. Se acerca y saca al niño Jesús del pesebre.

—Es una muñeca. —Le golpea la cabeza con los nudillos y luego la aplasta contra la pared—. ¡Una muñeca!

—Es una muñeca —dice Howard—. Nada más y nada menos.

La lleva agarrada de un brazo. Coge el otro y empieza a tirar hasta que lo arranca y el relleno queda colgando.

—Una muñeca. —Arranca el otro brazo y retuerce la cabeza hasta que la suelta también—. Una muñeca de mierda.

Bad News sigue con la muñeca desmembrada en la mano, los hombros encorvados y cara de desilusión. Entonces la deja caer al suelo, se agacha y levanta un regalo. Se lo acerca a la oreja y sacude la caja.

—Los regalos también son de pega. —Se le rompe la voz al decirlo.

Howard lo mira.

—La vida está pensada para romperte el corazón —dice—. Venga, es hora de ponerse en marcha.

6

La forajida

Dayton prepara unos tejanos de color azul y una camisa de gamuza. Se viste rápida y metódicamente, sin prestar atención. Como cuando te vistes para algo con la cabeza puesta en otra cosa; para ir a un entierro, por ejemplo. Al terminar, se pone el chaquetón de trabajo y guarda con cuidado un pañuelo rojo y desteñido en el bolsillo. Era el abrigo de Ethan, pero se lo quedó cuando empezó a hacer ella todo el trabajo. Cuando él no salía de casa más que para ir al retrete. Al principio lo hizo por despecho, porque sabía cuánto le gustaba ese chaquetón. Así son las cosas.

A Ethan nunca se le dio bien lo de ser granjero. Llegó desde Ohio con un título de profesor bajo el brazo y recién salido de la universidad. Se crio en una casa con jardín, pero en la universidad se dejó barba, compró ese chaquetón y daba el pego. Pagó la granja a tocateja.

Algunas tardes pasaba a comer chile y beber cerveza por el Yard, donde trabajaba ella. Lo mejor que tenía es que era diferente. En este pueblo, cualquier forastero resulta atractivo porque no se parece a los demás. Por aquí no hay más que guardias, con el mismo pelo y la misma cara.

También sabía jugar al billar. No es que fuera mucho mejor que cualquiera del pueblo, pero lo aparentaba. Prácticamente se echaba sobre la mesa y, cuando tenía la bola blanca a la altura de los ojos, ponía el cuerpo en la dirección en la que iba a tirar. Al principio los hombres se burlaban de él por la forma en la que levantaba y movía el trasero al apuntar con el taco. En cambio, las mujeres no reían, y él siguió en sus trece hasta que, con el tiempo, encajó tan bien como cualquier otro. Con el tiempo, ni siquiera le molestaba a nadie que tuviera algo de hippie. Ayudó que siempre llevara dinero encima para invitar a una ronda.

Por supuesto, todos pensaban que estaba mal de la cabeza. Aunque hoy todo el mundo acaba mal de la cabeza y, cuando eso pasa, hay quien cae por aquí. En este pueblo se cae. Hay unas cuantas familias que se remontan a la generación de los abuelos, pero no son las de la mayoría. La mayoría son hombres que se quedaron varados después de alguna guerra. Que no podían soportar las aglomeraciones de otras ciudades. Que se desviaron de la ruta cuando querían trasladarse de costa a costa. O que querían dejarse ir a la deriva, pero terminaron

aquí estancados como el barro de una riada. Es un pueblo hecho para la gente como Ethan.

Estaba guapo con barba, cazadora y el pelo más largo que ningún hombre del pueblo. Al menos eso le parecía a Dayton. Era el único que no la molestaba cuando coqueteaba con ella. Y el único con el que coqueteaba ella.

Luego, Ethan empezó a esperarla al salir del trabajo, fumaban un canuto juntos y daban un paseo por el pueblo. Nunca le faltaba marihuana. Al final, empezó a recogerla en coche y a subirla a la granja. Y empezó a apetecerle pasar allí la noche. También vieron que a él le vendría bien una mano en la granja y a ella, después de todo, nunca le había gustado trabajar en el Yard.

Todo pasó con naturalidad. En apenas dos meses.

Sucedió en una de esas tardes frescas que tiene el verano. Ethan había ido al pueblo a por forraje. Dayton tenía la puerta de entrada abierta y la mosquitera se sacudía con las corrientes de aire. La colada esperaba amontonada sobre la mesa de la cocina a que la doblara, pero en su lugar se dedicaba a beber té y a escuchar una emisora de rock and roll. Sonaba Bob Dylan, Deep inside my heart I know I can't escape… No hay forma de escapar.

Oyó la camioneta recorrer el camino de acceso, pero no le prestó atención. Estaba siguiendo con la vista un moscardón negro y gordo que zumbaba alrededor, con la esperanza de que se posara el tiempo suficiente como para agarrar el matamoscas que colgaba de un clavo en la pared. Ya podía ver la salpicadura.

—¿Me abres la puerta? —preguntó Ethan al otro lado de la mosquitera.

Cuando lo miró, echó mano al matamoscas. No supo muy bien por qué, pero lo tenía agarrado de pronto.

Ethan tenía los ojos entre amoratados y negros, la nariz magullada e hinchada, y una herida abierta en el puente. La barba estaba empapada de sangre.

—No puedo abrir. —Se sujetaba el antebrazo izquierdo con la mano derecha.

Dayton soltó el matamoscas y abrió la puerta.

—Gracias. —Entró arrastrando los pies, pasó a su lado y rodeando la mesa de la cocina fue hacia la sala de estar. Una vez en el sofá se le desplomó la cabeza como a uno de esos pájaros bebedores de juguete cuando se quedan sin agua.

Dayton sacó mercromina y vendas del armario del fregadero. Él tenía el brazo izquierdo sobre el regazo y la miraba con la mano derecha en alto. Los nudillos estaban intactos. Lo que fuera que le hubieran hecho, lo hicieron sin que opusiera resistencia.

—¿Quién ha sido?

—Ya sabes quién ha sido —respondió. Respiró hondo y exhaló con un silbido. Entonces se volvió hacia ella y le enseñó los dientes. Uno estaba partido en diagonal.

—¿Ha sido por la marihuana?

Sonrió con su nueva sonrisa desdentada.

—Me habrían matado.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

La miró con los ojos saltones e inyectados de sangre.

—¿A ti qué te parecen las bodas?

Así se lo preguntó.

Dayton cierra la puerta y deja atrás la cabaña. El viento arrastra la nieve en remolinos por la ladera de la montaña y a través del prado hasta golpearle en la cara. Mete las manos en los bolsillos y pasa por delante de la camioneta hasta el camino de grava. No le agrada ir a casa de los vecinos. Sabía lo que Julie y Richard pensaban de ella cuando Ethan estaba vivo, y tiene claro que no habrá cambiado. Las cosas no cambian.

El camino sube por una loma, recorre una alameda que el viento dobla sobre la carretera y, luego, atraviesa una cerca de ganado. La casa está al otro lado. La nieve arrecia y cae a espuertas en una noche cada vez más negra. Dayton saca el pañuelo y se suena la nariz con un buen bocinazo antes de llamar a la puerta.

Le abre Julie con un vestido que debió de ser rojo, pero que después de tantos lavados es del color de la sangre que se va por el desagüe. Por la puerta sale olor a galletas que han pasado demasiado tiempo en el horno.

Como siempre que ve a Julie, Dayton se siente huérfana. Y como siempre le enfada sentirse así. Si algo no está ella es perdida ni cree que lo haya estado nunca.

—Adelante —dice Julie—. No hace tiempo para estar fuera.

Dayton entra en la casa. La sala de estar tiene las paredes revestidas de listones de pino. Hay un sofá de color crema, ceniceros y un gran mueble de madera para la televisión. El árbol de Navidad sigue montado; las velas no arden, pero tiene la forma de un cono perfecto. Es como los árboles que salen en los libros para niños, con bolas de colores de color pastel y espumillón.

Julie trata de coger el chaquetón de Dayton.

—Estoy bien así —dice Dayton. Al oírse diría que no hablara ella —. Solo me quedaré un minuto.

—Ni pensarlo, he preparado asado. ¿No te parece casualidad? —Se frota los nudillos de la mano derecha. Los tiene hinchados y enrojecidos por la artritis—. Hay mucha comida.

—¿Va todo bien?

—Es por ese trasto… —Julie agita los nudillos hacia el televisor—. Ha dejado de funcionar, ya lo he probado todo.

El televisor está conectado a una antena exterior, la mayor que Dayton ha visto jamás. Cada vez que llueve, cruza los dedos para que le caiga un rayo.

—¿Qué hace Richard cuando no funciona? —pregunta.

Julie vuelve a sacudir los nudillos. Tiene cara de reírse con los anuncios.

—Sube al tejado y zarandea la antena.

—Puedo subir yo. ¿Solo la mueve?

Las manos se aceleran y luego se frotan más despacio otra vez.

—No —responde—. No puedes subir. Esperaré a que llegue a casa, tengo revistas por ahí.

—¿Ha sonado la sirena? —pregunta Dayton—. Me ha parecido oírla, pero no lo tengo claro.

—Sí, sí —dice Julie—. Ha sido la sirena. Richard se marchó en cuanto la oyó. El teléfono tampoco funciona, pero lo están diciendo por la radio.

—¿Quién ha sido? —A Dayton le pica la nariz y le gustaría rascarse con la manga, pero se contiene—. ¿Quién se ha fugado?

Julie la mira con unos ojos astutos como los de una urraca. No es más que un segundo, y enseguida mira hacia otro lado.

A Dayton no le gusta preguntarle nada. Siempre ha creído ver en ella cierto gusto malsano por causar daño. ¿Cómo si no se explican las voces que suben por el valle cuando el viento sopla en esa dirección? No es el marido quien grita.

—Nos preocupamos mucho por ti, tan sola ahí arriba —dice Julie.

—Muchas gracias —dice Dayton. Se lleva el antebrazo a los ojos, los tiene llorosos.

—Sabemos lo que estás pasando —dice Julie con una sonrisa—. Bueno, yo lo sé. No puedo ni imaginar lo que haría aquí sin Richard. No paro de decirle que deberíamos mudarnos al pueblo.

—Allí estarías bien. —Dayton saca el pañuelo del bolsillo y se suena la nariz con tanta delicadeza como puede. Por la cara que pone Julie, no la suficiente—. Te las arreglarías.

—Ni siquiera tienes televisión ni nadie con quien hablar. —Vuelven los ojos de urraca—. Salvo con las visitas, claro.

—Solo he venido a preguntar por la sirena —dice Dayton—. Nada más.

—Pues sí, ha sonado. ¿Te quedas a cenar? Tengo asado y galletas. Estás muy flaca, vas a salir volando por los aires.

Dayton da media vuelta, abre la puerta y dice algo que intenta ser un gracias. Acto seguido, sale y cierra la puerta sin darle tiempo a

responder.

La cara de urraca de Julie. Dayton se suena la nariz entre los dedos pulgar e índice, y se limpia en el tronco de un álamo.

7

El rastreador

Jim gira la cabeza y escupe el pegote de tabaco al suelo, lo mira todo. Los prisioneros han esposado a Pearl Greene y le han atado un cable al cuello como a los guardias, solo que el suyo está más apretado. Jim desenrolla el mango de madera que tiene en la nuca. No merece que la traten así, da igual a qué se dedique.

Vuelve a respirar y le silban las fosas nasales al coger aire. Hasta entonces Jim no se había fijado en el calcetín que tiene metido en la boca. Ni en que el guardia rubio que está muerto en el suelo con los sesos desparramados alrededor va descalzo y sin calcetines. Le mete el dedo en la boca para sacar el calcetín y Pearl se desploma en el canapé, tratando de llenar los pulmones de aire.

Los atraparemos, se dice Jim. Los atraparemos y, cuando lo hagamos, recordaré lo que le hicieron a esta mujer, da igual a qué se dedique. Me aseguraré de ello.

Bellingham se ocupa de los dos guardias que siguen vivos. Están apoyados el uno en el otro como un par de árboles recién talados, y el aire huele a su orín.

—¿Alguno puede andar? —pregunta Jim.

—No estoy seguro ni de que vayan a salir de esta.

Bellingham ya le ha soltado el cable al primero. Le quita las esposas, lo tumba en el suelo y pasa a desenrollarle el alambre al otro. Los párpados del guardia palpitan a un ritmo extraño y errático unos diez segundos, pero no se abren. Después de apoyarle la cabeza en el suelo, Bellingham se levanta y se pone en jarras; la cara se le ve roja bajo la gorra del uniforme.

—Avisaré por teléfono —dice—. Hay que pedir ayuda para estos hombres.

Sale del salón para llamar desde el teléfono del pasillo.

Pearl respira bien, pero tiene la cara arrugada y amarilla como papel parafinado. Jim le pone una mano sobre el antebrazo.

Los ojos de Pearl se abren como un resorte y deja escapar un ruido parecido al frotamiento de un saltamontes.

—No —dice Jim—. No…

Extiende las manos para enseñarle que están vacías.

—No soy uno de ellos. Soy guardia.

La mujer empieza a incorporarse y él trata de ayudarla, pero ella le aparta las manos y se las arregla sola.

—Soy guardia —le repite Jim—. Acabamos de encontrarla.

Pearl lo abofetea. Está tan débil que ni se molesta en tratar de esquivar el golpe.

—Me llamo Jim Cavey.

Deja de golpearlo y guarda las manos en el delantal.

—Voy a contar lo que me has hecho —le dice.

Jim sabe que no lo hará. Que Pearl Greene no tiene a quien contarle nada. Puede que su casa esté en el pueblo, pero Pearl Greene es tan extraña como él. Prácticamente no existe.

—¿Sabe adónde han ido?

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Me amordazaron. —Pearl mira alrededor. En el salón apenas hay nada que no esté lleno de sangre o porquería—. Qué gentuza.

—¿Porque no recogieron antes de irse?

A Jim no le hace falta terminar la pregunta para ser consciente de que suena a impertinencia, aunque no era su intención. Cuando trata de entender bien lo que dice alguien, siempre parece impertinente.

En la cara de Pearl se forma una fina película de hielo bajo la piel.

—Ya sabes quién soy yo.

—Sí, señora —dice Jim—. Sé quién es.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí?

—Su casa está cerca del portón norte. Fue una suposición.

—¿No fue idea del alcaide Jugg?

—No, señora.

—¿Cuánto tiempo llevan fugados?

—Algo.

—¿Y aún no ha atrapado a ninguno?

—No que yo sepa.

Suelta una risa ronca y desagradable.

—Si no los ha encontrado en ninguna parte, sabría que estaban aquí.

—Por lo que sé, una vez trajo aquí a su hija —dice Jim. Era una de esas cosas que le contaba el Viejo y lamentó al instante haberla dicho.

El hielo destella a través de sus ojos.

—Eso pasó mucho antes de que fuera alcaide. Y no era su hija.

—¿Cree que él sabía que estaban aquí? ¿Que quería que la mataran?

—Soy la única que sigue en pie con el alcaide Jugg al mando. Si no me crees, trata de encontrar un burdel en el pueblo. —La mirada le salta hacia un armario que hay arrinconado al fondo del salón—. Ahí dentro se dejaron una botella de brandy.

Jim se acerca al mueble y saca la botella, un licorero y vasos. Llena uno y se lo acerca.

—El alcaide Jugg se cree la niñera de este pueblo. —Apura el vaso

de un trago—. Si pudiera, me borraría del mapa. La única razón por la que no lo hace es porque sé lo que es.

Le tiembla la mano. Jim le coge el vaso y lo deja en una mesa.

—En eso está totalmente equivocada —dice Bellingham, apoyado en la puerta—. El alcaide no tolera la debilidad humana. No la deja en paz porque le tenga miedo. La deja en paz porque le hace el trabajo.

—Qué va a decir el perrito faldero de Jugg. —Coge el vaso de la mesa y se lo lleva otra vez a la boca, pero está vacío.

—Señora, se cree más importante de lo que es —dice Bellingham —. No se preocupe, nos pasa a los mejores.

Jim le coge el vaso y va hacia el armario.

—Si tocas esa botella, te haré trabajar en fin de semana mientras sigas vivo —dice Bellingham.

—Es para ella. —Jim llena el vaso de brandy—. Está a punto de decirnos en qué dirección han ido.

Los dos se giran hacia él.

—¿Te ha dicho algo? —pregunta Bellingham.

—Todavía no —dice Jim. Se acerca al árbol de Navidad, se agacha y coge una muñeca desmembrada, a la que han arrancado la cabeza y los brazos. La examina, vuelve a dejarla con cuidado en el pesebre y le lleva el brandy a Pearl.

—Los odio. —Su voz es tan quebradiza como un puro que hubieran dejado a pleno sol. Coge el vaso—. No sabéis cuánto.

8

El preso

—¡Frena, a esta velocidad nos vamos a matar! —dice Howard.

Bad News no se da por aludido. Conduce el Ford como si llevara subido al hombro un pájaro carpintero que le picoteara detrás de la oreja. Cada vez que mete o saca una marcha, cierra la mano huesuda con fuerza sobre la palanca de cambios y machaca los pedales con las botas de prisión.

—Lo digo en serio, gilipollas —repite Howard.

Pasan por un repecho y el salto le revuelve el estómago a Mopar. Sabía que era una mala idea darle las llaves a Bad News. Incluso se lo dijo a Howard. Pero Bad News se puso hecho un basilisco y Howard le dejó que condujera para no seguir oyéndolo. Eso es lo que se consigue cuando se cede siempre.

Por si fuera poco, Bad News está hablando solo. Una retahíla de palabras a medio terminar mezcladas con gruñidos guturales, como si soñara que conduce y hablara en sueños. Toman una curva a tal velocidad que Mopar está a punto de perder el conocimiento.

Howard intenta decir algo, pero no le da tiempo. Esa curva ha sido una de más. Las ruedas traseras derrapan sobre una placa de hielo y salen disparados por el arcén. Bad News gira el volante y da unos bandazos con el coche hasta recuperar el control, pero ahora circulan por la cuneta.

—Vuelve a la carretera —grita Howard—. Cabestro, vuelve de una vez.

Chocan con unos paranieves que saltan por los aires. Un crujido y el chirrido agudo del metal que se desgarra, con trozos de madera pasando al vuelo sobre el capó. Bad News sigue girando el volante; se dirigen a un terraplén, directos hacia un pino retorcido que sale de una roca. Cuando se estrellan contra el árbol es como si alguien hubiera lanzado un ladrillo contra un muro. Y todo se detiene.

Nadie dice nada. Se quedan sentados mientras el coche se desploma alrededor igual que un perro de caza al límite de la extenuación.

Al rato, Bad News apaga el contacto y baja del coche. Cuando estira los brazos parece como si llevara una eternidad al volante (diez millas, nada menos) y tuviera los hombros agarrotados.

Aunque solo le ve la espalda, Mopar sabe que Howard baja del

coche rechinando los dientes y con mala cara. Va mascando sin goma de mascar. Camina hasta el asfalto y mira en una oscuridad que parece infectarlo todo de negro. Al otro lado de la carretera los pinos están cubiertos de nieve como si acumularan el polvo de un día en desintegración.

—¡Tonto del haba! —dice Howard sin girarse hacia el coche—. ¿No te dije que frenaras, cerebro de mosquito?

Bad News se encoge de hombros. El motor sigue sonando frenético, con un charco de aceite y refrigerante bajo el morro.

—Nunca he conducido un cochazo así. Quería ver de qué es capaz.

Howard lo mira.

—Qué ganas de fumar un pitillo. —Bad News lanza un suspiro con satisfacción—. Cuando conduzco, me dan ganas de fumar.

Howard lo fulmina con la mirada.

—Era imposible ver esa placa —dice Bad News—. Aunque hubiéramos ido pisando huevos, habría pasado lo mismo al llegar al hielo.

—Si te consuela pensar eso… —responde Howard—. Ya me lo dirás cuando un carcelero te espose a la cama y te reviente el culo con un palo de fregona.

—Aguardad.

Cuando Warrington dice algo, todos callan. Al igual que Bad News, Warrington sigue con ropa de prisión, pero la cara redonda y el bigote fino le dan más aspecto de banquero que de recluso. Al menos, hasta que hablas con él. Porque no habla como un banquero ni como un preso. Habla con palabras chapadas a la antigua que suenan como salidas del Almanaque del granjero. Y fue precisamente una de esas palabras la que lo llevó a prisión, cuando un vecino hizo promesas a la hermana de Warrington que luego no fue capaz de cumplir. Así se lo contaron a Mopar.

—Conozco estos andurriales.

—Pedazo de inútil. —Howard sigue con la mirada clavada en Bad News—. Sirves para menos que un coño meado.

Bad News mete las manos en los bolsillos y silba para sí. Es una canción de The Doors.

—Por el altozano —dice Warrington. Tiene las puntas del bigote congeladas y rizadas por el hielo—. La granja lechera queda a menos de una milla de aquí.

—¿Qué granja lechera? —pregunta Howard—. ¿La de prisión?

—Sí. —Warrington asiente—. Trabajé allí.

—Tendrán un coche —dice Howard—. Y armas.

—May take a week, may take longer… —canturrea Bad News.

Por un momento Mopar piensa que con eso acaba de colmar el vaso. Que ahora toca que Howard le rompa el cuello a Bad News.

Pero lo único que hace Howard es asentir a Warrington para que encabece la marcha.

Mopar no tarda mucho en darse cuenta de que están metidos en un auténtico lío. Se han salido de la carretera y van a pie en dirección suroeste, hacia las montañas nevadas, sin nada que los proteja de la tormenta más que unos cuantos álamos y pinos enclenques. El viento se le cuela por los bajos de los pantalones y sube helándole los huesos hasta perforarle la cara. Si consiguen acercarse a las montañas, habrá más árboles para cortar el viento, pero ya no sabe dónde están. Con tan poca luz es imposible saber si algo está a veinte metros o a doscientos.

Tampoco confía mucho en que Warrington recuerde dónde está la granja lechera. Lleva los brazos cruzados para darse calor a través de la chaqueta de prisionero y da la sensación de que podría congelarse y caer muerto en cualquier momento.

Por lo que parece, a Bad News le da igual. Sigue silbando la misma cancioncilla sin gracia de The Doors, con la mirada tan vacía como la de un niño muerto. Mopar ha tenido varias veces la tentación de preguntarle qué le hizo a su novia para acabar en la cárcel, pero al final siempre cambia de idea.

Entonces Mopar distingue una luz entre el todo violeta.

—Mirad, allí —dice.

—Eso no es la granja de prisión —dice Howard.

—A saber dónde está —dice Mopar—. De todos modos, jamás llegaremos sin ir bien abrigados. Tal y como vamos, no aguantaremos ni veinte minutos más.

—Necesitamos armas —dice Howard.

Mopar mueve la cabeza hacia Warrington. Camina arrastrando una pierna como un animal con la pata rota, y las muñecas y los dedos se le empiezan a amoratar.

—Me tenéis todos hasta las pelotas —dice Howard.

La granja está en mitad de un valle lleno de álamos y por la chimenea sale una nube de humo. Pocas veces en la vida ha visto Mopar algo más bonito.

—Vosotros dos, escondeos —les dice Howard a Warrington y Bad News que siguen con la ropa de prisión; y a Mopar—: Tú hablas.

Suben los escalones del porche; Mopar llama y Howard se aposta al otro lado de la puerta.

La voz de una mujer suena al otro lado.

—¿Quién es?

—Hemos venido por la fuga —dice Mopar.

—¿Qué fuga?

—Imagino que aquí no habrán oído la sirena. Se han escapado doce prisioneros. El alcaide Jugg está informando por radio.

—Murray, ¿sabes tú algo de una fuga? —grita la mujer.

Un hombre responde algo ininteligible.

—Por lo visto, es cierto —dice la mujer—. Estaba fregando los cacharros. Yo no aguanto la radio, pero el bobo de mi marido se pasa el día con la oreja pegada a ese chisme.

—¿Podemos pasar, señora? —pregunta Mopar—. Aquí fuera hace frío.

—¿Quién ha dicho que son?

A Mopar le da por pensar que no debería haberse quitado la corbata en casa de Pearl Greene.

—¿No ve el uniforme? Estamos haciendo una ronda por las casas a las que podrían venir los fugados.

—Si son guardias, ¿por qué no han venido en coche?

—Chupapollas.

Bad News abre de una patada la puerta, que golpea a la anciana en la mejilla al caer.

—Ya está abierto —dice, con una pequeña reverencia.

—De qué coño vas —responde Howard.

Mientras la mujer sigue tendida en el suelo, un hombre asoma por una puerta a la derecha.

Howard le apunta con la escopeta.

—No muevas un pelo —dice, entrando en la casa.

Warrington y Bad News lo siguen y se quedan pegados a su espalda, mientras Mopar levanta la puerta y se recuesta en ella para que no se abra. Están en la sala de estar. Un sofá, sillas, unos aparadores y tapetes. Una estantería sin libros, llena de fotografías. Todo está limpio, desempolvado y con olor a limón.

—¿Hay alguien más? —pregunta Howard.

—¿Está muerta? —El hombre viste un traje de color marrón y se lleva la mano hacia la corbata como si fuera a quitársela de decirle que sí.

—Que si hay alguien más en la casa, joder.

—Solo estamos Alice y yo.

Alice gime y se incorpora. Tiene la mejilla enrojecida y amoratada donde ha recibido el portazo.

El hombre suelta la corbata. Se quita las gafas y estira el brazo para inspeccionarlas, como para comprobar que funcionan.

—¿Qué hacen aquí estos hombres, Murray? —pregunta Alice.

Murray vuelve a ponerse las gafas.

—¿Por qué les has dejado pasar? —insiste.

—No nos ha dejado pasar nadie. Tiré la puerta de una patada y te dio en la cabeza, zorra. Ponte de pie y repetimos.

—¿Qué hacemos con esta puerta si alguien viene a buscarnos? —pregunta Howard.

Parece que Bad News no se da cuenta de que le ha preguntado a él. Mira fijamente un bordado de punto de cruz que cuelga enmarcado de la pared.

—¿Qué dice ahí?

—Léelo tú, zote —dice Howard.

—Ya no sé leer. Un día tomé ácido y miré directamente al sol. Desde entonces no veo más que garabatos.

—Tu puta madre.

—Lo digo en serio —continúa Bad News—. Me encanta ese búho, ¿qué pone?

—Que eres más valiente y listo de lo que crees —responde Howard —. Pero en tu caso no es verdad. No conozco a nadie tan imbécil.

—A la puerta no le pasa nada —dice Bad News, como si no lo hubiera oído—. La colocamos otra vez en su sitio y aguantará.

—Da igual que aguante o no —dice Howard—. Si se acercan los maderos, se darán cuenta de que la hemos abierto de una patada.

—Entonces, habrá que cargárselos si se acercan mucho.

Cada vez que Bad News dice algo, a Howard se le tuerce el gesto. Ahora vuelve a pasar, pero esta vez por duplicado.

—Vosotros dos —habla con los ancianos—: necesitamos armas y ropa. Y las llaves del coche. Sé que tendréis un coche por ahí.

Los ancianos no reaccionan.

—El coche lo primero —dice Howard—. ¿Dónde está?

—En el granero —responde Murray.

—Cierra esa bocaza, Murray. —Esta es Alice.

—¿Y las armas?

—No tenemos armas —dice la mujer.

—Si vuelve a mentirnos, te doy esto y te dejo pegarle un tiro —le dice Howard a Murray.

Alice mira a su marido.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé —dice Murray—. Pregúntaselo a él.

—A mí no me vengáis con preguntas —dice Howard—. Tenéis tres segundos para decirme dónde están las armas o acabáis los dos con un tiro en la cabeza. Las damas primero.

Murray está tan rígido como el gallo de una veleta.

—Ni se te ocurra abrir la boca, Murray —dice Alice.

—En el piso de arriba, debajo de la cama —responde.

—Pero mira que eres idiota, Murray. Qué carga la mía…

Howard se lleva el dedo a la frente y se rasca en un punto exacto.

—Warrington, sube las escaleras y ve a por las armas. Bad News, tú coge algo de ropa. Alice, ve a prepararnos un café. Si sigues mucho

por aquí, creo que voy a matarte a hostias.

9

Los reporteros

Es una de esas tormentas por las que te arrepientes hasta de la última mentirijilla piadosa que has dicho en la vida. Aún les falta más de medio camino para llegar a Old Lonesome, nieva copiosamente y el coche avanza haciendo cabrillas por el destello blanco de los faros. Garrett lidia con el volante y se muerde el labio inferior. Stanley bebe una cerveza Coors y piensa en la vida de Garrett para no tener que pensar en la suya. Estaba en el trato: Garrett conduce para que Stanley pueda beber cerveza.

Garrett no tiene teléfono en casa, así que tuvieron que acercarse para avisar a su esposa. No parecía atractiva en la foto que había visto Stanley. Y aún lo era menos en persona. Caderas anchas, labios con calenturas y acné prolífico, con un niño lleno de mocos cargado en la cadera y un bebé llorando en el moisés. Fue embarazoso ver semejante miseria. Los platos estaban sin fregar y era evidente que no habían pagado la factura de la calefacción. El niño y ella iban envueltos en unas mantas raídas. No tenían televisión, y tampoco sonaba la radio. Había libros sobre unos tableros sujetos por bloques de hormigón. Incluso el árbol de Navidad parecía sacado de una tienda de segunda mano, con palomitas de maíz, arándanos y unos adornos de cartón pintados a mano por encima. Stanley pensó que era más que suficiente para meterse un tubo de escape en la boca.

El sol se ha puesto y se han extinguido también las últimas luces del ocaso. Pero aún no es noche cerrada. A sus años Stanley ya lo ha comprendido. Seguirá oscureciendo, cada vez más negro. Quien no lo entiende no sabe nada de la vida.

O es un crío.

Como este de aquí.

Stanley mira a Garrett. Debería haberle dicho que se cambiara de ropa. Sigue con el traje naranja y los botines negros que llevaba en el bar. Por lo menos, así vestido los guardias no le dispararán por descuido. Qué coño, quizá mate a los fugados de un ataque de risa.

Garrett gira el volante y la antigualla cruje y rechina al tomar la curva. Aunque no conduce él, Stanley nota que las ruedas patinan sobre una placa de hielo. No van ni a cuarenta kilómetros por hora, pero es más peligroso que todas las veces que ha bajado por Colfax quemando rueda a media noche.

—¿Podemos encender la radio? —dice Garrett—. Quizá ya

podamos oír algo desde aquí.

Stanley gira el dial y da con una voz entrecortada por interferencias: «…les recordamos que esta noche cierren la puerta con llave y que si tienen un arma de fuego… todos… los hombres siguen…». Y se acabó.

—Ese era el alcaide Jugg —dice Garrett y da un golpe al volante. La noticia le ha gustado tanto que repite el golpe—: Aún no los tienen.

—No te emociones tan rápido, chico —dice Stanley—. La mayoría de los reportajes se enfrían antes de llegar. Aún tienen tiempo de matarlos a todos. Y ten por seguro que lo harán en cuanto los pillen.

—Un tiroteo también es un reportaje de la leche.

Stanley cierra los ojos. Tanto entusiasmo le agota las fuerzas.

—De acuerdo —dice Garrett—. Morderé el anzuelo: ¿por qué iban a matarlos a todos?

—Por la misma razón por la que matarías a un perro que se comiera una de tus gallinas. Porque ha probado el sabor.

Una sombra de arrepentimiento atraviesa la cara de Garrett.

El arrepentimiento es aún más agotador que el entusiasmo.

—Me contaron que mataste a más amarillos que el napalm —dice Stanley—. Por lo que oí, defendiste Khe Sanh tú solo. Guardaste tú todo el puñetero pueblo.

Garrett agarra el volante con fuerza para tomar una curva.

—Si maté a alguien, fue porque se me echó encima.

—No es lo que me han contado a mí —dice Stanley—. Ni por el forro. Dicen que aguantaste los setenta y siete días del sitio y que estabas allí cuando la operación Pegaso abrió las puertas.

—Si dicen eso, no fue así —dice Garrett—. No fue eso lo que pasó.

Solo hay una cosa que agota a Stanley más que el entusiasmo y el arrepentimiento: la humildad.

—Es extraño que la oficina de reclutamiento no te llevara de gira —dice.

—Nunca se dio la ocasión —dice Garrett—. ¿Dónde serviste tú?

—En Corea.

—¿En qué parte de Corea?

—En cualquier sitio donde pudiera esconderme. Redactando artículos.

—Ese trabajo también es importante.

—Eso me decían —dice Stanley—. Había que mantener alta la moral de las tropas.

—Sirvió de mucho.

—¿Eso crees? ¿Os subía la moral leer Stars and stripes?

Garrett no responde. Está tan concentrado en la calzada que Stanley no está seguro de que lo haya oído. El traje no es lo único que le hace resultar ridículo. También es obra del pelo y la barba. Y de la

forma en que se sonroja cuando está nervioso; lo que, por otro lado, es casi siempre.

Stanley enciende un Lucky Strike con el mechero del coche.

—¿Has leído El corazón de las tinieblas?

—Sí —responde Garrett—. Mi mujer me mandaba libros. Quería que me hiciera listo para poder hablar con ella al volver a casa.

—¿Recuerdas las últimas palabras de Kurtz?

Garrett entorna un instante los ojos y luego los abre como platos. Chasquea los dedos.

—¡El horror, el horror!

—Exacto. Pero ¿recuerdas lo que le dijo Marlow a la novia de Kurtz al volver a casa, cuando le preguntó cuáles fueron sus últimas palabras?

Garrett tiene los ojos prácticamente cerrados.

—¿Su nombre?

Stanley suelta el humo por la nariz.

—Eso fue trabajo de Stars and stripes —dice—. Siempre se añadía esa línea para las mujeres que aguardaban en casa. Era lo que dictaba la censura para las cartas.

—No podían publicar las historias reales —dice Garrett.

—Eso es. Cuando lleguemos al pueblo, recuerda bien una cosa: no pierdas de vista el reportaje. —Stanley aspira otra calada y cierra los ojos—. Y procura que esta tartana no acabe en el desguace.

Pasó un par de semanas antes, en una fiesta. Ahí terminó para siempre. Una de esas fiestas navideñas que Stanley detestaba por encima de todas las cosas. Si tienes un melocotonar en Evergreen te invitan a muchas fiestas. Y todas son del tipo de fiesta en la que los niños se quedan en el desván para no ver lo que hacen los adultos. Esa también. La mitad de la gente estaba alrededor de la mesa, liando canutos y haciendo rayas. La otra mitad desaparecía con el marido o la mujer de otra persona.

Stanley era de los de la mesa. Estaba preparando rayas de cocaína en una fuente de porcelana china. Y contando anécdotas mientras. Empezó contando cómo conoció a su esposa Marjorie. Recién llegado de Corea, estaba en Denver tratando de llegar a Montreal a dedo. Hizo una parada en un club de striptease y allí vio bailar a Marjorie. Cuando terminó su turno, tomaron una juntos, hablaron de libros y de lo horrible que es la televisión. También descubrieron que a los dos les encantaban los melocotones.

Era una buena anécdota, pero, como siempre que se lleva suficiente maría y cocaína en el cuerpo, Stanley se iba perdiendo y olvidando las bromas que siempre arrancaban una risa al público. Al rato, perdió el hilo por completo y empezó a hablar del cuento de

Melville en el que una mujer se queda varada en una isla y pasa años en la más completa soledad y comiendo carne de tortuga hasta que la encuentra un ballenero. También les contó que no se sabe lo que sucedió después, porque según Melville hay cosas sobre las que no se escribe.

Sin embargo, esa no era la historia de la que quería hablar. Lo que quería contar Stanley tenía que ver con el silencio y con la imposibilidad real de hablar sobre la atrocidad. Quería decir que es una lección que aprender si se quiere sobrevivir en el mundo de los Vietnam y las Corea. Y que quizá —solo quizá— es por eso por lo que atrocidad y espiritualidad tienden a ir de la mano. En los textos espirituales las personas suelen presenciar hechos terribles o haberlos sufrido. Puede que la espiritualidad no sea otra cosa que algo que presencias o vives y que tu mente no alcanza a expresar con palabras. Algo para lo que no existen las palabras. Si es así, ¿hay acaso mejor forma de acceder al reino espiritual que a través de la atrocidad? Podría tener sentido clavar a alguien a una cruz o bombardear una aldea si es la forma de encontrar a Dios.

En esas cosas se piensa con la cocaína.

—En la naturaleza, como en el derecho, puede ser calumnioso enunciar ciertas verdades —dijo Stanley, pero, cuando levantó la mirada, vio que nadie le prestaba atención. De hecho, habían desaparecido la bandeja de porcelana y toda la cocaína. Y todos los demás. Lo habían dejado solo en la mesa de madera.

Fue igual que despertar de un sueño. Al otro lado de la cocina estaba Marjorie. Sostenía un cigarrillo y se contoneaba bien pegada a un tipo de barba morena y coleta, pantalones de lana y botas de leñador. Lo miraban los dos y sonreían. No eran sonrisas amables, sino como la que dejarías escapar si vieras a alguien sentado en la acera, comiendo su propia mierda en una caja de zapatos.

Stanley se levantó y fue hacia la pareja. El suelo de madera crujía bajo sus pasos, inseguros por la luz turbia que dejaba pasar la tela que cubría las lámparas. Pasó por delante de una pareja sentada en un sillón de cuero hecho jirones, el hombre con las manos metidas debajo del suéter de ella, que gemía como un lechón mamando.

—Hablando del rey de Roma… —dijo Marjorie. Esa noche su cara redonda y bonita no era hermosa. Parecía revuelta y embotada por el alcohol, y era como si la persona que se escondía tras aquella piel esperase a dar el salto para agarrar a Stanley por el cuello—. Le decía a Dusty que cuando empiezas a hablar te da igual si te escucha alguien. Queríamos ver cuánto tardabas en darte cuenta. —Puso una mano sobre el brazo de Dusty—. Cuando va de coca habla de Melville y de Flaubert, con whisky.

De pronto, Dusty pareció muy incómodo.

—Tampoco tienes que fiarte demasiado de sus citas —siguió diciéndole Marjorie—: No creas que todas las citas que dice son auténticas. Aunque también podría ser que lo único que suelte por la boca sean citas de otros.

Era como si Dusty quisiera meterse dentro de la barba y desaparecer de ahí.

—No le des importancia —le dijo Stanley—. Ya verás que le gusta estar humillando todo el tiempo.

Marjorie lo golpeó. Le dio una bofetada en la cara tan fuerte que le cortó la mejilla con la alianza.

Stanley le devolvió el golpe. Él, con la mano cerrada.

Por muchas vueltas que le diera, nunca llegó a saber cuándo se torcieron las cosas entre los dos. Estaban tan desgastados por las peleas y tan susceptibles por los golpes bajos que ya no se reconocían. Marjorie lo despreciaba por entero y tampoco quedaba mucho que no despreciara él de sí mismo. Su mundo se había encogido hasta hacerse del tamaño de una jaula para pájaros.

Volvió a pegarle, tan fuerte que la lanzó contra la chimenea.

Ella agarró el atizador y se abalanzó sobre él.

Entonces se encontró rodeado de gente. Lo agarraron entre todos y lo empujaron contra la mesa de la cocina, que acabó volcada en el suelo.

En ningún momento paró de dar golpes ni de maldecir.

10

La forajida

Lo más seguro es que hacer lo que Dayton se dispone a hacer sea una pésima idea. Un desastre, en definitiva. Cada vez que visita a la familia se arrepiente. No ve a los padres de Mopar desde hace años, y la última vez fue mucho antes de que Mopar ingresara en prisión.

No hay motivos para culpar a Dayton de que Mopar acabara como acabó. En cuanto aprendió a andar, quiso largarse de casa de sus padres. Todo el mundo sabía cómo se ponía Ed cuando estaba bebido y todo el mundo sabía que era raro que no lo estuviera. Era uno de los motivos por los que el negocio nunca funcionó bien. Ed era el mecánico más barato del pueblo, pero ir a su taller era jugársela. La gente sabía que podía llevar el coche para que le cambiara el aceite y salir sin cárter. Y, por mal que se portara con los coches, siempre se portaba peor con su hijo. Todo el pueblo sabía lo que ocurría en aquella casa. Dayton lo sabía, desde luego. Cuando Mopar cumplió dieciséis dejó el instituto y aceptó un trabajo en el desguace de Schmidt. Apenas le pagaba, pero podía quedarse a dormir en una caravana destartalada.

Por supuesto que no tienen motivos para culparla de que Mopar se marchara de casa. Pero lo hacen. Toda la familia. Aunque ni siquiera estaba en el pueblo cuando él se marchó, sino en California. Sin embargo, fue la primera en dejar los estudios y marcharse de casa, en demostrar que se podía hacer. Y, aunque Mopar nunca fue más allá del desguace de Schmidt, para ellos era lo mismo. Dayton y Mopar eran de la misma generación e igual de decepcionantes. Los rencores no se explican con razones.

Hay veces en las que Dayton desearía haberse quedado, al menos hasta terminar el instituto. Pero el mundo estaba lleno de cosas que no llegaban a aquel pueblo. Las veías en las revistas, hablaban de ellas en la radio y salían por televisión. Sabías que estaban ahí fuera y que te estabas perdiendo gran parte de la historia. O la historia entera.

La culpa era de aquel pueblo. El supermercado de Perkins y una lata de refresco, unas adolescentes que salen mirando entre risitas a los chicos que fuman cigarrillos en la acera de enfrente. Apretujarse en un coche mal carenado para dar vueltas por la avenida el sábado por la noche. Perder el control antes de que salga el sol, prendiendo fuego a papeleras y llamando a los timbres. Mocosos merodeadores en busca

de una esposa que tome tantos manhattans para pasar los ansiolíticos que olvide correr las cortinas antes de desnudarse. Se sacan la polla para masturbarse entre los arbustos, con la cremallera de los tejanos rozándoles el escroto.

Los domingos al salir de misa, la cola de guardias con el pelo rapado en la ventanilla del drive-in de Chilly Bear cargando cajas de Coors bien frías y bolsas de papel llenas de hamburguesas para llevar a casa. Suficientes para dar de comer a todos los vecinos. O ese dentista que tiene una mujer que está tan buena que aporrearías la puerta del coche con la polla. Y el anciano con sombrero de ala ancha y botas de vaquero que sale dando tumbos del Yard, se topa con una familia que va de camino al cine y les cuenta que los indios han intentado prender fuego al tejado y que nos habrían matado a todos de haber podido. La madre que aleja a los niños a toda prisa del cowboy y le tapa los oídos al más pequeño, mientras el padre se queda atrás para decirle al viejo que cierre la puta boca o se la cierra él.

El edificio del Dos Tortugas Credit Union, con una torre como la de una iglesia, adonde acuden las taciturnas esposas de los guardias a ver unos saldos cada vez más exiguos, contando los días para dejar a su marido de una vez. Y no volver en jamás de los jamases.

Allí no había nada más. Solo esa basura, pero bastaba para querer guardar el corazón bajo llave y tirarlo al fuego.

A todo se sumó la otra chica. Betty era mayor que ella y vino a casa para ayudar a la madre de Dayton mientras Dayton estaba en clase. Los médicos no sabían qué le pasaba, pero todos estaban de acuerdo en que necesitaba reposo en la cama. Cuando tenía clase, Dayton no podía llevarle comida al dormitorio ni cambiar el canal de televisión, así que contrataron a Betty.

Cuando Dayton llegaba del instituto, Betty le daba un cigarrillo y se sentaban juntas a fumar en los escalones de entrada. Era una chica corpulenta, con la nariz respingona y unos ojos marrones que habrían sido bonitos de no mirarte como si te estuvieras babeando encima. Se trajo esa mirada consigo de Boulder, adonde había ido a la universidad a estudiar algo sobre piedras.

Sucedió una tarde de otoño. En el patio había un álamo y estaba todo el suelo lleno de hojas amarillas. Betty le pasó a Dayton un Marlboro y sujetó entre los labios otro cigarrillo sin encender, mientras quitaba el envoltorio de una nube rosa de golosina.

—Sé que es tu madre —le dijo a Dayton—, pero yo no querría vivir así.

—No está tan mal. —Dayton raspó una cerilla de cocina en el cemento del porche y encendió el cigarrillo—. Ahora que papá ha movido la tele, ni siquiera tiene que bajar las escaleras.

—A mí también me gustaría tener a alguien que me cambiara de

canal. —Betty mordió la golosina, engulló sin masticar, se limpió los restos de coco rallado de los labios y encendió su pitillo—. ¿Y qué vais a hacer cuando me largue?

Dayton estaba absorta mirando el reflejo del sol sobre las hojas de álamo y no la comprendió bien.

—¿Cuando hagas qué?

—Cuando me largue —dijo Betty—. Me marcho dentro de dos días.

—¿Adónde vas?

Betty alternaba mordiscos al dulce y caladas al cigarrillo.

—A Moab.

Dayton rompió a reír.

—¿Moab?

Betty la miró de esa forma.

—En Moab hay un escritor. Está escribiendo un libro en los Arcos.

—Moab, muy bien —dijo Dayton y se quedó pensando—. Imagino que encontraremos a otra persona.

—No lo haréis —dijo Betty—. No sabes lo que me dice. Nadie más lo aguantaría.

—Sé lo que dice.

—Y encima, los mordiscos. —Betty cogió un pedazo de golosina con los dedos y se lo metió en la boca—. Esa mujer muerde como un pitbull. Aunque los aporrees en la cabeza, no sueltan la presa.

—Sé lo de los mordiscos.

—No está enferma.

—Los médicos dicen que sí.

—Claro, pero solo de la cabeza.

El cigarro de Dayton sabía a ceniza y tiza. El caminillo parecía una serpiente bajo las hojas. No de las que muerden, de las que se enrollan alrededor y aprietan hasta que mueres.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Sabes conducir?

—No lo he probado, pero aprenderé.

Betty había perdido esa mirada. Lo que tenía delante ya no le parecía tan indigno como alguien incapaz de contener la baba.

—Supongo que valdrá.

Se marcharon ese fin de semana y Dayton no se lo contó a nadie. Vació la cuenta, le limpió el bolso a su madre y se marchó en mitad de la noche. Resultó que el escritor se había marchado de los Arcos hacía años, así que decidieron ir a Las Vegas. Y Las Vegas era una fiesta. Como siempre es Las Vegas. Pero Las Vegas es de esas fiestas que siempre terminan en la habitación de un hotel de mala muerte, con la pierna lechosa de un crupier echada sobre la tripa. Y aquella vez, la fiesta no fue diferente. Para Betty, al menos. Dayton, por su parte, le vació los bolsillos al crupier y compró un billete de autobús de ida a

Los Ángeles.

No es que Los Ángeles tuviera algún significado especial para Dayton. En todo caso, no más que Las Vegas. Al bajar del autobús, una manta de smog gris cubría la ciudad. Se detuvo en el primer restaurante que vio donde buscaban camareras y se quedó a trabajar allí.

Hizo todo lo que hay que hacer en Los Ángeles. Vio a los musculitos de Venice Beach sacando bíceps para las fotografías. Esperó el autobús en amplias avenidas llenas de Cadillacs. Fue a clubs con luces de neón donde se puede pasar la noche bebiendo gratis, eso sí, garrafón y a costa de escuchar al tipo que te pagó la copa. Enseguida perdió la gracia. Los Ángeles es de esos sitios donde te envuelves en papel de regalo, te pones un lazo y pronto olvidas que viniste de otro lado. En realidad, no sucedían muchas más cosas que en su pueblo. Solo era una nada diferente.

Siguió así hasta que un día le compró hierba al friegaplatos del trabajo, se colocó por la noche, sintió nostalgia y llamó a su madre desde una cabina. Y sonó casi normal, como la madre que recordaba de otra época. Convenció a Dayton para que volviera y pareció que todo estaba bien.

Pero no era verdad.

En Los Ángeles no vivió la gran aventura que todos pensaban, aunque Dayton no les quitó la idea. Se marchó y volvió a casa antes de que todo empezara: la vida nocturna de Sunset Stripe; los productores de maquetas y las estrellas de rock a la pesca de adolescentes en limusinas; el gran baile de máscaras con orgía underground (¡guambo!); los beatniks y las chapas de «Dios no ha muerto, lo han arrestado» para protestar contra el toque de queda, y melenudos dando tumbos por la calle y alucinando por la ciudad como si aquello fuera el País de las Maravillas. Dayton se lo perdió todo. Fue simple cuestión de tiempo. Para entonces ya estaba de vuelta y trabajando en el Yard seis noches a la semana y cuidando a su madre por el día. Otra vez le tocó leerlo en las revistas y verlo por televisión. Deseando estar allí. Deseando estar en cualquier otro lugar.

Ahora podría irse si quisiera, pero no lo hace. No se va a marchar ahora que Ethan no está y que la granja es suya. La próxima vez que se marche será para siempre. La próxima vez, no volverá.

Cuando sube a la camioneta para ir al pueblo es de lo único que está completamente segura.

11

El rastreador

Jim Cavey ya sabía que los presos no se dirigían a Denver ni a México. Al menos los listos, precisamente para los que le necesita el alcaide Jugg. Lo sabía porque ha imaginado su propia fuga tantas veces que ha perdido la cuenta. Por eso, no le sorprendió que Pearl les dijera que iban de camino a Fort Collins. Pensó que con eso había terminado. El alcaide Jugg podría llamar a Fort Collins y los polis se ocuparían de todo.

Van en el coche de vuelta a la prisión. La calefacción está en marcha, pero no puede con el frío. El olor empalagoso del anticongelante se cuela por las salidas de aire. Bellingham está cabreado. No le ha gustado que Pearl Greene dijera que es el perrito faldero de Jugg. Pero es su perrito faldero. En eso consiste su trabajo, lo mismo que el de Jim. A nadie le gusta que le recuerden que es propiedad de otra persona.

—¿Cómo pretenden llegar a Fort Collins? —pregunta Bellingham.

Para Jim oír eso es como recibir un golpe en la boca del estómago con una pala de nieve. No responde.

—Te he hecho una pregunta —insiste Bellingham.

—La única opción que tienen es coger la 52 —dice Jim, que ya lo había pensado—. No hay otra forma con este tiempo.

—A la 52, entonces —dice Bellingham—. Anímate, hombre.

—No sé si deberíamos ir a Fort Collins con esta nevada —responde Jim—. Está arreciando.

—Tu padre sería el primero en ir tras ellos. —Bellingham gira el volante y el coche cambia de dirección—. No habría buscado ninguna excusa.

Bellingham acelera y el motor responde con un rugido quejumbroso. Por un momento derrapan, pero las ruedas recuperan el agarre y salen disparados hacia la oscuridad, con una nieve tan tupida que es como precipitarse hacia el espacio rumbo a las estrellas.

Lo que dice Bellingham no es del todo cierto. Sin duda, el Viejo habría seguido el rastro de un fugitivo da igual el tiempo que hiciera, pero, cada vez que se montaba en un coche de la prisión, iba callado como un muerto y con los dedos clavados en los muslos.

El Viejo ya era viejo cuando se hizo padre. Jim nunca supo qué edad tenía exactamente, pero pasaba de los cincuenta. Cuando murió

en el sesenta y tres, la esquela del periódico dijo que tenía entre ochenta y dos y ochenta y cuatro años, pero nadie lo sabía a ciencia cierta. El Viejo siempre andaba contando historias y no le gustaban los números. Ni los coches.

En los mejores años de su vida, no había muchos. Y, como la madre de Jim murió tan joven, no tuvo nadie a su lado que le atemperara el desprecio por tales modernidades. Ya no digamos el aire acondicionado ni los servicios en el interior de las casas, que le parecían algo contra natura, una aberración demencial. Hacer sus necesidades dentro de casa es para vomitar, decía.

Tampoco a él le habría hecho ninguna gracia lo que le habían hecho los presos a Pearl Greene. De haberlo visto, no habría descansado hasta que estuvieran todos muertos o de vuelta tras las rejas.

Jim recuerda otra fuga invernal. Fueron el Viejo y él solos a caballo. Siguieron el rastro de los tres presos unas doce millas al este del pueblo, hasta la choza de una familia mexicana. Padre, madre y una niña que tendría más o menos la edad de Jim por entonces, unos once años. La niña estaba enferma y asustada, su madre la tenía envuelta en una manta sobre el regazo y temblaba como si tuviera fiebre. Escondió la cara al ver a Jim y al Viejo. Tembló y lloró. A Jim le dio miedo y también tuvo ganas de llorar.

Dieron caza a los presos al día siguiente. Trataban de encender una hoguera entre unas rocas, a los pies de un pino. El Viejo se les echó encima con el Winchester:

—Quiero que subas a esa roca —le dijo a Jim—. Ve hasta allí, cierra los ojos, tápate los oídos y canta Brown-eyed Lee. Tan alto como puedas. No quiero dejar de oírte.

Jim hizo lo que le mandó y cantó a voz en grito, una y otra vez. Cuando el Viejo le dio un golpe en el hombro, había repetido la canción cinco veces. Los ojos del Viejo ardían. Tenía la barba manchada de sangre y de tabaco mascado. Regresaron al pueblo y le dijeron al alcaide dónde estaban los fugitivos.

—¿Los dejaste allí? —le dijo el alcaide—. ¿Y si salen corriendo?

—No lo harán —respondió el Viejo.

En efecto, no lo hicieron. Dos de ellos ni siquiera volvieron a andar.

—¿Sigues enfadado? —pregunta Bellingham.

—Estoy pensando —responde Jim.

—Pensando en que quieres que dé media vuelta.

—En realidad, justo lo contrario.

—Estupendo —Bellingham se pone bien la gorra—. A veces, tu cautela podría confundirse con otra cosa.

—Si Pearl nos dijo adónde iban, fue gracias a mí.

El coche vuelve a derrapar sobre una placa de hielo y Bellingham forcejea con el volante. Jim se agarra las piernas. Recuerda algo que le dijo el Viejo sobre Bellingham. Le dijo que es como un hombre vuelto del revés, con las partes duras por dentro y las blandas por fuera. Lo dijo cuando Bellingham volvió de la guerra y lo que pretendía era hacer un cumplido.

—No te entiendo, Jim —le dice Bellingham—. No hay forma de entenderte.

—Supongo que no hay nada que entender.

Bellingham gira el volante para tomar una curva.

—Me han contado lo que le pasó a Chris Hansen.

Jim no dice nada.

—Pasó seis semanas metido en el hospital. Le dijo a Jugg que se cayó por las escaleras del bloque seis y Jugg lo creyó. ¿Cuál fue la sensación? ¿Qué sentiste cuando nadie sospechó de ti?

Los copos de nieve pasan al otro lado del cristal como cometas. Jim cierra los ojos y trata de que el estómago vuelva a ponerse en su sitio.

—Apuesto a que querías dar que pensar a los demás guardias —dice Bellingham—. Creíste que así te dejarían en paz.

—Me da igual lo que piense la gente.

—No todo el mundo, Jim. —Ha dejado de sonar a sorna—. Cojamos a esos hombres y el alcaide Jugg te dará el trabajo que mereces. Si se lo pides, te pondrá al mando de un turno.

—No es lo mío.

A Jim le están mareando los copos de nieve que pasan a toda velocidad. Por eso detesta los coches. Todo va muy rápido y no tienes dónde meterte cuando te empiezan a hablar.

Bellingham abre los ojos de pronto de par en par, como una ventana con un golpe de aire. Pisa a fondo el pedal del freno y el coche se detiene entre sacudidas en el arcén.

—¿Qué pasa? —pregunta Jim—. ¿Has visto algo?

Pero Bellingham ha bajado ya del coche y está corriendo de vuelta por la carretera, alumbrándose con la linterna.

Jim va tras él. Casi se da de bruces con Bellingham antes de ver el coche.

Es un flamante Ford LTD. Hay un rastro de astillas y paranieves rotos, y está hundido contra una roca de la que sale un pino raquítico. La puerta del pasajero está colgando de una bisagra.

Bellingham la arranca de un tirón. La luz de la linterna parpadea y le da un golpe para que pare. Ilumina el interior.

—No hay sangre —dice—. Habría sido demasiada suerte, imagino.

Ya no caen copos de nieve como cometas, sino a espuertas. Jim

busca rastros alrededor. Ninguno.

—No veo nada.

—La granja de la prisión. Seguro que van hacia allí. Sabrán que hay armas y vehículos —dice Bellingham.

—También sabrán que lo más seguro es que les peguen un tiro.

—Entonces, ¿adónde?

—Un matrimonio vive por aquí cerca. Los Oliver. Si van en dirección a la granja, se toparán con la casa.

—¿Y para qué iban a irrumpir en casa de alguien si tienen armas y coches en la granja de prisión? No tiene sentido.

Jim no responde. Discutir con héroes de guerra no lleva a ningún lado. Ha dedicado los mejores años de su vida a aprender esa lección.

12

El preso

Los tableros de madera de pino que forran las paredes crujen con el viento y el techo de hojalata ulula, la nieve que atraviesa las grietas del tejado le espolvorea los brazos a Mopar. Ahí está el coche de los Oliver, en el granero. Está aparcado delante de un tractor, con un charco de aceite empapado en el serrín. Un Ford Parklane de 1956. Es imposible que arranque, ni siquiera lo ha intentado; mira el motor a la luz de un quinqué.

Mopar sabe de coches. Prácticamente es de lo único que sabe. Aprendió con su padre, recogiendo herramientas y viéndolo trabajar. Su padre solo soportaba la realidad cuando tenía la cara metida bajo el capó de una antigualla destartalada. Mopar lo heredó de él. Lo mismo que la incapacidad de quedarse tranquilo con un coche que no funciona delante. Como si con solo arrancar ese trasto pudieras largarte muy lejos, rumbo a una vida mejor.

Pero esa vida no llega. Nunca lo hace.

Al cuerno el coche. Y al cuerno Bad News.

Mopar está de pie con el capó apoyado en la cabeza, las manos rojas por el frío y los pies chapoteando en barro helado. Por mucho que mire el motor, no consigue concentrarse. El único motivo por el que no deja de intentarlo es porque si logra que el cacharro se ponga en marcha saldrá como una exhalación del granero y bajará de las montañas en dirección a Fort Collins. Ya está harto de que Howard le dé órdenes, joder. Que se vaya al cuerno él también.

Una ráfaga de viento azota el granero y el edificio se estremece hasta los cimientos. A Mopar le da por pensar que Howard no es el problema, ni siquiera lo es Bad News.

El problema es la persona de siempre.

Molly.

Al cuerno Molly. Vete al cuerno por casarte con el lerdo del ayudante Rose y luego con el pánfilo de Peter Perkins. Por no responder a mis cartas ni visitarme una sola vez. Al cuerno todos.

Mopar intenta concentrarse de nuevo en el motor, pero no sirve de nada. Su cerebro también es un motor destartalado que no arranca. Solo de cuando en cuando los cables hacen contacto y funciona. El Viejo decía que hay que pensar con las manos. Empiezas a hacer algo, aunque no sepas muy bien para qué y, antes o después, las manos resuelven el problema ellas solas. Alguna vez le ha salido bien.

Pero ahora no. Ni siquiera puede moverlas. Le duelen como si el frío le arrancara la carne de los huesos, y está tan cansado que empieza a ver cosas en los huecos oscuros que rodean el motor.

Empieza a ver a Molly.

Ve su cara entrando y saliendo de su campo de visión, flotando y con ojos como bolas de caramelo.

Me puedo ir al cuerno, se dice. Al cuerno por ser tan tonto de joderme la vida por una mujer. Al cuerno por pensar en repetirlo. Al cuerno por no conseguir que funcione una sola cosa.

Suelta el capó.

—¿Qué pinta tiene, campeón? —Howard está sentado en un sillón junto a la radio. Es un sillón grande, pero con él encima parece de una casa de muñecas.

—Si tuviéramos unos cuantos caballos, podrían tirar de él —responde Mopar.

Howard tensa la mandíbula. Bad News y Warrington están dando vueltas por la planta de arriba. Sacando cajones, tirándolo todo al suelo y volcando muebles.

—Mira que es imbécil —dice Howard—. Debería abrirle la cabeza mientras le reviento el culo.

Mopar se agacha junto a la estufa de leña y acerca las manos, casi rozando el metal.

—¿Ese de la radio es Jugg?

—El mismo —responde Howard.

Mopar presta atención. El alcaide Jugg no tiene gran cosa que decir. El mensaje convencional para la gente del pueblo: quedaos en casa y echad la llave. Trata de hablar como si fuera un agente especial y a Mopar le saca de sus casillas.

Warrington baja las escaleras armando estrépito con las aparatosas botas de prisión. Deja dos armas sobre la mesita. Las maneja como si fueran de cristal.

El corazón de Mopar le bombea toda la sangre directa hacia el estómago. Son un revólver del calibre 38 que parece no haber disparado una bala desde la Primera Guerra Mundial y un rifle de repetición del 22 con el cañón picado por el óxido.

—¿No hay nada más? —pregunta Howard.

—Esto es todo —responde Warrington.

Howard ni se molesta en cogerlos.

—¿Y qué hay de la munición?

—Hay cinco cartuchos del 38 y tengo una caja de cincuenta balas para el 22. Ya faltan doce.

Howard se rasca ese punto exacto entre las cejas.

—Si nos acorralan con esto, nuestra única opción es que mueran de

risa.

—Ya nos disculparán los señores. —Alice aparece con una bandeja plateada, seguida de Murray con un paño al hombro—. La próxima vez que asalte nuestra casa una panda de gentuza, intentaremos tener un arsenal a la altura.

—Si quieres que esa zorra siga viva, haz que se calle —le dice Howard a Murray.

Murray lo mira sin saber qué hacer. Está claro que ha pensado muchas veces en hacer que se calle y que sencillamente todavía no ha averiguado cómo.

—En mi propia casa, Murray —dice Alice—. Permites que ese negro me hable así en mi propia casa.

—Saca a esa perra de aquí —dice Howard—. Ya.

Murray agarra a Alice del brazo y la lleva de vuelta a la cocina.

Bad News baja las escaleras de dos en dos. Lleva un traje de color marrón y va tirando de los puños raídos. Es como la versión andrajosa del que viste Murray.

—Es casi de mi talla. —Bad News termina de abotonarse la camisa.

—Mira qué bien —le dice Howard—. ¿Y te has molestado en comprobar si hay algo para los demás?

Bad News hace oídos sordos y se fija en las armas que hay sobre la mesita.

—¿Y eso qué es?

—¿No había abrigos? —dice Howard.

Bad News está concentrado en las armas.

—¿No hay nada más?

—Esto es todo —responde Howard.

—Con eso lo tenemos más negro que los huevos de tu padre.

—¿Qué acabas de decir?

—Es una forma de hablar. —Bad News levanta el 38—. ¿Está cargada?

Howard asiente.

—Venid aquí cagando leches —grita Bad News hacia la cocina.

Murray vuelve a la salita de estar.

Bad News le apunta con el 38.

—A ver, ¿dónde están los abrigos?

Murray no le quita el ojo a la pistola. Tiene las manos agarrotadas en los costados.

—En el armario de los abrigos.

—¿Y dónde está el armario de los abrigos, perro? —Bad News amartilla el 38—. Mejor aún, ¿por qué no vas a buscarlos tú?

Murray desaparece y Bad News empieza a dar vueltas a la pistola.

—No podríamos ni con un conejo bien pertrechado.

—Eres gilipollas.

Murray vuelve con dos abrigos.

—Uno me lo quedo yo. —Bad News coge el primero.

—Dale el otro a ese de ahí. —Howard mueve la cabeza hacia Warrington—. Mopar y yo tenemos los de los carceleros.

Warrington se prueba el abrigo. Al estirar los brazos, las mangas le suben casi hasta el codo.

—¿Qué pasa con el coche?

—Habéis tenido más suerte con estas armas que yo con ese trasto —responde Mopar.

—No podemos pelear ni escapar —dice Bad News—. Menudo follón.

—Vaya, parece que lo de estrellar el coche no fue muy buena idea —dice Howard.

—¿Otra vez con lo mismo? —responde Bad News.

—Déjalo, es inútil. Qué mal hecho estás…

—Así es, es inútil —dice Bad News—. No se pueden cambiar las cosas. Lo pasado pasado está. A todo el mundo le iría mejor si por fin se diera cuenta. Aunque lo cierto es que yo no lo aprendí hasta el LSD, así que no puedo esperar que la gente lo acepte sin más…

La cara de Howard se recompone en algo parecido a una máscara mortuoria.

—Tenemos la opción de ir a la granja, por el altozano —dice Warrington.

—Y dale.

—Le doy porque tenemos esa opción.

Bad News señala hacia la cocina.

—No quiero ser maleducado, pero ¿cómo se llamaba esa gente? Se me ha olvidado.

—Alice y Murray —dice Mopar.

—Alice y Murray, venid aquí pitando —grita Bad News.

Aparece Murray con Alice tras él. No da la impresión de haberse achicado por lo que sea que le haya dicho Murray.

—¿Cómo se va a la granja de la prisión? —pregunta Bad News.

—¿Os marcháis? —contesta Alice.

Bad News levanta la pistola y dispara. La bala no alcanza la cabeza de Alice por poco más de un palmo y deja un agujero en el reloj de cuco. Cuando se le destaponan los oídos, Mopar tarda un segundo en notar el extraño zumbido de los resortes del reloj.

—Si vuelves a disparar eso dentro de casa, tú y yo tendremos una charla —dice Howard.

—Quédatela para ti solito —dice Bad News—. Yo me largo de aquí, y Warrington se viene conmigo. ¿Te apuntas, Mopar?

Tenía que ser Bad News. Lleva razón, hay que ir a la granja, donde hay armas, coches y todo lo que necesitan. Pero es Bad News quien va

hacia allí. Y, cuando vas con él, la cosa tiene una llamativa tendencia a desmandarse.

Mopar no conoce bien a Howard. No conoce bien a ningún negro. Algo le chirría y le pone en alerta los cinco sentidos, no se fía de ellos.

Pero no son Bad News.

—Yo me quedo —dice Mopar.

13

Bad News

Es Bad News quien llama a la puerta del edificio principal de la granja de la prisión. Cree que el traje marrón que lleva puesto le hace parecer el más respetable de los dos, por mucha cara de banquero que tenga Warrington. Además, no lo hizo nada mal con los Oliver. Al final, lo de destrozar el coche ha terminado siendo una suerte: están a punto de conseguir armas de verdad y un flamante coche nuevo. Todo lo que necesitan.

Bad News piensa en la potra que tiene y empieza a silbar otra vez la misma canción mientras espera a que abran la puerta. No hay canción de The Doors que no le guste. Si depositas tu fe en el universo, no te fallará. Bad News no entiende por qué Mopar decidió quedarse con Alice y Murray. Por no mencionar al gilipollas del negro. El mono ese tiene aires de carcelero, sin parar de dar órdenes.

Una anciana abre la puerta, se seca las manos en el delantal. Está gorda del cuello hasta los tobillos, tiene el pelo ralo y grasiento, y una cara que dan ganas de pisotear contra el suelo.

—¿Quién es?

—Buenas noches, señora —dice Bad News—. ¿Está el superintendente Bowman en casa?

—Está en la granja, comprobando que está todo bien cerrado para la ventisca.

—¿Es usted la señora Bowman?

—Sí, soy yo.

—¿Podemos pasar y esperar dentro a su marido?

—¿Qué es lo que ocurre?

—Asuntos de la prisión.

—Nunca los había visto.

Con un suspiro, Bad News saca el 38 del pantalón. Las mujeres y los negros siempre tienen que complicar las cosas.

—Para adentro.

La mujer retrocede mientras Bad News y Warrington entran sin miramientos en el salón.

—¿No está puesta la radio? —pregunta Bad News.

—Nunca dicen nada que sirva de algo.

—Todo el mundo dice la misma gilipollez. Panda de imbéciles… ¿De verdad no crees que te habría servido de algo saber que estábamos sueltos por aquí? ¿Dónde están las armas?

—¿Puedo sentarme?

—Las armas.

La mujer se sienta en un sillón junto a un arbolillo de Navidad destartalado con unas cuantas bombillas que hay sobre una mesa. El tipo de árbol que tiene la gente sin hijos.

—Gracias —dice y señala con un dedo—. En el lavadero, nada más cruzar la cocina. Las guardamos a mano, por si pasa algo así.

—Que no se levante del sillón —le dice Bad News a Warrington. Está a punto de decir que es una estupidez tener armas a mano si no escuchas la radio, pero ya no tiene claro con quién está discutiendo. Cruza la cocina y entra en el lavadero.

Hay tres fusiles Winchester de repetición 30-30 guardados en un armario de pared y cajas de munición en una balda debajo.

—Menuda porquería —dice Bad News, que esperaba algo con más pegada. Un subfusil Thompson M1A1 habría estado bien. Pero qué se le va a hacer, agarra los fusiles y toda la munición con la que puede cargar y vuelve a la sala de estar.

Warrington se ha sentado en el sofá y está charlando con la anciana. Se interrumpen al ver entrar a Bad News. Le da a Warrington un fusil y vuelca la munición sobre la mesita.

—Cárgalo y llénate bien los bolsillos.

—Ya habrán mandado a la Guardia Nacional a por vosotros —dice la señora Bowman—. No os conviene pelear con ellos.

—¿Cuántos coches tenéis? —pregunta Bad News.

—Dos.

—¿Cuál tiene el depósito más lleno?

La mujer piensa un momento.

—El Ford. Hemos repostado en el pueblo esta mañana.

—Danos las llaves y te dejamos en paz —dice Bad News.

—Las llaves.

La mujer se levanta y va hacia un aparador que hay en la entrada.

—Las llaves, las llaves…

Entra en la cocina y echa un vistazo por la encimera y la mesa.

—¡Ah! Las llevaba mi marido en el abrigo cuando bajamos al pueblo. Se puso el chaquetón de trabajo al llegar a casa.

—Que no me cuentes tu vida —dice Bad News—. Dame las llaves de una puta vez.

—Sí, ya lo sé —le responde—. Solo trato de recordar, muchachito. Déjame pensar.

Se lleva un dedo a los labios.

—En el piso de arriba. Se habrá quitado toda la ropa de vestir.

Los lleva hacia las escaleras.

—Seguro que el abrigo está tirado encima de la cama. Todos los hombres hacéis lo mismo.

Bad News se limita a mover la cabeza por respuesta. Porque como le gustaría responderle en realidad es con un tiro en esa bocaza.

—Que me parta un rayo… —dice la mujer al llegar al dormitorio; hay una cama grande de madera, pero ni rastro de abrigos—. Pues aquí no está.

Vuelve a llevarse un dedo a la boca.

—El armario —dice—. Estará en el armario, seguro que lo colgó allí. Por primera vez en su vida, ver para creer.

A Bad News le importa una soberana mierda. La ve abrir la puerta del armario.

Y entonces se fija también en la extraña forma que tiene ella de mover los hombros cuando busca algo a la derecha.

Bad News echa a Warrington a un lado. La anciana da media vuelta con una carabina M1 y dispara. El disparo falla por poco a Warrington. Bad News salta a por ella.

Por la cara que pone, quiere dispararle, pero no consigue apuntar. Mueve el arma en círculos.

Bad News agarra el cañón. Le carboniza la mano, y la piel se le despega. De un puñetazo, le rompe la nariz a la anciana. Cae desplomada y él le arranca el rifle de la mano. Se agacha y le da dos puñetazos más en la cabeza. Después se sienta sobre su pecho y sigue golpeándola. Cuando Warrington trata de separarlo, ya se está desabrochando el cinturón. Se quita a Warrington de encima y sigue con ella, le azota en la cara con la correa hasta que la sangre llena las paredes a chorretones.

—Detente —dice Warrington—. Por el amor de Dios.

Y entonces se oye otra cosa.

Un hombre está dando voces en casa. Suena como si leyera un guion.

—Soy el superintendente Bowman. La casa está rodeada. Salid con las manos en alto y nadie saldrá herido.

Hace una pausa. La parte siguiente va sin guion.

—Si le ponéis un dedo encima a mi esposa, os pegaré un tiro en las tripas y os echaré de comer a los cerdos.

La mujer hace algo con la cara, seguramente tendría que ser una sonrisa. Es imposible saberlo con tanta sangre y piel hecha jirones.

—¿Quieres decir algo, zorra? —le dice Bad News cerca del oído—. Seguro que no volverás a apagar la radio en tu puta vida.

14

El rastreador

Entran haciendo trompos por el camino que lleva hasta el edificio principal de la granja, y lo primero que ven son unos haces de luz proyectados en la pared. Después, a los dos hombres que sostienen las linternas, agachados tras una vieja camioneta.

—Ese es el superintendente Bowman. —Bellingham está entusiasmado—. Están en la casa.

Lleva derrapando el coche hasta la entrada y frena justo al lado de la camioneta. Jim, que está sentado en el lado que queda hacia la casa, baja de un salto. Bellingham se desliza sobre el asiento para salir por la misma puerta.

Corren hacia el superintendente Bowman. Es un sesentón algo fofo, con un fino bigote moreno y un sombrero Stetson de color marrón. El hombre que está con él no pasará de los veinte, pero también lleva un Stetson marrón y algo parecido a un desfile de hormigas sobre el labio, una imitación rala del bigote de Bowman.

—¿Cuántos son? —pregunta Bellingham.

—Por lo menos dos —responde Bowman—. Me ha parecido oír la voz de Warrington, pero no estoy seguro. El que sí está es Terry Dixon.

—¿Bad News? —pregunta Jim.

—Eso es.

El asunto no pinta bien. Jim está seguro de que podrían convencer a Warrington para que se entregue. Sin duda. Entiende que no se puede ir por ahí disparando a nadie por mucho que haya abusado de tu hermana, pero el tipo sobrevivió y, por lo que Jim ha oído, le pudieron reconstruir prácticamente toda la mandíbula. Con Bad News, es diferente. Se cuentan muchas cosas. Por lo visto, un día se ofendió por una de esas gilipolleces que se dicen en la ducha. Fue un blanco de Georgia, un armario de dos metros; Bad News se tiró al suelo, lo agarró de las pelotas y empezó a estrujarlas y a tirar de ellas. Tanto que estuvo a punto de arrancárselas de cuajo.

—¿Han llamado al alcaide Jugg? —pregunta Bellingham.

Bowman lo mira.

—El teléfono está dentro de casa.

—¿No hay ninguno en el granero? ¿Y en el barracón?

Bowman no le quita ojo.

—Está bien, entiendo.

—Estuve en los Rangers de Texas —añade Bowman—. Quizá no lo

sepa.

—Todo claro —responde Bellingham—. ¿Tienen algún hombre ahí dentro?

Bowman no cambia el gesto, pero es como si el aire se agitara y desprendiera ese olor… Jim tarda un rato en identificarlo. Es el olor a pescado que dejan los gatos cuando tienen miedo.

—Está mi esposa —responde Bowman.

—¿Hay puerta en la parte de atrás?

—Sí —responde Bowman—. Pero me han dicho lo que le harán si nos ven cerca. Y Bad News cumplirá su palabra. Esa mala bestia lleva mucho tiempo sin tener cerca a una mujer como ella.

Bellingham hunde la mirada en el suelo y Jim se cubre la boca para carraspear. Seguramente habrá alguna más fea en el pueblo, pero nadie la ha visto todavía.

—Entonces, ¿vamos a quedarnos aquí de brazos cruzados? —pregunta Bellingham.

—Si le hacen daño, los ataré de pies y manos con alambre de espino y los mataré a golpes con una cadena de remolque —dice Bowman—. Nos quedaremos aquí hasta que den un paso y los pueda mandar al otro barrio.

—Parece que no va a darles mucha elección —dice Bellingham.

Bowman se interrumpe cuando se dispone a responder. Y es que la puerta se abre y aparece su esposa. O lo que queda de ella, un garabato hecho a carboncillo y sangre. Baja tambaleándose por los escalones de la entrada, moviendo las caderas como si hubiera sufrido una terrible lesión en la médula espinal y solo le funcionaran pedazos deslavazados del cuerpo.

Las botas de trabajo no le impiden a Bowman salir volando. Les saca metros de delantera a Jim y a Bellingham, se hunde en la nieve y recuesta la cabeza de su esposa en el regazo.

—Señora Bowman —le dice.

La mujer parpadea entre la sangre.

—Señor Bowman.

—¿Adónde han ido? —dice Bellingham.

—Me dieron por muerta. —Está empapando de sangre los tejanos de su esposo y el resto se la traga la nieve—. Creían que me habían matado, pero no pudieron conmigo. Antes tenía que verte, señor Bowman.

—No sigas hablando, señora Bowman. —Bowman se vuelve hacia su hombre—. ¿Qué haces ahí parado? Entra y llama a Jugg. Que manden a un médico.

—¿Ha visto hacia dónde iban? —pregunta Bellingham.

—Les dije que te los ibas a cargar, señor Bowman —dice—. Casi lo hago yo misma. Solo me faltó ser un poco más rápida para hacerte

sentir orgulloso.

—No te preocupes por eso, señora Bowman. Me encargaré de ellos en cuanto llegue el médico.

Ella le devuelve una sonrisa poco convincente. Empieza a respirar con dificultad y se le abren los ojos como platos.

—¿Señor Bowman?

—Estoy aquí, señora Bowman. Estoy a tu lado.

—¿Señora Bowman? —insiste Bellingham—. ¿Los oyó decir algo sobre la dirección que podrían haber tomado?

Con la mano que tiene libre, Bowman saca el revólver de la pistolera de cuero y se la pone a Bellingham contra la nariz.

—Tengo que preguntarle, joder —dice Bellingham.

Bowman amartilla el arma.

—De acuerdo —dice Bellingham—. Entendido.

Vuelve junto a Jim, que se había quedado algo apartado.

Jim empieza a andar.

—¿Y tú adónde vas? —le pregunta Bellingham.

—Ha dicho que hay una puerta trasera. Vamos.

—Hasta yo caigo a veces en tus chaladuras —dice Bellingham.

Al llegar al otro lado de la casa, Jim examina la puerta, los escalones de entrada y la nieve. Se agacha y mira con atención.

La puerta de atrás se abre y sale el hombre de Bowman con el remedo de bigote. Se queda mirando a Jim.

—No sé qué hacer.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Jim.

—Calvin.

Jim señala el rastro.

—¿En esa dirección hay algún sitio donde puedan esconderse?

—Una cabaña. Bowman la utiliza de vez en cuando.

—¿Para qué?

Calvin se sonroja y, luego, se encoge de hombros.

—¿Para qué? —insiste Jim.

—Para beber.

—¿Cuánto se tarda en llegar?

—Unos quince minutos, a buen paso.

—¿Se puede llegar en camioneta?

—Sí, hay un camino bajo la nieve.

—Nosotros iremos a pie, Calvin —dice Jim—. Voy a decirte lo que quiero que hagas. Cuando pasen veinte minutos, nos sigues con la camioneta. Lleva la radio encendida, coge todos los baches que haya y toca el claxon. Haz tanto ruido como puedas. Cuando llegues allí, te paras y dejas las luces puestas hacia la cabaña. ¿Sabrás hacerlo?

—Sí, lo haré.

Jim le tiende la mano y se dan un apretón.

—Encantado de conocerte, Calvin.

Jim y Bellingham echan a andar. Las ramas cuelgan a baja altura y la nieve se arremolina alrededor. El rastro de los presos va justo por la mitad del camino nevado. A Jim le inquieta seguir un rastro humano en la nieve. La nieve no es lugar para las huellas de una persona. Tiene sentido encontrar las grandes pisadas hendidas de un alce o los dobles puntos y rayas de la huella de una rata canguro. Pero encontrar el rastro de una persona en la nieve significa que está a punto de suceder algo.

Bellingham trata de seguirle el paso, pero no falla un solo hoyo ni un solo montículo. Tan pronto va con la nieve hasta las rodillas como caído de lado o agarrándose a algo con la mano enguantada. Jim cuenta con que se parta el tobillo en cualquier momento, pero no sabe decirle por dónde debería pasar. Es del tipo de cosas que no es capaz de explicar.

—Podrían estar esperándonos. —Bellingham refunfuña y cae de rodillas—. Las huellas están frescas. Apenas están cubiertas de nieve.

Jim lo ayuda a levantarse.

—Nos sacarán cinco minutos de ventaja.

—¿No crees que ir por mitad del camino es una mala idea?

—Están cansados. En cuanto encuentren un sitio para parar, lo harán.

—¿Y cómo coño sabes tú que están cansados?

—Arrastran el paso.

—¿Que lo arrastran?

Jim hinca una rodilla junto a una huella y sopla encima.

—Fíjate, ¿ves cómo cae dentro la nieve?

—Está nevando, Jim. Está nevando y la nieve cae dentro. No seré rastreador, pero sé lo que sucede cuando nieva.

Jim se incorpora y reanuda la marcha.

—Me refiero a la forma en la que cae la nieve.

—Si tú lo dices… Estarán cansados, pero también están desesperados y eso los hace más peligrosos.

—Hay ventisca y van sin coche —dice Jim—. Por lo único que están desesperados es por encontrar cama y comida. Si siguen mucho tiempo aquí fuera, pueden darse por muertos. Aún no han hecho nada que los mande a la cámara de gas. Siempre que la señora Bowman siga viva.

—Se pondrá bien. Estaba así por los cortes de la cara, son muy aparatosos.

—Supongo —dice Jim.

Tienen a la izquierda un grupo de abetos. El viento ruge, los árboles se golpean y la nieve cae a plomo de las ramas. Un cuervo sale

del nido y aletea al viento. No encuentra dónde ir, y poco a poco consigue dar un giro para desaparecer en picado.

—Se comen los ojos de los lechazos —dice Jim.

—¿De qué coño estás hablando?

—De los cuervos.

—Creía que estábamos hablando de la señora Bowman.

—Deberían terminar en la cámara de gas, aunque sobreviva —dice Jim.

—Fue un poco teatrera.

—Supongo.

—¿Qué opinas de que Bowman tenga una cabaña para ir a beber? —pregunta Bellingham—. Imagino que te dará igual saber que tiene fama de abstemio.

—Me da igual lo que la gente dice de otra gente.

—Bueno, en eso consiste la reputación, en lo que la gente dice de otra gente.

Jim deja de andar, saca el paquete de Cannon Ball Plug del bolsillo y le quita el envoltorio.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —pregunta Bellingham—. Si tanto detestas este pueblo, ¿por qué no te largas y lo mandas todo a tomar viento?

Jim corta un trozo de tabaco con la navaja y se lo lleva a la boca sobre la hoja. Nota el sabor a cuero de los guantes.

—Es el único sitio que conozco.

—Cuando esto termine, te propondré para un ascenso —dice Bellingham—. Así te irán bien las cosas.

—No les hará gracia.

—Tendrás hombres a tus órdenes, y deberán seguirlas.

Al doblar una curva cerrada del camino, se topan de bruces con la cabaña.

15

La forajida

—¿Te has enterado de algo? —dice tía Patsy al otro lado del cristal de la puerta batiente. Es como si se hubiera maquillado frente a un espejo deformado que lo moviera todo un dedo fuera de sitio. Pero no es cosa del maquillaje. La cara de Patsy tiene más apaños que el carburador de la camioneta de Dayton.

—De nada —dice Dayton. Suelta un estornudo y se aprieta la nariz con el dorso de la mano—. He venido por si sabíais algo.

—Vamos, pasa. —Tía Patsy abre la puerta y agarra a Dayton por la manga del chaquetón para meterla dentro. Le quita el abrigo y la acomoda en el sofá sin darle tiempo a poner reparos.

Ed está en su silla. Es de esas sillas que ocasionan discusiones de pareja en los matrimonios que tienen discusiones de pareja que achacan a las sillas. Está fumando un pitillo y tiene la mirada perdida en la radio, que emite un zumbido sordo de ruido blanco. A medida que pasan los años Ed se parece cada vez más a una calabaza. Tiene la cabeza con bultos por algunas partes y huecos por otras. Lo que le queda de pelo le cuelga como hebras de seda negra.

Los muebles están tapizados con tartán marrón descolorido y la única luz de la habitación sale de una lámpara que hay puesta al final de la mesa y que apenas alumbra. Tienen un árbol de plástico, de los que se compran ya con los adornos. Está torcido como si alguien llevara semanas pasando borracho a su lado y rozándolo un poquito cada vez.

—Te traeré un café —dice Patsy. Lleva un vestido de poliéster marrón y blanco; a la luz que da la lámpara, Dayton distingue que lleva el pelo teñido de un extravagante color azul.

—No hace falta —dice Dayton. Tiene las manos bastas y se avergüenza de ellas. El viento las ha agrietado y están llenas de callos por las tijeras de podar y los cortasetos. Las recoge en el regazo y lamenta no haber sacado el pañuelo del bolsillo del chaquetón antes de que Patsy se lo llevara.

Patsy se sienta junto a ella en el sofá.

—No te preocupes por él —le dice—. Está nervioso, nada más.

—No digas bobadas —responde Ed—. Si lo pescara yo, se acabarían las preocupaciones para todos. Menuda gilipollez han hecho.

Patsy se gira hacia su marido y la luz queda atrapada en el color

azul del pelo.

—Ya basta. —Coge a Dayton de una mano—. Solo lo dice porque está preocupado.

—No intentes disculparme —dice Ed—. Les pegaría un tiro a todos.

—¿A Mopar también? —El pelo de Patsy destella como un relámpago azul—. ¿Dispararías a tu hijo?

—Yo no le dije a Mopar que matara a ese hombre —responde Ed —. No le puse una pistola en la cabeza para que matara a nadie. Él se lo buscó.

Patsy se cubre la boca y se le escapan unos ruidillos que recuerdan el chirrido de un perrito de la pradera. Cada chirrido atraviesa a Dayton igual que si estuviera enganchada a una valla electrificada. Patsy hace entonces un movimiento torpe como si fuera a abrazarla, pero antes de obligar a Dayton a esquivarla se contiene y se seca las lágrimas de los ojos con dedos temblorosos.

—Lo siento, cariño —dice—. Está siendo una noche muy larga.

—¿Estáis seguros de que Mopar es uno de los que se han fugado?

—Sí. Han mandado al menos a dos guardias al hospital y hay otro muerto. Era amigo mío. Le arreglo el coche desde hace treinta años.

—No quería hacerle daño a nadie —dice Patsy.

—Igual que no quería hacerle daño a ese ayudante del sheriff. —Ed estalla en una risa ronca—. El Pequeño Dillinger…

—Ed… —Es tan cortante que casi es un graznido—. No hables así de él en mi casa.

Ed sacude la cabeza por respuesta. Visto a esa luz es una calabaza con deformidades monstruosas.

—¿Cómo han salido? —A Dayton le tienta el armario donde está colgado el chaquetón. La casa está tal y como la recordaba.

—Por el portón norte. —Patsy se cubre de nuevo la boca, pero esta vez no se oyen los chirridos—. Tomaron rehenes.

—¿Sabéis adónde querría ir? —pregunta Dayton.

—Si supiera dónde está, ya se lo habría dicho al alcaide Jugg. — Este es Ed.

Patsy le lanza una mirada de esas que tardan décadas de matrimonio en pulirse. Acto seguido, vuelve a coger a Dayton de la mano.

—¿Tú cómo estás, cariño?

—Estoy bien. —Dayton tiene que tragar saliva dos veces para no retirarle la mano—. Solo un poco constipada.

Patsy se levanta, desaparece en la penumbra y regresa con una caja de pañuelos de papel.

—Seguro que sí, tesoro. Te ocupas tú sola de toda esa granja. Por Dios, no puedo ni imaginar lo cansada que debes de estar. —Le pone la caja de pañuelos en el regazo.

Dayton saca dos.

—La granja es pequeña. —Se lleva los pañuelos a la nariz, coge aire y se suena sin molestarse por parecer grosera.

—Cuando murió Ethan, me habría gustado que vinieras a vivir con nosotros —dice Patsy—. A Ed también.

Ed farfulla algo no muy convincente.

Dayton tiene los ojos llorosos y ahoga un hipo en el pañuelo. La infancia de Mopar está ante ella. Cómo no iba a largarse de allí. Nadie podría reprochárselo. El segundo hipo viene con bilis.

—Puedes quedarte esta noche con nosotros. —Patsy le da un palmetazo en el muslo, dando el asunto por zanjado—. El alcaide Jugg está transmitiendo por la emisora local. En cuanto pase algo, lo sabremos.

Emana necesidad de compañía como si fueran señales de humo.

Dayton se incorpora y cierra el puño sobre los pañuelos.

—Voy a irme antes de que empeore el tiempo —dice.

Patsy la mira perpleja.

—¿Te marchas?

—Si arrecia el temporal, no podré llegar a casa.

—Claro, cariño. —Patsy vuelve a llevarse los dedos temblorosos a los ojos. Luego, se pone también de pie y va a sacar el chaquetón del armario—. Me gustaría que vinieras a cenar de vez en cuando. Los domingos, al menos. Tu padre viene todos los domingos. Se alegraría de verte.

—Lo llamo alguna vez cuando bajo al pueblo.

—Hablar por teléfono no es lo mismo que verse.

Tiene una flema en la garganta que es como un nudo muy apretado. Dayton carraspea un par de veces antes de decir:

—No voy a visitarle.

Patsy parpadea como si le hubieran golpeado.

—¿Seguro que no quieres quedarte con nosotros? Puedes pasar aquí la noche si quieres.

—Tengo que estar en casa por la mañana para dar de comer a los animales.

De pronto, Patsy la abraza y le da un beso en la mejilla. Y, cuando aparta los labios, en el momento exacto de pasar junto a su oído, le susurra una palabra.

16

El rastreador

Es la cabaña con paredes de tela asfáltica que se esperaría encontrar en mitad del bosque. La podredumbre ha devorado el tejado y las ratas pululan por agujeros en las paredes. Jim ha estado en alguna igual si tuvo que refugiarse en mitad de una caminata o de niño, cuando el Viejo no le permitía entrar en casa y lo obligaba a dormir con las gallinas. Eso es, aunque Checkers se puede ir igualmente al infierno.

Con todo, esta de aquí está mejor que la mayoría. Incluso tiene una estufa, por el hilillo de humo de leña que sale por el tubo oxidado de chimenea que hay atado con alambres en la pared que da al norte.

—Han encendido fuego. —Bellingham lo dice con cierta sorpresa.

—No pueden más —responde Jim—. Lo que yo decía.

Bellingham saca un chasqueador de hojalata del bolsillo y se lo da a Jim.

—Has pensado en todo —dice Jim.

—Iré por detrás. En cuanto oigas la camioneta, chasquea tres veces. Luego, cuenta hasta diez y empieza a disparar contra el tejado. Vacía el cargador.

—Había pensado en lo mismo, pero sin la parte del chasqueador. Demasiado sofisticado.

Bellingham empieza a rodear la cabaña sin responder. Jim se aparta del camino y, junto a un grupo de pinos negros, saca el 45 de la pistolera y se agacha al pie de un tronco.

La nieve se estremece de pronto, como si arreciera por un instante y enseguida amainara otra vez. Jim piensa en lo que le ha dicho Bellingham. Eso de que el alcaide Jugg lo pondrá al frente de un turno en cuanto sepa lo bueno que es. Hacía mucho tiempo que no se planteaba la posibilidad de tener una vida mejor. Por supuesto, su deseo habría sido quedarse con la granja cuando murió el Viejo para no tener que pensar en esas cosas. Pero no pudo ser porque tenía ese deseo en una mano y mierda en la otra, como habría dicho el Viejo.

Jim empieza a acariciar la idea. Imagina lo que diría Ruby si tuviera hombres a su cargo. Con un ascenso así también se debe de cobrar más. Lo bastante como para salir de la chabola donde viven y mudarse a una casa con una habitación para cada uno. ¿No estaría orgullosa de él Judith, la hija de Ruby? Lo primero que haría sería comprarle algo. Y a Ruby también. Incluso le compraría algo al

mayor, a Wayne. Puede que también a su padre, que Ruby hizo venir en autobús desde Minneapolis para que viviera con ellos.

Pero a Judith la primera.

Un momento, ¿Bellingham no me estará tomando el pelo? ¿Seré tan bobo de tragármelo otra vez?

Jim hace dibujos en la nieve con el cañón del 45. Por mucho que lo piense, no recuerda una sola vez en la que Bellingham engañara a alguien por mero capricho.

Jim escucha la camioneta. Apenas la intuye. Aprieta el chasqueador tres veces y empieza a contar. Solo ha llegado a ocho cuando Bellingham dispara cinco veces desde detrás de la casa.

Jim apunta con el 1911 a lo alto de la cabaña y aprieta el gatillo. Con el frío los disparos son clavos que se le hunden en los tímpanos. La nube de humo le golpea la cara, duro y agrio. Jim se limpia los ojos, se suena la nariz en el guante y limpia los mocos en el árbol.

—¡Me cago en la puta! —Es la voz de Bad News—. ¡Me cago en la puta!

—Estamos una docena de hombres aquí fuera —grita Bellingham —. Tirad las armas por la puerta.

—¿Una docena? ¡Venga ya! —responde Bad News a pleno pulmón.

—Puede que no estemos doce, pero yo soy uno de los que están —grita Bellingham.

Jim escupe el pegote de tabaco mascado.

—Y yo. —Saca el cargador del 45 y mete uno nuevo.

—¿Eres tú, Jim Cavey? —grita Warrington.

—El mismo.

—¿Qué haces ahí?

—Esperando a que salgáis con las manos en alto para no tener que pegaros un tiro.

—No te preocupes por eso —responde Bad News—. Nosotros también estamos armados.

La camioneta asoma por la curva. El ruido del motor no ha parado de crecer, pero todos han estado demasiado ocupados con los gritos como para oírlo. Suena como un tanque a toda máquina, y además Calvin hace sonar el claxon y lleva la radio puesta a todo volumen. Los Stones. Para en un bache y la luz de los faros se levanta para caer con un haz cegador sobre la cabaña.

—Ahí llega el resto —dice Bellingham—. Cuenta diez, Jim. Si no asomáis los dos por la puerta con las manos en la cabeza, os tirotearemos como si estuviéramos en la playa de Omaha.

—Diez —grita Jim.

—Yo también voy a contar atrás, soplapollas —responde Bad News a voces.

—Nueve.

—A la de tres, salgo por las malas.

—Ocho.

—Puede que me atrapéis, pero a ti te llevo por delante, Jim Cavey.

—Siete.

—Voy a meterte una entre ceja y ceja, atontado.

—Seis.

—No me das miedo.

—Cinco.

—No estuve en esa playa de los huevos, pero sí en la Colina 488. No eres el único héroe de guerra del mundo, Bellingham.

—Cuatro.

—Y tú, Jim Cavey, no estuviste en ninguna parte. No alistan a infrahumanos.

—Tres.

—Deja de contar, coño. Así no puedo pensar.

Jim para de contar.

—Si nos entregamos sin dar problemas, ¿harás que no nos metan en aislamiento? —pregunta Bad News.

—Puedo intentarlo —responde Bellingham—. Tengo mano con Jugg. Podría decirle que colaborasteis.

—Con intentarlo no me basta.

—Es lo único que puedo ofrecer.

—Dos —continúa Jim.

—Deja ya esa mierda —le grita Bad News—. Joder, que estoy pensando.

—Uno.

—Me cago en mi sombra. Muy bien, vamos a salir por delante. No disparéis.

Nadie dice nada.

Entonces se abre la puerta.

Jim escupe tabaco cuando ve salir a Warrington con las manos sobre la cabeza y entornando los ojos a la luz de los faros.

—Sanguijuelas, solo estáis vosotros dos —dice Bad News sin salir de la cabaña.

Nada más terminar, Warrington se dobla por la mitad como si le hubieran dado un tirón por el cinto. Y se oye el estallido de un rifle. Acto seguido, otro disparo no le alcanza y da en la casa a su espalda. Otro más le hace un agujero en el lado izquierdo de la cara, justo debajo del ojo. Warrington cae desplomado.

—¡No disparéis! —grita Jim—. Pero ¿quién ha sido?

Y entonces sabe lo que ha pasado.

El superintendente Bowman llega caminando por detrás de la camioneta, con el cañón del Winchester 1892 humeando entre la

nieve.

—Hijo de perra —dice Jim.

—Esa boca —dice Bowman.

—Se estaba rindiendo.

—Me pareció que llevaba algo a la espalda.

—Iba con las manos en la cabeza, joder.

Bowman para de andar. No suelta el rifle.

—Te he dicho que cuides esa boca.

Jim le da la espalda.

—¡Bellingham!

Nadie responde.

—¡Bellingham! —grita de nuevo.

Nada.

—Mierda, mierda… —dice Jim. Empieza a rodear la cabaña.

Bellingham está encorvado en la nieve. La gorra ha salido volando por los aires y tiene el pelo negro enmarañado sobre la cara.

—¿Bellingham?

Bellingham levanta la vista. La mejilla izquierda le cuelga de la cara hecha un velo sanguinolento y deja a la vista los dientes y la mandíbula. La sangre le cae a borbotones de la herida, derramada como el agua sobre un tejadillo de chapa. Señala algo. Es un agujero del tamaño de un hombre abierto a patadas en la pared de la casa, la tela asfáltica está reventada y se sacude bajo la nieve, y unas huellas se pierden en el bosque.

Sin hacer caso del rastro, Jim se agacha junto a Bellingham. Está mal, pero saldrá de esta. La bala perdió gran parte de la fuerza al atravesar la cabaña, le entró de refilón en la mandíbula y se abrió paso hasta la oreja, arrancándole la piel. Jim agarra a Bellingham del brazo para incorporarlo, rodea otra vez la cabaña con él a cuestas y lo mete en la camioneta.

Hecho eso, da media vuelta y escupe un pegote de tabaco en la nieve. Le pasa todo por la cabeza. El calcetín metido en la boca de Pearl Greene, la señora Bowman empapada de sangre, Warrington abatido a tiros. Y ahora, Bellingham con media cara colgando.

Bowman está agachado en el umbral junto al cadáver de Warrington y lo cachea. Jim toma carrerilla y le da una patada en las costillas tan fuerte que lo levanta del suelo. Sigue pateándole hasta que Calvin se lo lleva a rastra.

17

El preso

Desde el instante en el que el alcaide Jugg anuncia por radio que Arthur Mooney es el cabecilla de los fugados, Mopar evita el contacto visual con Howard. No quiere darle pie a nada.

Los negros le pusieron a Mooney el apodo de «Plasta» por un buen motivo, incluso puede que lo hiciera el propio Howard. Fue a raíz de lo de Martin Luther King. Cuando asesinaron a King, el alcaide Jugg metió a todos los negros en la celda por temor a que estallara un motín. Pero lo que pasó en realidad fue que el patio acabó convertido en una fiesta privada para blancos. Hubo palmetazos en la espalda, vítores e incluso repartieron cigarrillos. Al frente de la celebración estuvo Arthur Mooney, que se encargó de ofrecer un discurso para celebrar que el país podría recuperar la normalidad con el Rey de los Morenitos fuera del mapa.

En cualquier otra prisión habría estallado un conflicto racial. De hecho, hubo enfrentamientos en casi todas. Cuando King recibió aquel disparo, explotaron con toda su fuerza años de conflicto soterrado. No fue así en casa del alcaide Jugg. A la menor señal de problemas, su mano derecha, Shitkick Johnson, se encargaba de ello. Si te pasas de la raya, te esperan unos meses en enfermería y solo saldrás con una cojera de por vida, si es que sales. Además, ante la más mínima sombra de motín, el alcaide Jugg separaba a los hombres por razas y enviaba a Shitkick y a su panda de matones a reventar cabezas de negro. Los arrastraban por el cuello hasta la celda, los desnudaban, les seguían pegando un buen rato y luego los encerraban sin comida ni agua. Nunca fallaba.

Aquella vez, sin embargo, los negros tuvieron su venganza. Pillaron a Arthur Mooney en la lavandería, lo sujetaron entre varios y consiguieron hacerle comer seis puñados de mierda de un cubo antes de que los disolviera la panda de matones. Lo pagaron, por supuesto. Uno de ellos, con la espalda rota. Pero tuvieron su desquite. Y Arthur Mooney, un alias.

—Mooney el Plasta. —Howard se acerca a la radio y baja el volumen.

De pie junto a la puerta de la cocina, Alice abre la boca con intención de decir algo, pero cambia de idea. Mopar apostaría a que es la primera vez en toda su vida.

—El Plasta se abrió un agujero en mitad de la cara mientras se

lavaba los dientes —dice Howard—. Yo lo vi. Había afilado un cepillo para hacer un pincho, y lo tapó con cinta adhesiva. Por seguridad, dijo. Mientras se cepillaba, un negro como un armario le dio un golpe en el hombro. Mooney escupió el cepillo al lavabo y, con los nervios, se equivocó de punta al metérselo en la boca. Se atravesó la mejilla. Llenó todo de sangre.

—Le ponía nervioso que hubiera negros cerca —dice Mopar.

—Nunca había visto a nadie estar a punto de morir por lavarse los dientes —dice Howard—. Y no creo que vuelva a pasar.

—Nadie se tragará que el Plasta organizara esto —dice Mopar.

—Seguro que sí, campeón —dice Howard—. ¿Cómo crees que escriben los periódicos? Cuentan cualquier trola y al día siguiente acaba en las noticias. Una vez allí, todo el mundo lo cree. ¿Qué te pasó a ti con Dillinger?

—Al reportero se la ponía dura.

—Y tú acabaste convertido en el Pequeño Dillinger, ¿no es cierto? ¿Ves a lo que me refiero?

—Sí, lo entiendo.

—Si ellos dicen que el Plasta es el cerebro de esta fuga, lo es. Si sale en los periódicos, es verdad.

—Lo sé.

—Creerás que me molesta —dice Howard—. Seguro que lo piensas.

—¿Y no es verdad?

—Un poco —reconoce Howard—. Puede que un poco, pero también significa que el alcaide Jugg se va a dejar la piel tratando de dar con ese gilipollas. Tiene que dar con él cuanto antes y, mientras, nos deja vía libre al resto.

Mopar está impresionado y con razones.

—Me he quitado de encima a Bad News y al paleto de Warrington —dice Howard—. Ahora solo quedas tú y estoy pensando en llevarte conmigo. Pero para eso tienes que convencerme de que no vas a echarlo todo por la borda con esa historia.

—¿Qué historia?

—La de Dillinger. Esto no es un libro de viejas glorias de los gánsteres. Esto va de que tú y yo tratamos de salir del atolladero con vida.

—Ya te lo dije, fue todo cosa de un reportero. Yo no dije nada de Dillinger.

—Pero estoy seguro de que habrás pensado en ello desde entonces.

—Claro que sí —dice Mopar—. Pero no confundo las cosas.

—Si algo estás tú es confundido —dice Howard—. Nunca he conocido a nadie tan confundido, cabrón. Dime, ¿qué coño haces tú aquí?

Buena pregunta. Mopar no está seguro de conocer la respuesta. No

se unió a la fuga por una sola razón sino por todas. En prisión, vas acumulando tiempo. Lo apilas con el tintineo de las cucharas en las bandejas metálicas, el olor a detergente industrial y a sudor, las peleas en el patio de asfalto, la cara impasible de los carceleros como tallada en la pared de hormigón, el zumbido de las bombillas peladas de doscientos vatios mientras te pajeas con un pegote de pomada, los chasquidos y silbidos de las tuberías dentro de las paredes, los maricas ajados con calenturas en los labios. Lo vas apilando como un castillo de naipes, y Mopar acababa de caer en la cuenta de que no podía amontonar más.

—Estaba harto de estar encerrado. ¿No es suficiente motivo?

—No es un motivo en absoluto. Es la razón que dan los hijos de perra que al final se rinden.

—¿Cuál es el tuyo?

—Tengo un terreno en Missoula. Tengo pensado ir allí y morir de viejo en la cama. Cosas así las deseas tanto que terminas haciéndolas realidad. —Howard tiene los ojos negros y complemente inmóviles—. No querer estar encerrado no es un motivo, solo es un estado.

—Lo deseo tanto que es una razón —dice Mopar—. Te doy mi palabra.

—De acuerdo. —Mopar enciende la radio y la voz de Jugg llena la habitación—. Está bien.

Esa patraña de Dillinger había calado en la cárcel con la misma facilidad que en los periódicos. Pero lo cierto era que Mopar nunca pretendió matar al ayudante Rose. Solo quiso dispararle en la pierna para demostrarle que iba en serio. El problema fue que la bala le atravesó una arteria grande, tanto que Rose se desangró en menos de diez minutos. Fue simple y llanamente mala suerte.

Mopar podría haber contado lo que sucedió en realidad, por supuesto. O, al menos, haberlo intentado. Pero no iba a darle a Molly la satisfacción de que todo el mundo supiera que estaba en la cárcel por ella. A veces le gustaría haber contado la verdad en el juicio. De haberlo hecho, quizá no le habría caído la perpetua. Pero era incapaz. Así son las cosas: es mejor aceptar el castigo que permitir que sepan lo rematadamente tonto que eres.

Ahora Molly está casada con ese mindundi con orejas de ardilla de Peter Perkins. Se lo contó Dayton. Dayton sabe la verdad y detesta a Molly lo suficiente como para mantener a Mopar al día de todas sus miserias. Le contó que el alcaide Jugg cerró el supermercado del padre de Peter por no cumplir escrupulosamente la ley federal de Alimentos, Medicamentos y Cosméticos. Que Peter tuvo que dejar el único trabajo para el que estaba capacitado, vender refrescos, para aceptar el único trabajo que había en el pueblo. Que perdieron su enorme casa y

tuvieron que volver a la choza en la que Molly vivía con el ayudante Rose.

Mopar ve a Perkins por la prisión de vez en cuando, haciendo todo lo posible por no llamar la atención. Con esa narizota colorada y las orejas de soplillo, como si hubieran tirado de ellas con unas tenazas. Alguna vez, incluso ha tenido ganas de darle un puñetazo. Pero, por la forma en la que camina, con la cabeza hundida como una campanilla de invierno, no se atreve a hacerlo.

Sobre todo después de los abortos. Y de ese niño que solo vivió una semana, si es que eso es vivir.

—Deja de pensar tanto —dice Howard.

—No estaba pensando. —Mopar se quita el abrigo del uniforme y lo tira a los pies del sofá—. ¿A qué coño esperamos?

—A la radio. Si esos idiotas la fastidian en la granja de la prisión, el alcaide Jugg mandará allí a sus hombres. Solo podemos enterarnos por la emisora local.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Mopar.

—Trabajé en la oficina, ¿te acuerdas? Pasaba a máquina las cartas para el gobernador, siempre estaban pidiendo walkies para los coches. Solo tienen cinco. Jugg habla por radio porque es la única forma que tienen de coordinar la búsqueda. Si dicen algo sobre la granja de la prisión, sabremos que no tenemos que acercarnos por ahí. Si no dicen nada, iremos a coger un coche y armas.

—Por eso enviaste a Bad News y a Warrington —dice Mopar—. Querías saber si Jugg vigilaba el sitio.

Howard es la viva imagen de la calma.

—Es lo mínimo que se le podía pedir al deshecho de Bad News.

18

Los reporteros

La oficina del alcaide Jugg no está en la propia prisión, sino en una mansión victoriana de estilo Reina Ana en un terreno anejo. Han tirado abajo prácticamente todos los tabiques de la primera planta. Hay archivadores, perchas para abrigos, tablones y un armero con escopetas, rifles automáticos Browning y pistolas de bengalas y de gas lacrimógeno. Unos hombres uniformados examinan mapas en mesas plegables del Ejército y otro guardia se afana en un panel de comunicaciones, con botones parpadeantes y voces que suenan por el intercomunicador. Hay unos cuantos guardias más junto a una fila de teléfonos, y se escucha el chasquido de los auriculares y voces entrecortadas. También hay un oso pardo disecado. Todo llega a oleadas.

El alcaide Cyprus Jugg es un tapón rechoncho, con un puro metido en la boca, pantalones con tirantes y una camisa blanca que amarillea por las axilas y el cuello. Tiene el pelo negro y ralo peinado hacia atrás, que apenas le cubre el sonrosado cuero cabelludo. Su escritorio está lleno a rebosar de bolígrafos, papel, ceniceros, tazas de café y cajas de munición, y lo ha echado todo a un lado para hacerle hueco a un pie de micro para la radio.

—Caballeros…

Jugg se incorpora como un resorte y se acerca tendiéndole la mano a Stanley. Tiene las manos suaves, frías, empolvadas y resbaladizas. Al verlos, parece a punto de romper a llorar de alegría. Un periódico de Denver… Pero no llora. Parece un tomate, pero no deja caer ni una lágrima.

—Caballeros —repite—. No esperaba que el Rocky Mountain News enviara a dos de sus mejores hombres aquí en mitad de una ventisca. Ha sido una sorpresa.

Sigue sin soltar a Stanley y emana olor a polvo de talco.

Stanley consigue liberar la mano y se limpia en los tejanos.

—Aquí es donde está la noticia. No querría estar en ningún otro lugar.

—Es cierto, la noticia más importante desde hace una buena temporada.

Jugg señala hacia un tablero con ruedas. Hay doce fotos policiales clavadas en el corcho, cinco de ellas tachadas a rotulador.

—Tenemos a esos cinco —dice—. Atraparemos al resto, no les

quepa la menor duda. Hay más de cien hombres ahí fuera.

Stanley ha sacado su cuaderno de notas y un lápiz.

—¿Cómo escaparon?

El alcaide Jugg aprieta los labios. El olor a talco crece como si fuera el humo que despide su cerebro cuando lo obligan a trabajar.

—Después del rancho, los reclusos son conducidos a sus celdas para pasar la noche. Los presos de confianza abren los cerrojos para que los prisioneros puedan entrar en fila a su nivel. Como son ellos quienes también abren las celdas, encabezan las filas que salen del comedor. Dos de los reclusos, Mopar Horn y Mitch Howard, se hicieron pasar por presos de confianza del bloque seis y fueron hasta las celdas. Nadie descubrió la treta hasta que estaban ya en el bloque, preparados para abrir las puertas. Dos guardias trataron de detenerlos. Uno perdió un ojo y el otro se llevó setenta y dos puntos de sutura.

—¿Mopar Horn? —pregunta Stanley.

—Exacto —responde Jugg.

—¡No me jodas!

—Procure no hablar así en este sitio, intentamos dar ejemplo.

Stanley asiente sin dejar de mirar el cuaderno.

—Me encargué de escribir la noticia de Horn cuando sucedió todo. Estamos hablando del Pequeño Dillinger, ¿verdad?

—¿Fue usted? —pregunta Jugg—. Él jura y perjura que no dijo nada de Dillinger, ¿lo sabe?

—Fue por el libro. Acababan de publicar The Dillinger days y ese tipo salía hasta en la sopa.

Garrett abre el estuche y saca la cámara. El alcaide Jugg lo examina de arriba abajo, traje naranja y botines. Se le escapa una mueca de desprecio, pero, al llegar a la cámara, esconde la papada y trata de adoptar un aire de serenidad y grandeza. Garrett le toma una fotografía.

—Entonces, ¿dos reclusos redujeron a los guardias? —pregunta Stanley—. ¿Lo he entendido bien?

—No los redujeron. —Otra vez ese olor a polvo de talco—. Llevaban armas caseras. Escopetas. Cogieron tubos del taller y un preso montó las armas en su celda. Se dedicaba a hacer barquitos en miniatura. Después su querido Mopar Horn las escondió en la habitación de los vis a vis. Es el único sitio de la prisión en el que los guardias tienen que llamar antes de entrar.

—Comprendo. —Stanley está escribiendo—. Así que los tenemos en el bloque seis y han reducido a los guardias del nivel. ¿Dónde están los demás?

—Los demás guardias se quedaron con los reclusos en el comedor. Esa fue la clave. No llevan a los prisioneros a su bloque hasta que los encargados de abrir las puertas están listos. Para entonces, sin

embargo, Horn y Howard ya habían soltado a todo el bloque. Y en el seis precisamente están los hombres con los delitos más graves. Y las celdas de aislamiento.

—¿Y los soltaron a todos? ¿También a los de aislamiento?

—A todos. Pero solo salieron doce. El resto ya sabía que los acabaría cogiendo. Y también lo que iba a suceder después. —Masca el puro y frunce el ceño, exuda polvos de talco por los poros—. Ahora me toca dejárselo bien claro a siete.

—No tengo la menor duda de que lo hará. —Stanley garabatea notas en la libreta—. Ahora cuénteme, ¿qué pasó después?

—Después llegaron los demás reclusos del comedor, seguidos por los guardias. En cuanto nuestros hombres cruzaron la puerta, se les echaron encima. Desnudaron a unos cuantos y se quedaron con sus uniformes. A los demás los pusieron en círculo alrededor de ellos y salieron así, rodeados, por el portón norte. Los guardias de las torres no se atrevieron a disparar por miedo a dar a uno de los suyos. —Jugg frunce de nuevo el ceño. Más polvo de talco—. De eso también nos encargaremos.

—¿Y eso es todo? —pregunta Stanley—. ¿Se marcharon sin más?

El alcaide Jugg asiente y vuelve a su escritorio, por la forma en la que se balancea al caminar parece escocido. La silla de madera cruje bajo su peso, pone las manos sobre los muslos y abre los dedos muy despacio.

Garrett toma tres fotografías en ráfaga, aprieta el botón y gira el carrete tan rápido que suena como un único chasquido.

—Esas no valen —dice el alcaide Jugg—. Estaba desprevenido.

—A veces las mejores fotografías son las que no se preparan —dice Garrett.

—No cuando ha habido una fuga. Con una fuga la gente tiene que ver mi mejor versión o desconfiarán de que no vuelva a suceder. —Repliega la papada bajo la cara y es como si una lombriz de tierra hiciera desaparecer su cuerpo dentro del barro—. Ahora sí.

Garrett dispara otra ráfaga.

—Entonces, ¿siguen ahí fuera? —pregunta Stanley—. ¿Todos menos cinco? ¿Todavía quedan siete?

—No seguirán fuera mucho tiempo —dice el alcaide Jugg—. Tengo un centenar de hombres tras ellos. Los coordino desde aquí.

—¿Y cómo lo hace exactamente?

El ceño del alcaide Jugg amenaza con salir de su cara y empezar a escupir. A estas alturas, Stanley ha aprendido a contener la respiración para no tragarse el olor que acompaña cada bocanada.

—Solo tenemos walkies en un par de coches. Me saca de mis casillas. En todas las ciudades están comprando excedentes de Vietnam. Los Ángeles tiene un blindado M8 Greyhound y Detroit, un

M3 Halftrack. Por no hablar de rifles y munición. Y aquí, donde guardamos a la peor calaña del país, ni siquiera nos llegan emisoras. Por lo que he oído, en Denver incluso hubo un helicóptero para los disturbios de Five Points.

—Así es —confirma Stanley—. Yo cubrí la noticia. Entonces, ¿cómo se comunica con sus hombres?

—Básicamente, con eso de ahí. —Jugg señala el micrófono con un dedo morcillón.

—¿Por la radio?

—Exacto, y los muchachos llaman por teléfono si encuentran algo. A pesar del tiempo, aún funcionan casi todas las líneas. Cogeremos a esa escoria.

—¿Y qué hay de la Guardia Nacional? Ellos tienen emisoras.

—No llegarán esta noche, y menos con el temporal. Me sorprende que ustedes dos lo lograran.

—Así que no van a llegar refuerzos, no tienen walkies y estamos en mitad de una ventisca —dice Stanley—. ¿Podríamos resumir así la situación?

—Sí —dice Jugg—. Cuando llegaron, acababa de hablar por teléfono con el gobernador. Me aconsejó que no empezara la búsqueda hasta que la Guardia llegue mañana por la mañana. Que los desenterraríamos de la nieve a la luz del día.

—Suena sensato —dice Stanley—. Sin forma de comunicarse en mitad de una tormenta, podría pasar cualquier cosa.

—Este pueblo es nuestro —dice Jugg—. Es mi pueblo.

Stanley hace como que toma nota. Pero es incapaz de escribirlo, así que apunta los nombres de sus hijos tres veces seguidas: Adam, Iris, Adam, Iris, Adam, Iris. Menudo gilipollas.

—Nos ocupamos de resolver nuestros propios asuntos —dice Jugg —. Cuando la Guardia Nacional llegue al pueblo, tendré a todos esos hombres metidos de vuelta en Old Lonesome o muertos. Se lo aseguro.

Adam, Iris, Adam, Iris. Cuando Stanley levanta la vista de la libreta, ve a Garrett; se le van a salir los ojos de las órbitas y solo le falta tirarse de rodillas al suelo y empezar a suplicarle.

Está claro que el muchacho no querrá quedarse aquí dentro calentito a esperar a que el reportaje se haga solo. Adam, Iris, Adam, Iris, Adam, Iris. Mierda.

—¿Puedo llamar por teléfono? —dice Stanley.

El alcaide Jugg se levanta, aparta unos papeles de la mesa y le ofrece un teléfono.

—Este mismo —dice—. Todo suyo, puede llamar cuando quiera. Los reporteros tienen que hacer llamadas, sé cómo funciona.

Le hace una seña con la cabeza y se aparta unos pasos para darle una pizca de privacidad, pero se queda lo bastante cerca como para no

perderse ni una palabra de lo que pueda decir.

Stanley coge aire para templar los nervios antes de marcar un número de memoria. Una mujer responde a los dos tonos. Stanley le da su nombre y el número de expediente, y ella le pone al día. El sujeto dejó a los niños, Adam e Iris, en una dirección que Stanley identifica como la de la madre. Después tomó la Interestatal 25 en dirección norte.

Cuelga el teléfono y se queda parado sin soltar el auricular. ¿A quién irá a ver Marjorie al norte de Denver? Cuando suelta el teléfono, se da cuenta de que el alcaide Jugg y Garrett lo están observando. Se aparta del escritorio y Jugg se sienta de nuevo a la mesa.

Garrett vuelve a suplicarle con la mirada.

—Le voy a contar lo que nos gustaría hacer —le dice a Jugg—. ¿Podríamos salir con sus hombres? Querríamos unirnos a la partida de caza.

El alcaide Jugg se saca el puro de la boca y sacude la ceniza en el cenicero.

—La cacería es aquí dentro —responde—. Aquí es donde tiene lugar toda la operación.

—Solamente será un vistazo —dice Stanley—. Queremos estar ahí fuera y ponernos en la piel de los guardias. Además, tenemos coche. Quizá podamos echar una mano y llevar a un par de hombres. Sería un buen artículo, con nosotros sobre el terreno y arrimando el hombro en la búsqueda gracias a su labor de coordinación.

—Puede que sí… —dice Jugg que se gira hacia una pareja de guardias que hay junto a los mapas—. Johnson y Grace, coged los rifles y abrigaos. Os marcháis con estos dos.

19

La forajida

La nieve ha arreciado. No tanto como para poner las cadenas, pero sí lo bastante como para que Dayton se alegre de llevarlas en la caja de la camioneta. También se alegra al pensar en ese tocón de árbol que tanto le costó empujar por dos listones de madera para echarlo a la caja y que ahora le sirve de contrapeso al morro de la camioneta de tracción trasera.

La palabra que Patsy le susurró a Dayton al oído fue desguace. Esa iba a ser la siguiente parada de todos modos, ¿cuál si no? La única familia que tiene Mopar en el pueblo, aparte de ellos tres, es el padre de Dayton y ella sabe que jamás iría allí. Aunque no es un borracho como el de Mopar —de hecho, no prueba el alcohol—, tampoco iba a ayudarlo. A los dos los crio el mismo hombre y encarnan sus dos caras. Si el padre de Mopar se convirtió en el que se emborrachaba la noche del sábado y luego recorría la casa en busca de alguien a quien dar una paliza, el de Dayton asumió el papel del patriarca de las mañanas de domingo que se sacaba el cinturón. Si la madre de Dayton estuviera viva, quizá sería diferente. Pero no lo está.

Dayton detiene la camioneta frente a la entrada del desguace. Saca la cizalla que guarda en la caja de herramientas detrás del asiento, corta la cadena del candado y pasa. La camioneta avanza traqueteando y dando tumbos por caminos de tierra, entre restos oxidados de coches destartalados. No tienen puertas ni ruedas, esperan con los capós abiertos y les salen tubos de plástico del hueco del motor como cordones umbilicales arrancados de cuajo.

Tiene que recorrer casi seis pasillos para dar con el remolque de cinco metros en el que vivía Mopar. Es una caravana que en su día fue de color verde claro, pero tan descolorido ya que no se distingue. Está cubierta de parches de pintura antióxido. Si las manchas ya estaban parcheadas antes de que Mopar viviera en ella, ahora las ha roído la herrumbre y han salido agujeros nuevos. Cuando estaba Mopar, apenas era un sitio digno, pero ahora no podría vivir otra cosa que ratones y serpientes.

Dayton pone el freno de mano y gira la llave de contacto. El motor tiembla y ruge con fuerza; espera a que pare antes de bajar. Detrás del asiento de la camioneta tiene un fusil de repetición 30-30, pero se quita la idea de la cabeza. El único que podría estar allí dentro sería Mopar, y es incapaz de imaginar un mundo en el que tuviera que

dispararle. Hay más mundos posibles de los que se pueden contar, pero ese no es ninguno de ellos.

Una vez dentro no tarda ni diez segundos en saber que allí no ha estado nadie en mucho tiempo. Se suena la nariz con el pañuelo, lo guarda de nuevo en el bolsillo del chaquetón y se queda allí parada. Observa la tapicería devorada por los bichos y la nieve que le cae encima a través de un agujero en el techo por el que cabría una persona.

Tú piensa.

Si no está aquí, ¿dónde se ha metido?

Esa es la pregunta. Con él siempre hay que hacerse esa misma pregunta, antes incluso de que lo encerraran en una prisión y de que se fugara. Mopar nunca estaba donde pensabas que iba a estar. En un desguace, por ejemplo. Vigilándolo por un puñado de dólares a la semana y las piezas que quisiera para la camioneta.

Molly.

La idea atraviesa a Dayton por la mitad como un calambre.

La hostia, Molly.

No, no, no… Molly no, eso ni pensarlo. No hay razón para que vaya a buscar a Molly. Ya no. Puede que Mopar sea tonto, pero no tanto.

Una ráfaga del vendaval sacude la caravana, atraviesa los agujeros y le golpea la cara con nieve. La caravana se balancea un rato hasta quedarse otra vez quieta.

Pero ¿y si lo ha hecho?

Mopar nunca ha sido tonto de verdad. Lo que sucede es que nunca ha dejado pasar una sola mala idea. Cuando se le mete alguna en la cabeza, le da vueltas hasta que la agota o se desintegra. Hay líos en los que acabas metido y otros en los que te metes tú solo. Mopar es aficionado a los segundos.

Pero buscar a Molly no. No tiene sentido, ni siquiera para Mopar. Dayton le contó que se había vuelto a casar y no reaccionó. Lo mismo que cuando le dijo lo de los abortos espontáneos. Dio la sensación de que no le importó lo más mínimo. No tiene motivos para ir a su casa. Está prácticamente convencida.

Entonces, ¿dónde?

Que Dayton recuerde, Mopar jamás se ha alejado mucho del pueblo. Nunca consiguió que la camioneta aguantara lo suficiente. Siempre había contado con que, si alguna vez lo lograba, desaparecería sin dejar rastro. Estar en este pueblo es como que te estrangulen muy despacio. Una muerte lenta y asfixiante a la que lleva toda una vida acostumbrarse. Y, para entonces, estás muerta.

¿Dónde?

—¿Quién está ahí? —Se escucha la voz de un hombre fuera de la caravana.

—¿Eres tú, Schmidt?

—El mismo. ¿Y tú quién coño eres? Tengo un rifle y voy con un perro.

Dayton sale por donde alguna vez estuvo la puerta.

—Soy yo.

Los escasos mechones de pelo blanco que le quedan a Schmidt en la cabeza ondean al viento y tiene los ojos rojos como si acabara de despertar o estuviera borracho. El perro en cuestión es un chucho mezcla de pastor alemán, y Schmidt lleva la correa enrollada en una mano y la escopeta, en la otra.

—¿Cómo has entrado?

—He cortado la cadena. Te la pagaré. Iba a dejar una nota al marcharme.

El hombre se echa el cañón de la escopeta al hombro.

—¿A qué has venido? Si necesitabas algo para la camioneta, podrías haber llamado.

—Mopar se ha fugado. Se me ocurrió que podría esperar aquí a que amaine la tormenta.

Schmidt mira hacia la caravana.

—Creo que ese cacharro no sirve de mucho cobijo.

—Ya lo he visto.

—¿Y qué pensabas hacer si era que sí?

—¿Que sí el qué?

—Que estaba aquí.

Otro golpe de viento. Tiene que cubrirse la cara de la nieve.

—Siempre he pensado que lo que le pasó a Mopar fue una injusticia —dice Schmidt.

—Yo también.

—Una vez le regalé una cachorrilla. Era un buen perro guardián.

—¿A Mopar?

—No, al ayudante Rose. Después de dársela, me contaron que la golpeaba con un tubo de goma para que se volviera agresiva. Cuando fui a hablar con él, lo encontré con un vaso de limonada en el porche. Le pregunté si era cierto lo que contaban y me dijo que sí, pero que ya no quería saber más de la perra. No había forma de que lo obedeciera. Le dije que me la llevaba de vuelta y me señaló al otro lado de la casa. Estaba muerta. Le dio de comer carne picada con cristales para verla morir.

—¿Qué hiciste?

—La traje aquí y la enterré. Debería haberle pegado un tiro, pero ya era ayudante del sheriff. —Otra ráfaga y los finos mechones de pelo blanco le vuelan delante de los ojos—. Mopar vale más que yo.

20

El preso

—Wesley Warrington ha sido abatido en torno a las ocho de esta noche, cuando intentaba entrar por la fuerza en la granja de la prisión —informa el alcaide Jugg por la radio—. Instamos a todos los reclusos que siguen fugados a entregarse para que no haya más muertes.

Howard no puede contener la risa. O lo que podría ser una risa sofocada. No ha cambiado el gesto gran cosa en realidad, pero el enorme pecho se le sacude como si riera.

—Warrington no era un mal tipo —dice Mopar, que se está liando un cigarrillo con el tabaco de Howard.

La risa se corta.

—¿Por qué dices esa gilipollez?

—Lo hizo por su hermana. No debería haber acabado en prisión por eso, yo habría hecho lo mismo si hubiera sido mi hermana.

Con eso vuelve la risa.

—Eres tonto de capirote… —dice Howard—. ¿Por su hermana? ¿Te dijeron que disparó a un granjero porque lo pilló cepillándose a su hermana?

—Eso me contaron. —Mopar se vuelve hacia la cocina y grita—: ¡Murray!

Alice asoma por la puerta.

—¿Te he llamado a ti? —pregunta Mopar—. Que salga tu marido.

La mujer esconde la cabeza y sale la de Murray, que los mira perplejo.

—¿Por qué no tenéis árbol de Navidad? —Mopar da un lametón al papel de fumar.

—Lo quitamos al día siguiente de Navidad. Lo hacemos así todos los años.

—Ya veo —dice Mopar—. ¿Dónde hay algo de beber? Quiero un trago.

—Estamos preparando algo de comer —responde Murray—. Te sacaré un vaso de leche.

Mopar lo mira fijamente.

—¿Un café?

Mopar lo sigue mirando.

La cabeza de Murray desaparece.

—Así va el mundo —dice Mopar para sí.

—No me lo tomaría mal —le dice Howard—. Ella no le dejará

beber en casa. Seguro que tiene que pedirle permiso hasta para ir a mear.

—Deberíamos brindar por Warrington —dice Mopar.

—Que le den a Warrington. ¿Te contó también que le disparó a su hermana? Le pegó un tiro en la boca del estómago.

Ahora sí que le vendría bien ese trago.

—No. —Enciende el cigarrillo y le lanza el paquete de tabaco a Howard.

Howard lo coge y lo deja sobre la mesita de centro.

—Eso no fue lo peor.

Una botella de cerveza bien fría. Una Coors. Lo que sea para quitarse el sabor a yodo del tabaco de la prisión.

—Claro que no.

—¿Quieres oír el resto?

—No. —No hay nada mejor que una Coors fría con un cigarrillo. Y nada peor que una Coors caliente. Si la dejas al sol, sabe a plátano podrido—. Sí, cuéntame.

—Estaba embarazada. —Los diminutos ojos negros de Howard bailan detrás de los cristales—. Lo descubrieron al hacerle la autopsia. Y el bebé no era del granjero.

Me bebería una botella entera aquí al lado de la estufa, se dice Mopar. Suelta el humo por la nariz.

—Era de Warrington —dice Howard—. Por eso lo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

—Si no lo condenaron a muerte fue porque el juez se apiadó de él. Y ahora viene lo mejor de todo. Le perdonó la pena capital porque Warrington perdió a un hijo con lo sucedido. Eso fue lo que dijo el juez, ¿no es demencial?

—Nunca has estado enamorado. —Murray está en la puerta con su traje marrón y los mira enfurecido a través de las gafas—. Eso es lo que te pasa.

—Cierra el pico, Murray —dice Alice que sale de la cocina cargando una bandeja con dos cuencos humeantes—. Parecéis hambrientos —dice casi con dulzura—. Hemos preparado alubias y salchichas.

—Judías con salchichas… —dice Howard—. Siempre lo mismo, da igual que estés en Vietnam, en la cárcel o aquí metido.

—Es comida. Si os vas a marchar, querréis ir con la tripa llena.

Howard señala hacia los cuencos con el rifle del 22 que lleva en la mano.

—Come un poco, Murray.

—No es para él. —Alice parece ofendida.

—Claro que no —dice Howard—. Apuesto a que tres cuartas partes son de matarratas. Venga, Murray, llena bien la cuchara, no tengas

vergüenza. Este 22 te matará igual que un 45 si doy en el punto exacto.

Murray coge una cuchara de la bandeja y toma un bocadito. Hace una mueca al notar el sabor, pero no muere.

—Alubias —dice.

—Ahora, prueba del otro cuenco —le ordena Howard.

Murray toma una cucharada. Tampoco muere.

—De acuerdo. —Howard deja de apuntar con el 22—. Tráelo aquí.

Alice se acerca con la bandeja y, cuando está justo delante de él, se inclina para servirle un plato.

Pero no lo hace.

Vuelca la bandeja y le lanza los dos cuencos a la cara. Acto seguido, saca un martillo del bolsillo del delantal y lo blande trazando un arco perfecto para abollarle a Howard el cráneo como si fuera una pared de yeso. La sangre sale a borbotones del flamante agujero de la cabeza de Howard, que en balde trata de cubrirse con las manos para que no lo golpee de nuevo. Con el segundo golpe, el martillo se queda enganchado y Alice tiene que dar un buen tirón para soltarlo.

La cara de Howard se queda petrificada y las manos caen inertes sobre el regazo, le gotean alubias y sangre del mentón, y las gafas le cuelgan de la oreja izquierda por una patilla. Es como si se achicara, como si se desinflara hasta quedar del tamaño de un hombre normal. Lo que quiera que fuera ya no existe.

—No te muevas —le dice Murray a Mopar. Ha cogido el 22 y le está apuntando.

Mopar se sorprende al ver que ha soltado el cigarrillo y que apunta a su vez a Murray con la recortada. La habitación empieza a darle vueltas y el olor a judías mezcladas con sangre le atraviesa la cabeza. Todo vuelve a ser de color rojo.

—Suéltalo.

—Si lo sueltas, te las verás conmigo, Murray —dice Alice que mira a Mopar con los ojos entornados, mientras limpia el martillo ensangrentado con el delantal—. Sé quién eres.

—No me conoces de nada.

—Sí, eres el chico que mató al ayudante Rose.

—¿Sabes lo que pasó?

—Sé que al ayudante Rose le gustaba buscar a mujeres que fueran solas por la noche. Y también sé lo que les hacía.

—Bueno, yo de eso no sé nada.

—Baja esa escopeta y deja que te entreguemos al alcaide Jugg. Le diremos que nos ayudaste a matar al negro. Que estaba a punto de hacer algo peor que obligarme a preparar unas alubias. Serás un héroe.

—La historia no terminará así —dice Mopar.

—Entonces, tendrás que correr —dice Alice. El delantal gotea sangre y pedazos de cráneo con sesos pegados—. Corre y vete bien lejos. Si vuelves a aparecer por aquí, te haré lo mismo que al negro.

21

El rastreador

Jim sube pesadamente las escaleras del porche de casa. Las luces están encendidas y no le hace falta entrar para oír la voz de Jugg por la radio. No se mueve, empieza a respirar por la boca. Todavía siente el olor a la sangre de Bellingham, el aire tiene su sabor. Y no quiere entrar en casa.

Calvin y él metieron al superintendente Bowman en la cabina de la camioneta y le dieron un trapo para que se lo pusiera en la cabeza. Después ayudaron a Bellingham a sentarse y allí se quedó tratando de sujetarse los trozos de cara en su sitio.

Calvin empezó a dar vueltas abriendo huellas en la nieve.

—¡Por las muelas de Cristo! Jim, tengo que llevarlos al hospital —dijo—. ¿Qué coño le digo al alcaide Jugg sobre Bowman?

—Dile lo que quieras, a mí me da igual —respondió Jim.

—Querrá hablar contigo.

—Ganas en una mano y mierda en la otra, a ver cuál se llena antes. Es lo que decía el Viejo.

—Santo Dios, Jim. Voy a cargármela yo si no te llevo conmigo.

Bellingham gimió. Estaba echado hacia delante, con la frente apoyada en el salpicadero, la mano contra la mejilla y sangre escurriéndose entre los dedos.

Jim les dio la espalda a todos y echó a andar hacia la autopista. El viento rugía y grandes tormos de nieve caían de los árboles. Se hundía el techo del mundo.

Aún estaba a millas de casa cuando lo recogió un coche lleno de guardias que no pararon de repetirle lo mal que estaba de la cabeza por ir andando por ahí con tormenta y en mitad de una fuga. Pero hasta eso le pareció aceptable porque, en ese momento, la idea de ir a casa sonaba realmente bien.

Ahora en cambio, al escuchar la voz de Jugg por la radio y saber que estarán todos reunidos alrededor, no lo tiene tan claro.

De todos modos, está acostumbrado a no tener nada claro.

En cuanto abre la puerta, se vuelven a mirarlo. Ruby está sentada en un sillón raído y sus hijos, Judith y Wayne, en el sofá, con un tablero de damas entre los dos.

—Hola, Jim —dice el padre de Ruby desde el otro sillón, el que recogieron en el vertedero público.

Jim se quita la gorra del uniforme y la guarda en el bolsillo. Comprende de pronto que le agota todo lo que hay en esa casa. Los muebles que encontraron donde otros los dejaron tirados. Incluso ese árbol de Navidad que languidece con desgana bajo el peso de piñas pintarrajeadas y tiras de arándanos. Así son las cosas. El banco subastó todos los muebles de Jim, aquellos con los que creció en la granja. Ahora no hay nada que no le desgane.

Hasta que Judith se levanta de un salto del sofá y se abraza a su cintura.

Judith.

A ella nunca la vio venir. Cada vez que desea estar viviendo cualquier otra vida que no sea la suya, Judith lo trae de vuelta.

—A ver, dime —dice Jim, mientras posa una mano sobre su pelo castaño. Sus dedos son demasiado largos para esas manos, pero a ella no le importa—. ¿Por qué lloras?

La coge en brazos, se acerca a la radio y gira el dial hasta que se apaga.

—Cuéntame.

—Estaba llorando porque no venías a casa. —Ruby se sube las gafas por la nariz. Le surcan la cara arrugas de dolor, el rastro claro de la vida que le ha tocado vivir. Jim ha visto las cicatrices de la espalda, esas de las que no quiere hablar. Es como si alguien hubiera calentado una percha de metal en el fogón y se hubiera entretenido marcando dibujos—. Tu turno terminó hace horas.

—Ha habido una fuga —dice Jim.

—Podrías haber llamado.

—Me recogió Bellingham de camino a casa, es el ayudante del alcaide. Donde hemos estado no había teléfono.

—Mamá decía que igual te habían matado. —A Judith le tiemblan los labios y rompe a llorar. Hunde la cara en su cuello, pero se aparta al sentir el abrigo frío y mojado.

—A mí no me pueden matar —dice Jim.

—¿Quién iba a tomarse esa molestia? —pregunta Wayne.

Wayne siempre dice cosas así. A veces, a Jim le gusta imaginar lo que el Viejo le habría hecho a un adolescente que hablara como él. Pero luego, se lo saca de la cabeza.

—Déjalo tranquilo, Judith —dice Ruby que le quita a la niña de los brazos y la deja en el suelo—. ¿Estabas con Bellingham? Han dicho lo que le ha pasado. Podría haberte sucedido a ti.

—A mí no —dice Jim—. Yo no estaba haciendo nada.

—Lo que mejor se te da —dice Wayne.

—Supongo —dice Jim.

—Hemos sacado la escopeta —dice el padre de Ruby—, pero no encontramos munición por ningún lado.

Farfulla con la boca torcida. Se ha encogido desde que vive con ellos.

—Está debajo de la cama. —Jim se acerca a Judith y le acaricia el pelo de nuevo. Le gustaría volver a cogerla en brazos, pero sabe qué cara pondrá Ruby si lo hace. Y siempre lo hace—. Ve a tu habitación. Enseguida iré a darte las buenas noches.

—Tú ya has hecho bastante —dice Wayne—. Yo la acostaré. Y saca los cartuchos.

Lleva a su hermana hasta el dormitorio, a solo tres o cuatro metros por el pasillo. Los dos dormitorios están en el centro, la sala de estar en un extremo y la cocina, en el otro. El padre de Ruby duerme en el sofá. El que encontraron en un arcén en el pueblo.

—¿Ni un solo teléfono? —pregunta Ruby en cuanto Wayne entra con su hermana en la habitación.

—¿No hay refrescos en casa? —le dice Jim al padre de Ruby.

—Voy a por una botella —responde.

Y entonces llaman a la puerta.

Ruby se sube las gafas con tanto ímpetu que se le quedan torcidas sobre la nariz.

Jim va a abrir.

Son dos guardias. A uno no lo ha visto nunca, pero el otro se llama Dickie Carr. Fueron juntos al colegio. Era de esos chicos que te dejaban cagadas de perro en la silla, y no ha mejorado mucho desde entonces. La experiencia le ha enseñado a Jim que nadie cambia a mejor.

—El alcaide Jugg quiere hablar contigo. —La voz de Dickie es como el ladrido de un perro en miniatura. Tiene los ojos marrones y ruines, muy juntos.

—Iré mañana, cuando sea mi turno —responde Jim.

Al desquiciado de Dickie eso lo saca de quicio aún más de lo habitual, y se le nota en la cara.

—Tiene que ser ahora.

—¿Pasa algo? —pregunta Jim.

—Claro que pasa. ¿Por qué dejaste solo a Bellingham?

—No podía hacer nada por él.

—De eso quiere Jugg hablar contigo. Tampoco está muy contento. Dice que un preso se largó al bosque y que, en lugar de darle caza, decidiste ir a calentarte el trasero.

Jim le cierra la puerta en las narices. No es que lo haya preparado, pero no ha podido evitarlo.

—Tu refresco. —El padre de Ruby le da una botella de Royal Crown Cola. La ha abierto en la cocina y ha conseguido no derramar más de un tercio en el camino de vuelta. Y eso que perdió un poco el equilibrio y ha estado a punto de tirar el árbol de Navidad.

Jim da un trago de la botella, se queda mirando la puerta y espera.

Se abre.

Jim deja la botella. Todo se le viene encima de nuevo.

—Tal y como nos lo ha dicho Jugg, no te queda otra —dice Dickie —. Te vienes con nosotros.

Jim mira a Dickie directamente a sus diminutos ojos de desquiciado.

—¿Cómo está Bowman?

Todo. El pueblo entero.

—Bowman está bien. —Lo mira fuera de quicio, pero de alguna forma diferente, como descolocado—. Lo atravesó una bala y se golpeó la cabeza con una piedra, pero se pondrá bien.

—¿Eso es lo que os contó?

—Mira, si tienes ganas de bronca, me apunto —dice Dickie—. Te daré una paliza y te llevaré a rastra. Así seguro que Jugg te pone de patitas en la calle.

Ruby ahoga un grito, como si fuera a desmayarse. Jim supone que no es por lo de la paliza.

—¿Jugg ha dicho que iba a despedirme?

—Si no vienes con nosotros, sí. Y, si te soy sincero, espero que sea así. Sería lo mejor que me ha pasado desde hace años.

—¿Mejor que cuando se largó tu mujer? —masculla el padre de Ruby.

Dickie aprieta los labios tanto que se tiñen de blanco.

—¿No tenía solo una oreja el enano ese? Ya sabes, el chico del súper.

—Más te vale subir al coche —le dice Dickie a Jim—. Al alcaide Jugg no le importará en qué estado te lleve.

—Tenía algo en la piel, ¿verdad? —sigue diciendo el padre de Ruby.

La porra de Dickie está desenfundada, lo mismo que el 45 que Bellingham le dio a Jim. Acaba de aparecer en su mano y está apuntando a la tripa de Dickie.

—Tranquilo —dice Dickie y suelta la porra. Se humedece los labios —. Con calma.

Jim da la vuelta al 45 y se lo tiende a Dickie.

—Supongo que Bellingham querrá recuperarlo.

Dickie coge el arma.

—Seguro que sí.

Entonces blande la porra y golpea a Jim en la cabeza.

Algo se desgarra y se le abre a Jim entre las orejas.

22

La forajida

Dayton está en lo alto de Chilblain Canyon, en las montañas que dominan el pueblo; ha aparcado la camioneta a una orilla de la carretera y mira hacia una casita de color blanco que hay en mitad de un prado. La nieve la esconde y distorsiona. Cae como si la cribaran con un tamiz perversamente lento. Hay luz encendida en una ventana, y es como una estrella moribunda a pocos segundos de extinguirse para siempre.

Dayton lleva al menos diez minutos sentada en la camioneta, retrasando el momento de ir hasta la puerta y llamar. La hostia… Mopar no puede estar ahí dentro.

Claro que puede.

Dayton abre la camioneta y sale a la nieve. Pero, en lugar de ir directa hacia la puerta, bordea el prado con la nieve por las rodillas. Cuando llega a la casa, se arrastra hasta la ventana por la que sale luz.

Cuenta hasta tres, levanta la cabeza para ponerla a la altura del alfeizar y se asoma.

La mujer que hay dentro parece un cigarrillo pisoteado. Tiene el pelo rubio desvaído como la paja olvidada al sol, y está en la mesa de la cocina con una bata tan mugrienta y andrajosa que no la quemarías con la basura por miedo al vapor tóxico. Está de cara a una pared pelada con una taza entre las manos. Cuando se acerca el café a la boca, no aparta la mirada de la pared. Se diría que lleva años allí sin encontrar una razón suficiente para marcharse.

Dayton cae en la cuenta de que hacía años que no veía a Molly. Lo mismo que el resto del pueblo. No recuerda que haya salido de casa desde el último niño, el que estuvo a punto de conseguirlo. Si hay que comprar comida o hacer algún recado en el pueblo, es Peter Perkins quien hace el viaje.

Dayton se asoma de nuevo.

La segunda vez es todavía peor. Es de esas imágenes que, si se te quedan dentro, te llevan a pegarte un tiro con un arma de gran calibre directamente en el corazón. Imagina tener esa vida. Imagina vivir en esa cabeza. Casi es mejor hacerlo en un nido de serpientes.

De todos modos, lo que importa ahora es lo que ha visto.

Molly está sola.

Regresa al pueblo sin dejar de darle vueltas. Mopar no está en el

desguace ni en casa de Molly. No se le ocurre ningún otro sitio donde pudiera estar, pero tiene que continuar buscando. Sigue pensando en qué habría hecho si Mopar hubiera estado en el desguace como le preguntó Schmidt, y también en lo que les hacen a los fugados, aunque los cojan con vida.

Las casas del pueblo son como espectros de sí mismas entre el negro y el gris, pedazos esparcidos en la nieve. Vallas metálicas, patios devorados por las malas hierbas y gallineros. Sale del pueblo sin rumbo y pasa por delante de un montón de troncos que aguardan en pilas junto a la carretera, con la sombra alargada e imprecisa del aserradero tras ellos.

Entonces frena hasta quedarse parada en mitad de la carretera.

Lo que les hacen a los fugados.

Una racha de viento golpea de costado la camioneta y la zarandea. Piensa en Mopar y piensa en ella, y en que todo sale siempre mal.

La sensación emana del pueblo. Ese pueblo la tiene siempre al borde de una crisis nerviosa, y cada vez que oye su nombre se sobresalta. Cuando está en una tienda, trata de ponerse siempre junto al escaparate para no perder de vista las montañas.

Se suena la nariz en el pañuelo y lo devuelve al bolsillo; mete la marcha atrás, gira el volante, da media vuelta a la camioneta y se va en dirección a casa. Se pregunta si todos los pueblos son así, o solo ese.

Al llegar al final de la cuesta de tierra que termina en su parcela, distingue un hilo de humo entre la nieve. Estira el cuello por encima del volante y fuerza la vista a través de la nevisca.

Es el humo de un tubo de escape. La silueta tenebrosa de un coche aparcado a las puertas de su casa.

Ya está agotada. Le duelen los codos y siente la cabeza como si fuera un globo de helio. Frena la camioneta, vuelve a buscar el pañuelo en el bolsillo y se suena la nariz sin dejar de mirar el coche. Entonces levanta el pie del freno y baja a toda velocidad.

Es un Mustang Fastback de color negro. Dayton aparca detrás, pero sin bloquear la salida. Sabe quién es. Puede rodear la cabaña para marcharse.

Sparrow sale del coche. Lleva el pelo desgreñado y cazadora de motero; le falta el ojo izquierdo y el agujero que queda lo tiene picado y lleno de cicatrices, como si se lo hubieran hecho con un clavo de traviesa. El resto de la cara aún tiene peor pinta.

No echa a andar hacia ella, se queda parado entre los gases de escape que se arremolinan en el suelo y se le enrollan como zarcillos en las botas de media caña.

—Llevo dos horas esperando —grita para hacerse oír por encima

de la nieve, y el eco resuena en el cañón—. Dos putas horas.

—Que yo recuerde, no habíamos quedado. —Deja abierta la puerta de la camioneta y se queda al lado; el viento sopla frío y le despeina la nuca—. Nadie te ha pedido que vengas.

—Tú no eres quien pide, y más te vale estar aquí cuando necesite algo. Ese es el trato. Joder, si tuvieras teléfono no habría ningún problema.

—El trato es que quedamos antes de vernos.

Sparrow da una palmadita en el bolsillo que tiene la cazadora a la altura del pecho y se gira para mirar la manta de nieve que cae sobre el campo.

—Quiero todo lo que tengas.

Dayton se aprieta la nariz con la muñeca.

—No lo he pesado ni embolsado.

—Tengo toda la noche. —Sparrow sigue mirando hacia el campo. Su perfil es como un cartón roído por las ratas.

—Esta noche no. No es un buen momento.

Sparrow se vuelve hacia ella y la golpea con la visión directa de la cuenca vacía. Se nota que es un truco que ha ido depurando con el tiempo: esconder y mostrar de pronto. Si algo ha aprendido de esos moteros es que su vanidad solo la supera su autocompasión.

—Pórtate bien.

—No puedo. —Saca el pañuelo y se suena la nariz—. Vuelve la semana que viene. La semana que viene lo tendré preparado.

—No es eso lo que te he dicho.

Dayton mueve la cabeza hacia el prado que miraba Sparrow, barrido por rachas de nieve.

—Mira cómo cae, cuando terminemos no podrás salir en toda la noche. Tal vez durante días.

—Ya he pensado en eso. He traído lo que necesito para un par de días. —Al sonreír se le cierra la cuenca del ojo hasta convertirse casi en una raya—. ¿Te han contado el chiste del viejo que se mudó al campo?

Dayton apoya los antebrazos en la puerta de la camioneta y espera. Se hace una idea de adónde pretende llegar.

—El hombre vino de Denver o de algún sitio así. Nada más instalarse en la cabaña, pasó el vecino y le dijo: «¿Cómo andamos? Esta noche voy a dar una fiesta de bienvenida, acérquese un rato. Habrá para beber, pelear y mojar el churro. Va a ser la madre de las fiestas, no le faltará de nada». Al oírlo, el tipo de ciudad le dijo «suena de maravilla, ¿quién va a estar?», a lo que el vecino respondió: «¿Cómo que quién? ¡Usted y yo!».

Dayton saca el 30-30 de detrás del asiento de la camioneta y mete un cartucho en la recámara.

—Fuera de mi granja.

No borra la sonrisa, pero la cuenca vacía se le abre de par en par como en un destello y, por un instante, parece que dentro hubiera metido un ojo después de todo. Al fondo y al acecho, como un animal que saliera de la madriguera.

—Mañana puedes ser tan perra como quieras, pero esta noche necesito la hierba.

—Vuelve la semana que viene. —Apoya el cañón del rifle sobre la puerta de la camioneta y dirige la mira al centro del pecho—. Para entonces tendré todo listo.

—Ethan no me habría hecho una faena así.

—Yo no soy Ethan.

—Pero yo soy quien convenció al resto para seguir trabajando contigo.

—Y te lo agradezco. Pero ahora lárgate de mi granja.

—Por eso nadie quiere trabajar con mujeres. Las perras hacen perrerías.

Lo ve marcharse por el acceso y luego coger el camino de tierra. Al coche le cuesta avanzar por la nieve y está a punto de hundirse en una zanja. Cuando desaparece, Dayton coge aire, se echa el rifle al hombro y abre la puerta de la casa.

Cuando Ethan estaba ya en las últimas, preparó una mochila con lo que pudiera necesitar para pasar unos días. La saca del baúl de madera de cedro del dormitorio y se la carga a la espalda. Al salir cierra con llave y camina hacia el granero, pasando por delante de los restos carbonizados del viejo retrete y del nuevo que construyó a su lado.

Una vez dentro, levanta un tablero suelto del suelo, saca unas cuantas bolsas de marihuana y las mete en el macuto, encima de las provisiones.

Con esa moneda se puede pagar en cualquier lado. Es la única que podría servirle de algo a Mopar.

23

Los reporteros

Garrett vuelve a estar al volante del coche de Stanley. Cae tanta nieve que no se ve lo que está a un metro y medio de distancia. Los guardias, Johnson y Grace, van en el asiento de atrás con los fusiles Winchester de repetición metidos entre las piernas.

Por lo que Stanley puede distinguir, están cerca del centro. Ve el halo tenue y azul de una farola y lo que podría ser un edificio de ladrillos con fachada comercial de doble altura. De todos modos, llevan tanto tiempo dando vueltas que es imposible estar seguro. Entonces se fija en una luz que parpadea en amarillo. El semáforo. Y, en efecto, también hay una cafetería con el azul y el rojo de un letrero luminoso de Pepsi al fondo. Es el centro.

Johnson le da una palmadita a Stanley en el hombro desde el asiento de atrás.

—Cuando escriba ese artículo, no me llame Johnson —dice.

Stanley se gira para mirarlo. En su vida había visto una nariz tan destrozada como la de Johnson. Está hinchada y torcida, cubierta de cicatrices por encima y gotea por la punta como una hoja cubierta de rocío.

—¿Qué pongo, entonces?

—Me llamo Shitkick. Johnson era mi padre —dice—. Si me llama Johnson, le follaré el oído con mi cuchillo de los marines.

—Se quedará Shitkick —dice Stanley, y lo dice en serio. Por mucho tiempo que Shitkick lleve ya en casa, está claro que no es suficiente. Stanley se mete un Lucky Strike en la boca y saca otro, antes de ofrecerle la cajetilla a Shitkick. No quiere.

—¿Y qué hago yo? —pregunta Garrett. Tiene el cuello de jirafa tan estirado que casi hunde la cara contra el parabrisas—. Me cago en la leche.

—No lo sé, tú vas al volante —dice Shitkick—. Pensaba que hasta los comeflores sabíais conducir.

—Sé conducir —responde Garrett—. Lo que no sé es hacia dónde.

—Hasta los hippies comeflores de Denver.

—Yo también estuve ahí —dice Garrett.

—Tú ni te acercaste por donde estuve yo —dice Shitkick—. Si hubieras aparecido, me habría encargado de ti.

—Estuvimos exactamente en el mismo sitio —dice Garrett—. Pero dejemos esto, solo pregunto por la dirección. No conozco el pueblo.

—Los presos tampoco. Los encontraremos dando vueltas por la calle. —Shitkick se tapa la boca con el puño para bostezar—. Sorbemocos… Al primero que vea le pegaré un tiro en la nuca por meterme en este jaleo.

—No creo que vayamos a verlos —dice Grace. Su cara es de esas por las que uno querría desaparecer en un rincón bien oscuro. Por su belleza y los pómulos marcados de modelo. Es como el pétalo de una flor exótica imaginada fumando hierba al calor de una hoguera. Una belleza que abochorna—. No me podría encontrar ni el pito con un par de manos extra.

Shitkick deja escapar una risilla maliciosa.

A Grace se le nubla la cara, tanto como puede nublarse una cara como la suya.

—No te rías, joder.

Stanley suelta el humo.

—¿Tenéis algo de beber? —pregunta.

—Tenemos otra cosa —responde Grace.

—¿Qué cosa?

—Nada… —Shitkick lanza a Grace una mirada de las que apuñalan y luego se le ilumina la cara, tanto como puede iluminarse una cara como la suya—. El Yard está aquí mismo.

—No nos abrirán —dice Grace—. Ha sonado la alarma.

—Barnes está en el bar. Nos dará algo —dice Shitkick que luego se dirige a Garrett—: Deja el coche a la derecha, en el arcén.

—¿Y dónde coño está el arcén? —pregunta Garrett—. No se ve un pijo.

—Deja que el coche patine hasta que se estampe con algo —dice Shitkick—. Hippie de los huevos…

—Tú hazle algo al coche y será tu último reportaje —le dice Stanley a Garrett.

—Pero ¿Barnes nos dejará entrar? —pregunta Grace.

—Barnes es un drogata —dice Shitkick—. Ese despojo estará ahí colocado, comiendo techo. Y si algo les gusta hacer a los drogatas cuando están colocados es hablar de su patética vida de drogata. De cuando perdieron el brazo en la guerra o cuando su mujer les dice que tienen la polla como un centavo.

Esta vez, a Grace no solo se le nubla la cara, sino que se le afea. Tanto como puede afearse una cara como la suya. Shitkick vuelve a reír con la misma risa maliciosa. Stanley está a punto de reír también, pero por nada del mundo se pondría de parte de una mujer que se burla de su esposo. Aunque sea de forma indirecta y la mujer, imaginaria.

El coche se estrella contra el bordillo.

—Lo encontré. —Garrett apaga el contacto.

—Bien hecho, comeflores. —Shitkick abre la puerta y corre hacia la acera, con el cañón del 30-30 al hombro y Grace pegado a la espalda. Llevan abrigos grises por encima del uniforme y las gorras caladas en la cabeza al rape.

Stanley lanza el cigarrillo a la nieve y da una carrerilla para no perder a Shitkick. Está de pie frente a un bar con fachada de doble altura y aporrea la puerta. El letrero está sepultado bajo la nieve.

—¿Qué pasa? —Se oye decir a un hombre desde dentro.

—Soy Shitkick. Abre la puerta, coño.

—Está cerrado. ¿No has oído la sirena?

—Quiero una botella. Pásala por la puerta.

—Está cerrado.

—Cómeme el nabo, Barnes. Estoy aquí fuera con dos periodistas y al menos uno de los dos es marica. Si no les consigo algo para beber, no aguantarán esto.

—Está prohibido vender nada cuando suena la sirena.

—Tengo el dinero listo, sobra algo para ti.

—De acuerdo, espera. —Se oye movimiento dentro. Shitkick frota las manos y se echa el aliento dentro. Al rato, la puerta se abre con un crujido y una mano temblorosa asoma con una botella de whisky Evan Williams. Shitkick la coge y pone un billete en su lugar. La puerta se cierra.

—Lo tenemos. —Shitkick desenrosca el tapón y da un trago antes de pasar la botella—. Así está mejor.

Es el turno de Stanley. Cree ver algo en la nieve, al final de la calle.

—Pero ¿qué narices? —Baja la botella—. ¿Hay alguien andando en mitad de la calle?

Entorna los ojos. En efecto, la silueta de un hombre se hace más nítida.

El ladrido del 30-30 de Shitkick. Y, luego, el de Grace. Descargan las armas en una ráfaga de fuego, golpeando las palancas de repetición como desenfrenados.

Dejan de disparar.

—Creo que ya es nuestro —dice Grace.

Stanley empieza a correr hacia la figura. Se detiene y da media vuelta.

—Debería quedarse atrás un momento —dice Shitkick—. Puede haber más.

Saca unos cartuchos del bolsillo del abrigo y los mete en el cargador.

—¿Cómo sabíais que era un prisionero? —pregunta Garrett, que ya ha sacado la cámara.

—Si va por la calle, es prisionero —responde Shitkick.

—¿Nadie ha desoído nunca la sirena para dar una vuelta? ¿Es que no hay sordos en este pueblo?

—Cuando suena la alarma, esto es territorio comanche. —Shitkick acciona la palanca del rifle para meter otro cartucho en la recámara—. ¿Dónde dices que estuviste?

Garrett se enrojece y no es por el frío.

—¿No tendríais que haber avisado o algo? ¿No deberíais haberle dicho que se entregara?

Stanley le agarra del hombro para que se calme.

Garrett le retira la mano.

—No tuvo ninguna oportunidad.

—Volvería a hacer lo mismo —dice Shitkick.

—Si le hubiéramos avisado, solo habría tenido que dar media vuelta y en tres pasos habría desaparecido —dice Grace, que suspira con satisfacción y echa mano para colocarse lo que lleva dentro de los pantalones.

24

El preso

Mopar se maldice por no haber cogido el abrigo y la gorra de uniforme, pero tenía que salir de allí sin perder tiempo. La tenía delante con el martillo chorreando sangre en la mano y la cara desencajada. Nada como la violencia de la que es capaz la gente de orden para que se respete el orden. En Old Lonesome los carceleros tenían ciertas reglas sobre lo que podían hacerte o no, pero, si te pescan aquí fuera, cualquier razón es buena para borrarte del mapa.

Es un zote redomado, pero por lo menos se ha llevado la escopeta. Hasta que mira el cañón hecho con una tubería y el taco de madera sujeto con alambres que le sirve de culata, y se cabrea aún más.

Debe guarecerse del viento hasta que consiga un abrigo. Pero sopla por todas partes, en rachas como apisonadoras que cubren el suelo con un manto de nieve. Por aquí no hay ni un miserable árbol. Ni una jodida rama que interrumpa el blanco. Si no fuera por las montañas que asoman por el oeste, esa desolación lo volvería loco del todo. Se le ocurre que para pensar en esas cosas hay que ser un majara sin remedio.

Algunos trozos de piel le pican, sudan y se le entumecen. Tiene que respirar por la boca. Los pulmones le suenan a carraca y cada vez que coge aire le duele como si se desgarraran. No hay nada en el cielo, ni una estrella ni un atisbo de la luna. La nieve gira convertida en torbellino y le azota en la cara y las manos. Podría tener los carceleros a un palmo y no se daría cuenta hasta que tuviera una bala metida en el cráneo.

Empieza a bajar una cuesta que ni siquiera ha visto. Acaba dando tumbos contra unos sauces. Son sauces de río. Luego, se arrastra hacia un arroyo, se tambalea y cae al pisar en falso. Se hunde, el pie cruje y nota que está mojado.

Ya está. Te has torcido el tobillo, ahora como si te quedas aquí sentado hasta morir congelado.

Espera a que le duela. Pero no hay dolor ni llega.

Se agacha y palpa la bota, hundiendo el pulgar contra los dedos del pie.

No se ha hecho daño. Solo ha abierto un agujero en el hielo.

Y eso, por cierto, no está nada mal. Puede seguir el curso del río. Se pone en dirección a la corriente y empieza a andar.

Tiene frío, y está mojado y abatido. Como no podía ser de otra

manera, piensa en Molly.

Molly nunca hablaba mucho de su marido, el ayudante Donald Rose. En realidad, tan poco que a Mopar le sacaba de sus casillas. Le decía que cuando estaban juntos su marido no existía y que no hablaba de él para que no se interpusiera entre ambos. Mopar sabía que era justamente al contrario. Que Mopar era la pieza accesoria de la que podía deshacerse cuando quisiera. Y que quería que siguiera así.

Vivía en aquella casa. Su futuro entero estaba ligado a Rose. No tienes ningún derecho a quejarte si estás con una mujer casada. En realidad, no tienes derecho a nada. No tienes derecho a contar la verdad, aunque sea tuya, ni tienes derecho a esperar que te la cuenten a ti. Cuando rascas el barniz en un punto se acaba pudriendo todo lo que hay debajo. Así que mejor ni lo tocas.

Pero si hay algo a lo que no tienes derecho ni por asomo es a hacer planes. Aun así, Mopar trató de hacerlos, pero ¿qué demonios iba a hacer? ¿Llevarse a Molly a la caravana? Lo habría hecho sin dudarlo, pero ella jamás habría abandonado a su marido para ir a vivir a un desguace. Y ese, precisamente, era otro derecho que no tenía: el derecho a pedirle que se marchara.

Cuando pensaba en eso, perdía el sueño. Pasaba la noche bebiendo. Dando vueltas arriba y abajo. No dejaba de verla en la cama con él. O con otro hombre. Porque, si no eras tú, era el que fuera. Ni siquiera tienes derecho a creer que importas. Ni lo tienes ni lo mereces.

No sabes en qué medida eres capaz de odiarte hasta que te lías con una mujer casada. Casi es mejor tirar el corazón por el retrete y echar las tripas por encima.

Fue a comienzos de primavera. Ya hacía calor. El desguace olía a grasa y aceite de motor podridos. Al sacar los cubos de un coche, encontrabas un pedazo de grasa para rodamientos del tamaño un puño con el olor más repugnante que se pueda imaginar. Era igual con todas esas tartanas. Y el calor solo lo empeoraba.

Mopar tenía a medio desmontar el motor de la camioneta cuando la vio aparcar su Styline al lado. Ni siquiera salió, se limitó a bajar la ventanilla y a tirar el cigarrillo al suelo. Mopar lo pisó y asomó la cabeza en el coche para hablar con ella. Su aliento era de vodka y vómito, y tenía los ojos como raspados con arena.

Empezó a hablar, le contó todo lo que acababa de oír. Que había habido una fiesta. Que las esposas de los guardias habían preparado cócteles mezclados con tranquilizantes. Miltinis y guided missiles. Y que una bebió de más y se desmayó en el césped. Que el ayudante

Rose atendió el aviso de un vecino que llamó preocupado. Que metió a la mujer en casa y la tumbó en el sofá, y que luego pensó que lo mejor sería quedarse allí para que no les pasara nada a las señoras. Eso le habían contado a Molly.

Mopar creía que así terminaba la historia. Pero no. Y el colofón no llegaba, aunque estaba claro que Molly iba a ser incapaz de callar lo que faltaba. La historia iba al galope y no había forma de tirar de las riendas.

—Me lo ha contado Loretta Parkman. —Seguía hablando dentro del coche—. Que él dijo que solo quería que no les pasara nada, pero que empezó a preparar más copas y que no recuerdan nada más. Hasta que despertaron y él ya no estaba. Y que no se encontraban bien. Por ahí abajo.

Mopar se frotaba las manos con un trapo. Lo estaba haciendo desde que empezó a contar la historia. Se limpiaba la grasa con el trapo y luego la pasaba del trapo de vuelta a las manos. No dejaba de mirarla. Sabía cómo hacía sentir a la gente cuando la miraba como la estaba mirando a ella.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? —preguntó.

Molly tragó saliva como si se hubiera dado cuenta de pronto de con quién estaba hablando.

—Una acabó en el hospital. Estaba desgarrada. Y no era por el sitio normal.

Fue como si el aire se quedara suspendido alrededor. El frotamiento de un saltamontes le embozaba los oídos.

—¿Por qué coño me lo estás contando a mí?

—No tengo a nadie más a quien contárselo… —Cerró los labios alrededor del cigarrillo y se le encharcaron los ojos. No se molestó en enjugarse las lágrimas.

—Y no querías que tu marido se follara a otra mientras tú follabas conmigo, ¿verdad?

—Mopar…

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Ya sabes quién.

—No quiero que hagas nada.

—Has venido hasta aquí para contarme toda esa porquería. Claro que quieres.

—Mopar…

No dejaba de mirarla.

—Mopar…

Mopar paró de frotarse con el trapo. Un cuervo pasó volando muy despacio y su pesado aleteo retumbaba en seco como la presión que sentía dentro de la cabeza. Se posó sobre las barras de la capota de un

descapotable destartalado. Mopar siguió con el trapo entre las manos lo que le pareció una eternidad, mientras recordaba todos los derechos que no tenía.

Entonces se lo tiró a la cara.

—Sal del coche de los cojones o te saco por los pelos.

—Mopar…

El cuervo graznó con tanta fuerza que sobresaltó a Mopar. Metió la mano y la agarró del pelo. Estaba duro como la paja por la laca. Tiró para sacarla por la ventanilla. Molly gritaba «Mopar, para», «Mopar, por favor», «Mopar, no lo hagas» y cosas por el estilo. Le soltó el pelo cuando tenía medio cuerpo fuera y la mujer se dejó caer de bruces al suelo. Se llevó las manos a la cabeza y se quedó sollozando.

Mopar subió al coche y se marchó. Mentiría si dijera que pensaba en algo. No lo hizo ni en el viaje en coche, que no fue muy largo, ni cuando paró frente a la casita blanca donde vivía ella con su marido.

No volvió en sí hasta que abrió la puerta del coche. Apoyó una mano sobre el capó, ardía bajo el sol, y vomitó todo lo que llevaba en las tripas.

Lo que me faltaba. Mopar sale de su ensimismamiento al darse cuenta de que tiene los dos pies empapados de andar por el arroyo. Piensa que hay que ser tan imbécil para que te pase eso que se le agarrotan los dedos en la escopeta y tiene que reprimir el impulso de meterse una bala en la sien.

Sube a la orilla, ¿qué coño hacía metido en el agua?

Deja de pensar, bodoque. Relájate. Los pensamientos son como aleteos.

Más le vale empezar a estar atento si no quiere palmarla. Aquí no habrá segundas oportunidades y unos pies mojados pueden liquidarte igual de rápido que una bala. Pies mojados, pies cansados, pies ulcerados.

Llagas en los pies… hay que joderse. Ya no nota punzadas aquí o allá, sino que le duelen enteros. Las botas de la prisión nunca le sentaron bien, pero tampoco había tenido que andar tanto. No quiere ni imaginar lo que encontrará cuando se las quite. Seguro que no queda ni un solo centímetro de piel sin ampollas.

De pronto, Bad News sale de un salto de unos matorrales con el 38 apuntándole a la barriga.

—Contra la pared, escoria. Esto es un atraco. —El viento le arranca la voz de la boca y la lanza a tres metros de distancia.

Antes de que Mopar pueda levantar la escopeta para dispararle, Bad News lo tiene entre sus brazos.

—¡Tío, estás aquí! ¡Cuánto me alegro de verte, cabronazo! —Le planta un beso a Mopar en la mejilla.

Mopar lo aparta de un empujón y se seca la mejilla con la manga.

—No seas así —le dice Bad News—. Aquí fuera se está muy solo. Acojona bastante.

Mopar vuelve a andar arroyo abajo.

—Vaya, ya perdonará su alteza fecal. ¿Es que no estoy a su altura? Que te follen, polla sucia. Yo me largo en dirección contraria.

—Te daré cien pavos si lo haces —le dice Mopar.

Bad News rompe a reír.

—¿Has visto lo que le he hecho a la perra de la señora Bowman?

—No.

—Me la he cargado. Le di lo suyo, como haría un negro con un coñito rubio delante.

—Me da igual —dice Mopar.

—Hasta le di a probar el cinturón. Cuando vio que me lo quitaba, Warrington pensó que me la iba a cepillar, pero era para darle en la cara. —Bad News chasquea la lengua, como si fueran latigazos—. No dejaré que me metan otra vez en ese agujero de hormigón sin pelear.

—Cien pavos —dice Mopar—. Cien dólares y te largas por tu lado.

—Por su reacción, me pregunto si Warrington no sería una rata infiltrada. Lo digo en serio…

—Doscientos.

—Déjate de bobadas. Tú no tienes doscientos pavos.

25

Los reporteros

—¿Los están matando por las buenas?

Garrett Milligan tiene a Jugg pegado a la cara. Nota que se le sacude la tela naranja del traje y que escupe al gritar. Lleva un buen rato gritando y escupiendo. Estuvo gritando y escupiendo mientras cargaron el cuerpo en la camioneta, fue gritando y escupiendo todo el camino de vuelta, y seguía gritando y escupiendo cuando descargaron el cuerpo, lo metieron dentro y lo echaron al suelo frente a la mesa de Jugg, como si hubieran traído a casa una pieza de caza para la cena. Aún no ha parado de gritar ni de escupir. Tiene que dejar de gritar y de escupir, le agota, pero no puede.

—¿Qué es esto? ¿Ven a uno andando por la calle y se lo cargan sin avisar? Teníamos un nombre para eso cuando nos lo hacían a nosotros en Khe Sanh.

Stanley saca un Zippo del abrigo y después de encender un pitillo sopla el humo en dirección al teléfono de Jugg. Garrett empieza a estar harto de ver pavonearse a Stanley con esos numeritos.

—No sermonee a mis hombres —dice Jugg—. Ellos también estuvieron allí.

Se levanta de la mesa y va tambaleándose como un pato hasta el tablero, dejando una estela de polvo de talco. Tacha la foto de Klinger.

Garrett ve otra fotografía con una cruz. Lee el nombre de Wesley Warrington. Se le hinchan tanto los ojos que podrían estallar.

—¿También se lo han cargado?

Jugg vuelve a la mesa y deja el rotulador encima.

—Cayó en un tiroteo con el superintendente Bowman y el ayudante Bellingham. —Da una calada al puro, pero no aspira nada. Se lo saca de la boca para comprobar si sigue encendido y recupera un encendedor entre las balas y las pilas de papel que tiene sobre la mesa. Lo enciende—. Bellingham se llevó un balazo. Pero, incluso con media cara colgando, pudo con Warrington.

Stanley lo anota en la libreta. Se ha sentado en una silla plegable con una bota de cowboy sobre la rodilla y el cuadernillo apoyado encima para escribir. Siempre fardando, menudo fantasma.

—Jim Cavey también estaba —se oye decir a un guardia desde la mesa de los mapas—. Atendí la llamada del hijo de Bowman.

—¿Quieres pasar la noche fuera? —le dice Jugg—. Hay muchos sitios donde buscar en vez de estar aquí sentado con un mapa al lado

de la estufa.

—Sí, señor.

—¿Sí, señor? ¿Es que quieres salir?

—No, señor, no me gustaría.

—¿Seguro? Nunca vienen mal más hombres sobre el terreno.

—No, señor. Creo que me necesitan aquí, señor.

—Me alegra oírlo —dice Jugg—. Lo único que hizo Cavey allí fue agredir al superintendente Bowman.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—Puede borrar lo que ha dicho de Jim Cavey —le dice Jugg a Stanley—. No hace falta ni que apunte el nombre.

—¿Van a arrestar a Cavey por la agresión? —pregunta Stanley—. Doce fugados y trece capturados. Suena bien, podría ser el titular.

—No hubo ninguna agresión —dice el alcaide Jugg—. No es más que un rumor.

—Pero si acaba de decirlo usted —dice Garrett—. Ahora mismo, capullo. Acaba de decir que agredió al superintendente Bowman. Esto es un manicomio.

—Aquí no hablamos así, hijo —dice Jugg—. ¡Taylor!

Se dirige a un hombre con pajarita que espera de pie junto a la pared, con el sombrero de fieltro caído sobre la cara y el pecho moviéndose despacio como si durmiera.

Taylor no se mueve.

—¡Taylor! —Jugg alza la voz.

Taylor abre los ojos.

—¿Señor?

—Voy a retransmitir de nuevo.

Taylor se acerca al escritorio, trastea con el micrófono un par de segundos y levanta el pulgar hacia Jugg.

—Al habla el alcaide Cyprus Jugg —dice Jugg al micrófono. Le ha cambiado la voz. Ahora suena exactamente igual que J. Edgar Hoover —. El reo fugado Robert Klinger ha resultado muerto en Main Street hace menos de treinta minutos, gracias al trabajo de James Grace y Rupert Johnson. Klinger abrió fuego contra ellos con una escopeta de fabricación casera capaz de partir a un hombre en dos, por lo que Grace y Johnson no tuvieron más alternativa que devolver el fuego. Presenciaron la acción dos reporteros que acompañaban a los agentes. En las páginas del Rocky Mountain News de mañana podrán leer la noticia al completo. —Hace una seña al hombre de pajarita, que apaga el micrófono. Jugg se dirige a Stanley—: Listo. Seguro que con esto mañana venderán más ejemplares.

Se escucha un ruido, como si estuvieran estrangulando a un gato. Garrett se da cuenta de que lo está haciendo él mismo.

—Puede ahorrárselo —le dice Jugg.

—Somos periodistas, no propagandistas —responde Garrett.

—Esto no es propaganda, muchacho. Es un disparo de advertencia. No se confunda, podría servir para que algunos se entreguen. Podría salvarles la vida.

—No me confundo —contesta Garrett—. Lo tengo todo muy claro.

Algo se posa en el hombro de Garrett. Es la mano de Stanley. Por detrás, le clava una mirada azul y penetrante.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le dice.

Garrett intenta quitarse la mano de encima, y falla.

—Que te den. Estoy bien. No me hace falta hablar de nada.

Stanley sube los dedos por la nuca, nota su calor y su fuerza.

—Vamos fuera —dice Stanley—. Sal a tomar el aire.

—No quiero tomar aire, joder.

Stanley cierra la mano en la nuca de Garrett y se lo acerca. Tanto que Garrett nota que huele a humo de Lucky Strike y a sudor. Stanley aprieta la nariz contra su oreja.

—Tú me has metido en este tinglado —le dice en voz muy baja—. Me suplicaste que viniéramos aquí en mitad de una ventisca. Ya te dije lo que iba a pasar, ¿y ahora lloriqueas como un pipiolo porque pasa exactamente lo que yo te dije?

—No puedo —dice Garrett y se le llenan los ojos de lágrimas—. Esto es demencial. No puedo…

—Claro que puedes —le dice Stanley—. ¿Sabes lo que pasará si echamos a perder este reportaje? Verás, si no le llega la pensión, mi mujer me llamará hecha una furia. Yo colgaré el teléfono, y listo. Pan comido. En tu caso será distinto, apuesto a que tu esposa no dirá una palabra. Se limitará a llenarse menos el plato para que los demás tengáis suficiente comida. Puede que encuentre algo que vender para comprar medicinas a vuestro hijo. Puede que no encuentre nada que valga la pena, pero si lo tiene, lo venderá. Y me juego lo que quieras a que no abrirá la boca.

A Garrett se le corta la respiración al escucharlo hablar con ese control. Pero no es como cuando su mujer lo abraza y le ayuda a coger aire después de una pesadilla. Es más bien como si cayera en coma.

—Entendido.

—Bien. Porque, si quieres hacer carrera, tienes que volver a casa con el reportaje que el Rocky quiere publicar bajo el brazo. Y este es ese reportaje. Así es como tu mujer seguirá comiendo y como pagarás las medicinas que necesite el niño. —Stanley le da un par de sonoros latigazos con los dedos en la nuca—. Los principios son para solteros. Ya vale de ir de enterado.

Lo suelta y Garrett se frota la nuca.

—¿Puedo llamar otra vez por teléfono? —pregunta Stanley a Jugg.

Jugg le hace un ademán, Stanley se acerca y marca un número.

Baja la voz para hablar.

Pero no lo bastante como para que Garrett no se pregunte si eso que ha oído no era su nombre.

26

El preso

Esa luz no sale de una casa, es otra cosa. Una cabaña cochambrosa, baja y alargada, un establo quizá, escondida entre un pinar y algunos álamos.

—¡Te lo dije, colega! —dice Bad News—. Así funciona el universo. Cuando necesitas algo, te lo da, y tú puedes convertirte en su putilla o en su chulo. Por eso yo nunca me preocupo por nada. —Junta las manos por delante de la cara, como si estuviera rezando—. El universo me come la polla.

Mopar va por delante, rodeando el edificio. Encuentra el rastro de un camino que sale de la puerta principal.

—¿Adónde coño vas? —pregunta Bad News.

Mopar termina de dar la vuelta a la casa y se pone en marcha de nuevo, trazando un círculo más amplio esta vez, desapareciendo y volviendo a aparecer entre los árboles. La nieve solamente cubre el lado de los pinos por el que sopla el viento, y ese lado está prácticamente pelado ya por la nieve y el viento que lo azotaron antes; los pinos crecen inclinados hacia el suelo, como borrachos.

—Es un cobertizo. Si hay un cobertizo, debe de haber una casa. No la podremos ver por la nieve.

—Siempre es la misma historia contigo. El universo te da una cabaña, pero tú tienes que tener la casa. Así acabarás muerto.

Mopar sigue caminando, pero no hay nada más. Nada. No es que no haya casa, es que no hay nada en absoluto. Mopar se recuesta contra un pino.

—Esto es como si estás sentado en el parque dando de comer a las palomas y se te acerca una rubia; no es una rubia cualquiera, sino un pibón de campeonato, y te dice: «Señor, estoy tan cachonda que me levantaría la falda con ver el palo de una escoba a cuarenta y cinco grados». Pues bien, tú seguirías dando de comer a las palomas. Decidirías pasar de ella y esperar a que apareciera su hermana. Eso es lo que haces tú.

Mopar hace oídos sordos mientras su mente se blinda tan dura como si fuera hielo congelándose poco a poco. Se aparta del árbol y va hacia el cobertizo tratando de no hacer ruido. La nieve cruje bajo sus pies y el viento sopla con fuerza. Pega el oído a la puerta y escucha.

No distingue las palabras, pero es imposible confundir la voz de Arthur Mooney el Plasta, el presunto cabecilla de la fuga.

—Esto está mejor. —Bad News escucha a su lado—. Tienes el universo rendido a tus pies. ¿Lo ves? Le haces un dedo y ya lo tienes comiendo de tu mano. Todo tuyo.

Mopar tirita ya de tal manera que teme que se le caiga la escopeta. Tiene los dedos tiesos como palos. También sabe que no le queda mucho tiempo para dejar de temblar para siempre.

¿Aguantará hasta encontrar la casa?

Nunca se sabe. Y con estas cosas mejor no jugársela.

Mopar abre la puerta despacio.

Mooney el Plasta y A. B. Shotwell están sentados en unas sillas que parecen salidas de un vertedero. Los rodean montañas de trapos, muebles viejos, aperos de labranza oxidados y una estufa que bulle y suelta vapor; cada pocos segundos, le cae encima una gota de agua del techo que chisporrotea al tocar el hierro.

Mopar va directamente hacia la estufa, se sienta al lado y empieza a desatarse los cordones de las botas.

—Mopar Horn —dice el Plasta—. ¿Cómo diablos nos has encontrado?

Tiene un rifle a su lado, apoyado en la pared. Es tan viejo que podría ser un fusil Sharps Big Fifty y, de hecho, lo más seguro es que lo sea.

—Vaya, también ha venido Bad News. Esto es una fiesta.

Mopar tira con torpeza de los cordones. Los dedos no le responden.

—Ha dado muchas vueltas con esas botas —dice Bad News—. No te lo tomes como algo personal, este idiota no tiene modales.

Se pone al otro lado de la estufa, se sienta y suspira. Una vez recostado en la pared, cierra los ojos y suspira de nuevo.

—El universo es mi putilla —dice, con un suspiro más.

—Vosotros, moved el culo y echadle una mano a Mopar —dice Mooney.

Parece dirigirse a un montón de harapos que hay junto a una pila de catálogos de grandes almacenes a punto de desmoronarse. Mopar tiene que mirar tres o cuatro veces hacia los trapos para distinguir a dos personas más. Dos hombres con el pecho hundido, la cara alargada y una barba enmarañada hasta la tripa. Uno de los dos lleva ropa interior de cuerpo entero, calzoncillos pecheros, y el otro, unos gayumbos largos.

Mopar los conoce. Son los hermanos Smith. Unos gemelos que viven en mitad del bosque desde hace décadas. Chatarreros. Si no encuentras algo por ningún lado, una pieza para un motor que nadie ha visto nunca o un artilugio que quizá solo hayas conocido en sueños, acudes a ellos. Lo único que no tienen es un objeto entero y que funcione solo, como un coche o una pistola para darse a la fuga. Son

los bichos más raros del pueblo, quizá con la salvedad de ese malhecho al que su padre obligaba a dormir con las gallinas.

Los hermanos heredaron la granja de sus padres. Es un terreno bastante grande, pero a ninguno de los dos le dio el Señor más sentido común que a una piedra. Por lo que cuentan, en su historia hubo una mujer. Uno de ellos la trajo de Cheyenne cuando eran jóvenes. Y ya se sabe lo que pasa cuando una mujer convive con dos hombres. Se marchó un año después y ellos siguieron juntos, vendiendo cachivaches para comprar alcohol. Y, cuando compran suficiente alcohol, uno de los dos siempre termina en el hospital St. Leonard. Ha sido así hasta donde le alcanza la memoria a Mopar.

El hermano Smith que va en gayumbos escupe. Tiene la piel cetrina y la cara cubierta de marcas moradas como un aguacate pocho.

—Yo no me muevo —dice—. Puedes meterte eso donde te salga de los cojones.

El Plasta se ríe y la cicatriz que lleva en la cara se vuelve blanca. A. B. Shotwell también ríe. Tiene la cara tan fina que al reír es como si la partieran por la mitad de un hachazo. Al rato, el Plasta saca una navaja de afeitar del bolsillo y para de reír.

Las marcas amoratadas de la cara de Gayumbos se amoratan más todavía y abre la boca para decir algo que empieza por «que te», pero antes de que termine, el de los pecheros da un salto y aparece acuclillado junto a Mopar. Sus dedos se mueven como arañas en los cordones y Mopar vuelve a tener los pies libres en un abrir y cerrar de ojos. Se tambalea hacia la estufa y consigue agarrarse justo antes de caer de bruces contra el hierro ardiente.

—Casi te quedas congelado. —El Plasta cierra la navaja.

—Estoy bien —responde Mopar.

El Plasta golpetea la navaja contra la rodilla.

—¿Quieres saber cómo los hemos pillado?

—No. —Mopar se frota las manos junto a la estufa. Empiezan a dolerle, mientras se derriten el hielo y la nieve que lleva en el pelo. Le caen trocitos en los hombros y a la vez hilillos de agua fría le entran en los ojos y le corren por detrás de las orejas.

—No hacíamos nada —dice Gayumbos—. Solo tratábamos de entrar en calor.

—En calor, dice… Yo también lo llamaba así. De hecho, la primera vez que me metieron entre rejas fue por entrar en calor, sarnoso. —El Plasta mira hacia Shotwell—. ¿Alguna vez has entrado en calor con una chica?

La cara de Shotwell vuelve a partirse con una sonrisa y mueve la cabeza. Pero de pronto arquea las cejas, como si estuviera hecho un lío, y asiente muy rápido y muchas veces.

—Sí, claro que sí. Con una chica.

—Estaban como un par de negritos… —dice el Plasta—. De niños a los negros les gusta entrar en calor entre ellos, como monos. Lo he leído.

Lo mejor que podría hacer Mopar es largarse ya de allí, pero se mira los calcetines y las manchas de sangre y de pus del tamaño de una moneda de veinticinco centavos que dejan intuir las ampollas que hay debajo. Los brazos y las piernas le dan tirones y calambres al recuperar el calor.

—Fue en un libro sobre Nat Turner —dice el Plasta—. ¿Te suena Nat Turner, Mopar?

Mopar se quita los calcetines con todo el cuidado que puede y nota que la piel se le desprende también pegada a ellos. Los deja en un trozo de madera junto a la estufa.

—Fue un esclavo negro que mató a casi un centenar de blancos —dice el Plasta—. Te lo recomiendo, Mopar. Dice cosas muy interesantes. Lo que estos dos estaban haciendo es lo que hacen los negros mientras piensan en violar a mujeres blancas. Prefieren hacerlo entre ellos que con las morenas. Es comprensible.

Los calcetines y las botas de Mopar emanan vapor, y el olor le marea. Por fin han parado los temblores.

—No podemos ser todos tan listos como tú —dice. Lo dice en lugar de mirarse los pies. Sabe que no le conviene.

—No he dicho nada de ser listo —dice el Plasta—. Solo me gusta estar bien informado sobre los negros. He intentado conseguir un ejemplar de Soul on ice desde que se publicó. —El Plasta señala con la navaja de afeitar a Gayumbos—. A ese le gusta que le soplen en la nuca. No fallo.

Gayumbos se abalanza sobre el Plasta. Pero Shotwell es más rápido. Con un movimiento impecable, se incorpora, levanta el taburete y le pega con él en la cara. La madera cruje, se rompe y el viejo cae al suelo como si una mula le hubiera dado una coz.

—¡Me cago en la puta! —dice el Plasta—. ¡Qué rápido eres, cabrón! ¿Dónde aprendiste a moverte así?

—Antes boxeaba. —Shotwell está radiante. Es todo orgullo. Recoge el taburete y lo deja en suelo para sentarse. Se cae, ha roto las dos patas. Vuelve a arquear las cejas con perplejidad.

—Vamos, quédate en el suelo —le dice el Plasta desde su taburete —. ¿O vas de señorito?

—Qué va —responde Shotwell—. Claro que no.

Se sienta con las piernas cruzadas igual que un niño.

—¿Tenéis algo para beber? —pregunta Mopar.

—Hay un pozo a unos cincuenta pasos de la casa, en la parte de atrás. —El Plasta mueve la cabeza hacia una lavadora de madera, le

faltan varios listones y tiene un cubo al lado—. Hemos llenado eso.

Mopar se acerca al cubo y bebe de un cazo de metal. Repite el gesto tres o cuatro veces; luego, se seca el agua del mentón y echa un vistazo a los trastos de alrededor.

—¿Hay algo para llevar el agua?

—Tenían cantimploras —responde el Plasta—. Ahora son nuestras.

—¿Y botas?

—¿Qué les pasa a las tuyas?

—Me están destrozando los pies.

—Tú, adefesio, enséñame los pies —le dice el Plasta a Pechero, que está sollozando.

Pechero levanta el pie derecho. Calzará tres números menos que Mopar.

—Joder, mira eso —dice el Plasta. Inclina la cara para verle los pies a Gayumbos. Son iguales—. Estos dos son un espectáculo.

—¿Tenéis algún abrigo por aquí? —pregunta Mopar a Pechero.

Pechero se sorbe los mocos, se suena en la manga y saca un poncho de una montaña de trapos. Debe de tener al menos cuarenta años. Se lo lanza a Mopar, se sienta de nuevo y vuelve a sollozar.

—Le has partido el corazón —le dice el Plasta a Shotwell.

Mopar está deseando ponerse el abrigo, pero prefiere esperar a estar fuera para no quedarse frío. Además, se va a marchar enseguida.

—Supongo que ese rifle es la única arma que tenéis.

—Eso es —responde el Plasta.

—¿No querrás cambiármelo por la escopeta?

—Creo que no.

—Lo imaginé. ¿Qué planes tenéis?

—¿Planes?

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Estos dos infrahumanos de aquí no tienen nada motorizado. En cuanto deje de nevar, saldré a buscar algo con ruedas. Después iré a por whisky y mujeres.

—¿No queréis marcharos del pueblo?

—No hay forma de salir de aquí. Se extiende hasta el infinito.

—Entonces, ¿para qué os habéis fugado?

—Ya te lo he dicho.

—Un polvo no me parece suficiente motivo. No por la condena que te va a caer a cambio.

—Maté a un hombre en Denver. Lo hice, lo confesé y me declaré culpable. No pueden caerme más años.

—Te darán una paliza que no olvidarás. —Mopar escupe en el suelo—. Quizá algo peor. Es un precio alto de cojones por un polvo y un trago.

—Qué leches, por cualquiera de las dos cosas me arriesgaría a

recibir una paliza diaria. —El Plasta tiene un aspecto beatífico. He aquí un hombre que conoce el sentido verdadero de la vida—. Deberías bajar el listón, Mopar. Tienes todo un mundo al alcance de la mano.

—Lo que tú digas. ¿Piensas lo mismo, Shotwell?

Shotwell asiente.

—Yo voy con él.

—Yo también me apunto —dice Bad News—. Me quedo con ellos. No te ofendas, Mopar, pero es lo que intentaba decirte.

—Bienvenido, Bad News —le dice el Plasta—. Ahora somos una banda en condiciones.

Mopar vuelve a mirar los calcetines y las botas. Ya están pasables. Con una mueca de dolor, se sube los calcetines, están tiesos y apestan. Luego, se pone las botas encima, tan duras como piedras. Se levanta y se echa el poncho sobre los hombros.

—En fin… —dice.

—Deberías quedarte aquí —dice el Plasta—. Al menos hasta que amaine la nieve.

—Darán con este sitio. Y no tardarán mucho. Yo mismo me topé con él. —Mopar cabecea a Bad News—. Y ese mamón es gafe, da mal fario.

—Lo que dicen de mí es que soy ave de mal agüero… No es lo mismo.

—Con este temporal no estarán buscando —dice el Plasta—. Imposible.

—Conociendo a Jugg como lo conoces, ¿de verdad piensas eso? —pregunta Mopar—. ¿Crees que permitirá una fuga solo porque hace mal tiempo?

—Ahí tienes la puerta. —El Plasta señala con la navaja de afeitar —. Por si has olvidado por donde entraste.

En el mismo instante en el que lo dice, el viento golpea la casa como un tren de mercancías. Los tablones de las paredes tiemblan y traquetean, se oye un rugido largo y estruendoso, el tubo de la chimenea se zarandea y sale una humareda de la estufa.

—Mierda. —Mopar coge un trapo del suelo y abre la estufa—. Que alguien abra la puerta.

Shotwell obedece y Mopar empieza a sacar madera del fuego y a lanzarla a la nieve. Cuando termina, se sacude el hollín de las manos en los tejanos. Le arden los ojos. Shotwell bate la puerta para intentar sacar el humo, pero lo único que consigue es que entre frío.

Bad News se ríe como si estuviera ido y se da palmetazos en el muslo.

—Te dije que atrae la mala suerte —dice Mopar mientras va hacia la puerta. Al llegar, se detiene y mira al Plasta—: ¿Por qué mataste a

ese hombre? Al de Denver.

El Plasta sonríe, y la cicatriz de la mejilla se vuelve blanca y le marca una hendidura. Es una sonrisa tan apacible que a Mopar se le llenan los ojos de lágrimas.

—En esta vida solo importan dos cosas —le dice el Plasta—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

27

El rastreador

Jim Cavey está en el asiento trasero del coche patrulla, con la cabeza envuelta con algo de ropa y preguntándose dónde estará la gorra.

—No pretendía darte tan fuerte —le dice Dickie Carr.

El vendaje improvisado ya no empapa más sangre y le chorrea por la cara. Jim escupe la que se le ha metido en la boca.

—No pasa nada —dice.

—No me estaba disculpando por golpearte, solo aclarar que no quería hacerlo tan fuerte. ¿Podrías decirle a Jugg que te resbalaste o algo así?

Jim desata el nudo de la camiseta que le sirve de venda y la tira al suelo. Escupe encima.

—Díselo tú.

—Huele raro… —dice Dickie—. Como a mierda.

—Será tu aliento —dice el otro guardia—. Con esta mierda la boca huele a rata muerta.

—No es mi aliento, gilipollas. —Dickie levanta la nariz y empieza a olisquear—. ¿Te has cagado encima, Jim?

Jim saca el tabaco del bolsillo del abrigo, abre el paquete y corta un taco. Se lo mete en la boca y empieza a mascar.

—Son las pastillas —insiste el otro guardia.

Dickie ha dejado de escuchar. Tiene la cara pegada al parabrisas, como un perro cazador que acabara de ver pasar una ardilla.

—¿Y eso qué coño es? —Pisa el freno. Demasiado brusco. El coche comienza a dar bandazos y tiene que dar unos toques de pedal para recuperar el control.

Es otro coche patrulla. En la cuneta.

Dickie para justo delante y apaga el contacto.

—Vamos a ver qué ha pasado.

Jim abre la puerta.

—¿Adónde crees que vas, Cavey?

—Jugg aún no me ha despedido.

—Supongo que tienes razón. —Dickie abre la guantera, coge la linterna y sale.

El conductor sigue en el coche. Es un guardia pelirrojo, bajito y enjuto llamado Brent Beesecker. Le corre sangre por la cara, desde la

frente hasta la barbilla, pero parece que no se ha hecho nada más. Se gira hacia ellos. Aun mirando directamente al haz de luz de la linterna de Dickie Carr, sus ojos son todo pupilas. Enormes y negros, sin una pizca de iris.

—Le he dado a algo —les dice—. Se me echó encima.

Dickie dirige la luz hacia la carretera. Luego, hacia el morro del coche.

—No veo ningún golpe.

—Me di con algo. Lo noté.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que le di.

Dickie mueve la linterna por el interior del coche.

—¿Estás solo?

—Claro que no, ¿cómo voy a salir yo solo? Aparecen cosas de la nada y se te echan encima.

—¿Y dónde están los demás?

—Habrán ido a casa de los Smith. Estábamos de camino.

—¿Los hermanos Smith?

—Esos colgados que viven en un cobertizo. Venden chatarra.

—¿Por qué ibais allí?

—Nos dijeron que había dos presos guarecidos en su cabaña.

—La casa de los Smith queda lejos. ¿Vino otro coche a recoger al resto del grupo?

—No lo sé —responde Beesecker—. ¿Cómo voy a saberlo yo?

—Lo que te conviene saber es que te estás ganando un puñetazo que te pondrá los ojos del revés —le dice Dickie—. ¿Qué coño te pasa? Dinos, ¿por dónde han ido?

Beesecker cabecea.

—No lo sé. Por la carretera. Echaron a andar… El coche no arranca desde que le di a esa cosa.

—No te has dado con nada. ¿En qué dirección se fueron?

—¿Qué?

Dickie cierra el puño y le da unos golpecitos en la frente, como si llamara a la puerta.

—¿En qué dirección? ¿Hacia dónde se han marchado?

—Por ahí. Deja de golpearme. Fueron en esa dirección.

—¿Hacia allí?

Silencio.

—Igual fue para el otro lado.

—Vete al cuerno. —Dickie da media vuelta y se dirige al coche.

—¿Qué pasa conmigo? —pregunta Beesecker.

—El coche no tiene ni un rasguño —responde Dickie—. Se te habrá calado, cabeza de mula.

Vuelven a estar en el coche.

—Jugg ha puesto a rular las pastillas de la marcha —dice Jim. No es una pregunta.

Dickie sonríe de oreja a oreja:

—Desde luego.

Su compañero deja escapar una risilla.

—¿Cuántas habéis tomado?

—No más de las necesarias —responde Dickie—. ¿Quieres una?

—Si voy a hablar con Jugg, no.

—Ahora no vamos a ver a Jugg. —Dickie lanza un frasco de dexedrina hacia el asiento de atrás y le cae a Jim directamente en el regazo—. Son las mismas que teníamos allí. De las buenas. Te dan visión nocturna, tío. Es como ver la realidad a través de un visor Starlight.

Jim abre la tapa con el pulgar y saca una. Es una cápsula de gelatina verde y blanca.

—Yo no estuve.

—Lo imaginaba —dice Dickie—. No cogen a retrasados.

Jim gira la cápsula entre los dedos pulgar e índice.

—Son muy bonitas.

—Mira que dices gilipolleces.

Jim abre la píldora, vierte el contenido sobre la lengua y vuelve a meter la cápsula en el frasco, quiere enseñársela a Judith. Se guarda el frasco en el bolsillo de la camisa.

—Me las quedo.

—Tengo muchas más.

—Si no vamos a ver a Jugg, ¿adónde nos dirigimos?

—A casa de los Smith. Voy a echar el guante a los hijos de mala madre que se han escondido allí, y podrías venir bien.

Jim estira las piernas contra el respaldo del asiento. No le hace mucha gracia la idea de ayudar a alguien que acaba de darle una paliza con una porra, pero no dice nada. Para empezar, piensa en lo que esos presos les hicieron a Pearl Greene y a la señora Bowman. Hay que atraparlos.

Además, está lo que dijo el ayudante del alcaide Bellingham sobre conseguirle un turno. Quizá la oportunidad está perdida, pero no se lo quita de la cabeza. Ruby merece algo mejor de lo que tiene. Todos merecen algo mejor.

Sobre todo Judith.

Cuando Dickie entra con el coche por el camino nevado que atraviesa el pinar hasta casa de los Smith, a Jim ya no le caben los ojos dentro de las cuencas. Es como si un rayo lo hubiera atravesado de arriba abajo. Avanzan muy despacio por el camino de tierra entre

los pinos. La nieve cae copiosa y el viento se la echa encima. Apenas se mueven más rápido que si fueran a pie.

Llegan a un arroyo bordeado de sauces que atraviesa el camino. Para cruzarlo no hay más que un puente estrecho y diminuto que no soportaría el peso de un perro grande, no digamos ya de un coche con tres hombres dentro. Dickie se detiene.

—Vadea el arroyo —le dice Jim—. Nunca lleva mucha agua y ahora está congelado.

Dickie da un golpe al volante y para el motor.

—Ni en sueños —le dice—. Este coche es mío.

—¿A qué distancia estamos? —dice el guardia sin nombre.

—Serán dos o tres millas. —Dickie abre la puerta—. Puede que cuatro.

—Media milla —dice Jim—. Tirando por lo alto.

Dickie se acerca al maletero y lo abre. Saca un subfusil Thompson M1A1 y un voluminoso macuto que suena a metal cuando se lo pone al hombro.

Echan a andar. No llevan luz. Solo tienen la visión nocturna de la dexedrina y todo reluce. Aun así, Jim no puede ver a un metro de distancia. El camino tan pronto aparece como desaparece de nuevo. Se orienta por los ventisqueros y los árboles que hay en la orilla. La nieve y esquirlas de hielo le golpean la cara tan rápido que le cuesta respirar. Es como tratar de respirar napalm. Pero al revés.

¿Será cosa suya? La dexedrina es una descarga eléctrica descontrolada que afloja las articulaciones y entumece los músculos.

Un momento, ¿napalm? ¿Les están lanzando napalm?

Eso le parece a Jim.

Y también le parece que será mejor que no abra la boca. A menos que quiera convencer a todos de que es tan bobo como creen.

Algo se mueve entre los pinos. Como si saltara de un árbol a otro.

—Calla —le dice a Dickie.

—No he dicho nada —responde Dickie y mira al otro guardia—. ¿Y tú?

El otro guardia cae desplomado en la nieve. De pronto le falta un trozo de tráquea. El disparo llega después. Suena a cañonazo.

—¡Cobardes! —grita Dickie—. ¡Cobardes malparidos!

Otro disparo. ¿Dónde ha dado? Jim se abre paso en la nieve como si sus piernas fueran la proa de un rompehielos. Llega a la arboleda, hinca una rodilla y la nieve le salpica en la cara como una descarga punzante. Dickie le cae encima y está a punto de tirarlo al suelo.

—¿Has visto cómo estaba? —pregunta Jim.

—Le han volado la mitad del cuello. ¿Con qué cojones disparan?

Jim no consigue enfocar la vista. Se le pasa por la cabeza correr con el guardia. Luego, también se le pasa Judith por la cabeza.

—¿Tenía familia?

—Ni siquiera sé cómo se llamaba.

—Yo tampoco. —Jim mira hacia el bosque. Escupe. Ya está harto de los presos. De verlos golpear a mujeres y disparar a hombres.

—¿Cómo coño nos han visto? —pregunta Dickie—. Yo no veo nada.

—Están en la cabaña de los Smith —dice Jim—. Ahí mismo.

—¿Dónde?

—Solo se distingue el bulto. No busques el cobertizo, busca algo que parezca distinto al resto.

Dickie entorna los ojos. Y los entorna un poco más. Al rato, sacude la cabeza.

—Que busque algo distinto… Estamos jodidos. Uno muerto y el otro con el cerebro que parece un trozo de corcho.

Jim se acuclilla. Estira un brazo, coge una rama baja y la dobla hasta partirla.

—¿Qué haces?

Jim ya se ha puesto en marcha.

—Los árboles son más frondosos por el lado que da al este. Y allí hay una ventana.

—No la puedes ver, es imposible.

—He venido alguna vez.

—Podrías habérmelo dicho.

—No me había dado cuenta hasta ahora —dice Jim—. La nieve me ha despistado. Creía que estábamos en otra parte, a dos curvas del camino.

Cierra los ojos, los presiona con las palmas de las manos y cuenta hasta diez. Los abre y deja que desaparezca el blanco. Y ahí está. Un bulto algo más oscuro que el resto. Apenas se ve, pero está ahí.

28

El preso

No hay nadie tan tonto sobre la faz de la tierra, se dice Mopar. Eres lento. Te mueves lento, piensas lento. Mereces que te cojan.

Ha sido simple cuestión de suerte que cruzara el camino a tiempo para no toparse con los tres carceleros. Tres figuras borrosas en mitad de la nieve, ninguna lo suficientemente nítida como para distinguir quiénes son. Uno cae al suelo. La sangre riega todo de rojo por el cuello, la nieve le hace cortes en blanco. El inconfundible bramido del Sharps «Big Fifty» y los otros dos carceleros que se escabullen entre los árboles.

Mopar se esconde entre los pinos y los observa. Los dos carceleros se reúnen, susurran algo y luego se deslizan por la arboleda hacia la cabaña, en cuclillas. En cuanto está seguro de que los ha perdido de vista, Mopar sale de su escondite al otro lado del camino. Hinca una rodilla en la nieve, agarra del cuello del abrigo al carcelero que está tiroteado en el suelo, se incorpora y, de un tirón, lo arrastra hasta uno de los árboles que tiene enfrente.

Mopar suelta al hombre y se lleva el puño a la boca, jadeando por un poco de aire y tratando de contener la tos. Vuelve a tener los pies escurridizos de pus y sangre. El aire gélido le deshilacha los pulmones. Cuando por fin consigue tragarse la tos, examina el cadáver. Tiene la cara azul y retorcida, y el pedazo de cuello que le han arrancado ya empieza a congelarse. El frío le ha sacado los ojos de las órbitas. Le lanzan a Mopar un alarido: ¿Cómo coño me han hecho esto?

Te lo buscaste tú solo, madero. Mopar lo cachea en busca de algo donde pueda haber agua. Nada. Abre la pistolera. Un calibre 38 de la policía. Lo sostiene de lado hacia la nieve, mira dentro del tambor y lo guarda en el bolsillo del abrigo. Sigue registrando los bolsillos del guardia hasta dar con una caja de balas. Entonces le mira las botas. Pequeñas. Otra vez. Jódete y baila.

Se gira hacia el camino y mira en dirección a la cabaña. ¿Dónde están?

En un punto la nieve se corta. Ahí. El carcelero más bajo le pasa un rifle al alto y hace algo con las manos. ¿Estará rebuscando en una mochila? Mopar se pone las palmas de las manos contra los ojos hasta que todo se vuelve blanco y mira de nuevo.

Justo a tiempo para ver que el carcelero saca algo del tamaño de una manzana del macuto. Algo que lanza contra una pared de la

cabaña.

Golpea con un ruido sordo que llega incluso por encima del viento. Mopar contiene la respiración y cuenta hasta cuatro. Tarda cinco. La granada estalla con un estruendo que retumba en la nieve, y esta cae y se arremolina sobre la cabaña en olas y sacudidas.

La puerta se abre de sopetón. A. B. Shotwell sale como alma que lleva el diablo. Gira a la derecha y se lanza contra un pino pelado. Se da de bruces y se desploma en el suelo como si le hubieran pegado un tiro entre ceja y ceja.

¿Qué pasa con Mooney el Plasta y Bad News? Mopar mira atentamente hacia el cobertizo. Ahí están, escapan hacia el bosque. Deben de haber salido corriendo justo detrás de Shotwell. Los guardias van pegados a sus talones. El alto apoya el rifle en el hombro y apunta a Bad News.

No mires.

Mopar no obedece. La parte de él que quiere ver cómo abaten a disparos a Bad News es mayor que la que no quiere.

El guardia alto baja el cañón sin disparar.

El bajo salta de un lado a otro. Hace aspavientos. Está hecho una furia.

Mopar se adentra entre los árboles.

Mopar camina. Todos sus planes se han ido a tomar viento, todos.

Como pasa con todos los planes.

Jamás ha tomado una decisión acertada. Tiene el 38, la escopeta y un abrigo, eso está bien. Pero no para de nevar, la temperatura está cayendo en picado, tiene los pies mojados y le duelen como si les hubieran pasado una lijadora.

Y ahora, ¿qué? No llegará a ninguna parte con esta ventisca. Está tan cansado que se le sueltan los anclajes de los sesos. A duras penas puede caminar. Aunque tuviera un coche, sería imposible llegar hasta Fort Collins.

Deja de andar. Necesitas un sitio para esperar a que amaine la ventisca, bodoque. En esas cosas piensa. Podrías construir un refugio. Incluso podrías encender un fuego y seguramente nadie lo vería. ¿O sí?

Ya ha estuvo atrapado en un temporal. Tuvo que buscar abrigo para hacer noche más veces de las que puede contar. Pero no con este tiempo. Además, llevaba una mochila con agua, comida y herramientas. Es imposible saber cuánto durará esto.

Ya ha huido antes, pero no era como ahora.

Molly vivía bastante apartada del pueblo, en lo alto de Chilblain Canyon, en un pequeño prado que Mopar recuerda lleno de flores

silvestres azules y amarillas, con mariposas de alas blancas en los días calurosos de primavera. Aunque al pensar en aquel día no aparecen flores ni mariposas. Tan solo lo que quedó del ayudante Rose, la polvareda que levantó la pelea suspendida a la luz del atardecer. Y el sol poniéndose tras las montañas.

Mopar volvió al coche de Molly y atravesó el pueblo despacio y con mucha cautela. Luego pisó a fondo hasta Denver y aparcó en Larimer, a las puertas de un salón de billar. Tiró las llaves a una alcantarilla y no se giró a mirar el coche ni una sola vez. Lo cogieron antes del tercer día, mientras trataba de borrar con alcohol a Molly y a lo que quedaba de su marido. Fue en un motel de Colfax con un conejo en el cartel, estaba él solo con una botella de Evan Williams.

La policía de Denver tiró la puerta de una patada. Sabían lo que había hecho. Sabían que había matado a un ayudante del sheriff. Y enseguida se lo dejaron claro. Lo colgaron por las esposas de la puerta de la habitación, apenas rozaba el suelo con los dedos de los pies, y se desahogaron con las porras.

No volverá a pasar por algo así.

Atravesar el pueblo muy muy despacio.

El pueblo.

Mopar cierra los ojos e imagina los movimientos de los demás reclusos. Los ve dispersándose desde Old Lonesome hacia el este, como perdigones de escopeta.

Ahí tiene la respuesta.

Debe ir adonde no haya carceleros de caza. Y están yendo a por los que huyen de Old Lonesome. Así pues, debe dejar de correr. Se acabó el tratar de salir del pueblo. Todos, presos y carceleros, están yendo hacia el este, en dirección a Denver o Fort Collins. Solo un descerebrado iría hacia el oeste o hacia el sur en mitad de una ventisca. En esa dirección no hay nada.

Eso es lo que debe hacer. Dar media vuelta y poner rumbo oeste, hacia las montañas. Luego, esperará a que amaine la nieve y buscará una manera de salir de ese pueblo del infierno.

El plan no está mal. Da un palmetazo en el cañón de la escopeta y el ruido corta el aire como si fuera un disparo.

Mira que eres tonto.

Se coloca la recortada bajo el brazo y mete las manos en los bolsillos.

29

Los reporteros

Garrett se ha calmado un poco. Ya no escupe sin control y también ha parado de hablar solo. Se limita a conducir en dirección este, dejando las montañas a la espalda y siguiendo las indicaciones que le da Shitkick desde el asiento de atrás.

Stanley no tiene ni idea de adónde van ni por qué. Llegó un aviso a la oficina de Jugg, todos se pusieron frenéticos de repente y ahora Garrett y él van siguiendo la camioneta de un viejo medio tuerto llamado Perry que lleva un gorro de lana con orejeras y huele a mierda de perro. Con él y Jugg metidos en una misma habitación, la peste era vomitiva.

Por la ventana, la nieve es como una onda expansiva en blanco. Stanley no puede evitar un escalofrío. Piensa en lo que le ha dicho a Garrett, que los principios son para solteros. ¿Y qué soy ahora yo? No soy soltero, pero sí algo parecido. Para que Marjorie se muriera de hambre tan solo tendría que echar a perder este reportaje. De darse permiso, podría quedarse sin trabajo en menos de un mes.

Pero está Adam. Nueve años y pelo de panoja. Tardes de verano caminando entre los melocotoneros en busca de gusanos barrenadores. Noches de otoño amontonando leña juntos para hacer una hoguera en el huerto; Stanley echaba gasolina a la leña, y en la cara del niño asomaba una sonrisa fugaz, cruda y amarilla cuando se encendía el fuego. También está Iris, cuatro años mayor que Adam. Días de invierno jugando al ajedrez en la mesa junto a la ventana. Noches interrumpidas por el llanto de un sueño que no recordaba y Stanley que se sentaba a su lado para leer Las alegres aventuras de Robin Hood de Howard Pyle hasta que se quedaba dormida de nuevo.

Por delante, las luces de freno de la camioneta destellan al otro lado de los remolinos de nieve y arrancan a Stanley de sus pensamientos.

—No puede ser nada bueno —dice Garrett entre dientes.

Shitkick se estira como si se desperezara de una larga siesta.

—Va a ser cojonudo —dice, dándole un palmetazo a Grace en el pecho.

Grace abre los ojos como platos.

—Pero ¿qué haces?

—No seas quejica, tenemos algo. —Shitkick baja del coche con Grace detrás.

—¿Estás preparado para lo que viene? —pregunta Stanley a Garrett.

Garrett apaga el contacto. Entre la barba rala le asoman las mejillas al rojo vivo.

—¿Qué pasa? ¿Tú qué crees?

—No tengo ni idea —responde Stanley—. Pero no te va a gustar.

—¿Y a ti? —El rojo de las mejillas le llega ya hasta la frente—. ¿A ti te va a gustar?

—Pocas cosas me incomodan —dice Stanley.

El coche por el que se han detenido está a unos seis metros de la carretera, volcado entre unos sauces como un trasto tirado a la basura. Es un Ford Mustang Fastback. Negro y con una franja blanca de carreras. Sigue con las luces encendidas.

Perry baja la ventanilla de la camioneta:

—¿Vais a echar un vistazo?

—No te muevas —dice Shitkick—. Puede que necesitemos a los perros.

Se acerca al coche.

—No os perdáis esto.

—Lo estoy viendo —responde Grace.

El maletero está abierto. Shitkick da una patada a algo y se agacha a recogerlo. Es una bolsa de papel. Le da la vuelta para vaciarla. Cae un bulto. Shitkick lo mira y resopla con repugnancia.

—¿Qué es? —pregunta Grace.

—Marihuana.

—¡No jodas! —dice Grace.

Shitkick se acerca a la puerta del conductor; Stanley espera a que Grace esté con él antes de coger un cogollo de la nieve y olerlo. No está mal. Decente para ser hierba de Colorado. Mejor que la que Marjorie y él cultivaban en el melocotonar, eso desde luego.

Shitkick abre la puerta y el conductor se descuelga; se agacha y lo agarra por la espalda para sacarlo del coche.

Stanley ve la cara iluminada por la luz de cortesía. Un motero. Nunca ha visto a nadie tan feo. Es como si un montón de ratas le hubieran roído la cara década tras década.

—Este no es preso —dice Stanley.

—No —responde Shitkick—. Es otra cosa.

El hombre parpadea y abre los ojos. Le sale sangre de un corte en el cuero cabelludo y le cubre media cara.

—¿Qué tal, jefe?

Shitkick rompe a reír.

—¿Jefe? —Le pone un pie sobre el pecho—. Hace tiempo que te buscamos.

—¿A mí? —Al motero se le hacen grietas donde le falta el ojo—. Solo estoy de paso, tío. Si me acercáis a un teléfono, no volveréis a verme por este pueblo de mierda. Os doy mi palabra.

—¿Pueblo de mierda? —dice Shitkick—. No tienes ni puta idea de lo que pasa en este pueblo de mierda, así que ni lo nombres.

Se echa hacia delante y deja caer todo su peso en el pecho.

—La semana pasada, una cría de catorce años le abrió la tapa de los sesos a su abuela con una lámpara por dinero para droga. ¿Cómo te llamas?

—Sparrow.

—¿Sparrow? ¿Eso es un nombre?

—Es mi apellido —dice Sparrow—. Todos tenemos uno, los que tenemos padre, claro.

Garrett parece una percha de la que colgaran el traje naranja y el abrigo cruzado de color azul; mira boquiabierto, incapaz de creer que vaya a ocurrir otra vez.

Stanley le da un codazo.

—¿Por qué no vas al coche? Siéntate, estarás caliente.

—Que te den —contesta Garrett.

—¿No me has oído? —le dice Shitkick a Sparrow—. ¿Vas a decir que no eres tú quien vende esa basura a los niños de mi pueblo de mierda?

Sparrow sonríe. Con eso no mejora ni un ápice su aspecto, pero a Stanley le resulta admirable que lo haga.

—No he sido yo, escoria.

—Como tú quieras. —Shitkick levanta la bota del pecho de Sparrow y la mueve al brazo derecho—. Última oportunidad.

—Vamos a llevárnoslo —dice Grace—. Metámoslo en el asiento de atrás y listo. Que se encargue el sheriff.

—Cierra la puta boca —dice Shitkick.

—Te he visto fumar hierba —dice Grace—. La black de Camboya que tenían los charlies, ¿recuerdas? La bolsita de papel se ponía pegajosa con la resina. Lo he visto, Shitkick.

—Eso era allí —dice Shitkick—. Esto es mi pueblo de mierda.

—¿Te llamas Shitkick? —pregunta Sparrow—. Que me follen si el nombre no te va como anillo al dedo. Los nombres lo cuentan todo.

—No lo dudes —dice Shitkick.

—Venga, hazlo —dice Sparrow—. Pero te aseguro que volveremos a encontrarnos.

Shitkick se agacha, coge a Sparrow por la mano del brazo que tiene aplastado y tira de ella. Incluso desde donde está Stanley se oye cómo se rompe el hueso.

Sparrow no borra la sonrisa. Tampoco cuando Stanley le quita las esposas y encaja el brazo que le ha partido en el marco de la puerta.

Sparrow se limita a acercarse al coche para recostar la espalda y aliviar la presión del brazo, sin dejar de sonreír. Entonces gira la cabeza y escupe una bocanada de vómito y sangre a la nieve. Sigue sonriendo.

—No te muevas —le dice Shitkick—. Volveremos a por ti. Puede que tengas que esperar hasta mañana, pero volveremos.

30

El rastreador

Ninguno de los Smith se mueve. Pechero está inerte en el suelo como un despojo y sangrando por las orejas, y a su lado Gayumbos se tapa con la mano un pedazo de cuero cabelludo que le ha levantado la granada al explotar, se mece y llora. Tampoco le va mejor a Shotwell, que se ha recostado en la pared junto a la que lo dejó Jim. Al estamparse contra el árbol, perdió tres dientes y se rompió la nariz.

Dickie Carr está en la puerta, apretando y soltando el puño.

—Espera a que hable con el alcaide Jugg —le dice a Jim.

Jim no lo escucha. Está ocupado en clavar un pedazo de lona para cubrir el agujero que la granada ha abierto en la pared. Termina con el último clavo y lanza el martillo hacia un montón de cochambre. Cómo se puede vivir así.

—¿Me has oído? —pregunta Dickie.

Jim saca el tabaco de mascar del bolsillo, corta un trozo, se lo mete en la boca y lo mastica hasta colocarlo contra la mejilla.

La mano con la que Gayumbos se sujeta el cuero cabelludo entra en colapso. Se la lleva al pecho entre temblores, como el aleteo de un cuervo. La agarra con la otra mano y vuelve a presionar la herida. La sangre le corre por el pelo pringoso, por la barba y, al llegar al codo, cae goteando a la mugre del suelo. A Jim le da náuseas.

¿De verdad les gusta vivir así? ¿De verdad creen que merece la pena tener una vida como esta?

No deberías hacerte estas preguntas, se dice Jim.

—¿Me has oído, descerebrado? —dice Dickie.

—Podría seguir a los dos que han huido. —Jim escupe el pegote de tabaco al suelo—. Podríamos capturarlos.

—Ya has podido detenerlos. Los tenías en el punto de mira. Cerebro de tordo…

—No disparo a nadie por la espalda —dice Jim.

—Que no dispara por la espalda, dice el cagón. ¿Qué coño crees que te harían ellos a ti?

Jim escupe otra vez.

—Yo no hago lo que harían los demás.

—Entonces, ¿prefieres dejarlos campar a sus anchas para que disparen a otra persona? ¿O para que violen a nuestras mujeres? Jim, eso es lo que consigues por no querer sentirte culpable.

—Puedo atraparlos.

—¿Sigues con eso? Se te pasará cuando Jugg te eche el guante. En cuanto encontremos un teléfono llamaré para ponerlo al tanto de todo.

Jim pliega la navaja y la guarda en el bolsillo.

—¿Adónde diablos crees que vas? —pregunta Dickie.

Jim mira de nuevo hacia los hermanos Smith y luego a Dickie. Tiene la cara inflada como si intentara sorber una pelota de béisbol a través de una pajita.

—A por tu compañero muerto.

Al recordarlo, Dickie hace una mueca. Luego, suelta aire pesadamente y se desinfla.

—No lo traigas aquí —dice al rato—. Es mejor no descongelarlo hasta que sea imprescindible.

Siempre hay un Dickie Carr. Y siempre, nunca falla, trabaja en prisión. Una larga saga de boceras que lo convierten todo en un patio de prisión.

El Viejo sabía tratar con ellos. Jim recuerda a uno que apareció dando voces por el camino de acceso subido en un Chevy Master Deluxe. El coche paró con un volantazo justo delante del Viejo y de Jim, que tenían un venado recién desollado y todavía caliente sobre un banco de trabajo, en un flanco del granero. En aquella época el Viejo tenía tres perros con los que salía a cazar pumas. Era un día fresco de otoño y los perros estaban junto a la mesa, esperando a que el Viejo se distrajera para afanar un trozo de venado.

Un hombre rubio bajó del Deluxe y se acercó hecho una furia a la mesa, seguido por el conductor que le servía de guardaespaldas. El rubio llevaba un parche en el ojo. No de esos parches permanentes, sino de los que se ponen mientras se cura un golpe.

—Vamos —dijo.

Los ojos grises del Viejo se prepararon como una bala puesta en la recámara.

—¿Ahora?

—Hay un hombre a la fuga —dijo el rubio—. Sube al coche. Enseguida.

El Viejo acercó la mano a un lado de la mesa y sacó un hacha que había apoyada contra la pared del granero.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Soy el ayudante del alcaide Engle.

El Viejo se enderezó y sus ojos grises se clavaron en el ayudante del alcaide Engle. Cuando el Viejo te ponía en la mira, te dabas cuenta. Nació cuando aún había guerras contra los indios y subió a las lomas de San Juan con Roosevelt en persona. Solo hablaba de eso cuando había bebido. Decía que era un puñetero farsante. Luego, contaba que Roosevelt había robado el nombre para los Rough Riders

del show del Viejo Oeste de Buffalo Bill. Había un número llamado «El Congreso de los Rough Riders del mundo». También contaba que, cuando terminó la guerra contra España, Buffalo Bill cambió el final del espectáculo y sustituyó la última batalla del general Custer por Roosevelt coronando las lomas de San Juan. El propio Buffalo Bill interpretaba a Roosevelt dando fuertes pisotones y agitando el puño ante los espectadores. Todo al grito de «¡portentoso!».

Llegados a ese punto, el Viejo ya no se refería a Roosevelt por su nombre, sino por su apodo particular, «cholera morbus», que según él era como decir «diarrea frenética» y compendiaba de manera excelente la figura de Roosevelt, ya que el tunante mercachifle solo había conseguido labrarse un hombre de aventurero por rodearse de buenos guías que evitaban que acabara muerto de hambre. Lo mismo, por cierto, podía decirse de Buffalo Bill. El Viejo no soportaba a dos clases de hombres. Los que eran como Roosevelt y los que eran como Buffalo Bill.

Después el Viejo escupía un pegote de tabaco Cannon Ball Plug al fuego, que chisporroteaba, y decía que seguramente fue lo mejor. Que si Roosevelt no lo hubiera apartado de la civilización no habría ido a vivir allí para dedicarse a cazar y hacerse trampero. Ni habría conocido a la madre de Jim.

Cuando el Viejo te ponía en la mira, veías todo eso y muchas décadas más, concentradas en dos ojos grises como cañones de fusil que apuntaban a través de la pared de roca desgastada por los elementos que era su cara.

Así es como miró entonces al ayudante del alcaide Engle.

Engle dio una palmada.

—Vamos —repitió.

El Viejo dio media vuelta y golpeó con el hacha el morro del venado, un corte limpio justo por debajo de los ojos. Cayó al suelo y salió rodando hasta los pies del ayudante del alcaide. Los tres perros se abalanzaron sobre el morro y se estrellaron contra Engle, que cayó de espaldas sobre el polvo y la gravilla del camino.

El Viejo dejó caer el hacha junto a la mesa.

—Si el alcaide quiere que vaya, que venga a buscarme —le dijo al conductor—. Si vuelvo a ver a este malnacido por aquí, será su morro lo que les dé de comer a los perros.

Jim sale de sus cavilaciones sobresaltado y se queda parado en mitad del camino.

El guardia muerto no aparece. No hay ni rastro de él. Ahí está la rama que Jim partió para marcar el lugar exacto. La ve desde donde está.

La nieve sopla en confusos remolinos a su alrededor y el viento le

rebana el tímpano. Se acerca la oreja al hombro y escupe un salivazo marrón de tabaco. Entre los árboles, una rama cruje como un disparo, pero Jim ni se inmuta.

Decide no seguir buscando explicaciones. Se acerca a la rama partida y la rodea, ampliando el círculo con cuidado, pisoteando los ventisqueros por si el cuerpo ha quedado sepultado debajo.

No hay cadáver. No está en un radio de seis metros de donde debería estar.

Vuelve al punto de partida y hunde la punta de la bota en la nieve. Efectivamente, hay sangre congelada.

Pero no hay cadáver.

¿Un oso?

Pero ¿qué dices, Jim? ¿Es que siempre tienes que pensar sandeces?

Mira al otro lado del camino, hacia donde estaban Dickie y él cuando descubrieron la cabaña, antes de que dispararan al guardia.

Entonces se pone recto como una cuerda en tensión.

Hay algo apoyado contra un árbol.

Va con cautela. Avanza hacia allí muy despacio. No se acerca demasiado.

Es el cadáver del guardia.

Lo mira fijamente, tratando de comprender qué ha sucedido. Lo sigue mirando cuando oye el gemido y el estruendo de un motor ahogado por la nieve. Pesado, construido para estos viejos caminos de mulas.

Jim se aparta del camino y espera.

Es una camioneta de cabina chata, con la caja cubierta por una lona. La sigue un coche, se ve que ha cruzado el arroyo porque desprende vapor y chorrea agua. Es como si fuera a filtrarse por el suelo si dejara de moverse.

La camioneta se detiene y la ventanilla del conductor empieza a bajar, soltando una oleada de calor y humo de tabaco.

—Jim —dice el conductor, como si se encontraran por la calle. Tiene el rostro curtido por el viento y cubierto de pelo cano, y el ojo izquierdo colgando justo donde uno de sus perros lo mordió hace unos años. Lleva una gorra verde de lana con orejeras.

—Perry —responde Jim.

—¿Qué haces aquí?

—Buscando un cadáver, supongo.

—¿Que lo supones? —dice Perry—. ¿Lo has encontrado?

—Está ahí.

Perry se asoma por la ventanilla.

—¿Es suyo o de los nuestros?

—Nuestro.

Perry farfulla algo que suena a condolencia. No llega a preguntar

quién es el muerto, pero algo es algo. Perry es la persona que más sabe de perros al oeste del Misisipi, decía siempre el Viejo. A él le compró los suyos cuando empezó a cazar pumas.

—¿Y tú qué haces aquí? —dice Jim.

Perry mueve el pulgar hacia la caja.

—Traigo los chuchos para ayudar a cazar a esos tipos. —Coge una botella de media pinta de Old Crow del asiento del acompañante, la abre y se la ofrece a Jim después de dar un trago.

Jim escupe.

—Grant no le hacía ascos —dice Perry—. Igual te quitaba el aliento a letrina.

—No era por eso, no te ofendas —dice Jim. Mira hacia el coche que espera detrás.

—¿Adivinas quién va ahí dentro? —pregunta Perry.

—No se me dan bien las suposiciones.

—Pues no paras de hacerlas.

—Supongo que sí.

Perry entorna el ojo tuerto. Aunque enseguida borra el gesto:

—Son periodistas —dice.

—¿Periodistas?

—Dos tipos del Rocky Mountain News. Reporteros. Están llevando a unos guardias.

Jim mueve la cabeza hacia el camino.

—El cobertizo está allí mismo.

—De acuerdo. —Perry empieza a subir la ventanilla, pero se detiene—. ¿No tendrás pastillas?

—Yo no —responde Jim.

—En fin, buena suerte con el muerto.

Perry pisa el embrague y la camioneta empieza a abrirse paso por la nieve, seguida por el coche que avanza humeando y dando tumbos por los baches del camino. En el parachoques trasero lleva una pegatina que dice: «Los del rodeo de cabras también buscan el amor». Jim no tiene ni idea de lo que quiere decir.

Vuelve junto al cadáver, lo agarra por el cuello del abrigo y lo arrastra hacia la cabaña. Cuando llega, Perry ya ha aparcado la camioneta y está hablando con Dickie Carr. Shitkick Johnson y James Grace están con ellos. Al lado de un hippie con traje naranja y abrigo cruzado de color azul, y otro hombre que parecería de campo si no fuera por el cuadernillo que lleva en la mano. Los periodistas.

Jim suelta al muerto junto a la puerta y lo recuesta en la pared. Sujeta los guantes con los dientes para quitárselos, se frota las manos y las guarda bajo las axilas.

Dickie se aparta del grupo y se acerca pavoneándose.

—Nos vamos.

—¿Nos vamos a dónde?

—Ya te lo he dicho. Voy a buscar un teléfono para llamar al alcaide Jugg. Espero que te ponga delante de un pelotón de fusilamiento, hijo de perra.

—¿Por qué me iban a disparar?

—Por dejar que se escaparan. Lo que hagan será responsabilidad tuya.

—No les dejé escapar —dice Jim—. No les disparé por la espalda, eso es todo.

—Ya veremos lo que dice Jugg.

—Te dirá que deberías estar ayudándome a cogerlos —dice Jim—. Soy lo mejor que tienes para conseguirlo.

—Ahora tenemos perros. Por muy bueno que seas, no puedes rastrear mejor que un perro.

—Supongo.

—¿Supongo? ¿Qué supones?

—Supongo que vamos a ver a Jugg. Supongo que veremos si ya ha elegido al pelotón.

Dickie suelta las esposas del cinturón.

Jim escupe. Es como si la oscuridad que separa los copos de nieve cuajara a su alrededor.

—Ni se te ocurra ponerme eso —dice.

31

La forajida

Dayton ha estado dando vueltas con el coche. Cuando no sabes qué hacer, coges el coche. Así es la vida en este pueblo. Dar vueltas para hacer como que te marchas. Diciéndote que cuando quieras puedes dar un volantazo y poner rumbo a Denver, a Cheyenne o a Las Vegas. Pero no lo haces ni lo harás nunca. Nadie lo hace. Y, aunque lo hicieras, acabarías volviendo. Porque eres así de imbécil, ni más ni menos.

Pero pensar en estas cosas no lleva a ninguna parte.

En este preciso momento, Dayton está saliendo del pueblo por la 52 en dirección este. Ha estado en todas partes. Al norte, al sur y por el pueblo entero. No ha dejado camino por seguir si ha pensado que Mopar podría haberlo tomado. Sigue conduciendo, aunque no tiene ni idea de qué pretende encontrar.

Desde luego, lo que no contaba con encontrar era un Ford Mustang Fastback negro con una franja blanca de carreras volcado entre unos sauces.

Dayton saca la camioneta por la cuneta con cuidado y la pone en la inclinación perfecta para que los faros alumbren el coche. Se suena con el pañuelo, saca el Winchester 30-30 de detrás del asiento, abre la puerta y camina hacia el coche.

A su espalda, el motor de la vieja camioneta está a punto de calarse y atenúa la luz, pero enseguida se recupera y suben las revoluciones. Un chorro de luz la atraviesa e ilumina unas bolsas de papel que se han caído al reventar el maletero.

Coge una, la abre y mete la nariz. Es suya. Reconoce el olor incluso con la nariz congestionada. Esa sabandija debe de haber vuelto para llevarse el resto.

—Sparrow —lo llama.

—Aquí —responde una voz rota.

Rodea el coche y se acerca a donde está el hombre. Lo ve recostado contra la chapa, con una mano esposada al marco de la puerta. Tiene el brazo doblado como si tuviera otro codo a unos centímetros del de siempre.

—Hola, cariño. —Sparrow tiene la voz pastosa, hielo en la barba y el pelo, y la cara veteada de azul.

—Te has llevado todo —dice Dayton.

—Te dejé la pasta.

—Eso me da igual.

—Me lo han hecho tus maderos —dice él—. No les quise dar tu nombre. Quieren saber quién abastece de hierba al pueblo.

—¿Qué maderos?

—El grandullón se llamaba Shitkick. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Diría que no le hace mucha gracia la marihuana.

—No les hace gracia nada que no sea Old Lonesome.

—Me he dado cuenta —le dice—. Imagino que no vas a soltarme.

Dayton da media vuelta y va hacia la camioneta.

—Oye, espera —le dice—. ¡Eh!

Dayton saca la cizalla de la caja de la camioneta y vuelve con él.

—No me jodas —dice Sparrow—. ¿Llevas eso a todas partes?

—No voy a ningún lado sin la cizalla —dice Dayton.

Al cortar las esposas el brazo de Sparrow cae a plomo sobre el regazo.

Por muy duro que sea, se le nota. A cualquiera se le habría notado. Aprieta la boca en una línea rígida y se escucha algo que suena a gemido. Cuando se recompone, tiene el ojo enrojecido y vidrioso.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora voy a llevarte al St. Leonard —dice Dayton—. Hablaremos del resto en otro momento.

—¿El St. Leonard?

—El hospital.

Sparrow viaja echado contra la ventanilla de la camioneta. Se nota que trata de mantenerse erguido y demostrar que puede. Pero no puede. Dayton ha puesto la calefacción al máximo, y parece que se esté derritiendo por cómo le cae agua a chorros de la barba y el pelo.

—Esto no quedará así —dice él.

—Entonces, ¿me están buscando? —pregunta Dayton. En cierta manera, le cuesta creerlo. Desde que Ethan murió, se cree que está olvidada. Vive en las montañas a las afueras del pueblo, y apenas nadie sabe de su existencia. Le cuesta pensar que pueda parecerle una amenaza a alguien.

—No tienen ni idea de quién eres —dice Sparrow—. Pero matarían por descubrirlo. —La camioneta pasa por un bache y resopla—. Voy a sacarle las tripas a ese cabestro.

Sin embargo, les parece una amenaza. Por supuesto. Es exactamente lo que Jugg trata de tener tras los muros. Y si van a por ella, no pararán hasta que la hayan echado o despedazado.

—Seguro que se nos ocurre algo mejor —dice Dayton.

A la luz del salpicadero, Sparrow tiene la cara cetrina y parece una máscara mortuoria.

—Eres la mejor, nena.

—Esa granja es mía —responde Dayton—. Ya he pasado por esto.

—Se nota.

—Recupérate y ve a buscarme.

Lo dice muy despacio, como si quisiera dejar poso. Se da cuenta y cruza los dedos para no hacerle reír. En efecto, ríe. Una risita ahogada. Pero no se ríe de ella.

—Iré a buscarte, cariño —le dice—. Nada podrá impedirlo, te lo aseguro. —Vuelve a reír—. Una puñetera cizalla…

32

Los reporteros

Es un paisaje espectral. Claustrofóbico y gélido a la rara luz de la luna. Todo está estirado y dado de sí, como si hubieran aumentado la gravedad. El siseo casi sordo de la nieve corta al bies el aire. Los árboles esperan confundidos en las sombras y devuelven una mirada lúgubre a Stanley. Todo tiene su lugar y no se mueve de ahí, como en una página de papel. Hueco, frío y plagado de ecos. Transmite soledad.

A Stanley también sus movimientos le resultan extraños. Las botas se le hunden en montones de nieve. A su alrededor solo se escuchan ruidos y crujidos que no sabe muy bien de dónde vienen. Serán terrones de nieve que caen de los árboles y ramas que se derrumban cuando no pueden soportar más peso. Sí, eso será.

Ahora tienen perros. Los de Perry. Van por delante, saltando de un ventisquero a otro. Aunque en realidad no los necesitan. La nieve todavía no ha cubierto las huellas.

—¿Pueden seguir un rastro en la nieve? —le pregunta Stanley a Perry.

—Pueden rastrear en cualquier cosa —dice Perry. Va siguiendo a los perros con Stanley al lado. Garrett se ha quedado rezagado. A Stanley le gustaría preguntar por qué ha traído los perros, pero a Perry se le crispa el ojo tuerto cada vez que le hace una pregunta.

Shitkick y Grace se han desplegado y van uno a cada lado, desaparecen y vuelven a aparecer entre la nieve. Shitkick ha sacado un fusil automático Browning M1918 de alguna parte y lo lleva agarrado por la culata. Tararea una marcha al volumen justo para que puedan oírla por encima del viento. Se nota que lo hace a propósito.

El napalm, amigo, es lo más,
lo lanzan en bombas y arrasa al pasar,
abrasa y se lleva a los amarillos,
el napalm se queda pegado a los niños.

Stanley afloja el paso para esperar a Garrett. El chico tiene unas arrugas alrededor de los ojos que parecen de un hombre quince años mayor. Y todas le han salido esta noche.

—Te la dedica a ti —dice Stanley.

—Ya lo sé.

—Cuando empiece el tiroteo, quiero que te cubras con algo. No asomes el culo ni trates de impedirlo.

—Será mejor que no haya disparos.

—Shitkick no lleva ese fusil automático por diversión.

—En realidad, lo hace justo por eso. —El bigote de Garrett tiene carámbanos por los mocos que salen sin parar de su nariz—. Me gustaría saber quién les da la dexedrina. Me encantaría averiguarlo.

Cargarse a mujeres es lo más,
mata a una embarazada y lo verás,
así es como se matan dos pollos de un tiro,
el napalm se queda pegado a los niños.

—Muy sencillo —dice Stanley—. Jugg.

—¿El alcaide?

—¿Quién va a ser?

—¿Por qué iba a drogarlos el alcaide con anfetaminas?

—Es lo mejor que puedes hacer si tienes a gente a la fuga y quieres que los borren del mapa. Diles a estos pelagatos sin cerebro que unos hombres tratan de matarlos, dales anfetaminas y abre la armería. Es infalible.

—Jugg dijo que los presos habían fabricado escopetas —dice Garrett—. Que podían partir a un hombre en dos.

—¿No viste la que le confiscaron a Klinger? El cañón no era más que un trozo de tubería. No tenía ni cebador, con un solo cartucho de perdigones.

La cabeza de Garrett se hunde entre los hombros, como si los huesos del cuello se le hubieran licuado.

—¿Cuántas pastillas has tomado? —pregunta Stanley.

Garrett se sube el cuello de la chaqueta naranja del traje y luego el del abrigo cruzado azul.

Volando bajo y sacando los piños,
mira esa familia que está junto al río,
los charlies que mates te dejan muy fino,
el napalm se queda pegado a los niños.

¿Los charlies que mates te dejan muy fino? Hostia puta, piensa Stanley. Cuando fanfarronean así parecen críos, da risa.

Es de esos reportajes que Stanley leería con Marjorie cuando saliera en el periódico. Juntos en la cama y fumando un canuto, mientras le cuenta lo que pasó en realidad. En su recuerdo siempre es fin de semana a primera hora, antes de que despierten los niños. Tiene una resaca perezosa pegada al cuerpo como una tela de araña, y las

sábanas están veteadas de amarillo por el sol. Pero con este reportaje no será así. Y eso que podría ser el mejor de todos.

Garrett tose. Tiene las mejillas como tocino salado. Stanley cruza los dedos para que consigan el artículo antes de que el chico no pueda más.

En la oficina del alcaide Jugg, Stanley aprovechó para hacer una llamada y preguntar por Garrett en el periódico. Habló con un cajista del turno de noche. No hay nada que se les escape a los cajistas de noche, y además detestan a los periodistas. Todos los que tienen que vérselas con los periodistas los detestan. Con la corbata, el cuello de la camisa y la lengua sueltos. Con su incapacidad para leer algo que no se pueda medir en columnas. Se creen tan listillos que dan ganas de cortarles los dedos. Es por eso por lo que Stanley hace todo lo posible para no vestir ni actuar como un reportero, aunque sea el peor de todos.

El cajista sabía mucho sobre Garrett. Estuvo en Khe Sanh, eso era cierto. Pasó los setenta y siete días abandonado en el pueblo, bajo el asedio del EVN.

Stanley imagina cómo fue. Setenta y siete días metido en un búnker muerto de hambre, poniendo trampas para comer alguna rata. Sin nada para mantenerte con vida y teniendo que oír que toda la guerra depende de lo que hagas tú. Garrett entró pesando ochenta kilos y cuando volvió no llegaba a los sesenta. Cuando la operación Pegaso abrió las puertas del pueblo, salió y lo vio convertido en un paisaje lunar por los bombardeos. Debió de ser como aparecer de pronto en otro planeta. Una de esas cosas que te fríen el cerebro.

La infantería de marina arrasó con lo que quedaba de Khe Sanh a las órdenes del general Westmoreland. Hicieron saltar los búnkeres por los aires y demolieron hasta el último edificio. Juntaron los cadáveres de los marines muertos en una pila, les quitaron el equipo con la bayoneta y los metieron en bolsas de plástico verde.

Había soldados vietnamitas del ESV, con esa sonrisa de comemierda en la cara. La misma que Stanley vio en Corea. A todos les salía esa puñetera mueca cuando se ponían nerviosos. Tener que ver a un montón de amarillos sonriendo mientras metían a sus compañeros en bolsas y dejaban el pueblo convertido en un solar empezó a afectar a los muchachos. Habían defendido aquel sitio durante setenta y siete días. El sitio por el que decían que iba a terminar la guerra.

Por lo visto, a Garrett también le afectó. Y no poco. Se abalanzó sobre uno de aquellos charlies sonrientes y le hundió la bayoneta en las tripas. La punta entró justo por debajo del ombligo y Garrett la subió hasta dar con el esternón. El amarillo cayó al suelo tratando de meterse los intestinos dentro y Garrett le clavó la bayoneta en el

cráneo.

Esa fue su hazaña como héroe de guerra. El cajista del Rocky no conocía el motivo por el que el Cuerpo de Marines no tomó medidas disciplinarias, aunque Stanley tenía una teoría. La historia.

Caminan. Se adentran en la arboleda detrás de los perros. Pinos y álamos, un terreno ondulante. Un aullido punzante a lo lejos. Otro y otro más. Luego, silencio y una sinfonía de coyotes. Aullidos y alaridos que el viento estira hasta lo absurdo. Le dan la razón a Perry, sus animales ni parecen oírlos.

Hay gente que odia a los coyotes. Mucha. Los rancheros que viven al lado de Stanley en Evergreen organizan partidas de caza. Los envenenan, les disparan y los queman en pilas. Sin embargo, Stanley siempre ha sentido debilidad por esos bichos sarnosos. Cualquier cosa que la gente de orden desprecie debe de tener algún encanto.

Stanley está a punto de darse de bruces con Garrett que se ha detenido con los puños apretados junto a los costados. Tiene los ojos abiertos como platos, en llamas y con un borde vidrioso, como si una serpiente acabara de morderle en la oreja.

—Ni respires —susurra.

Stanley empieza a decirle algo, pero Garrett abre todavía más los ojos para que cierre la puñetera boca.

Entonces lo oye. Es un resoplido pesado y una respiración entrecortada.

Stanley da un paso a un lado y se pone detrás de un pino. Ahí está. Un poni alazán que no levantará metro y medio del suelo, con el aliento como penachos en la nieve.

Garrett está a su lado.

—Qué cojones.

—Es una preciosidad —dice Stanley.

Garrett abre la funda de la cámara.

—Si se dispara el flash, Shitkick te pega un tiro.

Garrett vuelve a cerrar el estuche.

El alazán sacude el cuello y levanta la cabeza. Sus ojos son dos pelotas negras que absorben la escasa luz que hay en la noche. Vuelve a sacudir el cuello, da media vuelta y se aleja al trote.

Los coyotes se han callado, y por delante Stanley oye ladrar a los perros.

—Mierda —dice. Y ya se ha puesto en marcha.

Perry está con la jauría en la orilla de un río. Lleva un buen rato congelado y el rastro ha desaparecido en el hielo. Los cuatro perros, todos sabuesos, se gruñen y olfatean el aire.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta Stanley.

A Perry se le crispa el ojo tuerto.

—Un río.

—¿No pueden seguir el rastro por el hielo?

—Pueden encontrar el olor en el aire. Tardarán un minuto.

—¿Dónde está Grace? —pregunta Shitkick.

—¿No va contigo? —pregunta Perry.

—No iba conmigo. —Shitkick señala con la culata del fusil a la espalda de los otros dos—. Fue por allí.

—Mierda —dice Perry—. Joder, no puede ser.

—El gilipollas se ha perdido —dice Shitkick—. Volveré a buscarlo.

Perry suelta un gruñido para dejar claro que se las apañaría mejor sin ellos. Que le iría mejor si solo estuviera con los perros.

Stanley, Garrett y Shitkick vuelven sobre sus pasos. Los jalones en los que se ha ido fijando Stanley en la ida están del revés o son irreconocibles. Rocas y pinos medio pelados, como sellados sobre la noche. La cosa no pinta bien. Mira a Garrett, que tiembla como si se le fuera a caer la cabeza al suelo. Quizá va siendo hora de volver. Puede que no esté todo el reportaje, pero tienen bastante. No ganarán ningún premio, pero en el periódico estarán contentos.

Siempre hay momentos en los que tienes ganas de largarte. Hay que pensar en otra cosa. En lo que sea, mientras sirva para seguir adelante. A Stanley le funciona un camino cortado en No Gun Ri. Esa granada de mortero que trazó una curva perfecta para caer en mitad de un grupo de refugiados coreanos, seguida de disparos de armas pequeñas. Gritaban y suplicaban, mientras apilaban los cadáveres de su propia familia para que sirvieran de barricada y trataban de excavar un agujero para guarecerse. Pensar en esas cosas le reconforta. Sigue adelante.

Allí asoma Grace entre los árboles. Tiene mala cara y camina como si le acabaran de clavar un tenedor un par de centímetros por debajo de la hebilla del cinturón.

—Estás de mierda hasta las orejas —dice Shitkick—. Pero ¿a ti qué coño te pasa?

—Estoy bien.

La punta de la nariz de Shitkick es como una cuenta y se estremece igual que el agua.

—Pero si te has cagado encima.

—No es verdad.

—Sí.

—Ha sido sin querer. —La bonita cara de Grace parece una flor seca entre las páginas de un libro—. Me han sentado mal las pastillas.

Shitkick echa a reír. Se dobla de la risa. Planta la culata del fusil automático en la nieve y agarra el cañón para sujetarse mientras sigue

riendo un buen rato. Solo deja de reír lo suficiente como para decir:

—¿Así que eras tú el famoso recluta Joe Shit, que misión que toca misión que caga?

Y vuelve a reír.

—¿Dónde está tu rifle? —pregunta Garrett.

—Joder. —Grace se mira las manos vacías con impotencia—. Debo de habérmelo dejado cuando me sentí mal.

—¿Dónde? —pregunta Garrett.

—Por ahí.

No les cuesta mucho encontrar dónde se sintió mal. Hay vómito en la nieve y un montón de mierda que se sacó de los pantalones.

Pero ni rastro del rifle.

33

El preso

Mopar está agotado. No es que esté cansado, es agotamiento. Ni siquiera eso, haría falta una palabra que no se ha inventado todavía. Es algo que deja agotado tan atrás que nadie que lo haya sentido ha tenido las fuerzas de ponerle un nombre. El pecho le estruja desde los costados con un dolor punzante que lo atraviesa hasta el centro. El aire gélido le raspa la garganta y le arranca una tos. Y luego no puede parar de toser.

¿Hay cosas para las que no se tiene ninguna palabra? ¿Cómo narices lo vas a saber? ¿Cómo te manejas con algo que ni siquiera se puede pensar?

Tal vez una de esas cosas sea la primera noche que pasas entre rejas. O la primera noche que pasas en un motel de Denver después de matar a un hombre. Tal vez lo único que te salva de lo que sabes que está por llegar es ser incapaz de pensarlo. Cuando te han colgado de la puerta por las esposas y te han dado una paliza con porras. Cuando te susurran al oído que, con lo próximo que te van a hacer, no vas a poder sentarte más. Tal vez lo mejor sea no tener palabras para nada de eso.

Ya basta.

Lo más peligroso de estar agotado es abandonar. Sentarte y esperar a que vengan. Le ha pasado a más de un fugado. Estás tan exhausto que es más fácil dejar que te peguen un tiro o que te cojan. Mopar piensa que a la mayoría de los que atrapan los atrapan exactamente así.

¿Y a cuántos conoces tú que no acabaran atrapados, bodoque?

También deja de pensar en eso.

Otro de los peligros es agotarse tanto que dejes de hacer las pequeñas cosas que te mantienen vivo. Enciendes un cigarrillo sin proteger la llama con la mano o apoyas el arma en algún sitio y la olvidas ahí. O caminas por un riachuelo helado, te mojas los pies y tienes que meterte en una cabaña con una panda de majaderos.

Deja también eso.

Tampoco pienses en tus pies.

Ni en Molly.

Ni siquiera te permitas empezar a pensar en eso.

Mopar nota un sabor metálico en el fondo de la garganta e intenta escupirlo, pero la saliva se le queda colgando del labio hecha un

hilillo. Y no recuerda cuándo bebió agua por última vez.

Allí hay una roca. Se recuesta en ella y parpadea tres veces para aclarar la vista.

Esta vez has pisado la mierda hasta la rodilla. Te has quedado dormido mientras andabas.

A la derecha hay un bosquecillo de álamos, todos los árboles están negros por donde los alces les han arrancado la corteza y han cicatrizado con nudos. Quedan a su derecha.

Recuerda que ya pasó por allí y los tenía a la izquierda.

Te has quedado dormido y has cambiado de dirección. No puedes seguir pensando.

Pero ¿con qué puedo dejar de pensar?

Empieza por el estómago. Mopar nota las punzadas. Tu estómago es la respuesta y el problema. Si tuvieras algo que comer, no irías dando tumbos.

La imagen de Molly en su pequeña cocina. Estaba leyendo un libro en la mesa. Solo tenía puesto un sujetador por arriba, pero llevaba unos tejanos llenos de agujeros, uno de ellos en la cadera tapado con un trozo de cinta adhesiva. Calcetines gordos de lana, porque la estufa de leña lo calentaba todo de cintura para arriba, pero dejaba una corriente gélida que corría por el suelo y se te enroscaba en los dedos de los pies como hojas de tomatera.

Dejó el libro sobre la mesa y le preguntó si alguna vez hablaba de sus sentimientos. Según el libro, los hombres no lo hacían, no decían lo que sentían. Había leído que esa era la diferencia entre hombres y mujeres.

—Claro que sí —dijo Mopar—. Si tengo hambre, lo digo.

Molly tenía una risa que te arrancaba el corazón.

Despierta, gilipollas.

No pienses en nada. Tú muévete. Es lo único que tienes que hacer. Si dejas de moverte, estás muerto. Si empiezas a pensar en tu situación, estás muerto. Solo te queda moverte.

Al salir de los álamos, se abre un prado. El viento arrastra la nieve con tanta fuerza que apenas ve a unos pasos. Hunde la barbilla y avanza abriéndose paso con la frente. La nieve lo acribilla. Le martillea en un punto dolorido de la frente entre los ojos, como si lo golpearan con un martillo de bola. Estaba entre los árboles para protegerse de la fuerza de la nevada. Pero en este tramo no hay árboles.

Tú camina. No pienses en Molly ni en salir del pueblo. Limítate a caminar. Pon un pie delante del otro y punto. No tienes que hacer nada más.

Topa con un cercado. Se da de bruces. Ni lo había visto. Una cerca de madera y alambrada en curva. Toca la cerca con el codo y la sigue. Las cercas siempre llevan a algún lado. Eso se dice.

Y lo sigue diciendo cuando vuelve a estar en el punto de partida.

El vallado es circular.

Estás a una pifia de morir congelado.

Se cuela por debajo. Tiene que haber algo dentro si lo han cercado.

Y lo hay. Sabe lo que es en cuanto lo toca.

Un montón de heno.

Trepa para salir. Una vez fuera no tiene ni idea de en qué dirección está ahora.

Le cuesta enfocar la vista. El viento le perfora de dolor la oreja izquierda. En la nieve no hay nada con lo que orientarse. Ni un miserable árbol.

Tu pifia.

¿Opciones?

Ninguna.

¿Meterte en el montón de heno y esperar a que te saquen?

Piensa en algo, bodoque.

Se lleva la mano a la oreja que está a merced del viento. Es como poner la mano en una piedra de sal para caballos.

El viento. ¿De qué lado soplaba antes de encontrar la cerca?

El dolor en la frente. Le daba de cara.

Suelta un suspiro. Ahí lo tienes. Limítate a poner un pie delante del otro. Muévete.

A unos cincuenta metros, otra cerca. Levanta el alambre de espino y se cuela al otro lado, las púas le rasgan la espalda del abrigo.

No hay cosa que más deteste Mopar que una cerca. Pero nada más cruzar, da con un camino. Y no hay cosa que más le guste a Mopar que un camino.

Aprieta el paso tanto que se le agarrotan los tobillos. Los tendones de Aquiles se le inflaman y le dan punzadas. Pasa por delante de un montón de pinos cortados y sin ramas, esperando a que los lleven al aserradero. Eso le gusta, la cosa mejora.

Es una casa de madera de una planta, algo cochambrosa y con un amplio porche por el que llega Mopar. Se le corta la respiración. No hay ninguna otra casa a la vista, aunque al final del camino, al otro lado de la tormenta, se distingue una tenue luz danzarina.

Pero no es eso lo que le corta la respiración. Hay un gran patio que une la parte de atrás de la casa y un granero. Un granero con un gallinero sepultado en la nieve a su lado. Un granero ahí plantado, con las montañas a la espalda en un gris ajado, como si un ciego las hubiera puesto en mitad del cielo. Un granero al que le falta una de

las puertas dobles y deja asomar un Chevrolet último modelo.

Mopar tarda un minuto en recobrar el aliento. De pie en el camino, con el rugido de un álamo mecido por el viento a su lado. Le late fuerte el corazón, tanto que le quema en el pecho. Ahoga un jadeo seco. Nunca has tenido tanta suerte en tu vida. No vas a tener otra oportunidad.

No lo pienses. Ni pienses en los pies. No pienses en nada. Solo muévete.

Mira otra vez de un lado a otro del camino. Y otra vez no ve nada. Salvo aquella luz. ¿Es el pueblo? Tiene que serlo, pero ya sabías el riesgo de dar la vuelta hacia Old Lonesome. Sabías que tendrías que acercarte.

Mopar detesta hasta la última calle de ese puñetero pueblo. Siempre lo ha hecho.

Muévete.

Sube al porche pesadamente y golpea la puerta. Dos veces. Intenta que suene con autoridad.

Unos pies se arrastran y, enseguida, un ruido como el de alguien dando golpes en una cubitera.

—¿Qué pasa? —Se oye decir a una mujer—. ¿Qué quiere?

—Estoy echando un vistazo por las casas de la zona, señora —dice Mopar—. Ha habido una fuga.

—Ya hemos oído la sirena.

—No sabía si la habrían oído desde aquí.

—Sí, la oímos.

—¿Está sola, señora?

—Estoy con mi marido. Y su hermano. Están los dos armados.

Mopar atraviesa el cristal con el cañón de la recortada.

La mujer da media vuelta y trata de salir corriendo. Un golpe sordo y una caída.

Mopar mete la mano por el cristal roto. Tantea en busca del cerrojo y abre la puerta.

La mujer gime y zarandea los brazos, tratando de desenredarse de la larga alfombra que se le ha enroscado como una serpiente. Se ha arrastrado por el pasillo hasta golpearse con un aparador para el teléfono que ha caído al suelo.

—Voy armado —dice Mopar.

Ella se arranca la alfombra de la cara. La tiene bonita, aunque es negra. Treinta y pocos, cara redonda y pelo rizado. Lleva un vestido verde y blanco.

—¿Hay alguien más? —dice Mopar.

—Mis hijos están en la habitación de al lado. —Se sacude el vestido con las manos.

—¿Y tu marido?

—Ha pasado a ver cómo está la señora Atkinson. Al final del camino. Volverá en cualquier momento.

Volverá. Y el marido verá la ventana rota. Se podría ir el mundo entero al infierno.

—¿Funciona el teléfono?

—Hasta hace un momento sí.

—Llama a la señora Atkinson y dile a tu marido que venga aquí. Dile que el viento ha roto el cristal de la puerta.

—No se lo tragará.

Mopar sigue apuntando con la recortada, por si no está dispuesta a tomarlo en serio.

—Entonces, convéncelo.

Levanta el aparador, deja el teléfono otra vez encima, descuelga el auricular, marca y espera.

—¿Señora Atkinson? Hola, ¿está Charles con usted?

Unos pasos en el porche.

Mopar se adelanta y le quita el auricular de la mano. Lo cuelga de un golpe.

—¿Mary Lou? ¿Hay alguien ahí? —Es un hombre.

—Tengo a tu Mary Lou —dice Mopar—. Entra con las manos a la vista.

La puerta se abre de repente. Sin titubeos.

—Aquí están mis manos —dice el hombre. Las lleva por delante, como para que lo esposen, se le empañan las gafas con el calor. Es enorme. Medirá dos metros, tiene la cabeza como una bala de cañón y una cara salida de un mal chiste sobre negros.

—Maldita sea, Charles —dice Mary Lou.

—No pasa nada —le dice Charles—. Este señor no quiere hacer daño a nadie.

—Vamos —dice Mopar—. Id con los niños. Quiero que estéis todos juntos.

—¿Puedo limpiarme las gafas? —pregunta Charles—. No veo nada.

—Hazlo.

Charles se saca la camisa de franela del pantalón y limpia las lentes en la tela. Tiene la espalda de buey. Se quita el abrigo y lo cuelga del perchero.

No te hacen ni caso.

—¿He dicho yo que te quites el abrigo? —pregunta Mopar.

—¿Es que nos vamos a marchar de aquí? —dice Charles.

—Con los niños. Vamos.

—¿Estás seguro?

—No discutas con él, Charles —dice Mary Lou.

—No voy a discutir con él. Solo quiero saber si está seguro. Puede salir por la puerta ahora mismo y lo único que nos habrá hecho será

romper una ventana.

—¿Me ves con dudas? —Mopar confía en que Charles no lo note. Ese negro gigante tiene algo que le hace querer ir de cabeza a la ventisca. Se templa. Visualiza el coche del granero—. ¡Venga!

Charles levanta las manos por delante y hunde la cabeza en el cuello como un cubo en el pozo. Gesto de rendición. Está haciendo como que se rinde, rata inmunda.

—Solo quiero que todos tengamos claro que es lo que quieres hacer, hijo.

—No tengo opciones.

—Uno siempre cree que no tiene ninguna opción, hasta que elige la equivocada.

Mopar señala hacia el pasillo con el arma.

—¿Podemos movernos de una puta vez?

—Claro —dice Charles—. Por supuesto.

Rodea a Mopar con cuidado y se pone junto a su esposa.

Ella le da la mano y la aprieta.

—Estoy bien.

—Vamos a darle a este hombre algo de comer —dice Charles—. ¿Tienes hambre, Mopar?

A Mopar se le paralizan los pulmones dentro del pecho.

—¿Cómo coño sabes mi nombre?

Las gafas de Charles se han empañado de nuevo. Se las quita y las vuelve a limpiar con la camisa.

—Conozco a tu padre.

—No es cierto.

—¿Lo llamo por teléfono? Si quieres, descuelgo.

—No quiero que llames a ese cabrón. Quiero que vayas por el pasillo y cojas a los niños. Quiero que estemos todos en la misma habitación. Y que sea ya, joder.

A Mopar le tiembla la voz. Le da igual.

—Claro —dice Charles—. Ahora mismo.

Hay un salón al final del pasillo. Una radio que tendrá más de diez años, una máquina de coser, un par de lamparitas, unas poltronas y un árbol de Navidad adornado con tal perfección que Mopar tiene que contenerse para no tocarlo y comprobar que no es una ilusión.

Entonces ve a la niña, negra, de unos doce años y sentada en la alfombra raída a los pies del sofá. Y, en el sofá, un crío que tendrá la mitad de sus años, envuelto en mantas. Un niño pequeño con la mirada perdida en el techo y lagrimones por la cara. La niña se estruja las manos.

—Debería haber salido corriendo, pero no podía dejarlo solo —dice la niña—. Lo siento, papá.

—Hay que joderse —dice Mopar. Está a punto de abandonar directamente.

34

El rastreador

La primera casa por la que pasan es una pequeña granja de color blanco. Al ver que los postes telefónicos siguen en pie, Dickie entra derrapando por el camino de acceso.

—No se te ocurra ir a ningún lado —le dice a Jim antes de bajar del coche.

Jim no se va. No está esposado, pero sabe que escapar sería una estupidez. Así que espera metido en el coche, viendo cómo la nieve hace agujeros blancos en la oscuridad de la noche. Y cómo, luego, la noche hace agujeros negros en la nieve. Piensa en Ruby y en su trabajo, pero, sobre todo, en lo poco que quedará de su vida por la mañana.

No tiene que estar pensando mucho tiempo. No han pasado ni cinco minutos cuando Dickie regresa, frunciendo los labios y moviendo la nariz como un perrillo que acabara de toparse con una enorme cagada de oso. Se mete en el coche y se queda quieto. Con las manos en el volante y la mirada perdida al otro lado del parabrisas.

—¿Vamos a ver a Jugg? —pregunta Jim.

A Dickie apenas le llega una gota de sangre a la cara.

—Lo que me fastidia es que hay una cosa que haces bien. En el pueblo te detesta todo el mundo. No te aguanta ni tu mujer. Pero haces una cosa bien.

—¿Vamos a ver a Jugg?

—Hijo de perra.

Dickie da golpes en el volante.

—Hijo de perra.

Da golpes el salpicadero.

—Hijo de perra.

Se da golpes en un lado de la cabeza. Luego, se queda sentado un minuto sin dar golpes.

—¿Conoces a Billy Hughes? —pregunta.

—Supongo que sí.

Al menos, le pone cara. Un bobalicón con las orejas de soplillo que babea al sonreír. Un día pilló una borrachera, robó un coche y se marchó a Denver. Allí perdió el control y se estrelló contra una panadería donde merendaba media docena de niños. Murieron cuatro. Billy Hughes no es carne de prisión, pero tampoco se puede dejar suelto a alguien que ha matado a cuatro niños.

—¿Es uno de los fugados?

—Sí. ¿Sabías que tiene novia en el pueblo?

—No.

—Si fueras Jugg, lo sabrías. Si fueras Jugg, tendrías una lista con todas las personas que se instalan en el pueblo. Puede que incluso les pusieras vigilancia por si se les ocurriera ayudar con la trama de una fuga. Por eso Jugg es Jugg y tú no eres más que un bobo que hace una cosa bien.

Por la ventana, un destello de algo agitado y negro entre la nieve. Un arrendajo que baja en picado y aterriza en una rama de abeto al borde del bosquecillo. Jim no recuerda haber visto muchos arrendajos por la noche, pero no le sorprende. Ladrones de nidos. Matan a otros pájaros y se comen a los polluelos.

—Maldito pueblo. —Jim cierra los ojos y se cruza de brazos mientras Dickie arranca el coche.

Pero no se duerme. Con las pastillas de la marcha corriéndole por dentro quizá no pueda volver a dormir nunca. Pero sí sueña durante un minuto. O algo así. No sabe qué es, pero sabe que es cálido y fácil. Entra y sale del sueño como si caminara por un bosquecillo de álamos mecidos por una brisa veraniega y con las hojas proyectando su sombra en la hierba.

Y ve lo que va a hacerle a Dickie, como si se viera a sí mismo a una distancia de mil yardas. Es una sensación que ya conoce.

No es que Chris Hansen tratara a Jim peor que los demás. Es que nunca paraba. Otros se metían con Jim, pero no cada vez que lo veían. Hansen, en cambio, nunca se cruzaba con él sin decirle algo. Feto chupapollas esto, sarnoso soplagaitas aquello. Empezó cuando Jim perdió la granja del Viejo y entró a trabajar de guardia en la prisión. Y ya no paró.

Hansen acababa de casarse con una de las rubias de Bishop, con la más guapa, y ya tenían un crío de camino. «Está tan buena que arrastraría las pelotas por sesenta kilómetros de cristales rotos solo por hacerle un dedo a su sombra», le oyó decir un día a Checkers. No había guardia que no dijera lo mismo o algo peor. Hansen también lo sabía. Y estaba orgulloso.

Jim no entendía por qué Hansen no era feliz con lo que tenía. Con una vida así, había que estar loco para dedicarse a decirle algo a Jim cada vez que coincidían. Pero eso hacía. Y llegó a tal punto que Jim no podía quitárselo de la cabeza. Se despertaba soñando con él. Una mañana, al llegar al trabajo y pasar junto a los demás guardias, vio que se estaban riendo. Así que Jim se dio la vuelta y vio a Hansen. Estaba imitando su forma de andar al tranco y farfullando un supongo almibarado y lento.

Fue una minucia, suponía Jim, pero fue la gota que colmó el vaso. Ese mismo día, fue Jim quien siguió a Chris Hansen por las escaleras del bloque seis. También fue él quien lo agarró por la nuca, le golpeó la cara dos veces contra la barandilla y lo tiró escaleras abajo. Hansen tardó mucho tiempo en reincorporarse al trabajo y, cuando lo hizo, ya no era el mismo.

Solo hago bien una cosa, piensa Jim. Es verdad. Así que eso es lo que haré. Los atraparé a todos. Yo solo. Los cogeré vivos. Que le den a todo el pueblo. Puede que solo haga una cosa bien, pero la hago mejor que nadie.

El coche se detiene. Jim baja. Están en una calle arbolada del pueblo, flanqueada por casas unifamiliares. En su sueño aparecía una calle exactamente igual, pero en otro lugar. Una ciudad en la que nunca había estado y que para empezar ni siquiera existía. Algo se le mueve dentro, igual que si una palanca de cambios oxidada tratara de engranar en punto muerto.

—Está ahí metido. —Dickie está al otro lado del coche.

—¿Hay alguien más?

—Están al otro lado, junto a la entrada. La novia solo tiene alquilada la mitad de la casa.

—¿No hay otra salida?

—Solo hay una puerta.

Dickie le devuelve a Jim la M1911 del 45 del ayudante Bellingham.

—Esta vez más te vale disparar —le dice. Saca el subfusil Thompson y el macuto de la caja de la camioneta—. Este no se escapa.

A Jim le gusta el 45. Le gusta sentirlo en la mano. Le descarga un golpe a Dickie directamente en la sien con la corredera. Dickie se tira al suelo chillando, parece un ratón que acabara de caer en una trampa. Jim da un paso atrás y le da una patada en la entrepierna. Dickie se dobla hacia delante como un juguete mecánico y se queda en esa postura, con la cara hundida en la nieve. El culo al aire y sin dejar de pegar esos chillidos.

—No me gusta cómo tratas a la gente —le dice Jim—. No hacía falta que me pegaras delante de mi esposa.

Se mete el 45 en el cinturón y coge el subfusil y el macuto.

Jim se abre camino hasta un lado de la casa, tratando de evitar las ventanas. Al llegar a una esquina, la nieve lo azota con fuerza y tiene que apretarse contra la pared enlucida para aguantar el golpe. Un enorme pastor alemán empieza a gruñirle y engancha entre los dientes la malla de una jaula que hay pegada al lateral de la casa. Jim extiende la mano para que el perro la huela y se calme.

—¿Eres tú, Dickie? —Un susurro. El susurro de un hombre.

Jim mira de un lado a otro.

Nada.

—Por aquí —le dice la voz.

Jim la sitúa. Baja por la fachada de la casa, arrastrada a lo largo del enlucido por una corriente de aire.

Jim cruza hasta un pequeño patio cercado que da a una puerta. Hay dos guardias. Uno a cada lado de la entrada del patio. Tienen a un preso esposado a un poste del cercado.

—Acabamos de atraparlo —dice un guardia. Lleva una M97, una escopeta de trinchera, y los huesos le bailan sin control bajo la piel—. Billy Hughes sigue dentro.

—¿Dónde está Dickie Carr? —pregunta el otro. Mete la mano en el abrigo para rascarse el pecho—. ¿No venía contigo? —Mira de arriba abajo el subfusil que lleva Jim entre las manos, sin dejar de rascarse —. ¿Me podrías dejar eso? Solo llevo un revólver.

—¿Billy sabe que estáis aquí fuera? —dice Jim. Sujeta el subfusil entre el codo y el costado mientras corta un pedazo de tabaco.

—No tiene ni idea. Este carcamal asomó por la puerta como si fuera de paseo y lo cogimos. Estábamos a punto de hacer salir a Billy. Con algún ruido o algo así.

En ese mismo instante, la puerta se abre y aparece de súbito un muchacho con orejas de soplillo y pelo de panoja. Billy.

—¡Mierda! —dice Jim.

Desaparece tan rápido como ha aparecido. Cierra con un portazo.

—Dad la vuelta a la casa, buscad cualquier ventana por la que pueda colarse —les dice Jim a los guardias—. Haced ruido para que os oiga.

—¿Tú adónde vas? —dice el de la escopeta.

Jim se acerca a la puerta. Cuenta uno, dos, tres, gira el pomo y abre.

—¿Estás aquí dentro, Billy?

—Pasa para averiguarlo —le dice Billy.

—No quieres dispararme, Billy. Soy Jim Cavey.

—Entra y lo verás, adefesio.

—De acuerdo —dice Jim—. Hay guardias en las ventanas. Si me disparas, ten por seguro que te matarán. Pero no quiero que lo hagan, ni pensarlo.

—Sabía lo que ibas a decir antes de que abrieras la boca —dice Billy—. Tenemos una radio. Ya sé cómo va a terminar esto.

—Yo no he tenido nada que ver —dice Jim—. Estoy aquí para ayudarte a salir de esta.

Porque es lo que tengo que hacer, piensa Jim. Mañana estaré en la calle, pero esta noche haré mi trabajo. Y lo haré como se debe. Escupe

el pegote de tabaco al suelo y se echa el subfusil al hombro. Apoya la mejilla contra la culata de madera de nogal y escupe otra vez. Entonces va hacia la cocina.

Nadie.

—He entrado —dice Jim.

—Enhorabuena —dice Billy—. Tengo una rehén. Si cruzas el pasillo, volaré esta cabeza de chorlito. Y luego, la tuya.

—Billy… —Una mujer.

—Aquí estoy bien —dice Jim—. Afuera hace frío y no tengo que ir a ningún sitio. ¿Te apetece charlar un rato?

—Vete a la mierda, Jim Cavey —dice Billy—. Déjame salir con mi rehén. Vamos al coche en el que has venido y nos largamos.

—Podemos hablar de eso —dice Jim—. De hecho, podemos hablar de lo que quieras. Pero tienes a un montón de guardias puestos hasta las cejas junto a las ventanas. En cuanto asomes, te pegarán un tiro.

—¿Tú sabes lo que hice? ¿Sabes por qué me metieron en Old Lonesome?

—Robaste un coche —dice Jim—. Eso me han contado.

—No robé una mierda. Era el coche de mi tío. Iba a pillarle hierba. Se acababa de divorciar, el muy capullo. —Billy empieza a hablar cada vez más alto.

—Cálmate —dice Jim.

—Por una bolsa de maría… El gilipollas me dio las llaves, yo no mangué nada.

—Puedes contármelo —le dice Jim—, pero tienes que tranquilizarte.

—Mi tío estaba llorando como un perro. Lloraba porque su mujer lo había dejado y su vida se iba a la mierda. Lloraba a moco tendido.

—No apuntes a la chica —dice Jim—. Cuéntame qué pasó.

—Por eso dijo que se lo había robado. Por la apestosa de su mujer. ¿Sabes lo que eso me supuso a mí?

—Puedo suponerlo.

—No puedes suponer nada, Jim Cavamierda. —Empieza a decir algo, pero lo interrumpe un disparo de escopeta.

Aunque las paredes que los separan amortiguan el disparo, a Jim le pitan los oídos. Escupe jugo de tabaco y reza para que no sea lo que cree.

—No quería hacerlo. —Billy tiene la voz rota.

Jim se pone en marcha. Al final del pasillo sale humo por debajo de la puerta. Jim la abre de una patada. El cadáver de una chica rubia de unos veinte años. Medio cráneo está desparramado por el suelo en una mezcolanza de piel, sangre y astillas sonrosadas de hueso.

Billy sostiene una escopeta de dos cañones recortados.

—No quería —dice en voz demasiado alta por el oído taponado.

Respira por la boca. Se le cae la baba por la barbilla como a un bebé —. No quería hacerlo.

No es más que un mocoso bobalicón.

—¿Estás bien, Jim? —grita un guardia.

—Estoy bien —responde Jim—. Quedaos donde estáis.

Tiene la mira del subfusil puesta en el pecho de Billy. Ve hasta la última muesca de la culata.

—Suelta la escopeta, Billy.

Billy no parece oírlo.

—Vamos a entrar —grita un guardia.

—No entréis —grita Jim—. Tira el arma. Te van a disparar.

Billy sigue respirando por la boca. Solo hay que verlo para saber que se le está haciendo añicos el corazón.

Entonces es como si alguien le metiera una manivela en el cráneo y le enrollara la piel. Se le alisa la cara y las orejas de soplillo se ponen tiesas.

—Tú.

Levanta la escopeta hacia Jim.

DISPARA.

No. Nada de disparos.

DISPARA.

—Tú —dice Billy.

Jim aprieta el gatillo. Contaba con un golpe fuerte, pero el pesado acero y la madera de nogal suavizan el retroceso. Contrapesa de más el disparo y cose al bobalicón desde la clavícula derecha hasta la cadera izquierda.

Billy no suelta la escopeta.

DISPARA.

Nada de disparos.

DISPARA.

El dedo de Jim se mueve otra vez y hace tres enormes boquetes del 45 en la cara de Billy.

—¡Maldita sea! —grita Jim. Pero no puede oírse. Es como si llevara un enjambre de abejas en cada oído.

Luego, no dice nada. No puede. Escupe, da media vuelta y sale de la casa.

35

El preso

Mopar está sentado en el sofá con el 38 sobre las piernas y la escopeta al lado, mojando un mendrugo de pan casero en los huevos. Mary Lou se lo preparó antes de llevar a los niños a la planta de arriba.

Sabe que Charles no le quita el ojo de encima. El gigantón está en un sillón orejero de color verde, echado hacia adelante y con la enorme espalda encorvada. Fue el primero en sentarse, así que Mopar eligió el sofá porque era el asiento más alejado del suyo.

—¿Están buenos los huevos? —pregunta Charles.

—De muerte —dice Mopar. Empapa el pan en la yema.

—Mary Lou cocina bien. —Charles apura el cigarrillo ahuecando la mano ante la boca como si tocara la armónica—. Todo le sale bien. No conozco a ninguna mujer que se le parezca.

¿Y por qué coño me cuentas a mí esto?, se pregunta Mopar, pero no lo dice porque tiene la boca llena.

—Soy el mejor mecánico del pueblo. —Charles da un golpecito con el cigarrillo en el borde de un cenicero que se ha acercado al sillón—. Pregunta a quien quieras. Puedo arreglar lo que sea. Pero a veces también me atasco. Cuando me pasa, le digo a mi mujer que venga al granero y, con solo un vistazo, me dice exactamente cuál es el problema. Es fantástica.

Mopar deja el plato a su lado, sobre el sofá:

—Enciende la radio.

—No, señor. No puedo.

—¿Y eso por qué?

—No funciona. No se enciende. No hay radio.

—Pero ¿tú no eras el mejor mecánico del pueblo?

—Sí, señor.

—¿Y tienes una radio que no funciona en el salón de casa?

—Eso es. Pero la radio no es mecánica, es eléctrica. Es una cosa totalmente distinta.

Charles apaga el cigarrillo. Luego, echa los hombros hacia atrás y pone ambas manos delante de la cara.

—¿Quieres oír una historia de tu padre?

—No me interesa mi padre lo más mínimo.

—Quiso quemar esta casa.

—Me da igual. Lo que quiero saber es por qué tienes una radio que

no funciona.

—Dijo que le quitaba el trabajo. Y tenía razón. Tu padre no era el peor hombre del mundo, pero puede que fuera el peor mecánico. Sería capaz de joder un rodamiento con un martillo de juguete. —Sonríe—. Disculpa mi lenguaje.

Mopar se levanta y va hacia la radio. Es un modelo de consola. Seguramente costó un dineral cuando la compraron.

—Era un borracho —dice Charles—. Tu papaíto siempre estaba como una cuba. Me han dicho que ahora bebe menos, pero antes nunca estaba sobrio. También era sucio, seamos sinceros. Un guarro. Siempre llevaba el mono como si hubiera limpiado una sartén con él.

—No todos podemos ir hechos un pincel como tú —dice Mopar.

—Lo oí venir —sigue diciendo Charles—. Cuando salí del cobertizo, lo vi con un bidón de gasolina en la mano. «Ed», le dije. «Charles», me respondió. «¿Qué crees que estás haciendo?». «Tú no haces aquí las preguntas, negrata, las hago yo», me dijo. Me había metido un trapo en el bolsillo trasero, lo saqué y empecé a limpiarme las manos. «Puedes preguntarme lo que quieras, Ed». Se quedó unos segundos mirándome sin saber cómo seguir. Imagino que preguntarme algo era lo último en lo que había pensado, pero al rato dijo: «¿Cómo crees que me siento?». Volví a guardar el trapo en el bolsillo. «Creo que nunca me he parado a pensar en lo que sientes, Ed, sinceramente». «Quizá va siendo hora. Quizá tengas que darle alguna vuelta a lo que me pasó a mí cuando abriste el taller y me arruinaste el negocio». «Llevo aquí diez años más que tú, Ed». «Tengo mujer y un hijo, joder», se le llenaron los ojos de lágrimas y se limpió la nariz con el dorso de la mano. «¿Qué quieres que haga, Ed?». «Quiero que te largues de este pueblo. Si no lo haces, voy a prender fuego a todo esto». Traté de comprenderlo. Te lo aseguro, Mopar, lo intenté de corazón. Sabía que tu padre no era mala persona. Al menos, no peor que cualquier otro. Pero, cuando alguien amenaza tu hogar, no tienes demasiada paciencia, así que le dije: «Ni lo sueñes, Ed». Eso le dije. Y luego: «Vas a dar media vuelta y a largarte por donde has venido». Tu padre empezó a abrir el bidón de gasolina con un «ya te gustaría a ti». Esa fue la gota que colmó el vaso. «No quiero herir tus sentimientos, Ed, pero más te vale que no caiga ni una gota de gasolina en el granero», le dije. Abrió los ojos de par en par, como si le hubieran metido un palo por el culo. «¿No me estarás amenazando, negrata de mierda?». «No, señor. Por supuesto que no te he amenazado. No me interesas un pimiento, pero esta es mi casa», le tuve que decir. Me miró un buen rato hasta que dijo «¿que no me has amenazado?». «Jamás lo haría. No permitiré que nadie venga a amenazarme en mi propia casa, pero no te he amenazado». «Más te vale, negro. Quizá pienses que por ser un mecánico pasable puedes ir por ahí

amenazando a blancos, pero no puedes, negrata de mierda», dijo y soltó el tapón del bidón. «Sí, señor». «De acuerdo», dijo y, cuando dio media vuelta y se marchó dando tumbos por el césped, ¿sabes en qué pensé?

Mopar no responde. Ha probado todos los botones de la radio e incluso ha comprobado el enchufe. Ahora está con la mirada perdida en el aparato. Inmóvil. Transportado.

Porque hay algo. Es un murmullo que vibra en el aire. Un susurro que emana de todas partes y de ninguna.

Mopar no se puede mover. Lo que sea lo tiene clavado en el sitio.

Es la radio. Hay que joderse. Está recibiendo algo.

Hay algo. Tan bajo que Mopar apenas lo escucha. Le resuena por dentro. Reverbera en su recuerdo. Es el sonido de cientos de prisioneros dejándose la piel para crear una realidad clandestina oculta a los carceleros. Susurros y gruñidos. Movimientos en el comedor y el patio. La barbería y los baños con las tinas de hierro. El camino que une el edificio de piedra de dos plantas del bloque tres, el hogar de Mopar, con la puerta principal.

Y allí está llegando él. Ante sus ojos está sucediendo otra vez ese mismo instante y lo ve todo a treinta metros de altura.

Mopar se crio junto a los muros de la prisión y, aunque la vio durante toda su vida, nada lo preparó para esa llegada. El enorme y pesado portón de entrada. Los muros de seis metros con piedras que los propios prisioneros minaron en un risco cercano a la prisión. Así lo construyeron cuando Colorado todavía era territorio. Trabajo forzado, sudor y sangre de los prisioneros. Decían que había más de cien hombres enterrados bajo esos muros, que se mataron a trabajar. Y que también hubo presos que no pudieron soportar la idea de estar construyendo su propia celda. Esos huyeron, salieron corriendo hacia las montañas y también terminaron enterrados bajo aquel muro.

Lo que más recuerda de su llegada son los grupos de carceleros reunidos junto al muro. Su cara como de piedra blanca entre el negro azulado del sombrero y el negro azulado del abrigo. Recuerda cómo reían. Cómo se burlaban de él blindados tras sus armas. Y cómo detrás de cada una de esas caras estaba la muerte. Camino a la muerte, culto a la muerte, la vida es una farsa. De aquí no se sale, bodoque. Tenía espasmos en la garganta como si se le escapara todo el oxígeno de los pulmones. Luego, el cacheo desnudo, los útiles para la celda y el paseíllo por el patio de asfalto. Aquel día llovía y Mopar sudaba bajo la lluvia. Sudaba por las ganas de darles algo que les cambiara la vida para siempre.

Me cortaron a trozos, se dice Mopar. Como si fuera un pedazo de carne. Hasta ahora no me he dado cuenta de todo lo que me quitaron ahí dentro. Pero aquí, en este momento, noto cómo me corre el viento

a través de los agujeros.

—Te vendría bien beber algo —dice Charles.

Le ofrece a Mopar un vaso con un líquido marrón. Mopar bebe. El licor baja gorgoteando por la garganta y se le encharca en la tripa. Echa la cabeza hacia atrás.

La nariz algo torcida de Molly. Esos ojos que podrían sacarte el corazón por la garganta. Cuando saliera de Old Lonesome, tenía que estar con él. Se lo debía. Sería lo mínimo. Ella era mi plan para esta vida.

No pienses en eso.

Charles ya le ha llenado otra vez el vaso. Hasta arriba. Mopar vuelve a beber.

El whisky le hace efecto de golpe. Y, por un segundo, Molly no está sobre él ni lo asfixia. La cara de Molly desaparece. Se va, se desvanece despacio. Como cuando miras tu reflejo en un charco y te separas del agua.

Puede respirar. Aunque no borra a Molly, le permite a Mopar desprenderse de sí mismo un instante y mirarse con perspectiva.

Qué cansado estoy.

Hay cosas que te prometes no volver a hacer. Piedras en las que no vas a tropezar dos veces, agujeros en los que no caerás de nuevo. A veces, sin embargo, corres menos peligro si te metes dentro de uno y te escondes un rato. Allá va de cabeza, pero solo un segundo.

Y luego tira el vaso al suelo. Apunta a Charles con el 38:

—No intentes emborracharme, negro.

Charles sigue en el sillón orejero.

—No quería emborracharte. Solo quería que me respondieras.

—¿A qué?

—Te he preguntado si querías saber en qué pensé mientras tu padre se iba de aquí.

Mopar se limpia la frente con la manga. Está sudando.

—A ver.

—Pensé en ti —dice Charles—. Pensé en las posibilidades que tenías de no acabar entre rejas. Y me pareció que no eran muchas.

—No puedes culparlo a él —dice Mopar—. Lo hice todo yo solito.

36

Los reporteros

Ahora se mueven más rápido. Nadie habla. Perry hace correr a los perros a toda velocidad entre los árboles y los hombres los siguen. Shitkick Johnson parece en su salsa, se mueve como si fuera a ponerse a cantar en cualquier momento. Incluso Garrett tiene una sonrisa en la boca. Stanley también lo nota.

Solo es distinto para Grace. Va algo rezagado. Avergonzado y temeroso de acercarse demasiado a alguien. Es normal. Cuando comprendieron que Arthur Mooney se había hecho con el rifle de Grace, fue como si otra luna, una mucho más brillante, surgiera por detrás de la primera, ardiendo con el fulgor de la dexedrina.

Dexedrina. ¡Joder!

—¿Te quedan más pastillas de esas? —pregunta Stanley a Shitkick.

Shitkick sujeta el fusil automático en una mano. Una gesta nada despreciable. Saca un frasco del bolsillo del abrigo y se lo lanza a Stanley. Stanley abre la tapa con el pulgar y saca dos.

—¿Me das un par? —pregunta Garrett.

—Coge las que quieras —dice Shitkick. Se diría que todas las ganas que tenía de fastidiar a Garrett se han esfumado ahora que está de caza. La sed de sangre puede hacerte magnánimo con tus semejantes. Stanley le lanza el frasco a Garrett, que engulle dos pastillas y se mete el bote en el bolsillo. A Shitkick parece que le da igual.

En ese momento, Perry levanta la mano. Hay que cerrar la boca.

Todos dejan de moverse.

Han llegado a otro arroyo. Este es más pequeño que el de antes. En la otra orilla hay un tronco, y por detrás sale humo.

Stanley mira a Garrett, que mira a Shitkick, que sonríe. Lo huelen. Es humo de cigarrillo.

—Joder, cabrones, no es que seáis muy silenciosos —dice la voz del Plasta desde el tronco—. Se os oye venir a diez kilómetros.

—¿Te rindes así sin más? —dice Shitkick—. Al menos podías plantarnos cara, no seas miserable.

—No me voy a rendir. Tengo un fusil. Se lo quité al guaperas que va con vosotros. Me lo llevé mientras se limpiaba el culo con la mano. Estuve a punto de degollarlo con la navaja, pero no saqué fuerzas para matar a un hombre que acababa de cagarse encima.

—Ven aquí si te atreves —dice Grace—. Te enseñaré lo que puedo hacer yo con una navaja.

—Cierra el pico, Grace —dice Shitkick, y parece más el consejo de un amigo que una orden. Pero es una orden. Entonces dice hacia el tronco—: Estás jodido.

La risa del Plasta suena entrecortada.

—Eso es verdad. Estoy jodido.

—Sal de ahí. Me ocuparé de ti.

—Aún no. —Un hilo de humo flota sobre el tronco—. Voy a esperar. De momento, estoy disfrutando de este cigarrillo.

—Si no te hubieras dejado el arma por ahí, no tendríamos este problema —le dice Shitkick a Grace.

—Fue por las pastillas, me revuelven el estómago.

—¿Y a qué estás esperando? —dice Shitkick al tronco.

—A encontrar una mujer. O una botella de whisky.

—Estás en mitad del bosque con una tormenta de nieve. ¿De dónde quieres sacar tú a una mujer o un whisky?

—Oh, puedo esperar. —La voz del Plasta es suave, casi vaporosa—. Tengo todo el tiempo del mundo. Puedo esperar aquí una eternidad.

Shitkick apunta hacia el tronco con el fusil automático. Stanley sabe muy bien lo que está pensando. Un cartucho del 30-06 pega fuerte. Atravesaría un transporte blindado de tropas. Pero ¿un tronco? Quizá si está podrido. En cualquier caso, en cuanto empiecen los disparos, el Plasta tratará de escapar. Entonces solo será cuestión de abatirlo.

—Yo llevo whisky —dice Stanley al tronco.

Shitkick le lanza a Stanley una de esas miradas que solo le lanzas a alguien a quien estás punto de partirle la boca.

—¿Whisky? —dice el Plasta.

—Tengo una botella de whisky —dice Stanley. Saca del bolsillo la botella que compró en el Yard—. No hay mujeres, pero al menos tenemos el whisky.

—Déjame pensar —dice el Plasta.

—Piensa todo lo que quieras —dice Shitkick—. Tú eliges, puedes tomar un trago y salir aquí, o podemos bebérnoslo nosotros mientras me cargo el puto tronco con este fusil automático. Pero más te vale decidir pronto. Echando leches, hijo de perra.

—De acuerdo —dice el Plasta—. Tomaré un trago.

—Bien pensado —dice Shitkick—. Tira ese rifle y te acercaremos la botella.

Otra de las risas intermitentes del Plasta.

—No voy a picar. Lanzad aquí la botella y daré un trago. Luego, os daré el arma.

Stanley ya está cruzando el riachuelo.

—¿Qué coño estás haciendo? —dice Garrett con la voz chirriante de la dexedrina.

Stanley rodea el tronco.

Es lo que pensó al oír cómo arrastraba el Plasta las palabras. Está sentado con la espalda apoyada en el tronco y las piernas estiradas por delante. Las botas y los pantalones están cubiertos de hielo, tiene las manos desnudas sobre el regazo y el fusil, a su lado. Los ojos están vidriosos y llenos de dicha.

—Has traído el whisky —dice.

—Eso es —le dice Stanley—. ¿Lo puedes coger?

—Tío, no puedo coger nada.

Stanley se agacha y sostiene la boca de la botella junto a la del Plasta. Da un buen trago. Los ojos azules titilan y se iluminan como un proyector de cine al cambiar de bobina. Stanley aparta la botella.

—Puedes llevarte el arma —dice el Plasta.

—A ver esa arma —dice Shitkick. Se acerca al tronco. Le pisa el tobillo al Plasta con la bota. Stanley escucha el crujido de huesos.

El Plasta ni siquiera parece sentirlo. La cara le reluce con un halo delicado.

—Estás de mierda hasta las orejas —dice Shitkick—. No sientes nada.

Hunde la bota en el tobillo y la mueve. Los huesos se deshacen.

El Plasta tiene una mirada beatífica.

—Seguro que podemos cambiarlo —dice Shitkick.

—Ya lo creo —dice Grace que levanta el fusil perdido por el cañón y clava la culata en la boca del Plasta. El Plasta le mira sonriente. Los dientes delanteros han desaparecido y le chorrea sangre por la barbilla. No borra la sonrisa.

Ha pasado un rato. Han levantado al Plasta y lo llevan de vuelta al coche. Y es entonces cuando Garrett le dice a Stanley:

—No puedo seguir con el reportaje.

Stanley sabía que era inminente. Lo estaba esperando. Incluso hasta hace solo unos minutos tenía pensado hacerle caso. Ya tienen suficiente para escribir un artículo. Podría terminarlo con los partes del alcaide Jugg.

Eso fue hace unos minutos, pero ya no. Ahora es su reportaje. Ve las columnas a toda página ante él, con el resplandor de la dexedrina. Y también ve a Marjorie leyéndolo. Ve cómo frunce los labios con tanta claridad como si la tuviera delante. Cada día le sigue llegando el periódico y esto saldrá en portada. Sabrá lo que es un reportaje así, que hay que partirse el lomo. Y sabrá también que lo hace para darles de comer a sus hijos y a ella. Incluso puede que se lo enseñe a los chicos. Ahora este reportaje es suyo.

—No nos vamos hasta que los cojan a todos —le dice Stanley a Garrett.

—¿Cómo? Vete a la mierda, ¿por qué?

—Esto es como un caldero roto con el que tocamos una música para hacer bailar a los osos —dice Stanley—, cuando lo que nos gustaría es conmover a las estrellas con su son.

—No sé qué cojones estás diciendo —dice Garrett—. Ni repajolera idea.

—Es una cita sobre la escritura. De Gustave Flaubert.1

—Venga, no me jodas, ¿a qué viene eso?

—Te responderé con otra cita, esta de la madre de Flaubert —dice Stanley—. El frenesí por las frases te tiene seco el corazón, Gustave.

—Es como si tuviera los sesos vueltos del revés —dice Garrett—. Patas abajo, como si me estuvieras volviendo loco, y lo hicieras a propósito.

—Ni siquiera estoy pensando en ti —dice Stanley.

Y es cierto.

[1] Citamos por la traducción de Madame Bovary de Carmen Martín Gaite (Bruguera, Barcelona, 1982). (N. de la T.).

37

La forajida

Dayton ha dejado a Sparrow en el hospital. Balbucearon los dos una mala mentira sobre cómo se rompió el brazo al salirse el coche por la cuneta. Es posible que el hospital pase un aviso de todas formas, pero para entonces el brazo ya estará en su sitio y habrá ido alguien a recogerlo. De camino pararon en un teléfono público para ocuparse de este punto.

Ahora está dando vueltas otra vez.

Antes de que a Ethan se le frieran los sesos, Dayton no cogía mucho el volante, pero empezó a aficionarse a medida que se acercaba el final. Dar vueltas con el coche era una de las pocas formas que tenía de pasar un rato sin él. Llegado ese punto, se alegraba de tener recados que hacer. Se ofrecía para ir al pueblo a comprar algo de beber a la hora que fuera. Incluso le vaciaba de vez en cuando las botellas para tener que ir a por más.

Sus salidas favoritas eran exactamente como esta. Un temporal con el que poder desaparecer. Con una buena nevada, el viaje al pueblo podía durar hora y media. Una hora y media solo para ella. Una hora y media para tratar de pensar en cualquier cosa que no fuera su vida ni el fracaso. Ni en su madre ni en el desecho en el que se había convertido. Una fachada quebradiza de lo que fue una mujer, hecha de cenizas de cigarrillos y frascos de pastillas. Ni en tener que andar con pies de plomo y hacer oídos sordos a todo lo que salía de su boca. Correr las cortinas para tapar un hilillo de luz del sol y vaciar un cenicero rebosante. Contener el aire para no respirar el hedor espeso y gris de la habitación.

Igual que con Ethan.

Con él siempre hubo algo que no iba del todo bien. Dayton no lo vio de primeras, pero nada más casarse le dieron unas entradas en primera fila. Pasaron casi toda esa primavera cortando leña. Ethan compró un Farmall del 41 en una subasta y lo usaban para bajar la madera por la colina. Un día Dayton estaba amontonando leña y hasta mediodía no se dio cuenta de que Ethan no había aparecido para echar una mano. Le molestó que estuviera holgazaneando. Tenían que preparar la madera para el otoño, y no se holgazanea cuando hay trabajo por hacer. Entró en casa, se quitó los guantes de trabajo y los dejó en la mesa.

—¿Ethan? —dijo.

Nadie respondió.

Echó un vistazo en la salita. Ni rastro de Ethan. Subió las escaleras de la cocina. Tampoco estaba arriba. Ni en la pequeña habitación al final del pasillo. Ni en el dormitorio. Dejó de mirar y se quedó parada.

¿Habrá salido de casa sin que me dé cuenta?

Por supuesto que sí.

Sabía que prácticamente no había prestado atención a otra cosa que no fuera la leña. Le gustaba hacer cosas con las que se movieran las manos y el cerebro estuviera quieto. A veces pasaba seis o siete horas trabajando sin darse cuenta de lo que hacía. Ethan podría haber salido de casa, haberse subido a la camioneta y largado al pueblo sin que ella se enterase de nada.

Se acercó a la ventana del dormitorio para ver si la camioneta estaba en el acceso.

Allí estaba.

Ahora sí que estaba preocupada. Oía su propia respiración pesada.

Y entonces se quedó agarrotada.

Su respiración no era la única.

Dio la vuelta muy despacio. El armario no tenía puerta y se veía lo de dentro. Nada. Y en el baúl no cabía nadie, imposible.

Se agachó y apoyó una rodilla en el suelo de madera.

Ethan estaba acurrucado bajo la cama, dándole la espalda. Se sacudía como si riera. Tardó un minuto en entender qué estaba viendo. Lloraba. Que recordara, nunca lo había visto llorar. Ni una sola vez.

Entonces se giró y la miró de frente. Tenía las pupilas enormes y negras, y le chorreaban mocos en el bigote. Se agarraba de las muñecas como si fuera un niño. Dayton no se había dado cuenta de lo delgadas y blancas que las tenía.

—¿Dónde lo has metido? —Tenía la voz áspera, como si alguien le hubiera pasado por encima de la garganta con unas cadenas de nieve.

—¿El qué?

—No te hagas la tonta. —Escupía al hablar—. Mi pañuelo rojo.

—¿Qué pañuelo rojo?

—El moquero, zorra. Mi pañuelo.

Dayton asintió. Una vez. Y se incorporó.

—Me has estado robando. La hierba, dinero… Y ahora el pañuelo.

Su voz salía de debajo de la cama como desde el final de un túnel.

—Ethan, ¿has metido la pata con algo?

—Yo no he hecho nada, zorra. Pero tú sí.

—¿Robar?

—No solo robar, zorra embustera.

Tuvo que taparse la boca con el brazo para no estallar en carcajadas.

—¿Y qué más? —dijo, sin dejar de cubrirse con la manga.

—Tú y esa puta vieja de Pearl Greene. Sé lo que les habéis hecho a mis hijos.

Dayton empezó a ir hacia la puerta.

—¿Adónde coño vas? —gritó Ethan. Luego se oyó un ruido, como el mango de un hacha golpeando un tocón.

Dayton se detuvo. Escuchó. No se oía nada.

—¿Ethan?

Nada.

Volvió a arrodillarse y miró debajo de la cama.

Se había hundido las uñas en la mandíbula como si fueran garras, y le corría sangre por la cara. Esta vez no consiguió taparse la boca a tiempo y se le escapó una risotada. Él debió de olvidar dónde estaba porque trató de levantarse de un salto para ir a por ella. Se golpeó la cabeza con un listón de madera de roble de la cama.

Casi sintió lástima por él.

Después de aquello, pasó unos cuantos días abochornado. Le hacía la comida silbando cancioncillas de Hank Williams en el fogón de leña. Cortó y apiló más leña de la que le correspondía. Avanzó con una mesa que estaba haciendo para el salón. Se las daba de carpintero, así que no tenían un mueble que no estuviera torcido. No se advertía a simple vista, pero los lápices salían rodando por el escritorio y no había silla que no crujiera.

Al mes, hubo otro brote. Ethan debajo de la cama. Y luego, otro más. Y, seis meses después, empezó a ser algo habitual. Además, los brotes duraban más. En ocasiones, días.

Sus reproches comenzaron a centrarse en un hijo: él ya había elegido uno y lo único que tenía que hacer ella era parirlo, pero era incapaz de quedarse embarazada. Él creía que se había confabulado con Pearl Greene para matar a sus hijos. Que Dayton abortaba para que Pearl Greene hiciera algo con los fetos. Disparates de un chiflado. Dayton nunca pudo averiguar qué era exactamente lo que se suponía que hacía Pearl con los fetos, porque era algo tan espantoso que Ethan no quería decirlo en voz alta. Tú ya sabes lo que hacéis, zorra.

Con todo, sí empezó a tomar medidas para no quedarse embarazada. No tomaba la píldora ni abortó nunca, pero fue a ver a Pearl Greene y Pearl le enseñó otras cosas. Ethan tenía algo que no estaba bien y Dayton no iba a ser su portadora.

A Dayton le había pasado con su madre y sabía lo que decían de ella en el pueblo. Que era clavadita a ella. Un saco de huesos. Con ojeras. En Halloween siempre había quien le preguntaba si llevaba careta. No le importaba un pimiento su aspecto, pero sabía que todos pensaban que también se iba a volver loca. No iba a ser portadora de

la locura.

Aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba para descansar de él. Dar vueltas con el coche era una de ellas. Otra era cuando él se iba al retrete con una botella de whisky, se sentaba recostado contra los tablones grises de la pared y bebía hasta que caía inconsciente y empezaba a roncar. Nunca entendió por qué se metía allí a beber, aunque quizá le tranquilizara estar en un sitio cerrado. Igual que cuando se metía debajo de la cama. Y ella estaba más que contenta de que se encerrara donde quisiera.

En cosas así piensa Dayton mientras conduce por el pueblo, con las cadenas sonando y chirriando en las ruedas. La radio está puesta al volumen justo para que The dark end of the street resuene en la cabina. La nieve se amontona en la carretera y el aire caliente empaña las esquinas del parabrisas.

Ahora no puede pensar en eso. Ni en Ethan ni en su vida. Tiene que pensar en Mopar. No es que esté dando vueltas sin rumbo, es que no tiene ni idea de dónde puede estar y cree que tiene más posibilidades de encontrarlo si está dando vueltas que metida en casa.

Debería haber cogido algo de comer. Prácticamente no se ha llevado nada a la boca en todo el día y está constipada. La tensión del encuentro con Sparrow le ha consumido las pocas fuerzas que tenía, y el constipado le da dolor de cabeza y le hace cosquillas en la nariz. Se siente un globo a punto de reventar.

Entonces ve al hombre que camina por el arcén.

¿Mopar?

No es él.

Pero reconoce esa forma de andar.

38

El rastreador

El motor retumba a la espalda de Jim. Luego, para y sigue sonando el radiador. Escupe.

Iba hacia casa, pero no tiene claro por qué. Se le está pasando el efecto de las pastillas de la marcha y va cobrando conciencia de lo que ha hecho. Y de lo que hará Ruby cuando lo despidan por ello. No volverá a ver a la pequeña Judith. Ruby se llevará a los niños, se irán tan rápido que ni siquiera levantarán el polvo. Una parte de él no quiere otra cosa que sentarse en el arcén. Sentarse, cortar otro trozo de tabaco y esperar a que deje de nevar.

¿Creías que podías atraparlos tú solo? ¿Que podías llevarlos de vuelta sanos y salvos? ¿Que cuando hablaras con Bellingham te pondrían al frente de un turno? Pegaste a Dickie para tener la oportunidad de atrapar a Billy Hughes con vida, pero no sirvió de nada. Al final, lo mataste tú. Da igual qué pretendieras hacer. La intención no cuenta.

Así que siéntate en la carretera y espera a que deje de nevar de una puta vez. Y luego quédate sentado un rato más. Hasta que empiece otra vez, ¿por qué no?

Detrás sigue sonando el radiador. Jim se da la vuelta. No llega a apuntar con el subfusil Thompson, pero lo sostiene en alto. No quiere disparar a Dickie Carr, aunque la idea tampoco le disgusta.

Pero no es Dickie Carr.

Es una camioneta Chevy azul de media tonelada que Jim reconoce a simple vista.

Escupe otra vez.

Jim conoció a Dayton en uno de sus paseos. Una caminata que terminó sin planearlo en lo alto de Jackleg Canyon, cerca de su granja. Era primavera. Comenzaba el deshielo después de un invierno de muchas nieves. Jim encontró a Dayton con una vaca lechera. El animal estaba metido en el arroyo que atraviesa el prado, con el barro hasta la tripa y mugiendo. A su lado Dayton, apoyada en la pala, se limpiaba las salpicaduras de barro de la cara con el dorso del guante y entornaba los ojos para protegerlos del fuerte sol primaveral que brillaba entre las nubes.

Jim conocía su historia. Parte al menos. Se casó con un tipo de Ohio que, por mucho que llevara barba, chaquetón de trabajo y botas,

nunca llegó a parecer del pueblo. Jim se sentó en una roca algo apartada entre pinos y álamos, cortó un taco de tabaco y se lo metió en la boca. El aire húmedo estaba cargado de polen, y olía densamente a hierba y boñiga de vaca. Por el prado revoloteaban mariposas amarillas.

Dayton era una chica rara. Nada más que aristas en sitios extraños y unos ojos negros e inquietos. Jim recordaba que había pasado un tiempo fuera. Cuando desapareció, le encargaron a él buscarla hasta que todos tuvieron claro que se había ido del pueblo por su cuenta. Jim nunca había ido hasta su granja, aunque lo había pensado más de una vez.

Así que se sentó y la observó mientras ella observaba la vaca. Jim había visto esa misma escena las veces suficientes como para saber que algunas vacas se rendían en el barro. Y que esas mueren.

Entonces Dayton miró hacia donde estaba. Directamente a él.

Jim levantó una mano y se puso de pie.

—No puede salir —dijo Dayton.

—Suele ocurrir en primavera —le respondió él.

—He cavado y he probado a ponerle unas tablas debajo, pero no quiere andar.

—A veces les pasa. Es como si perdieran las ganas de vivir.

—¿Será porque el barro está frío?

—Siempre he pensado que es por el olor.

Posó sus ojos negros en él.

—¿Por el olor?

—Huele a sitio en el que debes quedarte —le dijo.

Dayton tenía la frente manchada de barro, pero aun así vio que la fruncía.

—Dime, ¿qué harías tú?

—¿Tienes tractor?

Asintió.

—¿Es grande?

—Un Farmall —respondió—. Modelo H.

—Servirá. También hará falta una cadena. Si no tienes, nos arreglaremos con una cuerda, pero con una cadena será más fácil.

Tenía una cadena. Se la pasaron al animal por el cuello, la ataron a una cuerda de remolque y traccionaron con el viejo Farmall, mientras Jim tiraba de la cola con todas sus fuerzas. Por fin, consiguieron sacarla y que anduviera hasta las cuadras, y allí se desplomó.

El granero olía a limpio. A paja y a estiércol por debajo. Cuánto echaba de menos Jim ese olor.

—¿Se puede hacer fuego en algún lado?

—Detrás de ese remolque hay una fragua —le dijo ella.

Era vieja y estaba casi devorada por el óxido. Jim sacó el remolque

del granero, echó algo de carbón en el hogar y encendió el fuego. Luego, amontonó heno y preparó un lecho junto al fuego. Acercaron a la vaca y Dayton la cubrió con una vieja alfombra.

Esperaron callados los dos. Sentados en la parte trasera del remolque, Jim escupía pegotes de tabaco al suelo. Y por fin, cuando la pequeña lechera consiguió ponerse otra vez en pie, Dayton le puso una mano sobre el brazo.

Así de sencillo. Y a Jim se le cortó la respiración.

Igual que ahora.

Baja la ventanilla del conductor.

—Hola, forastero —dice Dayton. Lleva el rostro ovalado y curtido por el viento hundido en el cuello del viejo chaquetón, sus ojos parecen dos nueces negras en aceite.

Jim rodea la camioneta y entra. Deja la boca del arma contra el suelo, sostiene la culata entre las piernas y cruza por encima unas manos que son demasiado grandes.

—Vas bien armado —le dice.

—Supongo.

Dayton aprieta levemente los labios. Un poco nada más. Saca un pañuelo rojo del bolsillo y se suena la nariz.

—No hay que ir con eso por ahí. —Guarda otra vez el pañuelo en el bolsillo—. Ni siquiera tú, Jim.

—Ya me iba a casa.

Parece que no tiene ninguna intención de mover la camioneta de donde están.

—¿Lo han encontrado?

—¿A quién?

—Ya lo sabes. A Mopar.

—¿Mopar?

—Es mi primo, Jim. Te he hablado de él.

Que Jim recuerde, nunca le ha contado nada de él. Pero quién sabe cuántas cosas no recuerda. Oye cómo se le deshiela la barba y le caen gotas en los tejanos. No lo nota, aún no siente las piernas. Pero lo oye.

—Supongo.

—No hagas eso. —Otra vez aprieta los labios—. Puedes hacerte el tonto con los demás, pero conmigo no. ¿Te acuerdas o no?

—No.

—Pues sí, es mi primo. Desde que me enteré de que se había fugado, he estado dando vueltas con el coche para buscarlo.

—¿Qué quieres hacer?

Vuelve a sacar el pañuelo del bolsillo y se suena la nariz. Sin remilgos.

—Evitar que Jugg lo mate a tiros.

—Hagas lo que hagas, lo matará —dice Jim—. Acaban todos muertos, es lo que he visto por ahora.

—Cállate, Jim —le dice—. ¿Vas a ayudarme o no?

—¿Qué quieres que haga?

—Ya te lo he pedido.

—Sí, te ayudaré, pero ¿a qué?

—No permitiré que maten a Mopar. Pienso encontrarlo y sacarlo del pueblo.

—¿Por qué?

—Es mi primo, Jim. Por muy mala memoria que tengas, no se te puede haber olvidado ya.

Jim se mira las manos. Tiene mugre incrustada en los nudillos. De repente le parecen demasiado grandes para esas muñecas. Como si se le fueran a caer al primer movimiento en falso.

—Los que han huido han hecho cosas.

—¿Qué cosas?

—Tendrías que haber visto cómo encontramos a Pearl Greene. Y a la mujer del superintendente Bowman. Por no hablar de los guardias, les sacaron los sesos.

—Es mi primo —se limita a decir ella.

—Ya te he hecho algún favor —dice Jim—. Te arreglé el tejado.

—Me ayudaste a arreglar el tejado. —Sus ojos castaños se mueven de un lado a otro entre las sombras de la camioneta—. Ya te he dicho que no hagas eso, Jim. Puedes hacerte el tonto por ahí si quieres, pero no conmigo.

—Supongo.

—¿El qué supones?

—Supongo que no lo sé —dice Jim.

—Pues piénsatelo —dice Dayton.

Así que lo piensa.

¿Se lo debo? No, pero la cuestión es si quiero que ella me lo deba a mí.

Se da cuenta de que hace el esfuerzo de no mirarlo. Tiene los labios fruncidos, está preocupada. Preocupada y esperanzada.

Traté de sacar a Billy con vida y no sirvió de nada. ¿Por qué cree que iba a ser diferente con Mopar? Además, si lo ayudo a escapar, nada ni nadie podrá impedir que Jugg me despida. Ya puede decir Bellingham lo que quiera. Quizá hasta termine encerrado yo también en Old Lonesome.

Aunque con encontrarlo es suficiente. No tengo que ayudarlo a escapar, basta con que lo devuelva con vida.

De aquí no escapa nadie, de todas formas.

Si consigo que no lo maten, tendrá que darse por satisfecha. Y quizá conserve mi trabajo. Puede que así Ruby no se lleve a Judith.

Jim se da cuenta de que, en realidad, solo le da vueltas con la esperanza de que arranque otra vez si tarda demasiado en decidirse.

Pero no arranca.

—¿Tienes un mapa? —pregunta.

—Siempre has vivido en este pueblo, Jim. ¿Para qué quieres un mapa?

—Tengo uno en casa —le dice—. Llévame a casa.

—¿Y luego?

—Luego, esperas fuera hasta que se me ocurra qué hacer.

Baja la ventanilla y escupe jugo de tabaco. Entonces recuerda a Judith y escupe otra vez.

39

El preso

El crío no para de llorar. Aunque está en la planta de arriba, Mopar lo oye como si le llorase al oído. Hace lo que se le ocurre por ignorar el sonido. Se desata las botas y se las quita para que los pies descansen. Intenta no pensar en lo que hay debajo de los calcetines mientras también se los quita. Intenta no pensar en el llanto.

Charles, en cambio, no parece ni notarlo. Observa a Mopar encorvado hacia adelante.

—Eso debe de doler —le dice.

—Duele. —Mopar no se mira los pies—. ¿Qué número calzas?

—Dieciséis —dice Charles—. Los compro de encargo.

—Pero ¿qué coño? ¿Dieciséis?

Mopar respira hondo y se mira los pies. Son amasijos de ampollas y sangre, con la piel desprendida como si los hubiera metido en un cubo de agua hirviendo.

—No me explico cómo has podido andar con eso —dice Charles—. Los llevas destrozados.

—No me digas —dice Mopar.

Aparta la vista y echa un ojo por la habitación. Prefiere mirar cualquier cosa que no sean esos pies. Se fija en una pequeña estantería de la esquina. Están todos los tomos de Modern student's library de Scribner.

—Por lo visto eres un gran lector.

—Sí, señor —dice Charles—. Yo no diría tanto, pero me gusta leer.

—Jamás lo habría imaginado. —Una corriente de aire frío recorre el suelo y le pasa por encima de los pies. Es como cubrir una quemadura en carne viva con una toalla congelada—. No he conocido a muchos negros mecánicos que lean.

—En el mundo hay de todo. Por muy raro que sea algo, estará por algún lado.

—No te hagas el listillo.

—No, señor. Solo estoy hablando con franqueza.

Mary Lou baja despacio las escaleras. Lleva al crío en brazos, con las piernas colgando y gimiendo abrazado a su cuello. Ya no llora, pero Mopar no sabría decir si eso es buena o mala señal. Baja con ellos un olor mentolado.

—Le duele —dice la mujer—. Le duele mucho, Charles.

—¿Tiene fiebre? —Charles lo dice como si preguntara por el

tiempo. Mopar siente un escalofrío.

—Más de cuarenta. No aguanta mucho con el termómetro, pero marca cuarenta cuando se lo quita.

Charles se levanta y se acerca a ellos, pone la mano en la frente del crío. Se revuelve como si fuera a despertar y mueve los ojos por debajo de los párpados. Pero no despierta. Charles apoya su enorme frente en la mejilla del crío.

—Aguanta un poco más, pequeño.

—¿No podéis darle nada? —dice Mopar—. Hay que joderse.

—Ya le he dado su medicina, palurdo —dice Mary Lou—. No me digas cómo tengo que cuidar a mi hijo.

—No pasa nada —dice Charles, sin apartar la frente de la mejilla del crío—. Se pondrá bien. Este hombre se marchará enseguida.

—¿Cuándo? —Mary Lou fulmina a Mopar con la mirada—. ¿Cuándo te vas a largar?

—En cuanto pare de nevar y pueda coger el coche —dice Mopar.

—Mi hijo no puede esperar a que amaine la nieve —dice Mary Lou —. No aguantará, piensa en ello.

—Lo estoy pensando… —dice Mopar—. Hay que joderse y rejoderse.

—Si muere, el último de tus problemas será que te atrapen —dice Mary Lou—. De hecho, no volverás a tener problemas. Yo misma me encargaré de ello.

—Aguantará —dice Charles entre el pelo rizado por el sudor del chico—. Lo conseguirás, ¿verdad, pequeño?

—No podrá. —Mary Lou se deshace de pronto en un mar de lágrimas, como si la escurrieran por la cintura—. Tenemos que llevarlo al St. Leonard. Va a morir, Charles.

—Chitón —dice Charles entre el pelo del chico—. Calla.

—¿Y si lo metéis en agua fría? —dice Mopar—. Quizá le baje la fiebre.

—¿Agua fría? —La voz de Mary Lou serviría para decapar pintura.

—Solo era una idea.

—No te molestes —dice la mujer—. Ni te molestes en pensar nada.

—No puedo dejar que os vayáis con el coche —dice Mopar—. Necesito el puñetero coche, me la sopla que esté enfermo.

—Esa boca —dice Charles. Sigue con la cara hundida en el cuello del chico.

—Era una forma de hablar. Sé que está enfermo, pero no puedo permitir que os llevéis el coche.

—Se pondrá bien —dice Charles—. Llévalo arriba, Mary Lou. Lo llevaremos al hospital en cuanto podamos. Sube otra vez.

Besa la cabeza del chico, la besa a ella en la mejilla y vuelve al sillón mientras la mujer sube las escaleras con su hijo en brazos.

—Lo siento —dice Mopar al rato. Acaba de liarse un cigarrillo con tabaco de la prisión. Le pareció mal pedirle a Charles—. Necesito el coche.

—¿Qué coche?

—Tu coche. —Mopar enciende el cigarrillo con una cerilla—. El que está en el granero.

—¿Ese coche?

—Ese coche. Por eso estoy aquí, me lo llevo.

Charles se pasa la mano por la calva. Y entonces rompe a reír. Una carcajada estrepitosa. La casa se zarandea con una ráfaga de viento, como si le respondiera.

—No le encuentro la gracia —dice Mopar.

Charles para de reír con la boca, pero no con la mirada.

—Si quieres oírlo, antes tienes que quitar el dedo del gatillo.

A Mopar le deja de correr la sangre y se le estanca como si fuera lodo. Escucha unos latidos achacosos.

—¿Oír el qué?

—No tengo coche, hijo —dice Charles—. No es mío.

—Me da igual de quién sea. ¿Tienes las llaves?

—No, señor. No las tengo.

—Pero podrás hacer que arranque, ¿no? ¿No eras el mejor mecánico del pueblo?

Charles se sujeta el mentón con una mano y sacude la cabeza. Trata de no sonreír, pero no lo consigue del todo.

—¿De qué cojones te ríes? —dice Mopar.

—Ese coche no tiene arranque. Hace una semana que espero la pieza.

Mopar le pone la boca del 38 contra la sien y empuja. ¿Qué puedes hacer en un mundo como este? ¿Qué narices se puede hacer?

El chico llora escaleras arriba.

Mopar repasa sus opciones, se está quedando sin ninguna.

—Podemos empujar. Eso haremos. Tuve un coche que tenía estropeado el motor de arranque. Empujaremos hasta que se ponga en marcha.

Charles lo mira como si fuera un niño que tratara de desentrañar el sentido de la vida quemando hormigas en una fogata.

—Tampoco tiene embrague —dice—. Quemaron el embrague por seguir usándolo sin motor de arranque.

Mopar decide apartarle el cañón de la sien.

Eres un bodoque. Sin coche y atrapado en una casa con un niño que no para de berrear. Y ahora, ¿qué? ¿Vuelves a salir con esta nevada? ¿Cuál de tus opciones no termina contigo en manos de Jugg? Si te encuentran ahora, eres hombre muerto. No te meterán allí con

vida, gilipollas.

¿Qué haría Dillinger?

La pregunta es una tontería, pero no es la primera vez que se la hace.

Y ya conoce la respuesta. Solo se resiste porque sabe lo que significa.

Eres tan idiota que deberías salir y buscar un sitio para echarte a dormir. No estarás muy a gusto, pero acabarás muerto.

40

El alcaide

Al alcaide Cyprus Jugg le sigue picando. Por mucho que le dijera la señora Jugg, el talco no sirve de nada. Le trajo la cena hace ya horas, pero hasta ahora no había encontrado tiempo. Está en su escritorio comiendo pechuga de pollo frita con cuchillo y tenedor, sin quitarle el ojo al tablero con las fotografías de los presos. En cuanto termine el pollo, se limpiará las manos en la servilleta de lino y se acercará a la pizarra para tachar la cara de Billy Hughes. Después piensa fumarse otro puro. La señora Jugg no se va a enterar de cuánto está fumando esta noche.

Mastica con cuidado. Lo mejor sería hablar con los periodistas de ese tema. Sobre todo con el rarito de la cámara, el que está desquiciado. La señora Jugg querrá guardar los periódicos y no le hará gracia que salga fumando en una foto.

Al alcaide Jugg le gusta comer solo, pero ahora mismo es imposible. Sus hombres siguen alrededor de los mapas, hablando en voz baja y poniendo cruces. También están el de la centralita y los de los teléfonos. Por lo menos lo dejan tranquilo mientras cena. Y más les vale. Su única compañía es el oso disecado que hay de pie junto a la mesa.

Ese oso pardo ha estado en el despacho de todos los alcaides que ha tenido la prisión. Es casi tan antigua como el pueblo y la construyeron justo cuando el territorio de Colorado se convirtió en estado. El gobernador dejó la elección en manos del pueblo: podían ser la sede de la prisión estatal de Colorado cuando fuera un estado o acoger la universidad. Los del pueblo decidieron que no iban a vivir lo bastante como para ver el momento en el que Colorado necesitara una universidad, mientras que la prisión ya era una urgencia.

Fue durante los trabajos de construcción cuando vieron al oso que los observaba desde la ladera de la montaña. Era un oso viejo y feo que siempre iba solo. Cada vez que el animal se acercaba, el primer alcaide salía al porche para mirarlo con el catalejo. Le puso el nombre de Old Lonesome, el viejo solitario. Un día, el Solitario se acercó demasiado a los muros de la prisión y un guardia le disparó desde la torre. El alcaide salió a verlo y dijo: «El viejo Solitario ya no estará solo». Lo disecó y lo colocó en su despacho.

El alcaide Jugg suele contar esta historia porque tiene un aire de grandeza. Se identifica con el viejo Solitario. Un hombre aparte. Jugg

está orgulloso de haber llegado adonde está. Cuando en 1923 eligieron alcalde de Denver al candidato del Ku Klux Klan Benjamin Stapleton, él estaba trabajando en una bolera de la ciudad. Una de las primeras medidas de Stapleton fue limpiar el departamento de policía de Denver y convertirlo en el brazo ejecutor de facto del Klan. El tío de Jugg era Gran Titán, así que a él lo contrataron de los primeros. Jugg hacía bien su trabajo y, cuando Clarice Morley —también candidato del Klan— fue nombrado gobernador de Colorado, le ofrecieron a Jugg un puesto de capitán en Old Lonesome. Jugg ha trabajado duro para llegar al cargo de alcaide y está orgulloso de lo que ha conseguido. Cada mes sermonea a los reclusos para recordarles las virtudes del esfuerzo y que no se puede depender de limosnas.

Jugg echa un vistazo alrededor para comprobar que nadie en la habitación lo está mirando, mete la mano entre las piernas y se coloca la huevera con la esperanza de tener suficientes polvos de talco para la noche entera.

La puerta de la calle se abre y entran tres guardias más. Dos de ellos cargan con algo enrollado en un barullo de mantas y sábanas. Chorrea sangre. Billy Hughes. Sueltan el fardo en el suelo y el guardia que sujetaba los pies empieza a rascarse el pecho. El que no ayudaba a cargar es Dickie Carr. Tiene un lado de la cara amoratado y lleno de marcas, sangra y también camina raro.

Jugg deja el tenedor y el cuchillo en el plato. Se limpia las manos en la servilleta y cubre con ella lo que queda del pollo. Le falta el pastel, pero tendrá que esperar.

—¿Estás bien, hijo? —le pregunta a Carr.

—Todo en orden.

—Lo encontramos así —dice el guardia rascador—. Estaba hecho polvo, sangrando en mitad de la nieve y agarrándose sus partes.

El guardia deja de rascarse un instante para mirar a Jugg a la cara y comprobar que la palabra partes es aceptable.

—Desembucha —le dice a Carr.

—Resbalé y me caí —dice Carr.

—¿Te diste en la cabeza y en tus partes a la vez?

—Fue mala suerte —dice Carr—. ¿Qué se le va a hacer?

—La suerte solo es una excusa, hijo —dice Jugg—. ¿Dónde está Jim Cavey? ¿No ibais juntos?

A Dickie Carr se le cierran los ojos.

—No iba con nosotros —dice el guardia—. Fue quien disparó a Billy Hughes.

—No fue lo que me dijiste por teléfono —dice Jugg a Carr.

—Le disparó después de que Hughes le volara la cara a su novia —dice el guardia rascador—. Era como si hubieran estampado un tazón de leche roja con avena por toda la pared.

—Entonces, ¿dónde está? —dice Jugg.

Hay una peculiaridad de Old Lonesome que solo el alcaide Jugg sabe explicarse. Le viene de visitar otras prisiones y de reunirse con otros alcaides. Son las bandas. Ni la Mafia mexicana ni la Hermandad Aria ni la Familia Guerrilla Negra están en casa de Cyprus Jugg. Quienes intentan formar una banda terminan en la enfermería. Arthur Johnson les comprime la cara contra una pared de hormigón hasta que los sesos empiezan a salir por las orejas. En Old Lonesome tampoco hay mariposones por las galerías, ni de broma. Más de un preso trasladado desde otra prisión ha aprendido la lección al caer esposado escaleras abajo. El alcaide Jugg no cree en las terceras oportunidades y, en su opinión, entrar en prisión ya es la segunda.

Puede que los presos tengan sus quejas, pero están más seguros en Old Lonesome que en ningún otro presidio de Estados Unidos, dejando a un lado Angola. Los reclusos de Jugg trabajan y pueden leer los libros que la señora Jugg y él mismo eligen en persona para la biblioteca. Tienen la oportunidad de hacerse mejores, pero si deciden no hacerlo, solo hay una salida. Se quejan, pero ¿alguno de ellos lo cambiaría por una violación grupal en San Quintín? Por lo demás, Jugg no ve ninguna diferencia entre su prisión y el pueblo levantado a su sombra. En cuanto alguien empieza a jugar con la ley, el mundo entero se desmorona.

Eso le hace pensar en Jim Cavey. Jugg sabe lo que Jim Cavey le hizo al superintendente Bowman en la granja de la prisión. Y le basta mirar a Dickie Carr para saber que también se lo ha hecho Cavey. Lo mismo que a Hansen.

Jugg no lo desprecia como sus hombres. Ni siquiera le importa que Jim Cavey responda a ese desprecio de vez en cuando. Algunos guardias se lo merecen. Y es que en lo único que ayuda Jim Cavey a Jugg es a cumplir con su único cometido: que no juegues con tu segunda oportunidad. Y, si lo haces, Jugg se encargará de ti.

Siempre.

Los hombres que llegan aquí son como caballos que han dejado correr en libertad demasiado tiempo. Se puede domar un caballo y hacer que sirva de algo, pero si después de eso se tuerce, no podrás enderezarlo de nuevo. No se puede domar un caballo domado. En el momento en el que empieza a morder o a tener vicios de cuadra, lo único que se puede hacer es pegarle un tiro. Jim Cavey es la mira de Jugg, igual que Arthur Johnson es el cañón. Entre los dos son la mejor arma que ha tenido. Y, mientras un revólver sea preciso, le das un poco de holgura. No hay que apretarlo tanto que se atasque al disparar.

Alguien carraspea.

El alcaide Jugg levanta la vista del pastel. La señora Jugg lo ha horneado con cerezas que ella misma puso en conserva.

Es uno de los guardias de los teléfonos.

—Disculpe, alcaide Jugg —dice—. Johnson está trayendo a Mooney. Lo han atrapado, señor.

41

Los reporteros

Los guardias han despejado parte de la sala para tender una lona. Mooney el Plasta está sentado encima con la cara destrozada y ha estirado la pierna del tobillo roto. Le han sacado la bota y tiene el pie lívido y abotagado, tan inflado como un melón. Aunque no da la impresión de que le importe gran cosa. Toca la hinchazón. Pellizca la piel, tira hasta que se pone blanca y la suelta para que vuelva a amoratarse. Se diría que lo encuentra divertido.

El alcaide Jugg está en el escritorio, con la atención puesta en el equipo de radio. A cada rato mueve una palanca hasta que descubre que no es la que buscaba, la vuelve a bajar y pulsa otra. La única explicación que le encuentra Garrett es que esté comprobando que la radio está apagada. Al rato, abandona los interruptores y opta por desenchufar todas las tomas de la pared. Resuelto el tema, llama por señas a Shitkick y le dice en voz baja algo que Garrett no alcanza a entender.

La dexedrina lo ha dejado como goma de mascar. Tiene partes flácidas, otras duras como piedras y el resto en el espacio en medio. Acerca la mano a los cierres del estuche de la cámara.

—Ni se te ocurra —le dice Stanley.

Ha metido los pulgares en los bolsillos del pantalón y luce esa sonrisa torcida en la que se enfunda como en una armadura. Está a un paso de ser un psicópata de manual, le parece a Garrett. Me gustaría verlo en combate. ¿Sudará siquiera?

—No puede hacer nada, tiene un tobillo roto y está rodeado de guardias —dice Garrett—. Es una foto cojonuda, ya veo el titular. «Capturado: fin de sus correrías». Solo intento pensar como tú.

—No es él quien me preocupa —dice Stanley—. Guarda la cámara. Si no lo haces por mí, piensa en tus mocosos.

—No lo entiendo.

—Tú cállate —dice Stanley.

Shitkick deja a Jugg, cruza la sala y coge un taburete al pasar junto a una mesa plegable. Lo coloca en mitad de la lona, justo al lado del Plasta.

—Siéntate.

El Plasta no se mueve.

Shitkick lo levanta por el cuello y él arrastra el tobillo como puede. Lo sienta.

El Plasta apoya el talón del pie ileso en el reposapiés del taburete y deja el otro colgando. La luz eléctrica se posa en él con aprensión.

—Dios, qué feo eres —le dice a Shitkick.

—Espera y verás —dice Shitkick.

—¿Te importa si fumo un pitillo mientras me miras? —dice el Plasta.

—Adelante.

—¿Me das uno?

Shitkick saca del bolsillo de la camisa una cajetilla y le mete un cigarrillo en la boca. Luego, le mete la mano entre las piernas, enciende una cerilla en el taburete y le da fuego.

El Plasta suelta el humo.

—¿Por qué no me dices de una vez qué queréis?

—¿No te lo imaginas?

El Plasta pone los ojos en blanco.

—¿Vais a preguntarme por los demás? —Suelta humo.

—No.

—¿No?

—No —dice Shitkick—. No voy a preguntarte nada. Vas a decírmelo todo tú.

—No estaría tan seguro —dice el Plasta—. Soy tan duro como tú, feo.

Shitkick se afloja la corbata, la saca por la cabeza y se quita el abrigo. Deja toda la ropa en el suelo, se suelta la pistolera con la Colt del 45 y la tira encima del montón de ropa. Está en camiseta interior.

—¿Ves esa pistola?

—Sí.

Shitkick se pone un puño americano en la mano derecha.

—Si te caes de la silla, te meto un tiro, ¿entendido?

Los orificios nasales del Plasta aletean como los de un caballo.

—No me das miedo.

—Enseguida arreglamos eso.

Shitkick le da un puñetazo en la cara que le abre la piel del pómulo.

El Plasta deja caer el cigarrillo y se balancea hacia atrás sobre una pata de la silla. Pero no cae.

—No eres más que un negro vuelto del revés —dice con la voz ronca.

Shitkick le pega en la nariz. En un acto reflejo, el Plasta se lleva las manos a la cara. Shitkick le quita el taburete de un puntapié. El Plasta cae sobre las manos y empieza a mover los pies a la desesperada para incorporarse. El tobillo roto se dobla y se oye un crujido. Shitkick le sigue dando puñetazos, le rompe los dientes. El Plasta intenta levantarse. Shitkick lo golpea de nuevo.

El Plasta consigue apoyar el pie ileso y se arrastra como puede sobre la silla, sus movimientos son los de un toro sedado.

—Vete a la mierda —dice—. No me he caído, me has tirado tú.

—¿Dónde están?

El Plasta parpadea. Varias veces.

—¿Quiénes?

El Plasta tiene la nariz rota, y Shitkick le lanza un golpe rápido y seco. Al Plasta se le escapa el aire entre los dientes. Babea hilillos de sangre.

—No voy a decir nada.

—Puedo pasar la noche entera haciendo esto. —Shitkick le encaja dos puñetazos en la boca y el Plasta escupe un diente—. Puedes pararme con una sola palabra.

El Plasta ríe. Le sale sangre a borbotones.

Garrett tiene la sensación de estar sin huesos. Se centra en la respiración. No se puede ver algo así, se dice. Mira al suelo y no levantes la vista de ahí.

Pero lo hace.

Shitkick machaca el ojo derecho del Plasta. El globo palpita entre la sangre y le salpica fluidos en la mejilla. El Plasta cae hacia un lado y está a punto de tocar el suelo. Se agarra con una mano y consigue enderezarse. Shitkick lo recibe arriba con uno dos tres cuatro golpes en la cara. Al Plasta se le rompen los dientes y salen disparados entre los labios. El Plasta cae del taburete.

Y se queda ahí.

Un minuto que se hace eterno.

Después se arrastra a tientas hasta el taburete y se apoya en él para incorporarse sobre el pie ileso. Se resbala un par de veces en su propia sangre, resopla y se sienta de nuevo. Pasa un minuto abriendo y cerrando los ojos, hasta que dice:

—Dillinger. —Apenas se le entiende.

—¿Dillinger? —repite Shitkick.

—El Pequeño Dillinger. —El Plasta sonríe como si lo tuviera por tonto.

Shitkick le aplasta la sonrisa torcida. De un puñetazo que se lleva consigo los labios. Entonces se agacha para mirarlo de frente.

—Ahora toca decir algo con sentido.

—Mopar estaba ahí —farfulla el Plasta—. Acababa de irse cuando llegasteis vosotros.

—¿Nada más?

El Plasta sonríe y asiente.

Otra tanda de golpes. Al terminar, Shitkick se seca el sudor de la frente.

—Te crees muy duro, pero estás equivocado —dice—. Si fueras

duro, habrías ido a por la pistola.

El Plasta deja escapar un gemido apacible, quizá para darle la razón. Le sangran los oídos.

Shitkick se limpia las manos en los pantalones.

—¿A dónde fue?

El Plasta mece la cabeza.

Shitkick se acerca y mira directamente al ojo con el que todavía ve.

—No puedes hablar, ¿verdad?

El Plasta cruza las manos sobre el regazo, igual que un niño.

Shitkick mira al alcaide Jugg. Y Jugg asiente.

Shitkick se pone a trabajar. Empieza a dar vueltas alrededor del Plasta, lanzando golpes como pinceladas sobre un lienzo. Al Plasta se le rompe la mandíbula. Le cuelga de la cara sujeta solo por la piel y se bambolea cada vez que Shitkick le pega. Shitkick solo le pega en la cara. Ahora solo se trata de ver cuánto tiempo aguanta el Plasta sobre la silla.

Garrett se siente de gelatina.

Al final, el Plasta no aguanta más sentado. Lo intenta, prueba en todos los ángulos y posturas, pero no le quedan fuerzas. Se deja caer en un charco de sangre y orín. Se revuelca en él como un cerdo.

Shitkick se agacha con las manos sobre las rodillas. Le caen gotas de sudor y mueve el pecho al respirar.

—Ciao, rata —dice. Saca una flema y la escupe en la sangre.

Stanley ríe.

—Imagino que el Plasta habría llegado a ser un buen hombre si todos los días hubiera habido alguien allí para darle una paliza de muerte —dice.

—Ya basta. —Garrett tose, y luego otra vez. Después no puede dejar de toser. Se arquea y vomita—. Ya basta, por favor.

Se acuclilla y apoya una mano en el suelo para recuperar el equilibrio. Desde allí, ve que Stanley cruza la sala y le dice algo al alcaide Jugg.

Incluso Jugg parece perplejo ante la sangre fría de Stanley. En esa sala no hay nadie que haya mantenido la calma como él. Jugg le hace una seña para que coja el teléfono.

Stanley levanta el auricular, marca y dice unas palabras. Luego, escucha. Escucha varios minutos. Al terminar se queda en el sitio, sujetando el auricular por la parte del micrófono.

Y su gesto es todo lo contrario a la calma.

42

El preso

Mopar se quita el abrigo y lo tira al suelo. Está sudando y ya no aguanta su propio olor. El crío no calla. Ahora son unos gemidos estremecedores. Nunca se va a acabar.

¿Cuánto llevo aquí? ¿Casi dos putas horas? Quién iba a pensar que un crío podía llorar tanto tiempo seguido.

Mopar se tapa los oídos con las manos y los vuelve a destapar. Tiene los ojos vidriosos y le cuesta enfocar la vista.

—Si no tienes coche, ¿cómo coño quiere tu mujer llevar al chico al hospital? —dice—. ¿Me lo puedes explicar?

Charles enciende un pitillo y da una calada. Se lo saca de la boca y observa cómo la brasa del cigarro consume más rápido un lado del papel. Encoge los hombros en un movimiento casi imperceptible, como si se resignara a fumar torcido, se lo vuelve a meter en la boca, da otra calada y suelta el humo por la nariz.

—Imagino que lo acercará a casa de Tom Parker —dice—. Él tiene coche. Siempre hay alguna manera.

—¿Siempre hay alguna manera? Y un huevo, llevo buscando un coche toda la noche.

Charles asiente y suelta más humo, como si no valiera la pena preocuparse. Se nota que no hay muchas cosas que le preocupen.

—¿Tienes hijos?

—Me metieron entre rejas a los dieciocho.

—Con dieciocho años ya tenías edad.

—Con dieciocho años tenía edad para muchas cosas, pero no lo hice.

—¿El qué no hiciste?

—Tener hijos, joder.

—No te enfades, hijo. Solo pregunto. ¿Tenías novia?

Novia. Nada más lejos. Molly era todo lo que Mopar había querido, pero desde luego no era su novia.

—Dame un cigarrillo.

Charles saca uno de la cajetilla y se lo lanza a Mopar. Después sigue el Zippo.

Mopar enciende el pitillo y el humo le baja directo a las tripas. Todo se le afloja por dentro.

—Tenía chica, pero no era mi novia. Y ninguno de los dos tenemos hijos.

—No quería ser entrometido —dice Charles.

—No lo has sido. —A Mopar le tiemblan los dedos con el cigarrillo. Caen briznas de tabaco por el extremo sin boquilla y le salpican la pierna. Se sacude los pantalones—. No puede tener hijos. Al menos, vivos. Está tarada.

—Todos lo estamos, hijo.

Mopar se siente como si le hubieran echado ácido sulfúrico por la garganta.

—Las cerdas se comen a las crías vivas —dice Charles—. ¿Quién crees que sufre más? ¿La madre que se come a la cría o el cerdo recién parido al ser devorado por su madre? Los que no están tarados es que viven en otra realidad.

—Estás loco —dice Mopar—. Lo que digo es que tiene una tara por dentro, en la barriga. Ha perdido un montón de hijos desde que estoy en la cárcel. Se le mueren dentro.

—Bueno —dice Charles—, a veces decimos más de lo que queremos.

—¿Podemos volver a lo del coche? ¿Cómo coño ibais a llevar al crío al hospital? Estoy desesperado por largarme de aquí. Y diría que tú también. Pero te pones a hablarme de cerdos.

—Es una metáfora —dice Charles—. ¿Sabes lo que es eso?

—Si no me dices cómo pensabas llevar al chico al hospital, te voy a meter una bala en la cabeza. Y no es una metáfora.

—Ya veo que sí lo sabes —dice Charles—. A veces olvido lo bien que os educan en prisión.

—¿Cómo coño pensabas llevarlo al hospital? Hay que joderse…

Charles se encoge de hombros.

—Cuando se tiene hijos, descubres que siempre hay alguna manera. Los llevas adonde haga falta. En eso consiste ser padre.

El crío suelta un alarido.

—Jódete y baila —dice Mopar.

Charles hunde los hombros hacia delante. Se lleva la mano en la que sostiene el cigarrillo a la cara y es como si los ojos se le metieran dentro del cráneo y solo quedaran las cuencas vacías.

El crío vuelve a gritar.

Mopar se golpea la frente con la palma de la mano. Le pasan por la cabeza historias sobre Dillinger. Que quemaba las hipotecas de los bancos que atracaba para que no embargaran a granjeros sin dinero. Que nunca le hizo daño a un trabajador. ¿Por qué leches estás pensando en Dillinger, bodoque? Mopar se golpea de nuevo.

—No tengo elección —dice.

—Puedes decírtelo si quieres, pero no es verdad —dice Charles—. Mientras estés vivo, tienes elección. Aunque solo sea la de meterte la pistola en la boca. Eso también es una elección.

—Vete al infierno. Idos todos al infierno.

—En nuestro caso, puede que no nos quede elección.

Otro grito.

Al cuerno todo.

—Vete al infierno. Vamos, dile a tu mujer que baje.

Charles apaga el cigarrillo en el cenicero.

—¿Estás seguro?

—Seguro —dice Mopar—. No aguanto más los putos gritos. Llámala.

—No digas nada si no va en serio. He tragado con todo lo que nos has hecho, pero eso no lo toleraré. Es una mujer fuerte, pero si no estás seguro, no sigas. No le des falsas esperanzas.

Dillinger y Molly: está todo ante sus ojos. Mopar no puede hacer que se vayan. También está el ayudante del sheriff. Muerto en el suelo, fue tan fácil matar a ese cabrón como a una mosca.

—Te convendría llamarla antes de que cambie de idea —dice Mopar—. Estás a tiempo de conseguirlo.

—Mary Lou —dice Charles—. Baja aquí. Y trae al chico.

Baja tan rápido que es como si hubiera estado esperando al pie de las escaleras.

—Puedo acercarlo a casa de Parker, él nos llevará en coche al hospital —dice la mujer—. No le diré nada de lo que está pasando. Jamás. Tienes a mi marido y a mi hija. Intentaré conseguirte un coche. Seguro que hay alguno.

Sienta al niño en el sofá y lo envuelve en el abrigo.

Mopar le hace un gesto para que se vaya. Tira la colilla al suelo y la pisa con la bota.

Mary Lou termina de abrigar al crío y se pone también el abrigo. Se acerca a Charles, lo agarra por los hombros y le besa en la mejilla.

—Cuida de mi hija.

—Este hombre no quiere hacer daño a nadie —dice Charles—. Está destrozado, solo hay que verlo.

—Aún puedo cambiar de idea —dice Mopar.

Mary Lou se aparta de Charles, pero deja los dedos sobre su pecho un instante. Luego, coge al niño en brazos y se marcha. Recorre el pasillo y sale por la puerta.

Mopar se queda sentado como un pez destripado. Empieza a temer que no saldrá vivo de esa casa.

Entonces comete el error de mirar a Charles, y una sacudida le recorre entero. La cabeza de ese hombre es una escultura sin ojos tallada en madera. Monda y negra, humeante de puro odio.

43

El rastreador

Cuando Jim se cuela en casa por la puerta de atrás, están todos dormidos. Es algo que pasa a menudo que estén durmiendo cuando llega él. Tanto como le dejan. Calienta un poco de leche, se sienta a beberla y la única que se entera alguna vez es Judith. Hay noches con suerte en las que sale a acompañarlo con otro vaso de leche y le cuenta cómo ha pasado el día.

Jim saca la mecha de un quinqué y lo enciende. Tienen electricidad —casi siempre—, pero él prefiere el farol para pensar. Le gusta ese quinqué, es el que tenían en casa cuando vivía con su padre. Lo sostiene con una mano, abre el cajón de los trastos con la otra y rebusca hasta encontrar el mapa del pueblo. Lo despliega sobre la mesa y coloca el farol encima.

Y lo mira. Oye su respiración, el olor del queroseno al quemarse. Ajusta la mecha y sigue mirando el mapa un poco más. Hay una mecha nueva en el cajón y quizá debería ir a por ella, pero sigue mirando el puñetero mapa. No se le ocurre nada.

Algo le roza la pierna. Es Judith, que está agarrada a la pernera del pantalón y le hunde la cara en el muslo. Arrastra en pliegues por el suelo un camisón azul. Era de Ruby y ella le cogió el dobladillo para la niña. Jim se agacha y la aúpa con las dos manos.

La niña se acurruca contra su pecho y el contoneo está a punto de hacerle perder el equilibrio. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo cansado que está.

—¿Has ido a dar un paseo? —le dice—. ¿Ya es de día?

—Aún falta mucho. —La besa en la cabeza. Huele a orín rancio y a mugre. La niña olisquea y Jim se da cuenta de que también lo está oliendo a él.

—Qué bien hueles —le dice.

Deja la cara entre su pelo un segundo más de lo necesario.

—Esta noche no he salido a pasear.

—Entonces, ¿qué haces despierto?

—Tengo que encontrar a alguien.

La niña mira el mapa.

—¿Aquí?

—Eso espero.

—¿Y por qué tienes que encontrarlo?

Esa pregunta le lleva un minuto. Ni él mismo lo sabe. ¿Por qué tiene que coger a Mopar y llevárselo a Jugg? ¿Porque es su trabajo? ¿Será porque quiere hacerle un favor a Dayton? ¿O lo hace porque es lo que hace siempre, porque se dedica a encontrar a gente y quiere que todos vean lo bien que lo hace? Es un motivo tan bueno como cualquier otro después de lo que les hicieron a Pearl Greene y a la señora Bowman. Se lo merecen.

—Estoy buscando a un hombre que hizo algo que no debía —le dice.

—¿Y le vas a echar la bronca como hace mamá?

—Eso es. Igual que mamá.

Vuelve a culebrear entre sus brazos.

—¿Preparamos leche?

—Claro —responde Jim.

Sin soltarla, abre la puerta de un armario que hay junto a los fogones y saca un cazo. Va a la nevera a por la leche, llena el cazo, enciende el fuego con una cerilla y pone el cazo sobre la llama azul. Todo, sujetando con un brazo a la niña que se le agarra al cuello con las dos manos.

Ronca contra su barba. El ronquido de una niña. Le duele el brazo, así que la cambia de lado. Vuelve a abrir los ojos.

—¿Ya está la leche?

—Casi, ¿te dejo en una silla?

—Mejor no —dice.

—Vale.

Se acerca al mapa. Al cabo de un minuto, el pequeño cuerpo de la niña se hunde en el suyo. Está dormida. Pone la mano en su espalda de pajarito y la sostiene.

Porque va a encontrar a Mopar y lo entregará. Porque no tiene otra opción. No puede perder este trabajo.

—No deberías haberla levantado. —Wayne está en la puerta de la cocina.

Jim se inclina sobre el fregadero y echa el pegote de tabaco por el desagüe.

—Le estoy preparando un vaso de leche.

Wayne le quita a Judith de los brazos.

—Voy a acostarla.

Wayne apenas puede hacer nada que moleste de verdad a Jim, pero esa forma que tiene de quitarle a Judith la detesta.

—De acuerdo —dice Jim, pero Wayne ya se ha marchado con la niña.

Jim escupe el taco de tabaco de mascar en el cubo de basura que guardan debajo del fregadero y se inclina sobre el mapa. Va a encontrar a Mopar.

No se le ocurre nada por mucho que mire el mapa. Los ojos no se quedan sobre el plano, se le escapan todo el tiempo hacia los bordes con quemaduras de cigarrillo de la mesa de formica de segunda mano.

Wayne no se fía de dejarlo a solas con Judith. Eso es lo que pasa. Desconfía de que no haga algún disparate y le haga daño. Porque es lo que Jim no para de hacer. Disparates.

Al rato, Wayne vuelve a la cocina y se pone a su lado. Va en calzoncillos y se rasca el culo. Un chico listo de dieciséis años.

—¿Qué buscas en ese mapa?

Jim encuentra tabaco de mascar en el bolsillo del abrigo, abre el paquete y corta otro trozo sin dejar de mirar el mapa.

—Trato de averiguar a dónde puede haber ido.

—¿Por qué? Los han cogido a casi todos.

—Casi, pero no a todos. —Jim se mete el tabaco en la boca y mastica—. Trae una taza.

—Mamá no quiere que uses las tazas. —Aun así, Wayne se acerca a la alacena y saca una taza de café desconchada—. ¿Por qué quieres cogerlos?

Jim coge la taza.

—Porque es mi trabajo, supongo. —El tabaco le acelera las pulsaciones y se le espabila el cerebro otra vez—. Estoy pasando algo por alto…

—Como siempre —dice Wayne.

Jim hace oídos sordos.

—Busco a uno, al que se nos escapó. Quiero cogerlo antes que Jugg. ¿Tienes un lápiz?

Wayne le da la espalda, desaparece por el pasillo y vuelve al rato de su habitación con un lapicero. Se lo da.

—Ten cuidado, no te hagas daño con él.

Jim vuelve a mirar el mapa. Mucho tiempo. Al rato, marca la casa de Pearl Greene. Vale, empezaron aquí. Baja hasta el coche estrellado junto a la granja de la prisión y pone otra marca. Luego, en la granja. Después, en casa de los Oliver.

Wayne lo mira sin disimular la curiosidad.

—¿Has oído la radio? —pregunta Jim.

—Mañana no hay clase.

—No te he preguntado por el colegio. ¿La has oído o no?

—Claro. Quería saber si mataban a alguien. Será la comidilla de todo el pueblo.

—¿Han dicho algo de los Oliver?

—¿Qué Oliver?

—Murray y Alice Oliver, los de la granja de la prisión. ¿Han dicho algo de ellos?

—Puede ser —dice Wayne—. Creo que pillaron a uno allí. A un

negro. La vieja le sacó los sesos a martillazos.

—¿El de los sesos estaba solo?

El chico niega despacio con la cabeza.

—No… —dice, arrastrando la palabra—. Había otro, pero se escapó.

—¿Dijeron quién era?

—No lo recuerdo.

—¿Te suena Mopar Horn?

—No —responde Wayne—. Bueno, espera. Era un nombre raro como Mopar. El alcaide lo llamó Pequeño Dillinger.

Eso es. Jim marca el sitio con el lápiz. Luego, deja vagar la mirada. Ahí está. Los Smith.

Es como si lo hubieran golpeado con una palanqueta entre ceja y ceja.

Fue Mopar quien movió de sitio el cadáver de ese guardia. Se llevó su arma. Lo tuvo justo al lado.

El cerebro de Jim traquetea como un motor congelado hasta que consigue arrancar. Y entonces va más rápido de lo que puede pensar. Tiene que estar completamente despierto. Saca el frasco de dexedrina del bolsillo y se traga una.

—¿Me das a mí? —pregunta Wayne.

—No, a no ser que quieras salir de caza conmigo. —Jim se arrepiente nada más decirlo.

Wayne ya está en el pasillo.

—Voy a vestirme —dice.

Jim vuelve a escupir en el desagüe y se pone otra vez con el mapa.

El mapa. Mopar es del pueblo. Sabrá moverse.

De acuerdo. Se supone que eres el hombre que mejor conoce estas montañas, Jim. Te crio el hombre que más sabía de estas montañas de todo el estado. Eres la segunda generación. Piensa, ¿adónde irías tú?

Cuanto más lejos huyen (en cualquier dirección), antes terminan muertos. Es lo único seguro en todo esto. Ya lo has visto muchas veces.

Entonces, ¿qué harías?

El viento azota la casa, y la llama del quinqué tiembla y parpadea. Las paredes parecen de papel por cómo las atraviesa el viento.

¿Qué cojones harías?

Darías media vuelta.

El rancho de Tom Parker.

Jim pliega el mapa.

Wayne vuelve a la cocina en mono y con botas de trabajo, equipado para el frío.

—Dame una pastilla —dice.

—No —responde Jim—. No te sentará bien.

Guarda el mapa en el bolsillo del abrigo.

—Por una vez quiero verte hacer algo que se te da bien —dice Wayne.

Cuando Jim está a punto de decirle otra vez que no, aparece Ruby en la puerta.

Le da a Wayne la escopeta.

—Adelante —le dice a Jim—. Llévatelo. Quiere largarse de aquí y jugar a soldados y a la guerra, como hacéis todos. Dale el gusto, igual así se le quitan las ganas.

Jim no se molesta en corregirla. No le dice que él no estuvo en la guerra. Ya lo sabe.

44

Los reporteros

Marjorie no está con ningún hombre. Es lo que le han dicho a Stanley los de la agencia de detectives. Dejó a los niños en casa de su madre, fue con el coche hasta Cheyenne y se quedó sola en un motel de carretera. Sentada en la cama, con tres botellas de vino y la televisión encendida. El detective informó de que se la oía llorar desde la calle.

Es lo mismo que hace cada vez que la vida le resulta tan claustrofóbica que solo se imagina un mañana en el que esté colgada de la barra del armario. Eso le dijo a Stanley. Sale con el coche hasta que no puede seguir sin estrellarlo en la cuneta, coge una habitación en un motel de carretera y bebe tres botellas de vino. Una por amor, otra por odio y la tercera por soledad. Lo hizo varias veces hacia el final de su relación con Stanley, y siempre volvía con los ojos rojos y más intratable cada vez, con tanto peso en la espalda que la tenía que reforzar con acero.

Stanley lo comprende. Por Dios, él mismo lo ha hecho. Nadie tiene la vida que soñaba… Nadie. A veces el bosque se vuelve demasiado tupido y entonces toca limpiar la maleza. Por eso Stanley se marchó a Montreal cuando se licenció del ejército. Por lo mismo que estaba en Denver cuando conoció a Marjorie.

Lo que Stanley no logra entender es por qué lo está haciendo Marjorie en este preciso momento. Se ha quedado con los niños y con casi todo su dinero, así que dio por sentado que habría un hombre. Aunque no encargó que la siguieran porque quisiera hacer algo al respecto. Solo quería un nombre.

Sin embargo, no está con nadie.

En ocasiones, ves cuál ha sido exactamente tu papel en la vida de otra persona. No sucede a menudo, pero de vez en cuando tienes un atisbo. Sola en la habitación de un motel, emborrachándose con vino barato y llorando por la desolación que quedó tras él. Nunca quiso estar con otro hombre. Sencillamente no podía aguantar un día más con él.

Stanley podría pensar en ello. Igual que podría pensar en cómo era la Marjorie a la que echa de menos. No la echa de menos tal y como es ahora, ni siquiera como ha sido en los últimos años, sino como era cuando nacieron sus hijos. En la semana después. Cuando él se acostaba a su lado y los quería tanto que no podía salir de la cama sin

sentir que una pesada losa le aplastaba el alma.

También podría pensar en todas las veces en las que fue cruel, miserable o mezquino con ella. Fueron muchas. Y ahora, aunque solo han pasado unas semanas, le parecen una locura.

Stanley podría pensar en cualquiera de esas cosas. Pero no lo hace. Las apaga metódicamente en cuanto prenden.

Piensa en el reportaje.

Mopar Horn, hostia puta. Desde que sabe que es él quien sigue suelto, no se lo llevan de allí ni con una grúa. En el periódico le van a arrancar el reportaje de las manos. Hasta tiene el título: El Pequeño Dillinger cabalga de nuevo.

¿De dónde saqué lo del Pequeño Dillinger? Stanley cree que fue porque al tipo le gustaba la idea de que se volvieran a atracar bancos. Decía que al país le vendría bien una inyección de bandolerismo social. Desde luego, Mopar no protestó cuando le puso aquel apodo. ¿A quién iba a molestarle? Lo convirtió en un preso famoso.

El Pequeño Dillinger cabalga de nuevo. Se ganan premios Pulitzer con reportajes así. Te suben el sueldo. La perra mentirosa de tu ex deja de ser una perra mentirosa o se vuelve loca de celos y muere por una sobredosis de Miltown y tres botellas de vino.

—¿Adónde vamos? —pregunta Garrett.

Ahora conduce Stanley porque Garrett está a una pastilla de un ataque de nervios y tiembla de tal manera que parece a punto de atravesar el asiento. Aunque no es solo por la dexedrina. Stanley lo tiene claro como el agua. Ha visto cómo miraba las armas al salir de la prisión.

Stanley también lo nota. Esa mierda de pastillas de la marcha tiene algo y quiere volver a sentir lo mismo. Quiere tener la misma sensación que esos hombres, y que la noche arda. Pensó que escribirlo bastaría, pero no es así y nunca lo ha sido. Es lo mismo que le metió en problemas en Corea. En lo que va de día ha visto fusiles automáticos y subfusiles Thompson, hasta escopetas de trinchera. Solo quiere un arma. Aunque sea una M1911A1 de pacotilla.

Garrett lo mira fijamente, esperando una respuesta.

—Volvemos a casa de los Smith —dice Stanley.

—¿Por qué? ¿Allí por qué?

—Porque es el último sitio donde estuvo Mopar Horn —dice Stanley.

—Claro, pero ya no está.

—Es el último sitio donde estuvo. Del que estemos seguros.

El chico tiene la cara llena de manchas, como si le hubieran azotado con una vara.

—Deberíamos estar con los guardias. Tendríamos que ir con ellos.

—Ya tocaba ir un rato solos —dice Stanley—. Nos vendrá bien ir por nuestra cuenta.

—¿Qué ha pasado antes?

—Creo que lo puedes saber tú solo si le das una vuelta —dice Stanley—. Es algo tan americano como el pastel de cereza.

A Garrett se le escapa un tic. Se encoge como si algo muy peligroso se le hubiera acercado de repente.

—Ahora yo también quiero verlos muertos. Quiero ver cómo los guardias los matan uno a uno. Los mataría yo mismo si pudiera.

—¿Cuándo volviste exactamente?

—Después de Khe Sanh.

—Sé lo que pasó allí —dice Stanley.

—Vete a la mierda —responde Garrett.

—Te dijeron que estabas defendiendo el acre de tierra más importante de toda la guerra. Te contaron esa milonga y creías que era el mundo entero. Al final, después de todo lo que diste por ella, no importaba un bledo.

Garrett no dice nada.

—No concibo delito que yo mismo no hubiera podido cometer, dijo Goethe.

Garrett sigue sin decir nada.

—No quiero que me hables de ello —dice Stanley—. Solo que sepas que no eres el primero. Es lo que he aprendido. Todos los que estuvieron allí hicieron lo mismo al menos una vez. Eso no borra todo lo que hiciste bien.

—Menuda gilipollez —dice Garrett—. No me mientas, eres un miserable cobarde.

—¿Eso te parezco?

—Sí. Te dan miedo los guardias, por eso nos vamos.

—Hostia puta. —Stanley lo dice igual que si hubiera pisado una mierda de perro.

—¿Hostia puta, qué? Es lo que creo.

—Claro que sí, por supuesto que lo crees. ¿Qué te pasa, es que solo piensas en ti? ¿Recuerdas que te dije que no perdieras de vista el reportaje?

—Eso es lo que te digo, que deberíamos estar ahí.

—El reportaje es Mopar Horn.

—¿Y por qué iba a ser él tan importante? No es más que un preso.

—Es el Pequeño Dillinger. Salió en todos los periódicos al oeste del Misisipi. Es un reportaje andante.

Garrett se queda un buen rato callado. Entonces empieza a tiritar, como si tuviera un ataque epiléptico, y se le disuelven la ira y la bravuconería.

—Aquí no pinto nada —dice—. Y no necesito formar parte de esto.

—Claro que sí.

—Vine por el dinero, pero no me hace tanta falta. A nadie.

Stanley estira la mano hacia él tan rápido que Garrett se golpea la cabeza contra la ventanilla al intentar esquivarla. Pero no quería pegarle, tan solo le señala con el dedo a la cara.

—Medicina para tus hijos, joder.

Garrett se lleva las manos a la cara. La barba, el abrigo cruzado azul y el traje naranja son como un estridente amanecer tras la chimenea de una fábrica.

—Para ya.

—No. Y tú tampoco vas a parar, desgraciado.

A Garrett le corren las lágrimas por las mejillas cortadas por el viento, le empapan la barba y los mocos, el bigote.

—Estoy harto, estoy harto de todo esto.

—Lo sé —dice Stanley—. Pero no vas a dejarlo, porque necesitas esas medicinas para tus hijos.

—Mis hijos… —dice Garrett—. Eres un mentiroso. Mis hijos te dan igual.

Otra vez el dedo acusador.

—Cuidado con lo que dices, chico.

Garrett lo aparta de un manotazo.

—Ten cuidado tú. Que te den.

Quiere añadir algo más, pero al principio no puede. Se le llenan los ojos de lágrimas y la barbilla se le arruga igual que una pelota de papel, mientras deja salir las palabras:

—¿Podemos volver? Demos media vuelta, por favor. No puedo continuar.

Se cruzan con una camioneta. Stanley la mira. Y la vuelve a mirar. Luego, lanza un vistazo por el retrovisor.

Da un volantazo y cambia de sentido en mitad de la carretera. Garrett sale disparado contra la ventanilla.

—Ya ganaré dinero como sea —dice Garrett—. Volvamos a Denver.

—En esa camioneta iba el engendro ese —dice Stanley.

—Debe de ser por las anfetas —dice Garrett—. Es como si estuviera hueco por dentro.

—Estaba en casa de los Smith. Dijeron que era el mejor rastreador del pueblo.

—Quiero ver a mis hijos. Por favor, llévame a casa.

Stanley ve las luces traseras en la carretera.

—Todos los que estamos fuera esta noche lo estamos por el mismo motivo —dice.

45

La forajida

Dayton siente el peso de Wayne contra su cuerpo. Va apretado en el asiento de la camioneta entre Jim y ella, que nota cómo bulle desacompasado por dentro, en el ambiente cargado y embriagador de la cabina obra de la mochila llena de marihuana. También se mezcla el olor de Jim. Huele a bosque, a humo y a niño que no es lo bastante concienzudo a la hora de limpiarse el culo. Pero sobre todo es la marihuana.

No le preocupa Jim. Sabe lo de la hierba. Se enteró un día que pasó por la granja, hará un par de años. Sale mucho a caminar. Será porque no le gusta estar metido en casa, y lo entiende. Hasta que murió Ethan, nunca sintió que tenía hogar y a veces aún la despierta sin aire la misma pesadilla, aquella en la que su madre y Ethan siguen vivos, la una en la cama y el otro al final del pasillo. Esas noches no vuelve a conciliar el sueño. Se queda despierta hasta que amanece. La aterroriza ser incapaz de dejarlos muertos.

Fue en la cabaña destartalada que había convertido en un secadero. Estaba cosechando las plantas de marihuana y colgaba las ramas en cuerdas de tender que lo llenaban todo. Hacía calor, las hojas secas se deshacían y toda la caseta era una polvareda. Llevaba la boca y la nariz cubiertas con un pañuelo, pero los ojos enseguida le empezaron a arder. Le caían lagrimones que se mezclaban con los mocos y el polvo de la hierba en el pañuelo, y era como llevar la piel de un mapache recién desollado en la cara.

Hasta que no pudo más. Se arrancó el pañuelo y se limpió la nariz en el dorso del brazo con un resoplido animal.

Y entonces fue también cuando miró hacia la ventana enrejada y vio a Jim a través de una rendija.

Él se sonrojó y se escondió.

Dayton tenía el rifle apoyado en la pared, lo cogió y, al salir, lo encontró frente a la puerta. Seguía con la cara roja y se estrujaba las manos.

Aunque no llegaba a ser alta, tampoco era baja. Pero con Jim delante, se sentía pequeña como una niña.

—No se lo digas a nadie —le dijo.

—No me meto en tus asuntos —le respondió.

Y lo creyó. De lo contrario, habría usado el rifle.

Wayne rezonga hecho un perro rabioso, sube y baja los hombros, y empuja a Dayton por un lado y a Jim por el otro. Jim saca a tientas un frasco del bolsillo y engulle una pastilla.

—Dijiste que me ibas a dar una si venía contigo —dice Wayne.

Jim le da una. El chico se la traga a toda velocidad, como si temiera que fuera a arrepentirse.

—No le sentará mal —dice Jim para sí.

Con Dayton nunca ha hablado del chico. Ella imagina que no tiene mucho que contar. También sabe que espera su opinión (es como un perro al que han pateado tantas veces que se pasa la vida esperando la siguiente patada). Pero no le corresponde a ella ni tiene ningún interés en hacerlo.

—¿Por qué vamos al rancho de Parker? —dice en su lugar.

Sabe quién es Tom Parker. En el pueblo no hay nadie que no lo sepa ni que no sepa dónde vive. Es casi una leyenda. Siendo adolescente, Parker fue en persecución de Pancho Villa con el decimotercer regimiento de Caballería y, al tiempo, fue uno de los que escucharon las llamadas al honor del vehemente Theodore Roosevelt para que los Rough Riders volvieran a la vida durante la Primera Guerra Mundial. El presidente Wilson rechazó la petición de Roosevelt para organizar el regimiento de voluntarios, pero Parker se alistó de todos modos en el segundo de Caballería. En Saint-Mihiel vio con sus propios ojos lo que una ametralladora puede hacerle a un caballo, por mucho honor con que lo montes. La lección se la siguieron dando hasta el bosque de Argonne.

Esa fue la última vez que cabalgó por unos intereses que no fueran los propios. Dicen que se convirtió en uno de los rancheros más ricos de Colorado valiéndose de las habilidades que tanto le había costado ganar a lomos de un caballo para arruinar a tantos miembros de la Asociación de Ganaderos de Wyoming como pudo. Con el tiempo, murió su esposa Clara y vendió prácticamente todas las reses. A estas alturas, no le queda mucho más que recelar del mundo y contar historias de 1918 al negro que trabaja para él en el rancho.

—Sé que es un rancho —dice Dayton—. Tiene todo lo que Mopar podría necesitar, pero está hacia el pueblo. ¿Por qué narices iba a acercarse al pueblo?

—No lo sé —dice Jim.

—Algo tienes que pensar —dice ella—. Por algo estaremos yendo.

—Supongo que es lo que haría yo.

—Eso lo imaginaba. Pero ¿por qué?

—Nadie cuenta con que des media vuelta. —Deja de hablar y se mira las manos. Lo está sopesando—. Jugg está enviando a sus hombres tan lejos como podría ir un fugitivo. Se extienden como la tormenta.

Tiene las manos duras como una piedra, con mugre incrustada tan vieja como él.

—Si te alejas del pueblo, acabarás congelado. Tu primo es listo, lo habrá pensado. Seguro que ha buscado un sitio para guarecerse.

—¿Tu primo? —repite Wayne.

Dayton hace como que no lo ha oído. Lo mismo que Jim.

—Pero ¿por qué el rancho de Parker? —dice Dayton—. ¿Por qué ahí?

—Es el rancho más cercano al último sitio donde ha estado y los ranchos tienen armas y gasolina. Además, allí no hay nadie más que Parker y el mozo de cuadra. —Señala adelante con la cabeza—. Está ahí mismo.

Dayton frena la camioneta, los neumáticos hacen ruido contra la nieve. Entorna los ojos, frunce el ceño y lo ve. En un pino hay clavado un letrero que dice «Rancho de Parker». Gira el volante y entra dando tumbos por el camino, entre remolinos de nieve.

Les siguen unas luces.

La cabeza de Jim se hunde en el cuello.

—¿Quién es? —pregunta Dayton.

—Nadie —responde Jim.

—¿Nadie?

—Creo que es Dickie Carr.

—¿Dickie Carr?

—Un guardia —dice Jim y hunde un poco más la cabeza.

Dayton frena la camioneta delante de la casa. Una enorme base de piedra cortada sin cuidado sobre la que descansa una estructura de madera de pino rematada por un tejado apuntado. Un lado está cubierto de una mugre blanca. Mierda de águila. Anidan en los remates.

El otro coche llega traqueteando hasta parar justo detrás del suyo. Pero no es Dickie Carr. Salen dos hombres. Uno es mayor y viste de campo. El otro tiene pinta de hippie y cuesta mirarlo, con un traje cutre de color naranja y abrigo cruzado azul. Esos colores solo se mezclan si no se está bien de la cabeza.

Jim abre la puerta y sale despacio de la camioneta.

—¿Qué hacen aquí? —Se pone los guantes.

—Me llamo Stanley Hartford —dice el mayor—. Este es Garrett Milligan. Somos del Rocky Mountain News.

Extiende la mano, pero Jim no la estrecha.

—Ya sé quiénes son —dice Jim.

Dayton se ha acercado a la caja de la camioneta y tiene las armas. Sostiene el Winchester del 30-30 y les pasa a Jim el Thompson y a Wayne la escopeta.

—No les ha preguntado eso —le dice a Stanley.

Stanley mete las manos en los bolsillos del abrigo. Parece un chaquetón de trabajo como el que te pondrías para ir a las cuadras, pero no da la impresión de haber visto muchas cuadras. A Dayton no le gustan ni la chaqueta ni él.

—Creo que estamos todos aquí por el mismo motivo —dice Stanley —. Buscamos a Horn.

—No les necesitamos —dice Jim—. Pueden irse por donde han venido.

—Imposible —dice Stanley.

Jim apoya el subfusil en el pliegue del codo, como si fuera una escopeta de tiro al plato.

—Podemos echar una mano —dice Stanley.

—¿Para qué? —pregunta Jim.

—Para que salga de esta con vida. ¿No es eso lo que quieren?

—¿Y cómo piensan conseguirlo?

—No lo matarán a tiros con la prensa delante.

—Por ahora les ha dado igual —responde Jim.

—Aun así nos quedaremos.

La puerta de la casa se abre y aparece el viejo Parker con un rifle de repetición del 45-70. Nadie lo tiene de rehén.

—¿Qué demonios hacen en mi propiedad? —dice.

Jim escupe.

—¿Jim? —pregunta Parker. Tiene el bigote largo y canoso, y lleva un chaquetón de lana con chaleco negro y camisa de cuello redondo. Los ojos destellean como dos diminutas llamas gemelas de color azul al final de la nariz aguileña—. ¿Eres Jim Cavey?

Dayton se suena la nariz. Lo último que habría imaginado es que estos dos hombres se conocieran.

—Hola, señor Parker —dice Jim.

—Ya sabes que puedes llamarme Tom —dice Parker—. Adelante, en mi casa siempre eres bienvenido.

Se aparta para invitarlos a pasar.

Dayton entra siguiendo a Jim y los periodistas entran tras ellos sin pedir permiso. El salón es tan grande como la casa de Dayton, y está presidido por una enorme chimenea de piedra. Con los viejos sofás y sillones de cuero, y las cabezas de alce colgadas de la pared, es como estar en Sagamore Hill. Incluso hay una piel de oso de alfombra y colmillos de elefante sobre una estantería de madera de cerezo. Dayton se quita los guantes y el gorro, y los guarda en los bolsillos del chaquetón. No quiere estar sudando cuando vuelvan a salir.

Parker mueve la cabeza hacia Wayne.

—¿Es tu hijo, Jim?

—No —dice Wayne—. Solo se casó con mi madre.

Parker hace como que no lo oye.

—No te había visto desde que encontraste a mi nieto. No sé qué habríamos hecho si no hubieras pasado por aquí.

—Lo habríais encontrado antes o después —dice Jim—. Solo fue suerte.

—No digas sandeces.

Parker deja el 45-70 encima de una enorme mesa redonda. Está claro que es una mesa de comedor, pero se nota que sirve para todo menos para comer. Hay pilas de libros, mapas, cajas de munición y un cenicero de bronce con un puro encendido.

—No será tu padre, pero si tienes algo en esa mollera, deberías fijarte en cómo hace su trabajo —le dice a Wayne—. Podría seguir el rastro de un abejorro en mitad de una ventisca.

—Ahora mismo me siento incapaz —dice Jim—. Estaba convencido de que el hombre que sigue desaparecido estaba aquí.

—¿Un desaparecido?

—Mopar Horn. Es el único preso que no hemos encontrado.

—¿Mopar? —dice Parker—. ¿Mopar estaba con ellos? ¿Y por qué pensabas que estaría aquí?

—Fue una corazonada, supongo. No tenía ningún motivo de verdad.

Stanley lo apunta todo.

—¿Y usted qué demonios hace? —le dice Parker.

—Somos del Rocky Mountain News —dice Stanley—. Estamos escribiendo el reportaje.

—Debería haberles disparado nada más verlos.

—¿Puedo tomar una fotografía? —Garrett ya está moviendo la mano hacia la funda de la cámara.

—¿Ha visto lo que un cartucho del 45-70 puede hacerle a un hombre?

Garrett aparta la mano de la funda.

Parker fija sus ojos azules en Dayton.

—¿Tú eres Dayton Horn?

—Sí.

Sabe lo que va a venir ahora.

—La prima de Mopar.

Ahí lo tiene.

—Exacto —dice—. Y no lo ha llamado Pequeño Dillinger, ni una sola vez.

—Eso me puso furioso. —Parker se pasa la mano por el bigote—. A ese chico, Dillinger nunca le importó un carajo.

—¿Conocía a Mopar?

—Por supuesto —dice Parker—. Dillinger era un soplagaitas con cara de rata. Esas cosas solo se les ocurren a los periodistas. —Y añade

en tono cortante—: Daría lo que fuera por saber lo que hizo el ayudante Rose.

—¿A qué se refiere?

—Un día pillé al ayudante del sheriff en mi camino. Había parado el coche patrulla y estaba al acecho de los que se saltaban el límite de velocidad. Le dije que se marchara de mi propiedad, que no podía estar aquí escondido a la caza de nadie. Al día siguiente, cuando volví a casa encontré una mierda en la puerta. —Parker hace una pausa y mira fijamente a los periodistas—. Fue él. Antes me crucé con él en el pueblo, al salir del supermercado, y me miró con una sonrisa de oreja a oreja. Pensé que no iba a llegar a viejo.

—Stanley es el autor del reportaje del Pequeño Dillinger —dice Garrett—. El de su primo. «Heroico ayudante del sheriff abatido por el Pequeño Dillinger» decía el titular.

Parker y Dayton miran a Stanley.

Llaman a la puerta.

—Será el maldito Denver Post —dice Parker mientas abre.

Dayton no puede ver quién es con la enorme puerta de madera en medio.

—Adelante. —Parker lo dice con delicadeza—. Entra, hace mucho frío.

Extiende la mano y ayuda a entrar a una bonita mujer negra que lleva en brazos a un niño de unos ocho años.

46

El preso

Se han quedado los dos solos en la sala de estar. Charles y Mopar. Y que pierda la vida ahora mismo si sabe cuál de los dos retiene al otro. Quiere salir corriendo de allí a toda leche. Charles emana calor. Y desprecio.

La niña aparece en el rellano.

—¿Puedo coger un vaso de agua?

—Vuelve a subir —le dice Charles—. Sube inmediatamente y espera en tu habitación.

—Tengo sed.

—Hay agua junto a mi cama. Un vaso. Vuelve a subir y bébetela.

—Espera —dice Mopar—. ¿Tenéis una palangana y una pastilla de jabón? ¿Y algún ungüento?

—Trae lo que ha dicho —le dice Charles a la niña—. Hay Neosporin debajo de la pila.

—Coge también un par de calcetines limpios de tu padre —dice Mopar.

—Hazle caso —dice Charles.

La niña desaparece escaleras arriba. Mopar espera a que vuelva sin apartar los ojos de la pared. No pierde de vista a Charles por el rabillo del ojo.

Cuando no consigues dormir piensas en esas cosas. En las que te susurran al oído que eres un idiota por seguir adelante un día más. Que no hay consuelo ni refugio para el dolor y que, aunque los hubiera, eres tan falto que no los mereces. En cosas como las que despide Charles como si fueran humo.

La niña baja las escaleras con una palangana llena de agua. La deja a los pies de Mopar y saca de los bolsillos una pastilla de jabón envuelta en una toalla, un tubo de Neosporin y unos calcetines de algodón. Lo deja todo en el suelo.

—Ve arriba —le dice Charles.

A Mopar le molesta que Charles no quiera que esté cerca de él. Que crea que se follaría a una niña. Y encima negra.

Casi le da risa. El cansancio lo vuelve aún más tonto. Hasta ahora no sabía lo que es estar cansado de verdad. Saca el jabón, lo echa en el agua y humedece la toalla.

—Hiciste bien en dejar que se fuera el chico —dice Charles.

—Eso ya se verá. —Mopar enjabona la toalla.

—Quizá en algún momento tengas que pensar en todas las cosas que has hecho. Esta estará entre las buenas.

—Tengo la sensación de que es el mayor disparate de mi vida.

Mopar acerca el paño al pie derecho. Cuenta hasta tres. Cuenta hasta tres y lo pone encima.

—Tenía que ir al hospital —dice Charles—. No habría aguantado hasta mañana.

—Hay que joderse —dice Mopar. La toalla le duele más de lo que había imaginado. Tiene que coger aire y soltarlo despacio. Le da igual parecer un zote—. Entonces, ¿por qué cojones decías todo el rato que no pasaba nada?

—Somos corderos esperando en un campo a que el carnicero decida cuál es el siguiente. —Charles apoya la barbilla en los nudillos —. ¿Qué otra cosa iba a decir?

—Yo no soy ningún carnicero.

Mopar se lleva el paño al otro pie. Es todavía peor. Se marea y tiene que quitárselo antes de terminar. Se queda derrumbado con la toalla en la mano.

—No tengo intención de matar a nadie.

—No, señor —dice Charles—. No hablaba de ti.

Mopar mete los pies en el agua.

—No parecías preocupado ni un pelo. —Es la sensación más agradable de toda su vida. Casi se le cierran los ojos—. Estaba llorando a moco tendido y se habría dicho que a ti no te importaba.

—Un padre no puede decirles a sus hijos todo lo que les espera. Si lo hiciera, no sobrevivirían.

—Pues fuiste muy convincente, te arriesgaste mucho a que no los dejara marchar.

—Hace mucho aprendí que no hay que discutir con alguien que te apunta con un arma. Además, ya te dije que conocí a tu padre.

—A la mierda mi padre. —Mopar suspira. Nunca pensó que no tener dolor en los pies podría ser lo mejor que le pasara en la vida—. Ya estoy harto de oír hablar de mi padre.

Charles extiende la mano derecha con la palma hacia abajo.

—No levantes la voz. La niña sigue en el piso de arriba.

—Joder, tengo que largarme de aquí —dice Mopar—. ¿En qué cojones estaría pensando?

Se oyen golpes en la puerta. Mopar se levanta. Derrama algo de agua. Apunta a Charles con el revólver.

—No se te ocurra decir nada.

—¿Quién es? —dice Charles hacia el pasillo.

—Tom Parker —responde una voz al otro lado de la puerta—. ¿Va todo bien, Charles?

—De maravilla —dice Charles—. ¿Cómo le fue a Mary Lou?

—Está en el hospital —dice Parker—. El mozo la acercó en coche. ¿Puedo pasar?

—Sí, señor —dice Charles—. Claro que puedes.

Mopar saca los pies de la palangana y pone la boca del 38 contra el fornido cuello de Charles. Ni se inmuta.

—Aunque en tu lugar no lo haría. Lo del chico debe de ser contagioso, y yo tampoco me encuentro bien. Lo mejor será que te quedes donde estás, Dios sabrá lo que hay en esta casa.

—Claro, solo quería pasar un minuto para entrar en calor.

—Creo que tengo fiebre —dice Charles—. No me gustaría que enfermes, Tom.

—Mary Lou está preocupada por la niña —dice Parker—. No quiere que le ocurra lo mismo que al chico y no estar aquí para cuidar de ella.

—Creo que está bien, Tom —dice Charles—. No tiene ningún síntoma.

—Bueno, eso puede cambiar de un momento para el otro —dice Parker—. Así es la gripe. A los que peinamos canas nos respeta, pero puede matar a los pequeños.

—Estamos bien, Tom. Te doy mi palabra.

—Nunca se tiene cuidado de más con los niños. ¿Qué tal si la llevo con su madre? A Mary Lou le vendrá bien la ayuda. La puedo llevar en coche y, si también se pone enferma, ya estará en el hospital.

Mopar empuja con fuerza el cañón contra el cuello de Charles.

—¿Estás ahí, Charles? —pregunta Parker.

—Sí, señor. Estoy pensando.

—No hay mucho que pensar. Mary Lou quiere ver a su hija y he venido para llevarla al hospital. ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, señor. Todo bien. Creo que acaba de quedarse dormida. Ha pasado la noche en vela por lo de su hermano. No quiero despertarla, le vendrá bien descansar.

—Me encuentro bien, papá. —Ya ha bajado las escaleras y lleva el abrigo puesto.

Mopar tiene que contenerse para no vaciarles el cargador del 38 y luego seguir con la escopeta. Para no dejarlos pegados a las paredes hechos engrudo.

—Hola, nena —dice Charles—. Tom y yo estábamos hablando de ti. Le preocupa que estés enferma, pero ya le he dicho que está todo bien.

La niña no cambia el gesto, solo la barbilla se estremece levemente, como un charco con un ligero temblor de tierra.

—Me duele la cabeza.

—¿La cabeza? —pregunta Charles.

El pequeño mentón se balancea arriba y abajo.

—Por eso estaba despierta. No me deja dormir.

—¿Al chico también le dolía la cabeza? —dice Parker al otro lado de la puerta.

—Así empezó —responde la niña.

—Entonces, decidido —dice Parker—. Lo mejor será que te lleve al hospital.

Mopar levanta la vista hacia el techo y oye cómo la niña besa a su padre, recorre el pasillo y abre y cierra la puerta.

En esta vida estamos todos sentenciados. Aquí no se salva nadie.

47

El rastreador

Están esperando en el camino, muy cerca de la casa de los Coleman. Se han escondido todos entre unos álamos. Sin apenas luz, la corteza blanca como el papel está veteada de negro. Jim, Wayne, Dayton y los dos periodistas. La nieve cruza en remolinos el camino, atraviesa el patio y se amontona contra la casa. Por detrás de ella, Jim distingue la silueta de Dos Tortugas Mountain.

La montaña.

El Viejo le contaba que cuando Colorado era un territorio, la llamaban «la condenada» sin más. El nombre de Dos Tortugas se la pusieron por el primer hombre que escapó de la prisión, un cuatrero mexicano. Logró subir a la montaña y no lo capturaron hasta que no bajó él mismo a entregarse semanas después. Estaba abrasado por el sol, muerto de hambre y medio loco, y no paraba de repetir «dos tortugas, dos tortugas». No volvió a hablar hasta que no pasó una semana en enfermería. Entonces explicó que eso era lo único que había conseguido comer en todo ese tiempo.

Que ahí arriba no había más que tortugas.

Jim está harto de esa endiablada montaña. Y también de las casas. Se vuelve hacia el álamo, mete la mano en la nieve y coge una bola. La sostiene, la compacta, se la lleva la boca y sorbe el agua. Tiene la cara levantada hacia donde debería estar la luna. Pero no hay nada. Ni siquiera una luz apelmazada tras las nubes.

Es por las nubes que están en medio, se dice. Recuérdalo. Si se van las nubes, todo seguirá en su sitio. La luna, Perseo encima y Orión debajo. Siguen todas brillando en lo alto, como siempre. Vale la pena recordarlo.

A menos que no sea así.

A menos que todas las estrellas se extinguieran hace ya un millar de años y que esta noche haya dejado de llegar su luz.

Puede que mañana despiertes y que Orión haya perdido el cinturón. Que siempre haya estado no tendrá ninguna importancia el día en el que deje de estarlo. Y ese día llegará. Ese día es lo único con lo que se puede contar, más incluso que con que esté ahí.

Jim tira la bola de nieve y se gira hacia la casa de los Coleman. Está harto de esperar. Al escupir, abre un agujero parduzco casi a los pies de Dayton. Ella se limpia la nariz sin hacer ruido y vuelve a guardar el pañuelo en el bolsillo. Jim sabe que está pensando en él. Lo

nota, se da cuenta de cuándo ha decepcionado a alguien. Es lo que mejor se le da, decepcionar a gente.

Pero con Dayton es diferente. No va con ella. Aunque diga una de esas cosas que a todos les parecen sandeces, como que ha visto una liebre silbadora y que le gusta el ruidito que hacen, nunca lo mira como si pensara que es tonto. Lo mismo que Ruby.

Jim tenía la sensación de que Dayton no lo trataba como los demás porque tampoco es como los demás. Que por eso nunca parecía decepcionada. Porque sabía lo que es ser de los que decepcionan a la gente.

Pero no era así. Lo único que pasaba era que hasta ahora no había tenido motivos para la decepción.

Y aún tendrá más en lo que queda de noche.

Tom Parker sale del porche de los Coleman y camina hacia ellos con una niña negra al lado. Jim y los demás salen de los álamos y van al camino. Se reúnen a su alrededor como la nevisca.

—¿Qué pasa? —dice la niña. Está tiritando y ya se le han amoratado los labios—. ¿Dónde está mamá?

—El mozo la ha llevado al hospital —dice Parker—. Está con tu hermano.

—¿Y mi hermano está bien?

—Lo están curando. Puedes llamarlo cuando estemos en casa.

—Hay un hombre en casa —dice la niña. Tirita de tal manera que le tiembla el abrigo—. Está con papá, y va armado.

—Ya lo sabemos —dice Parker—. Lo sabemos todo, por eso hemos venido a buscarte.

Desdobla una manta de Hudson Bay y se la echa por los hombros.

—No puede quedarse ahí —dice la niña.

—A tu padre no le pasará nada —dice Parker—. En todo caso, por quien hay que preocuparse es por el chico.

—¿Por mi hermano?

—Por el preso —dice Parker—. Una vez discutí con tu padre, después de que Clara muriera. Apuesto a que fue una conversación muy parecida a la que están teniendo ahí dentro. Tu padre se lo estará pasando en grande y ese chico tiene todas las de perder.

—Quizá va siendo hora de dejarnos de chácharas, Tom —dice Dayton.

La niña llora.

Tom Parker la levanta y la coge en brazos.

Dayton se retira y vuelve con Jim.

—Creo que podría convencerlo para que salga —le dice.

Jim piensa en Pearl Greene, en la esposa del superintendente Bowman y en la novia de Billy Hughes. Y también en Billy Hughes,

con los boquetes del 45 en la cara. Por lo que ha visto, los presos no se dejan convencer.

—Primero pondremos a la niña a salvo —dice—. Ese era el trato.

—Tú y yo podemos quedarnos. Solo tú y yo. Parker puede llevarla a casa.

—No voy a dejar a Parker solo.

—No estará solo. Que lo acompañen Wayne y los periodistas.

—Los periodistas son lo mismo que nada —dice Jim.

—Estaría Wayne.

Justo cuando miran a Wayne su cuerpo se estremece como una cascabel que desapareciera serpenteando y pone los ojos en blanco.

—No deberías haberle dado esa pastilla —dice Dayton.

—Llevaremos a la niña a casa de Parker, la pondremos a salvo y luego volveremos aquí tú y yo a por tu primo —dice Jim.

Dayton se adelanta para caminar al paso de Tom y la niña.

Jim no sabe qué le ha hecho a Wayne para que el chico lo odie de esa manera, aunque imagina que no tuvo que hacer nada para conseguirlo.

Tampoco sabe quién es el padre. Por lo que ha oído, tenía algo que ver con libros. Los escribía, los vendía o enseñaba sobre ellos. Jim sabe que fumaba en pipa porque Judith le preguntó un día por qué no tenía una en lugar del mugriento tabaco de mascar. Ruby no habla de él y Jim no le pregunta. Como con todo lo demás.

Jim recuerda la primera vez que vio a Ruby. Al levantarse una mañana, bajó a tomar el desayuno y se la encontró. El Viejo no dijo nada. Estaba sentado en la mesa bebiendo café mientras ella trabajaba en una máquina de coser eléctrica. La ventana del fregadero estaba abierta y unas cortinas recién hechas ondeaban con la brisa del amanecer. A través de la mosquitera, vio a Judith y a Wayne rodando una vieja pelota de béisbol de un lado a otro del porche.

El Viejo murió un año después. Jim nunca creyó la historia que le contaron sobre cómo se conocieron. Según Ruby, leyó un anuncio en el periódico y llamó, pero, que Jim supiera, el Viejo jamás tuvo un periódico entre las manos. Un buen día estaba allí con los niños, eso fue todo en realidad. Se instaló en el barracón y se ocupó de cuidar la casa.

Jim nunca le cayó bien a Wayne. Desde el primer día, ya antes de que el Viejo muriera. Wayne se dedicaba a seguirlo mientras hacía sus tareas y se burlaba de él.

Oye, Jim, ¿sabes lo que significa iletrado? ¿Has leído algún libro, Jim?

Ruby le preparaba a Jim el almuerzo cuando iba a trabajar a los gallineros y Wayne le echaba un puñado de sal para que fuera

incomible. Jim tenía un taburete de ordeñar desde que era niño y tenía la madera desgastada a su medida, Wayne aserró una pata para que se rompiera en cuanto se sentara encima. Otro día le llenó la funda de la almohada con boñiga de vaca. Así siempre.

A Jim no le molestaba tanto como se podría pensar. Había pasado la vida aguantando a otros como Wayne. Un pueblo entero. Por eso siempre lo ha detestado tanto. Lo detestaba de niño y lo detestó todavía más cuando fue lo bastante mayor como para entender cómo funcionaban allí las cosas. Cómo las organizaba el alcaide Jugg. Hay que tener el césped bien cortado, decir sí señor y sí señora, no beber ni maldecir en público. Nada de tonterías hippies, eso dicen en el Yard. Puede que el resto del país vaya directo al abismo, pero nosotros no. No te pases de la raya o Shitkick Johnson y su panda de matones irán a visitarte en mitad de la noche. Y terminarás con las corvas machacadas con porras extensibles.

Muerto el Viejo, Ruby no tardó ni una semana en llevarse a Jim detrás del granero, entre bichos y hedor a estiércol. Y le valió una visita de Shitkick Johnson. Con el tiempo comprendió que Ruby ya debía de saber lo que iba a pasar. Al igual que debía de saber que lo único que pondría fin a las palizas era que se casara con ella y que la instalara con Judith y Wayne en casa del Viejo. Jim nunca se lo reprochó. ¿Qué otra cosa podía hacer con dos hijos y el patrón muerto? Jugg no contrata a mujeres para guardar la prisión.

Con todo, a veces está tan cansado que tiene que parar. Para de trabajar, para de andar, para de hacer lo que esté haciendo. La sangre se le encharca en las venas y se le hinchan los ojos. Cuando le pasa, se sienta en el primer tocón que encuentra y espera contra toda esperanza que este miserable mundo desaparezca para siempre.

Piensa en lo que le diría el Viejo si viera la vida que lleva.

—La hostia… —oye decir a Dayton.

Lo dice por la casa de Parker. Hay hombres por todas partes. El alcaide Jugg, Shitkick Johnson, James Grace, Dickie Carr, el superintendente Bowman, Perry y los perros. Todos.

Jim adelanta a los periodistas para reunirse con Parker y la niña. Los alcanza al mismo tiempo que el alcaide Jugg.

—Mary Lou ha llamado desde el hospital —dice Jugg—. Has sacado a la niña. Buen trabajo, Tom.

—¿Qué hacéis en mi propiedad? —dice Parker.

—Hay un preso fugado —dice Jugg—. En mi pueblo.

—La última vez que lo comprobé, vivía en Estados Unidos —dice Parker.

—Hay un asesino suelto —dice Jugg—. No me vengas con tus monsergas comunistas.

—Fuera de mi propiedad.

Jugg le hace una señal a un guardia.

—Traed a la niña. —Dirige su atención a Jim—: ¿A ti qué te ha pasado en la cabeza?

—Supongo que me resbalé.

—No soy tan tonto como piensas, muchacho.

—Nunca lo he pensado.

—Tienes que explicarme lo que sucedió con Billy Hughes. Y otra cosa, si Horn escapa por tu culpa, lo pasarás mal. Dale una vuelta a lo que eso significa.

—No tengo ninguna intención de dejar que escape.

—Claro que no, por eso vas por ahí con su prima…

El alcaide Jugg da media vuelta y mira hacia sus hombres.

Es como si a Jim le hubieran apaleado las piernas hasta dejarlas hundidas en la tierra. Si algo puede salir mal, lo hará. En esta vida, si tienes alguna oportunidad, se escabullirá antes incluso de que la veas venir. Nota a Dayton pegada a su espalda. Y la decepción saliéndole a oleadas.

48

El preso

—Todo se desmorona a tu alrededor. —Charles tiene el mentón apoyado en el puño y una media sonrisa, como si acabara de comerse el corazón de Mopar por dentro—. Lo sabes.

Mopar está agachado y se embadurna los pies de ungüento, la piel le da punzadas cada vez que la roza. Le cuesta no sentirse como un regalo que le ha caído del cielo a ese malvado negro del demonio.

—Ojalá arrancara el coche —dice Mopar—. No quiero nada más.

—Por querer, podrías querer un M4 Sherman —dice Charles—. O un helicóptero.

—¿No puedes callar un momento? Intento pensar en algo, coño.

—El mundo es un coto de caza —dice Charles, como recitando. Como si hubiera leído un millar de libros y fuera capaz de citarlos de memoria cuando le viene al pelo—. Es así para todos. Los hombres que te están dando caza son cementerios andantes.

—Cierra el pico ya, por favor.

—No te haces idea de las ganas que tienen de volver a matar. No lo puedes ni imaginar.

Mopar se muerde el labio y se pone un calcetín de Charles en el pie derecho, parece de lija. Cuando consigue ponérselo sin romper a llorar, empieza con el pie izquierdo.

—Estás mal de la cabeza.

—Nadie cambia; tal y como nacemos, morimos.

Mopar menea los pies dentro de los calcetines. Le quedan grandes, unos cinco números.

—Tú no eres así por haber nacido negro, es por todos estos libros.

—Los libros… —dice Charles—. Empecé a leer en el Mediterráneo. Los leía en el trabajo, entre aviones. Solo los cerraba para verlos aterrizar. Cuando volvían de los bombardeos.

—Si me lo preguntas, creo que habría sido mejor para todos que te hubieras dedicado a bombardear a gente que a leer libros.

—¿Has visto esas fotografías de pilotos contemplando el horizonte? Aquello no fue como imaginas.

—Tío, me importa un pijo.

—Era un gozo. Un auténtico gozo, porque nadie te impedía matar a quien te viniera en gana. No solo eso, sino que quien lo hacía subía directo a lo más alto. ¿Por qué crees que bombardeamos dos ciudades? ¿Para qué íbamos a bombardear Nagasaki e Hiroshima?

Porque una no era suficiente. Nunca es suficiente.

—Si te callas de una vez, te pago lo que quieras. Atracaré un banco y te haré llegar cien mil dólares a cambio de cinco minutos de tranquilidad.

—No, señor. Solo hay una forma de conseguir tranquilidad. Y la tienes aquí mismo, al alcance de la mano.

—¿Qué quieres decir? ¿Que te pegue un tiro entre ceja y ceja?

Charles se recuesta en la silla, tiene la cabeza incandescente.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Vete a la mierda, negro.

—Solo una pregunta.

—Que os den a ti, a tus preguntas y a toda esa maldad que tienes dentro.

—Tengo curiosidad —dice Charles—. Te veía en el desguace. Siempre que iba a por piezas, estabas trabajando en esa camioneta. ¿Conseguiste que arrancara?

—No, nunca arrancó.

—Nunca he visto a nadie que se esforzara tanto por arreglar una camioneta. Ni a nadie que pusiera tanto empeño en largarse de este pueblo. Estuviste años con ella.

—Así es.

—Detestas este pueblo. No hay más que verte. Pero, aunque dedicaste cada día de tu vida a marcharte de aquí, no lo conseguiste. Después te encerraron en el corazón mismo del pueblo del que siempre quisiste huir. Eres el muchacho con más ganas de ver mundo que he conocido y nunca te has alejado más de unos kilómetros de donde naciste. Es una ironía del destino, aunque imagino que ya lo sabrás.

—No sé de qué me hablas.

—Sí, señor, claro que sí. Pero verás, hay algo de lo que todavía no te has dado cuenta. Te van a atrapar con vida y te van a devolver a la cárcel. Es lo más sencillo que hay, y tú te lo has perdido. Tienes al alcance de la mano tu única oportunidad de ser libre.

—Ya vale, ya vale, ya vale. Deja de hablar, por favor.

—La vida es así —dice Charles—. Yo no la he inventado, ni siquiera di mi opinión. Pero ¿sabes qué es peor aún? Te meterán otra vez dentro habiendo estado a solo una pieza de coche de la libertad. Pensarás en esto hasta que no te quepa otra cosa en la cabeza. Hasta que todo te consuma, incluso las cosas que antes te parecían soportables.

—Solo necesito un motor de arranque, mierda.

—Y no es lo peor. Lo que necesitabas en realidad no era ese repuesto, sino las agallas para poner punto y final. —Charles señala hacia el arma que sostiene Mopar—. Todo lo que necesitabas estaba

en tu mano.

—Un arranque, joder. No necesito nada más.

—Para entonces, será tarde. Te habrán metido en Little Siberia y pasarás ahí el resto de tus días. Lo único que te garantizarán será que vivirás para cumplir tu sentencia. Puede que te den palizas todos los días, pero se asegurarán de que aquello no termine por la vía fácil.

Mopar se golpea la frente con el cañón del revólver. Otra vez.

Una idea va cobrando cuerpo.

—Eres un hijo de puta —dice Mopar.

Esta vez Charles no sonríe. Ni siquiera hace una mueca. No le hace falta. A Mopar lo mira una cara negra y serena, con el mentón apoyado otra vez en los nudillos. Y se limita a observarlo.

Llaman a la puerta.

El aire de la sala de estar se vuelve ralo y a Mopar se le escapa el aire de los pulmones. En un suspiro largo. De esos que suenan a último aliento.

—¿Estás en casa, Charles? Soy otra vez Tom Parker.

—Sí, señor. —Charles mira fijamente a Mopar.

—Están todos en el hospital y quieren verte —dice Parker—. Les gustaría mucho que fueras. Puedo acercarte y que te vea un médico para comprobar que no estás enfermo tú también.

A Mopar le cae agua de los ojos. Lo nota. No son lágrimas exactamente, pero tampoco se diferencian mucho de las lágrimas.

—No hace falta que sigas disimulando, Tom —le dice Charles a Parker—. Creo que ya lo sabe todo.

—Eres escoria. Al coche no le pasa nada —sigue diciendo Mopar.

—Monté el motor de arranque esta mañana. Va como la seda —dice Charles y luego añade hacia la puerta—: ¿Cuántos hombres van contigo?

Silencio. A Mopar se le hace eterno esperar la respuesta.

—Todos —dice Parker.

—Todos. —Charles se da un palmetazo en las rodillas y se levanta —. En tal caso…

—Siéntate, sanguijuela —dice Mopar—. Sienta ese trasero negro en la silla.

—No, señor. Creo que no.

—Te pegaré un tiro.

Charles va hacia el perchero y coge el abrigo.

—¿Por qué? —pregunta Mopar—. Solo tenías que dejar que me llevara el coche, joder. Después habríais llevado al chico al hospital y no habría pasado nada. El coche ni siquiera es tuyo. ¿Tanto quieres a Jugg?

—Suéltalo, Horn —dice Parker—. Deja que se marche y luego sal con las manos en alto. Te llevaré con Jugg yo en persona. Aquí hay

gente que quiere que salgas de esta con vida. Soy uno de ellos.

Charles saca los guantes del bolsillo del abrigo y empieza a ponérselos.

—Odio a Jugg —le dice a Mopar—. Odio este pueblo y odio la prisión. Todavía más que tú.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué demonios lo has hecho?

—Eres como tu padre. Es lo único que puedo decirte.

—De acuerdo —dice Mopar—. No respondas, que te den.

En la cabeza de Charles se podría encender un pitillo.

—Te presentaste en mi casa y trajiste al pueblo entero pegado al culo. Me has metido la prisión en casa.

—Actúas como si hubiera tenido elección. Solo intento seguir vivo.

—¿Y quién no?

—¡Que te sientes de una puta vez o te vuelo la tapa de los sesos!

—No, señor. No lo harás.

Charles cruza el recibidor y sale por la puerta.

49

La forajida

La nieve se amontona en las paredes que quedan de cara al viento, con lo que la silueta borrosa de la casa de los Coleman apenas es ya la de una casa, el bosque se extiende confundido con las sombras. Dayton espera frente a la puerta con unos cuantos guardias, pero los demás están repartidos alrededor o amontonados en la puerta de atrás. Están todos hechos un manojo de nervios. Y todos lo están pasando en grande. Se pasan botellas y sofocan la risa en la manga. Dayton abre y cierra los puños compulsivamente.

Si Mopar tiene alguna oportunidad, ella no la ve. Mira hacia Jim, pero no puede hacer nada. Aunque el alcaide Jugg amenazó con quitarle el subfusil Thompson, al final no lo hizo. Dayton sabe por qué. Si Mopar se las apaña para salir de esa casa, Jugg necesitará a Jim para dar con él.

Dayton también sabe qué le espera a Jim si acribillan a Mopar. Jim le ha dado algunas pinceladas de lo que ha ocurrido esta noche. En cuanto alguien abra fuego contra la casa, tanto Dickie Carr como el superintendente Bowman se disputarán ser el primero en ir a por él. Están impacientes por derramar su sangre, lo nota. No lo matarán porque el alcaide Jugg volverá a necesitarlo antes o después, pero harán que lo prefiera. Ojalá Jim también lo sepa y que sea por eso por lo que no suelta el arma.

A ella no le gusta que se deje tratar así. Siempre ha sido igual, desde el colegio. Recuerda que de niña cogía piedras y se las tiraba con los demás críos. También recuerda lo que le contaron de mayor. Se rumoreaba que el padre de Jim quiso que su madre abortara para salvarle la vida, pero que Pearl Greene falló y solo consiguió fastidiarle la cabeza al niño. Que después de aquello su padre no soportaba tenerlo cerca y que casi todas las noches le hacía dormir en el gallinero.

Dayton aprieta los puños y cierra los ojos. Cuando los abre de nuevo, ve a Wayne. Tiembla como si se le fueran a desencajar los huesos.

El chico ve que lo mira preocupada y hace una mueca nerviosa.

—Es p-p-p-por esa asquerosa p-p-p-pastilla. Creo que se está p-p-p-pasando el efecto.

Jim sujeta el subfusil bajo el brazo, saca una dexedrina y se la da a Wayne.

—Toma.

Wayne se traga la pastilla. El aire se caldea alrededor y se le suelta la nieve que lleva en los hombros.

—Se le van a derretir los sesos —dice Dayton. Lo dice delante de Wayne, que no da la impresión de darse cuenta.

—No le hará nada —dice Jim. Es por cosas así por las que parece tonto de remate.

Dayton no responde. También a ella le gustaría que el pequeño gilipollas se desintegrara, pero sabe que a Jim se le da fatal lo de vengarse. Nunca ha visto a nadie sentirse peor que él cuando lo ha intentado, por mucho daño que le hayan hecho.

Si hubiéramos encontrado a Mopar antes que el alcaide Jugg, ¿qué habría pasado? ¿Jim lo habría ayudado a escapar? No lo tiene claro. En el mundo de Jim, cada cual carga con su conciencia. Es por eso por lo que no deja a su mujer, aunque sea como es. En el mundo de Jim, los hombres cumplen.

¿Qué pensará de alguien como Mopar?

¿O de mí?

El bosque escupe hombres por todas partes. Corretean de un lado a otro, brotan entre los árboles. El alcaide Jugg va al frente y hace señas a los reporteros para que lo sigan. Dayton se une a Jim, Tom Parker y Charles Coleman.

—¿Quién tiene el mapa? —dice el alcaide Jugg.

—Yo. —Dickie Carr sale del grupo y se lo entrega.

—Acercaos.

El alcaide Jugg despliega el mapa. Lo examina con detenimiento y hace una seña al reportero de la cámara para que le tome una fotografía. En cuanto está lista, le devuelve el plano a Carr.

—Vamos a hablar con él —dice, y uno de sus hombres le pasa un megáfono eléctrico con el sello de la Armada.

—HORN —dice Jugg a la boca del megáfono—. MOPAR HORN. AL HABLA EL ALCAIDE JUGG. ESTÁS RODEADO, HIJO. SI SALES POR LA PUERTA EN SON DE PAZ, NO TE HAREMOS DAÑO.

Baja el megáfono y espera.

Nadie responde.

—Llevamos dinamita en la camioneta —dice Dickie Carr—. Y gas lacrimógeno. Podemos arreglar este asunto como hicieron en el cuarenta y nueve.

—No, señor —dice Charles Coleman—. En el cuarenta y nueve lo usaron en la prisión. Esto de aquí es mi casa.

El alcaide Jugg levanta el megáfono para volver a hablar. Pero lo baja:

—Cuando hay una fuga, todos compartimos la carga, hijo —le dice a Charles—. Todos hemos tenido que hacer sacrificios. No lo olvides.

Charles pone los ojos en blanco, como si le encogieran en las cuencas para no ver tan tremenda locura.

—No puedes hacer saltar por los aires la casa de nadie —dice Parker, con el bigote ondeando en la ventisca.

—Ya te he dicho que no me vengas con monsergas de comunista —le dice el alcaide Jugg.

—Decir que no puedes volar la casa de nadie no es de comunista —dice Parker—. De hecho, se supone que eso es lo que nos diferencia de ellos: no puedes hacer lo que te venga en gana con la propiedad de otra persona.

—Allí dentro hay un asesino —dice el alcaide Jugg—. Asesino y violador.

—¿A quién ha violado Mopar Horn?

La cara del alcaide Jugg se desinfla hasta quedarse seca y arrugada como una judía blanca.

—Lo importante no es a quién ha violado o dejado de violar Mopar Horn.

A Parker se le sacude el bigote.

—¿Qué es lo importante entonces? ¿Que soy comunista si te llevo la contraria, lo sea o no de verdad?

—Exacto —dice Jugg—. Y será así mientras yo me encargue de proteger este pueblo. Es el precio por vivir aquí. No agites las aguas, no lo voy a consentir.

—¿Así que puedes llamarme lo que te venga en gana? ¿Cambiar el significado de las palabras a tu antojo?

—Yo no cambio nada —dice Jugg—. Aquí todo el mundo sabe lo que es un comunista. Y oyen a uno en cuanto tú abres la boca.

—La verdad es la primera que muere en una guerra —dice Parker como para sí—. Supongo que lo mismo sucede con las fugas.

—Ya está otra vez. —Jugg cabecea hacia Dickie Carr—. No le quites el ojo de encima. Dispárale si hace lo que no debe.

Parker se dispone a responder, pero Dayton le pone una mano en el hombro.

—Déjelo, Tom —le dice.

—¿Te lo puedes creer? —dice Parker mientras Dayton se lo lleva a un lado.

—En este pueblo me creo cualquier cosa —responde ella.

—¿Cómo diantres se razona con alguien así? Te llama lo que quiere, sin importar lo que signifique.

—No se razona —dice Dayton—. Se le obedece o no, pero no se intenta razonar con él.

—¿Cómo demonios trabajan para él? Por Dios y por el general Jackson. ¿Cómo son capaces?

—Se trabaja para él porque no hay otro trabajo —dice Jim—.

Todos estamos por lo mismo. No es cuestión de gusto.

—Qué vida tan terrible, Jim —dice Parker.

—Si ve otra, me avisa —dice Jim.

Charles Coleman se acerca.

—Gracias por intentarlo, Tom.

—Es una vergüenza en lo que se ha convertido este país —dice Parker.

—No, señor —dice Charles—. Se equivoca.

Parker mira fijamente a Charles con el bigote mustio.

—Lo que oye —dice Charles—. Siempre ha sido igual. Sí, señor.

50

El preso

Mopar oye las palabras del alcaide Jugg. Las oye y nota cómo recorren la casa, haciendo temblar los platos de la alacena y repiquetear los cristales en los marcos de las ventanas. Qué mierda de vida. No vale la pena apostar ni un centavo por un solo instante de ella.

Cuando Charles se marchó, Mopar se ató las botas de prisionero bien ceñidas para que los pies entraran en calor dentro del cuero. Al rato, se levantó, escupió en la dirección por la que había desaparecido Charles y entró en la cocina. Encontró una pieza de pan tierno y algo de mantequilla en la nevera, así que ahora está sentado a la mesa comiendo una rebanada.

Al otro lado de la ventana se ve un claro entre las nubes. De pronto para de nevar. Mopar ve la luz de la luna que atraviesa los cristales y se posa en el suelo desmigajada.

Piensa en su vida. En Molly y en lo que se llega a hacer cuando se desea algo tanto que no se puede desear nada más. Piensa en los hombres que están en prisión y en las cosas que echan de menos. Un trago, un buen trabajo, una esposa, la libertad. Piensa en eso y un poco más en Molly, y entonces el pan se le hace una piedra en la garganta y no puede seguir comiendo. Aparta el plato.

Se puede decir que el amor es esto o lo otro. Se puede decir lo que se quiera. Mopar nunca ha tenido muy claro en qué consiste, pero sabe que estaba entre las cosas que ella tenía por defectos. En aquellas de las que se avergonzaba y en cómo perdía esa vergüenza cuando hacían el amor. Estaba en la forma que tenía de pegar su cuerpo al suyo y de quedarse dormida con el olor a sábanas limpias tendidas al aire. Y en despertar con el sol recorriéndoles el cuerpo. En el cigarrillo y el café en la mesa de la cocina, hablando por hablar. En la bata de flores que cosió y que le marcaba sutilmente la figura.

Solo era un año mayor que él, pero parecían más. Cuando se conocieron, ya había dejado el instituto y llevaba dos años casada. Leía libros. Por lo que él sabía, esas novelas no las había leído nadie más en el pueblo y también leía otros libros que no eran novelas y que, por lo que él imaginaba, no había leído nadie más en todo Colorado. También tenía un cuadernillo. Era especial, lo encargó en el súper. Podía haber pasado el día entero viéndola leer. Encorvada sobre un libro, tomando notas y con el pitillo encendido.

Sin embargo, nunca tuvieron un día entero. Era sencillamente imposible. Siempre llegaba el momento en el que el marido estaba a punto de volver casa. Y, cuando llegaba ese momento, Mopar se iba con la sensación de que le habían echado agua helada por un agujero en mitad del pecho.

Había muchas cosas que Molly sabía que él no iba a hacer. Así de simple. Y había cosas que él sabía, y ella no. Una la descubrió cuando mató a su esposo.

Todas esas cosas que te prometes no volver a hacer. Las piedras en las que no vas a tropezar dos veces. Sin embargo, hay más piedras de las que se pueden contar y solo consiguen evitarlas quienes dedican su vida a andar por terreno firme. Para el resto, la vida consiste en tropezar y volver a levantarse.

Mopar lo aprendió viendo a su padre. Viendo cómo intentaba no beber y también cómo lo conseguía dejar de vez en cuando. Era como si necesitara tanto el alcohol como la costumbre de dejarlo y volver a caer. Cuando bebía, era un zalamero y cuando lo dejaba, se le iba el color. Nunca se puede tener todo.

Al otro lado de la ventana, el cielo está plagado de estrellas, y otra corriente gélida vuelve a recorrer la casa.

Los ojos avellana de Molly y su nariz algo torcida.

Mopar se sienta y espera. No tiene ni idea de lo que va a hacer. Lo único que sabe es que están ahí fuera y que no van a esperar eternamente.

Y, sin darse cuenta ni cerrar siquiera los ojos, se queda dormido como si le hubieran apaleado.

Sueña con Molly. Como siempre.

Sueños deslavazados. Solo un par de minutos.

Y entonces despierta.

Y algo ha cambiado.

Es como si estuviera en un mundo calcado al mundo en el que ha vivido siempre, pero diferente de alguna forma. Como si por primera vez pudiera ver su vida tal y como es. Ante su asombro, se ha desprendido del cuerpo y puede ver la marioneta que es en realidad. Con todos los hilos.

A veces se desea algo tanto que se te parte el corazón. O bien lo consigues, o bien lo haces desaparecer.

Y a ti mismo.

Mopar está de pie con las botas puestas.

Como si fuera el primer hombre que pierde la cabeza por una mujer. Mira que eres gilipollas. Ponte en marcha, bodoque.

Encuentra el 38 y lo mete en el bolsillo. Acto seguido, coge la escopeta. ¿Dónde están las estrellas? Han desaparecido todas.

Quién sabe si alguna vez estuvieron. Quién sabe si no las soñó.

51

El rastreador

La nieve ha arreciado. Ahora cae tan rápido que Jim apenas distingue la casa de los Coleman. Han vuelto al bosquecillo de álamos al otro lado del camino. Él y todos los guardias. Allí está casi todo el pueblo. El alcaide Jugg y varios de sus hombres vigilan puertas y ventanas con unos prismáticos, y dos no sacan la casa de la mira de sus fusiles Remington de cerrojo.

Jim ya ha estado aquí. Acaba de darse cuenta. Aquí traía el Viejo la camioneta cuando no podía repararla él. Charles Coleman no es mal mecánico para ser negro, decía el Viejo. Pocos negros son capaces de aprender mecánica, decía. Según el Viejo, cuando Charles fue a la guerra era un buen muchacho, aunque sin ningún talento en particular. Sin embargo, regresó convertido en un mecánico excelente. Después de la guerra con España, el Viejo no tenía buenas palabras para el ejército, pero reconocía que podía tener cosas buenas para los negros.

Jim saca el tabaco de mascar, abre la navaja y corta un taco.

—Se acabó. —Mete el taco en la boca.

—No vamos a permitirlo, Jim —dice Dayton—. Ni pensarlo.

—No hablo de eso —dice Jim—. Me refiero a la tormenta.

—¿Por qué dices que va a acabar? —dice Wayne.

—Mira el cielo —dice Jim.

Wayne lo mira. Acto seguido, mete las manos en los bolsillos y mira hacia otro lado.

Los ruidos secos de los rifles, los cargadores encajando en su lugar. La manada de Perry se agita de repente en la caja de la camioneta. Los perros ladran y aúllan.

Es imposible que salga de la casa, no tiene ninguna posibilidad. Jugg está dispuesto a arrasarla y volarla por los aires si con eso se asegura de matar a Mopar.

Jim escucha la respiración de Dayton cada vez más pesada. El aire se comprime a su alrededor. No le hace falta mirarla para saber lo que piensa de él.

Pero de pronto le importa un bledo. No le importa nada lo que piense de él. Ni lo que piensen Ruby, Wayne, el alcaide Jugg o el ayudante Bellingham. Le dan todos igual. Entre todos han manejado su vida, es quien es por lo que esperaban de él. Está tan harto que tiene la sensación de disolverse.

Echa a andar. A través de los árboles, hacia la explanada que los separa de la casa donde está Mopar Horn. Sin más, empieza a andar.

Tom Parker le agarra del brazo justo antes de salir de los álamos. Consigue cogerle la manga.

—¿Qué rayos haces?

Jim escupe un pegote de tabaco en la nieve y sacude el brazo para zafarse.

—¿Has perdido la cabeza, hijo? —pregunta Parker.

—¿Quién demonios está ahí? —grita a su espalda el alcaide Jugg —. ¿Qué demonios hace?

No sirve de nada preguntarse qué diría el Viejo si viera la vida que lleva. Nadie puede vivir así. Se terminó.

¿Por qué no echó a Ruby cuando murió el Viejo? No sabe cuántas veces se lo ha preguntado. No le debía nada. ¿Cómo terminó con una mujer que lo desprecia y un muchacho que lo destriparía si pudiera?

Pero esa no es la cuestión. La auténtica pregunta es cómo acabas teniendo una vida que nunca quisiste. Y solo hay una respuesta: nadie tiene la vida que soñaba.

Nadie, excepto el Viejo.

Cuando el Viejo murió, Jim se dejó la piel tratando de salvar la granja, mientras que Ruby no quería más que venderla. Le dio la espalda con todo. Cuando se quedaba de noche a hacer cuentas, entraba en la habitación y le apagaba la luz. Para cuando se dio por vencido y decidió vender, el banco ya se había quedado con todo y sin pagar un céntimo. Tuvo que aceptar un empleo de guardia en Old Lonesome.

Sabe muy bien qué le habría parecido al Viejo. Que la vida no se arrienda por lotes. Que un hombre no hace eso.

Dayton tampoco. Ni siquiera una mujer lo hace.

Pero Jim, sí. De hecho, no hace otra cosa. Es guardia y rastreador en el pueblo del alcaide Jugg. Y, cuando está en casa, está a las órdenes de Ruby. La misma Ruby para la que nunca ha sido lo bastante listo ni fue a la guerra, la misma que vive con estrecheces en una casucha diminuta que apenas puede caldear.

Luego está la pequeña Judith. Puede verla sentada en el porche acristalado que Ruby llama solárium, leyendo un cuento para niños. Ve la luz que cae en su mejilla como el polvo y el cabello rubio que parece flotar al sol.

¿Qué pensará Judith de él cuando sea mayor? ¿Lo mismo que el Viejo? ¿Lo mismo que Dayton?

¿Por qué iba a pensar ella otra cosa?

A Jim le da por pensar que nunca ha visto nevar así al final de una

tormenta. Y, luego, que solo a un imbécil le da por pensar en cosas así en un momento como ese. Le llega por las rodillas. Debe de ser un blanco perfecto. Un gran bulto marrón e imbécil en mitad de un mundo nevado. Si a alguien le diera por disparar, no fallaría ni aun intentándolo.

Pero sigue adelante.

—¡JIM! —Es la voz del alcaide Jugg por el megáfono—. ¡JIM CAVEY!

Jim camina. La explanada que lleva hasta la casa está cubierta de nieve. El viento le quema la cara. Se dobla en esa dirección y nota algo a su lado.

Sabe que es Wayne. Y, cuando siente a otra persona al otro lado, también sabe quién es.

—NO DES NI UN PASO MÁS, HIJO —dice Jugg—. SI SIGUES ADELANTE, ABRIREMOS FUEGO. NO LO AYUDES A ESCAPAR.

A Jim se le doblan las rodillas. Apenas lo sostienen. Confía en que nadie lo note con la nieve. Jugg dice algo más por el megáfono, pero Jim ni siquiera lo oye. Solo ve el campo, la explanada que se abre frente a él. La nieve le azota la cara en vuelo casi horizontal.

Y entonces algo hace un agujero en mitad de su mundo. Nota un golpe sordo en el pecho y en los oídos, y los ojos le dan vueltas. Es como si le hubieran sacado de cuajo todas las vísceras y las hubieran dejado a un metro de distancia.

Jim está tendido con la cara hundida en la nieve.

Esas hienas me han pegado un tiro.

Jim piensa que va a morir. Deja escapar una exhalación, adelantando su muerte.

Pero no le duele. En ningún lado. Levanta la cara, mojada y agrietada por el frío, y ve a Wayne y a Dayton tendidos también. Aplastados como hierba segada a cada lado.

Y entonces hay una nueva explosión.

Jim se tapa los oídos. Caen cosas a su alrededor. Hacen el mismo ruido que la nieve al caer de las ramas, pero es tanto que no puede ser nieve.

Los guardias gritan por detrás, es un caos. Disparos.

Mierda, muévete. No mires atrás. No te vuelvas por nada.

Jim mira atrás.

Dos de las camionetas han dejado de serlo. No son más que montones de metal en llamas con una humareda negra encima. Le llega de golpe el olor a metal quemado. Los guardias corren en todas las direcciones. Corren por correr. Dos se estrellan y caen a la nieve. Otro se da de bruces contra un árbol. Y hay unos cuantos tendidos en el suelo. Aquí y allá, la nieve está manchada del rojo de la sangre y del negro del metal y la lona ardiendo.

Jim se da cuenta entonces de que una es la camioneta de los perros. Lo que ha oído caer a mazacotes es carne de perro. Está lloviendo perro. Y Perry está sentado en la nieve y llora como un bebé. Berreando hasta quedarse ronco.

También ve a Charles Coleman. Está sentado con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en un árbol. Espera. Está rodeado de guardias. Lo apuntan con sus armas y le chillan algo. Jim no lo alcanza a oír entre tantos gritos y lamentos.

De todos modos, Jim sabe lo que ha hecho Charles. La dinamita de las camionetas. Y también sabe por qué lo ha hecho.

Ha salvado su casa de la única forma que podía. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

El tiempo se ha ralentizado. Prácticamente está parado.

Alguien dispara una bengala. Sin motivo. Alguien dispara otra. Todo el mundo deja de hacer lo que está haciendo para verlas surcar el aire. Qué idiotas. Jim se tapa los ojos, presiona con las palmas de las manos para que no pase nada de luz.

Con la dexedrina ves más y más claro, es cierto. Te abre las pupilas. Puedes ver en la oscuridad. Estás más despierto y con todos los sentidos alerta, y es perfecta para cazar hombres de noche. Pero si miras algo brillante, una bengala por ejemplo, te ciega. Es como mirar el sol.

Jim no mira. No separa las palmas de las manos hasta que está seguro de que las bengalas han caído al suelo y se están consumiendo en un montón de nieve. Cuando se descubre, tiene ante él un nuevo guirigay, los hombres se agarran los ojos y se dan golpes en la cabeza. Están todos cegados.

Jim se gira hacia casa de los Coleman. En ese preciso momento, una figura sale corriendo hacia un lado. Se adentra en el bosque y la nieve.

52

El preso

De cabeza al bosque y correr a muerte. Mopar no tiene ni idea de qué ha explotado, pero le da igual. Lo único que se le ocurre es que uno de esos inútiles haya hecho estallar una camioneta. No le extrañaría. Puede que algunos fueran muy aguerridos en Vietnam o Corea, pero aquí no son nada. Bestias con resaca. No hay ni uno que no sea idiota. Para demostrar lo duros que son, solo saben apalear a presos que no pueden devolver los golpes. Mopar siempre tuvo ese mismo problema con los polis, antes incluso de conocer a Molly. Van de duros, pero, hagan lo que te hagan, no puedes ni rechistar.

El bosque. Cae nieve a su alrededor, las nubes son como planchas grises de metal remachadas en el cielo. Los carceleros siguen gritando. Le ha venido bien comer y descansar. Va rápido, se abre paso entre los pinos. Va tan rápido que incluso tiene que frenar el paso. Se recuerda que no debe gastar todas las fuerzas en una sola carrera.

Pero tiene que correr. El viento sopla de espaldas y lo empuja hacia adelante. Cuando se gira para ver si lo están siguiendo, le llena los pulmones y le corta la respiración.

Está bien. Tiene la sensación de que podría correr eternamente.

Entonces siente una punzada en el pie izquierdo. Y vuelve a cojear. De pronto le pica el pecho y tose. La boca le sabe a cobre. Le duele el costado y le duele el hombro. Oye su respiración como si tuviera la cabeza metida en una bolsa de papel. Solo escucha el viento a lo lejos, hecho un eco.

Son estas botas. Ojalá tuviera otra cosa que ponerme. Cualquier cosa con tal de que roce en partes diferentes. Tiene los dos pies en llamas. Peor de lo que estaban antes de limpiarlos y echar ungüento. Cruza un bosquecillo de sauces y llega a un arroyo, el agua está helada y el riachuelo no es más que unos charcos negros que se hunden en la nieve.

Así no aguantaré ni diez minutos. Voy a morir. En esta vida estamos todos sentenciados.

Casi le reconforta la idea de dar media vuelta. Puede que los carceleros le den una paliza de muerte, pero podrá quitarse las botas y lo meterán en un sitio caliente. Ahora mismo, con eso se conforma.

Molly.

Piensa en otra cosa.

Pero Molly.

No, Molly no. Molly es tu destino, pero no te ayudará a seguir en pie.

En cambio, el ayudante Rose sí.

No pretendía matar a Rose, aún se lo dice. Esa alimaña. No tiene muy claro qué pretendía hacer, pero no era matarlo.

Mopar cogió el coche de Molly y salió hacia su casa a toda velocidad por la carretera de las montañas. No habría recorrido más de un par de millas cuando el ayudante Rose apareció a la persecución, quemando rueda y haciendo sonar la sirena.

Mopar pisó a fondo el acelerador, cambió de marcha, puso la directa y exprimió el motor. Lo notaba rugir por debajo. Fue dando volantazos curva tras curva montaña arriba. Hasta que llegaron. Ahí estaba la casa. Mopar pisó el freno, sujetó firme el volante y entró derrapando por el camino de tierra. Alrededor se levantaban nubes de polvo que se quedaba suspendido de la luz cruda y amarilla del sol.

Bajaron los dos del coche al mismo tiempo. Lo único que distinguía Mopar era la silueta de Rose.

—¿Qué tal, encanto? —dijo Rose.

No dijo más, su cara apenas asomaba entre la polvareda. Luego, la nube se fue asentando y Mopar se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué pasaba.

Rose puso la mano sobre la empuñadura de madera del revólver.

—¿Qué haces con el coche de mi mujer?

—Hacerte una visita.

Rose tenía los labios fruncidos. Los despegó en una sonrisa. Sus dientes eran pequeños y afilados como los de un niño.

—Se ha quedado buen día —dijo el ayudante Rose—. Estas tardes son una maravilla. Por cosas así me quedo aquí en lugar de largarme a Denver como hacen todos.

Era un día agradable. El cielo era del color del arrendajo azul. Una sola nube como de gasa se movía delante del sol.

—Me importa tres cojones qué día hace —dijo Mopar.

Rose seguía con la mano en el revólver. Puesta encima, sin más.

—Puedo acercarte al desguace. Vives ahí, ¿verdad?

Mopar nunca había visto tan de cerca al ayudante Rose. Lo que no podía soportar era esa boquilla diminuta. Veía a Molly besándola. Era repugnante. Ninguna mujer podía sentir deseo por una boca así, menos ella. Quiso decir todo lo que le pasaba por la cabeza, pero no pudo:

—No sabes nada de mí.

—Te acercaré a la caravana, y daremos el día por terminado.

Mopar se preguntó cuántas veces tendría que golpear a Rose para

que los dientes se le cayeran garganta adentro.

—El mío acaba de empezar.

—Mira, si quieres, pararé a comprar unas cervezas y pasas un buen rato en la caravana. Bébetelas, disfruta de la tarde. En Corea habría dado cualquier cosa miles de veces por un día así.

—Venía a hablarte de tu mujer —dijo Mopar—. Con eso quiero pasar yo el día.

Rose se rio y le tintineó la boca llena de dientes de niño.

—¡Así que es por eso!

—¿El qué? —Mopar empezó a respirar por la boca. Listo para pelear—. ¿El qué, cucaracha?

—Es por las zorritas que pasaron la noche de juerga, ¿verdad? —La puerta del coche de Rose seguía abierta—. ¿Se ha enterado?

—Si solo llegas hasta ahí, no te la mereces. —Era una respuesta infantil, no le hizo falta terminar de decirlo para darse cuenta.

—Se ha enterado de que estuve con esas marujas. Apuesto a que se lo dijo Alice Parkman. —Rose cabeceó. La mano seguía firme en la empuñadura de madera del revólver—. Está tan enfadada que te ha mandado a ti a paseo. ¿Ahora lo he hecho mejor?

Mopar no apartaba la vista de la boca de Rose. Los dientes eran como los guijarros de un riachuelo cuando están mojados, suaves y brillantes.

—No te lo reprocho, hijo. Tiene un coñito bien apretado.

Mopar se abalanzó sobre él. Rose lo esquivó y Mopar resbaló sobre el camino de tierra. Cayó de espaldas, un golpe seco y duro.

Rose había desenfundado el arma. Tenía los ojos rojos por el polvo y por la risa que no conseguía contener.

—Joder —dijo. Tosió y siguió riendo—. Menudo desgraciado.

Al levantarse, Mopar se sacudió la gravilla de los brazos.

—Desgraciado tú, ponzoña. Es tu mujer.

—No tienes ni idea de cómo es —dijo Rose—. En cambio, yo siempre lo he sabido.

Enseñaba los dientecillos cubiertos de polvo.

—¿Crees que puedes pelear con un poli, hijo? Tendrás suerte si no acabas en Old Lonesome.

El dolor de Mopar era como un bloque negro inamovible con el que chocaban sus pensamientos para acabar desintegrados.

—Déjalo ya —dijo Rose—. Si no paras, voy a dispararte.

Mopar no paró. Abofeteó a Rose con la mano abierta.

—Para ya —insistió Rose con un hilo de voz.

Mopar le atizó en la boca. Acto seguido, cerró el puño y lo golpeó otra vez. Rose retrocedió, tratando de alejarse. Levantó el arma y la sostuvo en alto, como un crucifijo llamado a protegerlo.

Mopar agarró el cañón y le quitó el arma. Rose dio media vuelta y

echó a correr, mientras él también giró el arma. Le disparó al muslo. Las piernas se le doblaron. Rose cayó al suelo agarrándose la herida.

Durante un minuto, Rose se retorció en el camino de tierra sin soltarse el muslo. Después, igual que un pequeño motor que se queda sin combustible, dejó de retorcerse y de agarrarse la pierna, poco a poco, muy despacio. Se quedó quieto en la tierra, como si estuviera haciendo un ángel de nieve y mirando el cielo.

Mopar tardó en entender qué había pasado, no era más que una herida en la pierna. Luego vio la sangre encharcada debajo. Hay arterias por todas partes y un disparo siempre es un disparo.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas a su lado. Metió la mano en el bolsillo de Rose y sacó una cajetilla de Marlboro Reds. Dentro había unas cuantas cerillas. Cogió un pitillo y lo encendió.

—Todo por esa zorra —dijo Rose.

—El golpe que acierta es el único que no ves venir —dijo Mopar y metió la mano en el bolsillo de atrás. Mientras trabajaba en la camioneta, había metido dentro unos alicates.

Con los alicates le fue arrancando los dientes a Rose, uno a uno. Los apiló con cuidado en un montoncito. Lo hizo rápido para terminar antes que muriera.

Seguramente, ese pequeño montón de dientes sea lo peor que ha visto Mopar. Y al ayudante Rose babeando sangre tirado en el suelo. Sin duda, fue lo peor que había hecho nunca. Tan malo que no lo recuerda. A no ser que necesite algo que le dé fuerzas para seguir adelante.

La nieve le abre la cara y los pies le parecen de yeso desmenuzado. Si se curó algo cuando se quitó las botas, a estas alturas no ha servido de nada. Se le están desollando los talones.

Ya puedes pensar en Molly.

Charles tenía razón. Solo hay una forma de estar tranquilo y solo una de conseguirlo. Es cierto. Se diría que sigue susurrándole al oído. Le dice que se ponga la boca del 38 en la sien y que se vuele la tapa de los sesos.

Pero Molly… Queda Molly. Mopar la necesita un poco más. Lo justo para escapar. Se lo debe.

No hay ni rastro de luz en el cielo. Nada. ¿Qué hora es? ¿Cuánto falta para que amanezca? Piensa, bodoque.

53

Los reporteros

Siguen ahí, están todos. Tan confundidos como atemorizados. Stanley ni se molesta en tomar nota. Observa a Charles Coleman encorvado junto al árbol, con las piernas cruzadas. Está rodeado de guardias que lo apuntan con los rifles a la cara. Gritan algo que no consigue entender.

Stanley se acerca y ve al alcaide Jugg atravesar el círculo de guardias. Huele tanto a polvos de talco que da ganas de vomitar.

—¿Esto lo has hecho tú? —le pregunta Jugg a Charles. Alguien gira un foco y un chorro de luz blanca y brillante los alumbra a los dos —. Has lanzado dinamita a la camioneta e hiciste volar por los aires a los perros.

Charles tiene una cabeza negra y enorme como Stanley no ha visto otra. Sonríe como si le preguntaran a un filósofo por el movimiento de los glaciares. Aparta la mirada de Jugg y la dirige a Stanley.

A Stanley se le endereza la espina dorsal como si colgara de una percha y alguien la levantara.

—Tú eres periodista —le dice Charles.

—Del Rocky Mountain News —dice Stanley.

—Los periodistas sois como perros —dice Charles. Un copo de nieve se desliza desde la copa del árbol, aterriza sobre la cúpula de su cabeza y desaparece en un soplo, igual que si hubiera caído en una estufa de hierro forjado—. En cuanto se mueve algo, echáis a ladrar.

—Schopenhauer —dice Stanley—. Pero yo prefiero otra cita. Esa que dice que, si un hombre es cruel con los animales, es escoria.

—Busca a Perry y tráelo aquí —le dice Jugg a Shitkick Johnson.

—Un momento. —Tom Parker se ha acercado al grupo—. Estoy seguro de que no quieres hacerlo, Jugg.

—Te lo advierto, Tom —dice Jugg y hace una seña a Grace con la cabeza—. Llévatelo de aquí.

—Solo un minuto, joder —dice Parker, pero Grace ya lo ha agarrado del brazo. Cuando Parker trata de zafarse, Grace se lo pone a la espalda y le da un puntapié para hacerle perder el equilibrio. Parker cae de rodillas—. ¿Qué demonios haces? ¡Suéltame!

Grace le pisa la pantorrilla derecha y le esposa las manos a la espalda.

—¿Dónde lo llevo?

—Mételo en mi coche —dice Jugg.

—Yo no voy a ninguna parte —dice Parker.

—Cierra esa bocaza.

Grace le quita el sombrero de cowboy y tira de las esposas. Parker gime y, cuando las muñecas le llegan a la altura de los hombros, se endereza como si tiraran de él con una correa.

Al tiempo que Grace se marcha con Tom Parker, Shitkick Johnson regresa con Perry. El ojo tuerto tiene forma de lágrima y la barba de unos días se le ha levantado como si fuera de púas.

—¿Ha sido el negro? —pregunta Perry.

—Sí, este mismo —dice Jugg.

Shitkick Johnson saca una porra extensible del bolsillo y se la da a Perry. Perry se quita el gorro y se lo da a Shitkick.

El alcaide Jugg levanta la voz para que lo oigan todos.

—Muchachos, vamos a centrarnos en el bosque. Buscad el rastro del preso que ha conseguido huir gracias a este negro. El señor Johnson aquí presente le pegará un tiro al que no sea lo bastante diligente a la hora de batir la zona o que deje de rastrear para volverse a mirar al negro. ¿Alguna duda?

Se oye un murmullo con el que todos, que ya están vueltos de espaldas, dan a entender que lo tienen claro.

Entonces empiezan los ruidos. Gemidos y golpes. Stanley ve a Garrett desplomarse como si fuera a derretirse allí mismo. A estas alturas ya está harto de Garrett y de lo que aborrece en la vida. Harto de él, de su esposa granujienta y de los niños achacosos. Stanley nunca ha visto a un pueblo entero derrumbarse así. Esto ya no es un simple reportaje. No se le ocurre nada que pudiera apartarlo de esta historia y, si existe, desde luego no es Garrett.

—Deteneos —grita Jugg.

Stanley se gira. Perry se está volviendo a poner el gorro y Charles está a cuatro patas en la nieve, escupe sangre y la mayor parte de los dientes.

Pero sigue sonriendo. Y Stanley sabe por qué.

Porque van a darles a todos esos bichos rastreros. Por eso.

Sin el engendro del rastreador nadie sabe qué hacer. Tampoco Stanley. Grace y Shitkick se han adentrado en el bosque, en la misma dirección por la que desapareció Mopar. Todos los demás guardias están como un enjambre alrededor de la casa. En el porche, el alcaide Jugg y un guardia con cara de perrito faldero se dedican a poner marcas en el mapa.

Stanley se fija entonces en otro guardia, es bajo y tiene orejas de soplillo y gesto de circunstancias, como si acabara de cagarse en los pantalones y quisiera disimular. Es el único que no se mueve solo por hacer algo.

Stanley se acerca.

—Hola, jefe. —Le tiende la mano—. ¿Cómo va la cosa?

El tipo de las orejas de soplillo lo mira y luego se da la vuelta para comprobar que no se lo dice a otro. Solo entonces le estrecha tímidamente la mano.

—Stanley Hartford, del Rocky Mountain News.

—Peter Perkins —dice el tipo de las orejas de soplillo—. Soy guardia en Old Lonesome.

—Lo sé —dice Stanley—. ¿Qué ocurre, Peter?

—¿A qué se refiere?

Ni cuando lo dice deja de mirar de reojo hacia las montañas.

54

La forajida

Es como si llevaran horas caminando, pero es imposible. Dayton sigue a Wayne, que sigue a Jim, que sigue el rastro de Mopar tan rápido como puede. Dayton observa a Jim. Ve cómo coloca los pies para indicarles dónde pisar sin necesidad de decir nada. Cómo se adelanta y titubea un poco cuando es importante dónde poner el pie. Jim no presume ni de lo que hace mejor que nadie. Tampoco tiene en muy alta estima su talento como rastreador. Una vez hablaron de ello en la cocina. Fue el invierno pasado, casi a las cuatro de la mañana y con otra ventisca. Le encargaron a Jim que buscara un caballo de Richard y Julie, un potro appaloosa llamado Crévecoeur. Lo encontró, pero no a tiempo. Tenía las dos orejas congeladas y tuvieron que cortarlas. Richard y Julie estaban agradecidos de que hubiera salvado al animal pero, por la cara de Jim, él no pensaba lo mismo.

Dayton preparó un café y se sentaron juntos a la mesa de la cocina.

—¿Siempre te llaman a ti?

Tosió en el puño y asintió.

Dayton sujetaba la taza de café en las manos para entrar en calor. Acababa de echar leña al fuego, pero soltaba vaho al respirar.

—¿Por qué crees que lo hacen?

La cara de Jim estaba tan deslustrada como una moneda vieja de cobre olvidada en el fondo de un bolsillo. Cualquier hombre en la faz de la tierra habría entendido lo que trataba de hacer ella, menos él.

—Supongo que tengo fama —dijo. Metió la mano en el bolsillo y sacó el tabaco y la navaja—. Podría hacerlo cualquiera.

Siempre decía lo mismo. Y Dayton sabía que lo creía de verdad. Que no hacía nada que cualquier otra persona pudiera hacer mejor con tan solo proponérselo.

—¿Qué haces exactamente? —preguntó.

Abrió el cuchillo y cortó un trozo de tabaco.

—Para rastrear solo hay que hacer dos cosas. La primera es estar atento. La mayoría de la gente no presta atención a nada, en cambio yo me he pasado la vida atento a los demás.

—¿Y eso por qué?

Nada más preguntarlo, se dio cuenta de que ya conocía la respuesta. Tenía que estar atento para anticiparse a los ataques. Para saber qué chico del pueblo tenía ganas de pelea al salir de clase o qué chica había preparado una gracia para mofarse de él. Se había

acostumbrado a observar cómo se movía la gente, por si iban a por él. Porque siempre lo hacían. Cuando tienes a todo el pueblo en tu contra, a prestar atención no te gana nadie.

—Rastrear no es seguir huellas —le dijo—. Es saber cuál será el siguiente paso. Lees señales, pero la mayoría las intuyes. A la intemperie y con dos direcciones en las que ir, todo el mundo hará lo mismo. A todos nos gusta pensar que somos diferentes, pero no es así. Todos buscaremos un terreno elevado o un sitio donde guarecernos. Todos iremos hacia lo que nos parezca más seguro.

—Pero las personas no somos caballos, Jim. —Dayton se levantó y cogió otra taza para Jim—. ¿Qué hay de los caballos?

—Tienen otra forma de pensar —dijo—. Cuesta un poco más, pero se puede entender igual.

—Entonces, ¿no haces nada más? ¿Solo estás atento?

—Eso es —le respondió—. No veo nada que no vea otra persona.

—¿Qué es lo otro?

Escupió el tabaco en la taza vacía.

—¿Qué?

—Lo segundo —dijo ella—. Dijiste que hay que hacer dos cosas. ¿Cuál es la otra?

A Jim se le nubló el gesto.

—Tienes que ser consciente de lo fácil que es equivocarte.

—Eso es muy parecido a prestar atención —respondió Dayton—. Es prestarse atención a uno mismo.

Jim bebió un buen trago. También sujetaba la taza entre las manos. La miró por encima del café.

Ella tuvo que contenerse para no tirarle la taza a la cara. Sabía que se estaba preguntando por qué era tan amable con él. Se notaba que había vivido siempre con esa misma sensación, sin dejar de preguntarse qué pieza le faltaba a él.

—¿Quién fue el primero en darse cuenta de lo bien que se te daba esto?

—El Viejo lo sabía. Siempre me decía que lo hacía mejor que él. Lo repitió hasta el día de su muerte.

Dayton se acordó de las historias que se contaban sobre la madre de Jim y el gallinero.

—¿El Viejo y tú estabais muy unidos?

—Vivíamos juntos.

—No me refiero a eso —le dijo—. Me refiero a si hablabais mucho.

Volvió a escupir.

—Siempre estábamos juntos.

Lo mismo que Ethan y yo, se dijo Dayton. Pero fue un pensamiento fugaz, de los que no van a ninguna parte.

—¿Y qué hay de los demás? ¿Cuándo lo descubrieron?

Jim se encogió de hombros, como un muñeco oxidado.

—Cuando lo hago, suelo decir tonterías todo el rato —dijo él—. Cosas tan absurdas que nadie en su sano juicio diría.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Cuando rastreo, camino. Y cuando camino, me da igual todo. Solo estoy en marcha. Y me importa un pijo lo que piensen de mí. — Tenía los ojos enrojecidos.

Y Dayton supo que no iba a decirle nada más. Y que ella no podía decir nada para sacarlo de ahí. Unas puñeteras orejas de caballo. Se puso de pie.

—Debería ir a dar de comer a los animales —dijo.

—Claro. —Jim se levantó también y volvió a guardar el tabaco y la navaja en el bolsillo del abrigo—. Debería ponerme en marcha.

55

Los guardias

En realidad, Shitkick Johnson y Grace no siguen el rastro de Mopar. Tan solo se han puesto a andar en la dirección aproximada por la que desapareció. En el transcurso de la noche, Shitkick ha alcanzado algo parecido a la serenidad. Suele pasar la tarde sentado en casa con su madre que se está quedando medio calva. Se dedican a ver Ladrón sin destino con una bandeja de cena precocinada, mientras él se las ve mano a mano con un paquete de doce Coors. Después, cuando acepta que el efecto de la cerveza no basta, va a acostarse a su dormitorio infantil, agarrado al colchón. En todos sus recuerdos hay fuego y humo. Alucinaciones y sudor frío. Y pueden durar toda la noche.

Ahora, sin embargo, no hay nada de eso. Caminando entre pinares y nieve, no hay nada. Con la dexedrina es el puto amo. Ve la realidad a través de una mira de visión nocturna, con un alcance de mil pares.

Entonces Grace empieza a hablar.

—¿Sabes qué me gustaría tener? —dice.

Shitkick no responde. Shitkick no respondería por nada del mundo. Si pudiera, Shitkick le abriría un agujero en la garganta de un puñetazo y le arrancaría las cuerdas vocales. Shitkick le haría lo mismo hasta al último gilipollas que hay sobre la faz de la tierra.

—Un helicóptero —dice Grace—. El padre de todos los helicópteros, un cabronazo tan sexi que te la pone dura como una barra de hierro, con un negrata puesto de artillero y zumbándose el bosque entero. Eso me gustaría.

Arrancarle las cuerdas vocales y sacárselas por el culo.

Pero en ese momento llegan a una zona de sotobosque y a un claro. Ruidos entre las ramas, graznidos y media docena de cuervos salen volando de unos arbustos, se alejan convertidos en destellos morados y verdes.

Allí hay un preso. Bad News. Está sentado junto al cadáver de un ciervo; a su lado tiene un montoncito de carne, coge un pedazo y se lo lleva a la boca. Va descalzo, pero lleva los pies envueltos en jirones de ropa, son unos calzoncillos llenos de mierda. Los mira, y los ojos le tiemblan en las cuencas.

—¿Qué coño estás haciendo? —Shitkick no sabe qué otra cosa puede decir.

—Estaban arrancando trozos de carne y amontonándolos. Los

cuervos. Han hecho una pila aquí mismo. Joder, ¿lo habíais visto alguna vez?

—Los cuervos son muy listos —dice Shitkick—. Lo sabe todo el mundo.

—Nunca había visto cornejas tan listas.

—Es que no son cornejas.

—Desde luego son más listas que tú, que no sabes ni lo que es una corneja. —Bad News vuelve al montón de carne—. Además, que te den. Tú tampoco eres real.

Grace deja escapar una risita de niño. Se tapa la boca para tratar de contenerla, pero le borbotea entre los dedos. Le empiezan a caer lagrimones por las mejillas y esos ni se molesta en disimularlos.

Shitkick no ríe. Se le ha nublado la vista. Cada vez que consigues un minuto de paz viene un hijo de puta y lo echa a perder. Aprieta los dientes y le dice a Bad News:

—Levanta de ahí, cabrón.

—Os podría liar en un papel y fumarme el canuto —dice Bad News —. ¿Es que sois tan lerdos como para pensar que sois reales?

Shitkick da un paso hacia adelante y golpea a Bad News en la nariz. Controla la fuerza lo justo para no romperla.

Bad News aprieta los ojos y se lleva la mano a la cara. Tarda unos segundos en retirarla. Le chorrea sangre por el bigote y su mirada es dinamita. Sonríe entre sangre y lágrimas, y cabecea como intentando alejar una alucinación.

—Gracias —dice.

Shitkick se acuclilla. Planta la culata del fusil automático Browning en la nieve y agarra el cañón para guardar el equilibrio.

—Tengo una pregunta.

—Prometo responderla. —Bad News se pellizca la nariz—. Lo de las gracias iba en serio.

—¿Por qué llevas los pies envueltos en unos calzoncillos cagados? —pregunta Shitkick.

La risita de Grace burbujea de nuevo.

—Por un espíritu de los bosques —dice Bad News.

—Un espíritu de los bosques.

—Mediría unos tres metros. Le salían de la cara unas ramas enormes y esta mierda mohosa le colgaba de la cerviz. Como un puto caballo a lomos de otro caballo. —Bad News agita la mano delante de la cara y sigue su estela—. Chirriaba, sonaba igual que una puerta oxidada, pero tan fuerte que te reventaba los tímpanos. Y cada vez que lo hacía le salía una humareda por la boca. No me avergüenza decir que me cagué encima. En estos mismos pantalones.

—Era un alce.

—¿Qué?

—Un alce. No debería berrear en esta época del año, pero era un alce.

—¿Qué coño es un alce?

—Joder, estás como una regadera —dice Shitkick—. ¿Por qué leches vas descalzo?

—Esa cosa me quitó las botas. Dijo que daban mala suerte.

—Cómo no, tú tenías que ser supersticioso —dice Shitkick.

Bad News mueve la mano en el aire.

—Esta ventisca… Si sabes lo que hay que hacer para sobrevivir con una, podría estar nevando toda la vida. Pero, si no sabes, caes más rápido que una mosca. Con la suerte pasa lo mismo. Es un río en el que nadas o en el que te ahogas.

Shitkick ni siquiera se molesta en tratar de comprenderlo. Tampoco cree que se pueda.

—Todos los demás presos creen que eres gafe. Están convencidos.

—Lo que pasa es que no entienden nada. He intentado decírselo, pero no les entra en la mollera. Soy un genio del esoterismo.

—Lo que eres es una joya —dice Shitkick—. Quítate esos trapos de los pies.

—A mis pies no les pasa nada —dice Bad News—. Están bien como están.

—No era una sugerencia —dice Shitkick—. No puedo llevarte al alcaide Jugg con unos calzoncillos chorreando mierda en los pies.

Cuando echan a andar con Bad News descalzo, las manos esposadas a la espalda, los codos doblados en un ángulo imposible y una soga al cuello a modo de correa, Grace dice:

—Esta noche es casi como estar en la guerra.

—No —dice Shitkick—. Pero servirá hasta que llegue una de verdad.

Tira de la correa que lleva Bad News en la garganta sin más propósito que oírlo toser.

56

El preso

Molly abre la puerta cuando Mopar ni siquiera ha llegado a los escalones del porche. Es como si supiera que estaba ahí. No pone cara de sorpresa. Apenas se inmuta. Se limita a dejar la puerta abierta para que pase, y espera descalza y con una bata que parece que hayan arrastrado por el barro y luego prendido fuego con un soplete.

Mopar no puede moverse. Sus ojos siguen siendo igual de grandes, pero se le han caído los párpados y tiene la nariz aún más torcida. A Mopar algo se le desencaja por dentro y se hunde.

Un gato medio calvo asoma por la bata. Abre la boca de par en par para bostezar, le bufa y vuelve a desaparecer en casa. Basta para sacar a Mopar de su ensoñación. Se limpia la nieve lo mejor que puede y entra.

Molly cierra la puerta a su paso y lo acompaña hasta la cocina. Aún no ha dicho nada. Por pequeña que sea la mesa, es grande para esa cocina. Mopar se sienta como puede en una silla, a presión entre la mesa y la pared.

Molly sirve café de un cazo renegrido que hay sobre el pequeño hornillo Windsor de cuatro quemadores. Le pasa a Mopar una taza y un platillo con filo dorado, y se sienta con los suyos.

Mopar deja la taza en la mesa y empieza a desatarse las botas con todo el cuidado que puede.

—¿Dónde está Peter? —dice.

—Ha salido a buscarte. —Tiene la misma voz. Es lo único que no ha cambiado. Dibuja una sonrisa tan débil y cansada que apenas es una sonrisa. Se la cuelga de la cara como si se pusiera un colorido vestido hecho con sacos de harina, y enseguida se esfuma.

—Sabía que ibas a venir.

—Pues yo no. —Mopar deja la escopeta en el suelo y pone las manos sobre la mesa. Las deja ahí, sin más. Aún no es capaz de quitarse las botas—. No tenía ni idea hasta que he llegado.

—No —le dice ella—. Claro que no.

El gato se frota contra la pierna de Mopar, que se inclina para rascarle la cabeza. En cuanto lo toca, le entran ganas de lavarse las manos.

—Nunca había visto un gato tan feo.

—Mírale los ojos —dice Molly.

Mopar se agacha para mirarlo. Podría ser medio murciélago. Un

ojo empieza a darle vueltas y enseguida le sigue el otro.

—Hay que joderse —dice.

—Está enfermo.

Mopar saca la cabeza de debajo de la mesa.

—¿Cómo se llama?

Molly echa un poco de café en el platillo y lo bebe de ahí. Había olvidado esa manía.

—Mopar —responde.

—No me vengas con rollos.

—Tienes razón. —Otra vez la misma sonrisa cansada—. Es Bad Kitty. Tenía una hermana, se llamaba Good Kitty, pero tenía la misma enfermedad y murió el año pasado. Estoy esperando a que este también se muera. Me da asco.

Mopar se estruja las manos para tratar de borrar el tacto de la piel desnuda del gato.

—¿Por qué no me has visitado nunca? —Le sale solo. Es lo único que no quería decir.

Ella empieza a reír y saca un frasco de pastillas del bolsillo de la bata. Lo abre, coge una y cuando empieza a enroscar la tapa, saca otra y la engulle como la primera.

—¿Sabes cuántas cosas he hecho en la vida sin pensar en las consecuencias?

Es de esas preguntas que conviene ignorar.

—¿Cuántas? —pregunta Mopar.

—Una —le responde—. Una sola.

—¿Fui yo?

—Fuiste tú.

Mopar bebe un buen trago del empalagoso café. Le llega al estómago y hace que algo se levante y empiece a crecerle dentro.

—¿No lo volverías a hacer?

—Claro que no.

Desliza un dedo por el borde de la taza. Después se pone en pie, abre una alacena y saca un paquete de tabaco. Saca un cigarrillo liado con esmero y vuelve con él a la mesa.

—Claro que no lo haría —lo dice mirándolo fijamente, esta vez sin sonreír—. Pero no se puede dar marcha atrás.

Le sube por el pecho. El café o lo que sea.

—Yo lo volvería a hacer. Todo.

Molly enciende el pitillo con una cerilla de cocina y cruza las piernas.

—Claro que sí.

—Perdí más que tú.

Es como si Molly hubiera visto a un millón como él. Tiene la mirada tan aburrida e indolente que Mopar se pregunta si esos ojos no

serán los de un pájaro muerto.

—No lo hiciste por mí.

Y ya está arriba del todo. Coge la cara de Molly y se la pone delante. El antes y el después. La mujer ajada en la que se ha convertido y la chica que fue. La Molly que recuerda era un animalillo terrorífico de melena rubia y ojos avellana. En esa bata raída no queda nada de la Molly que recuerda.

—Lo hice por ti —le dice.

—Vamos, Mopar —responde ella, sin rastro de ternura.

—Vamos, Mopar. Y una mierda. —Aparta la taza y el platillo, coge la escopeta y la pone sobre la mesa—. ¿Por qué con Peter Perkins?

Molly termina el cigarrillo y se frota los ojos con el dorso de la mano con la que lo sujeta.

Algo sucede en el exterior de luz marchita. Todo se hace más claro y enseguida otra vez más oscuro. Como si hubieran abierto y cerrado una puerta.

—No es mucho pedir.

—Se enteró todo el pueblo —dice Molly.

—¿De lo nuestro? Nadie lo sabía, solo mi prima Dayton.

Tira la colilla y la aplasta con el pie descalzo, la deshace dejando un rastro negro en el suelo. Hay docenas de manchas iguales.

—No puedo creer que no lo sepas, Mopar.

—No tengo ni idea de qué coño estás hablando.

Molly frunce los labios y luego se los mordisquea.

—No se puede hacer nada —le dice.

Mopar se está enfadando tanto que está a punto de estallar.

—¿Por qué no me dices de una santa vez de qué coño estás hablando?

—Me dejaste con algo —le dice—. Y me deshice de ello.

Mopar solo tarda un segundo, pero es el segundo más largo de su vida.

—Pearl Greene.

—Pearl Greene para deshacerme de eso. Después, cuando las hemorragias no pararon, fue el St. Leonard. El St. Leonard durante meses.

—El St. Leonard —repite Mopar—. Dayton me lo habría contado.

—Eso es lo que yo perdí —dice Molly—. Aunque, en realidad, no perdí a ese bebé. Hice que me lo sacaran y lo maté. —Sus labios vuelven a ser una delgada línea por encima de los dientes—. Lo maté porque era tuyo.

—Quizá no lo sabe —dice Mopar—. No tiene por qué saberlo todo el pueblo.

Molly se inclina hacia adelante como si fuera a escupirle.

—Eres idiota —le dice.

Mopar se despega las botas de los pies y, luego, los calcetines. El contacto con el aire es un martirio. Nota punzadas y temblores. Por un segundo no puede pensar en nada más. Toda su vida desaparece en un dolor atroz. Tira los calcetines al suelo y se quedan en un gurruño hechas piel de serpiente.

—¿Lo sabían todos? ¿Todo el pueblo? Es imposible.

La desgana ha desaparecido de sus ojos.

—Ella vino a verme a casa cuando salí del hospital. —Estalla en carcajadas—. Qué serio te has puesto.

Vuelve a beber del platillo.

—Si alguien ríe todavía, es porque aún no le han dado las malas noticias —dice Molly, con su voz de recitar.

Es como si el ruido de interferencias hubiera anegado la cocina. Como si estuviera metido en una válvula de radio. Como si hubiera otra realidad de sombras que coexistiera con la suya y él pudiera oírla a costa de un dolor que no cesa. Le va a explotar la cabeza.

—¿Qué coño has dicho?

—Siéntate —le dice ella.

Está de pie. No recuerda que se haya levantado, pero está de pie. Los pies le palpitan y están pegajosos.

—¿Malas noticias? ¿Acabas de compararme con Bad News?

Molly sacude la cabeza tan deprisa que se le borra la cara.

57

La forajida

Se mueven. Siguen a Jim entre abetos hasta lo alto de un barranco con la nieve por las rodillas. Ahora sopla un fuerte vendaval que los golpea de cara y los atraviesa. Jim los guía hasta una collada como si fueran una reata de mulas de carga.

A Dayton no le molesta gran cosa. Es como si todo esto no fuera con ella. Se limita a caminar, sin parpadear y con el Winchester 30-30 colgado del hombro.

Wayne sale de vez en cuando de la modorra para quejarse. «¿No podemos parar un minuto?», «pero ¿ves algo o vas al tuntún?» y «supongo que sabréis que así no lo vamos a coger».

Hasta Dayton se da cuenta de lo poco que respeta a Jim. O quizá no sepa demostrar cuánto lo respeta, porque alguna que otra vez lo sorprende mirando hacia él. Se fija en los ojos de Jim cuando ve algo que merece la pena ver. Se fija en la manera en la que Jim se mueve entre los árboles y la nieve. También sabe que Jim lo nota. Y que tiene la esperanza de que el chico aprenda algo de él.

Siguen caminando. Suben por el cañón con el viento en contra y llegan a un pequeño arroyo medio congelado. Jim rompe el hielo que cubre las piedras con el tacón de la bota antes de dar un paso. Dayton lo sigue pisando esas mismas piedras.

La hostia, necesita parar.

La noche avanza y el cansancio es tan terco que no la abandona y se convierte en desmayo. Empieza a preguntarse si ese cañón no será interminable. La collada se alza por encima como una sombra. Siempre está igual de lejos. El viento silba y aulla. La cara de Wayne es del color del encalado de un retrete y respira como si se estuviera ahogando. Tiene los labios grises y tirita.

Deja de pensar en el cansancio y se centra en Mopar. Sigue caminando como si no pasara nada. Hazlo por él. No lo eches todo a perder por pensar que esto va de ti. Hay veces que es así, pero esta no.

Jim trepa por unas piedras y luego cruza un pinar. Dayton lo sigue tan rápido que no le dan las piernas, tropieza y oye a Wayne por detrás en las rocas.

Por fin están arriba. A través de la collada salen del cañón en un altozano.

Y ya está.

Jim los conduce por una cresta. La hostia, todo esto era el atajo de los caminos que suben a lo alto de Chilblain Canyon. Dayton se daba por perdida en la montaña y en realidad nunca habrán estado a más de doscientos metros de la carretera. Van hacia la parte de atrás de una casita algo apartada del camino.

Entonces lo comprende. Y al comprenderlo se le suelta un trozo, el que queda justo al lado del esternón, que cae rodando al suelo.

Al final, es Molly.

Se gira muy despacio.

Lo ve todo en la cara de Jim. Salpica la nieve con escupitajos de tabaco.

Y a Dayton se le encharca el corazón dentro del pecho en un lodo nauseabundo.

—Podemos seguir caminando —dice.

Pero en ese momento llega Wayne. Recupera el color en cuanto está con ellos.

—Ya tenemos a ese hijo de perra. —Da una palmada—. Aquí está.

En esta vida no hay escapatoria, se dice. La vida está hecha para aprisionarte el corazón hasta que decide aplastarlo.

58

El rastreador

Jim Cavey está delante de la casa, en la nieve. Dayton y Wayne han entrado al porche y Dayton ha llamado a la puerta, pero nadie responde. Como si no fuera ya bastante malo haber dado caza a este hombre, ahora se dispone a entregarlo al alcaide Jugg.

El cielo aún no clarea, pero se atisba el titubeo de las primeras luces. Hay noches como esta en las que parece que nunca va a amanecer, pero al final sale el sol. La luz no se hace esperar eternamente, siempre llega. Algo se mueve en el cielo. Jim lo mira con los ojos entornados. Un ave rapaz. Quizá sea un arrendajo de Steller haciéndose pasar por águila real. Se zambulle en picado sobre una presa y planea luego hacia las alturas.

Es un águila real y ya tiene una presa. Un roedor. El águila lo suelta y lo atrapa, se eleva de nuevo para dejarlo caer otra vez y baja para atraparlo a seis o siete metros del suelo. Lo repetirá una y otra vez hasta que el roedor esté muerto.

A Jim se le revuelve el estómago y de pronto tiene la boca llena. Lo escupe.

Se abre la puerta.

Es Mopar. Está flaco. Tiene la cara demacrada y llena de aristas en sitios raros; los ojos hundidos en el cráneo, criaturas con alma de búho y vida propia. Jim no recordaba que fuera tan bajo. Más bajo y rudo, como si lo hubieran pasado por una amoladora. Está descalzo y es imposible mirarle los pies. Amasijos de carne, pus y sangre.

—Lo siento, Mopar —dice Dayton.

Mopar tiene los ojos enrojecidos. Se echa a un lado y deja la puerta abierta para que pasen.

—Ni pienses en eso —dice con voz de barítono y el toque a hueco de la dexedrina de fondo.

—Hemos venido para sacarte de aquí —dice Dayton—. Has pagado más que suficiente por esta tipa.

—Todo el mundo paga por algo. Nunca se consigue lo que se paga, pero todos pagamos.

Dayton entra con torpeza. Es como si tuviera las piernas demasiado largas para un paso tan pequeño. Wayne la sigue. Jim vacila al oler el café.

—La cocina está al final del pasillo —dice Mopar—. Hay café.

Dayton y Wayne van hacia allí, pero Jim no los sigue. Cierra la

puerta a su espalda y se coloca el Thompson bajo el brazo.

Mopar da un par de pasos hacia la cocina. Se mueve con la carencia desgarbada de un hombre cuya musculatura no encajara del todo con sus huesos. Pero entonces para y se sienta en un banco calzador que hay junto a la puerta.

—Hola, Jim —dice.

—Hola, Mopar.

Mopar señala el fusil.

—Aquí no lo necesitas.

—Nunca se sabe.

—Claro. —Mopar vuelve a tener esa sonrisa—. Pero por mí no te hará falta.

—No. ¿Puedo sentarme contigo?

Mopar se aparta. El banco no es grande, pero él tampoco y hay espacio de sobra.

Jim nota la madera tan resbaladiza como un cristal.

—¿Mataste a su marido?

Mopar se tapa la boca con una mano y bosteza. Cierra los ojos y los vuelve a abrir.

—Imagino que llegarán de un momento a otro.

—A nosotros no nos han seguido —dice Jim—. Atajamos monte a través. Nadie sabe dónde estamos.

—Su maridito de orejas de soplillo, sí. Da igual lo que hayáis hecho para venir, llegarán enseguida.

—¿Te refieres a Peter Perkins?

—Sí.

Jim apoya el subfusil Thompson en la pared.

—¿Por ella mataste al ayudante Rose?

La risa de Mopar suena como si estuviera atada al guardabarros de un camión y la arrastraran por un camino de grava.

—Tiene algo —dice—. Te lo aseguro.

Jim se quita los guantes, los mete en el bolsillo y se desabrocha el abrigo.

—Me dijeron que fue un accidente.

—No lo fue. Fui a matarlo y lo hice.

—¿Y lo que salió en los periódicos? ¿Lo del Pequeño Dillinger y todo lo demás?

—En los periódicos solo largan rollos.

Jim tiene las manos descansando en las piernas. Le gustaría meterlas debajo y calentarse los dedos, pero no va a mostrarle ninguna debilidad.

—Conocí a Rose en el instituto. Era de esos tipos que quieres que acaben mal.

—Todo el mundo dice lo mismo. —Mopar cierra otra vez los ojos

—. Por desgracia, la ley no hace excepciones por mucho que el tipo lo mereciera.

59

La forajida

Dayton abre armarios de la cocina hasta que encuentra las tazas, coge una y se sirve café.

—Imagino que tú también querrás —le dice a Wayne.

—No quiero —dice. Un ruido malsano le suena cerca de la hebilla del cinturón.

—Nada más salir, a la izquierda —dice Dayton.

Wayne la mira perplejo un instante.

Dayton se sienta dándole la espalda.

—Ya había estado aquí —dice y oye sus pasos. Da un sorbo de café. Y ahora, ¿dónde está?

Dayton visitó a Molly una sola vez. Solo una, para preguntarle qué pasó entre los dos.

Molly parecía cansada. Nunca había visto a nadie tan cansado. Parecía una mujer acostumbrada a vivir en la frontera con ninguna parte. Que no dormía ni comía lo suficiente como para mantenerse con vida. Un cansancio así.

Y no tenía ese aspecto a causa de Mopar. Dayton lo sabía. Tampoco por Peter Perkins ni por el ayudante Rose. Era el cansancio de una mujer que se ha pasado la vida entera viendo cómo se desintegra su vida entera. Viendo desvanecerse como la nieve las esperanzas que tuvo un día. Hasta la última. Desvanecerse hasta que no queda nada más que la cosa microscópica que eres. Y solo queda esperar a desvanecerte tú también.

Cuando murió Ethan apenas hubo investigación. El ayudante del sheriff tardó semanas en aparecer por casa. Era bajo y con la nariz como una goma de mascar aplastada en un tomate putrefacto.

Se quitó el sombrero cuando la vio levantarse de la mesa e ir a abrir la puerta mosquitera. Estaba afilando cuchillos y herramientas, y lo tenía todo sobre la mesa junto a la piedra de afilar. También estaban las tijeras con las que podaba la marihuana. Desatrancó la puerta y la sujetó para invitarlo a entrar, sin decir palabra.

El ayudante del sheriff se quedó un par de segundos parado con el sombrero en las manos antes de hacer un gesto con la cabeza y entrar. Inclinó el cuerpo al pasar a su lado. Una vez dentro, siguió con el sombrero entre las manos, esperando a que ella dijera algo.

Lo hizo esperar.

Por fin, carraspeó:

—¿Vive aquí sola? —Se le enrojeció toda la cara hasta la punta de la nariz.

—Me gusta estar tranquila —le respondió. Volvió a sentarse y le hizo un gesto para que la acompañara.

No lo hizo.

—Solo tenemos un par de preguntas —dijo—. Me gustaría hacérselas.

Dayton echó unas gotas de aceite a la piedra.

—Pensé que vendría el sheriff.

—No, señora —le dijo—. No. Tenemos bastante claro lo que sucedió. Solo queremos confirmar unos datos.

Sacó un cuadernillo y un lápiz del bolsillo del pecho.

Dayton cogió un cuchillo de cocina con mango de madera y tocó el filo con el pulgar.

—Adelante.

—De acuerdo. —Abrió el cuadernillo y lamió la punta del lápiz—. De acuerdo. Primera pregunta. ¿Usted bebe?

—¿Se refiere a alcohol?

—Sí, alcohol. ¿Diría que bebe mucho?

—Apenas lo pruebo.

Garabateó algo sobre el papel.

—Dicen que compraba mucho whisky en el pueblo —dijo—. Cantidades ingentes. ¿No era para usted?

Dayton puso la base del filo del cuchillo plana sobre la piedra y la inclinó hasta ponerla en el ángulo del bisel. Cuando empezó a afilar cuchillos marcaba con tinta el bisel de la hoja para ver cuándo se desgastaba, pero a esas alturas ya lo hacía por intuición. Tiró de la hoja hacia ella y la separó de la piedra.

—No era para mí.

Volvió a pasar la hoja por la piedra.

—¿Para Ethan?

—Para Ethan.

Garabateó de nuevo en el cuaderno y se puso a examinar los garabatos como si probara una herramienta nueva que no manejaba del todo bien.

—¿También fumaba?

—Sí, de liar.

—De acuerdo, señora. —Más notas—. ¿Tenía un agujero o dos?

Dayton dejó de afilar el cuchillo.

—El retrete. —Se puso todavía más rojo—. Disculpe.

—Dos agujeros. —Dio la vuelta al cuchillo y empezó a pasar el otro lado por la piedra.

El ayudante del sheriff asintió y también apuntó eso.

—Es lo que imaginó el sheriff. —Cerró el cuaderno y lo guardó en el bolsillo junto al lápiz—. ¿Puedo hacerle otra pregunta? Esta no es para el sheriff.

Dayton limpió la hoja del cuchillo en una camisa tejana de Ethan.

—Adelante.

—Su primo es el Pequeño Dillinger, Mopar Horn, ¿verdad?

—Mopar es primo mío.

—Eso pensaba. —Asintió—. ¿Conocía bien al ayudante Rose?

—No lo conocía de nada —le dijo. Seguía con el mismo cuchillo en la mano.

—Era una joyita. —Y, cuando lo dijo, su cara se puso más roja todavía. No estaba rojo como un tomate, sino como un hacha de bombero—. Un día detuvimos a una chica que iba de camino a San Francisco. La encontré en la gasolinera fumando junto a los surtidores. A medianoche, intentaba sacar dinero para llenar el depósito cuando abrieran por la mañana. Ya sabe a qué me refiero.

—Lo sé —dijo Dayton.

—Tendría dieciséis años. La metí en una celda para que pasara la noche, con la intención de localizar a sus padres por la mañana. Cuando la metí, Rose estaba en su mesa bebiendo un café. Me dio las buenas noches cuando me marché. Dudo que la chica vuelva a escaparse de casa.

—Mopar no lo mató por eso —dijo Dayton.

—Claro que no —dijo el ayudante—. A veces se hacen cosas buenas por motivos que no lo son.

Tocó el bolsillo donde llevaba el cuadernillo, pero no volvió a sacarlo.

—Entonces, ¿estaba durmiendo cuando pasó todo ahí fuera?

—Tengo el sueño profundo y cuando caigo dormida no me despierto —dijo Dayton—. No me enteré de que se había quemado todo hasta la mañana siguiente. Solo se me ocurre que se le cayera un cigarrillo por el otro agujero y que se quedara dormido.

—Lo mismo pensamos nosotros —dijo el ayudante del sheriff.

Podía decirse que era cierto. De hecho, lo de cómo se quemó el retrete lo era. Todo salvo la parte en la que Dayton no se despertaba. Desde que Ethan empezó a tener brotes, no volvió a dormir más de un par de horas seguidas. Nunca sabía qué se iba a encontrar cuando despertara.

Además, el fuego del retrete proyectaba una ventana amarilla en la pared del dormitorio y el humo era asfixiante. Enseguida los sueños se llenaron también de fuego y, al despertar y ver un lado de la cama vacío, no tuvo más que acercarse a la ventana para ver las llamaradas. Una caseta del retrete así de vieja quedó reducida a cenizas en un

abrir y cerrar de ojos.

Si el ayudante se hubiera molestado en hacer su trabajo, habría caído en la cuenta de que aquel verano fue muy seco y hasta podría haber encontrado huellas de pies descalzos en el lado del retrete que daba a la casa, como si alguien se hubiera acercado para verlo arder.

Aunque también podía ser que el ayudante hubiera hecho su trabajo. Escrupulosamente. Eso es lo que pensó Dayton en cuanto se marchó y también imaginó que no podía ser la primera vez que sucedía algo así. Eso significaba que todo el pueblo conocía su vida. La habían visto comprando alcohol y sabían que era todo para ella.

Después de aquello, Dayton no volvió a acercarse al pueblo a menos que fuera imprescindible. Se habría marchado en el acto, pero al morir Ethan la granja pasó a ser suya.

Que se larguen, se dijo. Que se larguen todos. O que se vayan al infierno si quieren. Que hagan lo que les dé la gana, pero yo de aquí no me voy.

Al otro lado de la ventana no hay nada. Nada más que el gris del cielo. Un gris suave que parece flotar como un fantasma. Dayton tamborilea en la mesa.

Algo responde.

Se le agarrota la espalda y deja de respirar.

Siguen los golpecitos. Exactamente igual que si alguien tamborileara en una mesa. Exactamente igual que lo que acaba de hacer ella.

Se levanta y cruza la cocina. Tres pasos. El hornillo, las alacenas y el armario de las escobas junto a la puerta.

Lo abre.

Molly aún parece cansada, pero ya no espera que todo se desvanezca. Su cuerpo está metido a presión en el diminuto armario. Un lado de la cabeza es una papilla de huesos triturados y la masa cerebral está recogida en el puré sanguinolento, como un nido de ratones. Encima del hombro, un gato pelón y de ojos saltones le lame la sangre y golpetea la pared del armario con la cola.

Cuesta apartar la vista de una imagen así. Y Dayton no lo hace.

60

El rastreador

Y quién no merece una muerte peor que la que tiene, eso piensa Jim.

No podría haberse dicho que el Viejo fuera particularmente religioso. Siempre desconfiaba de quien se arrogara el derecho de decir cómo se debe vivir, y eso lo llevaba hasta la cadena alimentaria. Sin embargo, había un dicho religioso que repetía tanto que Jim lo mandó grabar en su lápida. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy.

Al principio Jim no lo entendía. Sobre todo, que el Viejo siempre estuviera hablando de todo el pueblo. Con el tiempo, sin embargo, lo vio claro. El Viejo no le hablaba de Pearl Greene, de Jugg o de quien fuera porque los juzgara. En realidad, no le importaba un bledo ninguno de ellos. Tan solo le contaba a Jim lo que habían hecho porque en cada una de esas historias había algo que aprender sobre el ser humano. Eso es lo más importante para rastrear. Sopesas lo que sabes sobre el hombre al que rastreas con lo que han hecho otros en su misma situación y, a partir de eso, te cuentas la historia de lo que hará.

Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy. El Viejo no estaba siendo religioso, tan solo decía que, si se dan las circunstancias, todos hacemos cosas peores de lo que nos creíamos capaces. Y que todos merecemos más castigo del que podríamos soportar.

Y eso le recuerda a Jim otra cosa del Viejo. Que muchas veces no se subió al coche del alcaide. Antes siempre preguntaba qué había hecho el fugado para acabar en prisión. Y lo sopesaba. Lo sopesaba con lo que sabía de todos los hombres.

Ningún hombre es excepcional, ni en sus debilidades ni en sus crímenes. Pero solo los hombres de una clase hacen lo que les dicen sin importar si está bien o mal. Eso diría el Viejo.

—Se me van a congelar las manos —dice Jim.

—Fuera hace frío. —Mopar sigue con los ojos cerrados.

—Tengo tanto frío en las manos que no podría ni levantar el arma.

Mopar bosteza:

—Menos mal que está a punto de parar.

Jim escupe sin fuerza suficiente y nota el pegote de tabaco que le resbala por el mentón. Lo vuelve a intentar.

—La he apoyado en la pared. Tengo tanto frío y estoy tan cansado

que podrías cogerla y salir de aquí sin problema.

Un largo silencio.

—Gracias por lo que intentas hacer, Jim. Pero no voy a seguir huyendo. No me calzaría otra vez esas botas por nada del mundo.

Jim se frota las piernas. ¿Cómo se lo vas a decir a Dayton?

—¿Tiene teléfono?

—Ni idea. Nunca la he llamado.

Jim asiente.

Mopar sonríe a través de otro bostezo.

—¿Quieres apuntarte el tanto?

—Lo que intento es sacarte de aquí con vida —dice Jim—. Este tanto no me aporta nada.

—Lo de que yo siga con vida o no se resolverá solo, dalo por hecho.

Jim se levanta.

—Vamos a la cocina, allí no hará tanto frío. Podemos ver si funciona el teléfono. Si consigo llamar, todo será más fácil.

—Yo estoy bien. —Mopar se recuesta en la pared—. Esperaré aquí, estoy abrigado.

A Jim se le doblan las piernas. No ha hecho bien en levantarse tan rápido. Tiene que agarrarse del hombro de Mopar para no perder el equilibrio. Ha corrido mucho y mucho tiempo sin apenas reservas, y se les escapan las fuerzas como si fuera un colador. Se le nubla la vista.

—Quizá ella quiera despedirse de ti.

—No quiere.

Jim se suelta.

—Por lo visto, no todo el mundo terminó con la vida que soñaba.

Mopar abre los ojos. Son oscuros. Casi negros.

—He pensado mucho en ti.

—Jamás lo habría imaginado.

—No solo en ti —dice Mopar—. En ti y en los demás guardias.

—¿Cómo?

—Me preguntaba si erais reales, y la mayoría de las veces me parecía imposible. Os tenía por algo inanimado, que se limitaba a existir. Inanimado y frío, como si estuvierais dibujados en un muro de piedra. Así recuerdo también a mi padre.

—Yo también pienso en cosas así —dice Jim—. Procuro no contárselo a nadie.

Lo interrumpe el ruido de una camioneta y se asoma a la ventana:

—Mierda.

Está todo el pueblo. No debe de faltar ni uno solo. Docenas de camionetas y coches están llegando a la casa como un torrente. Los rifles ya apuntan en su dirección.

El diminuto Peter Perkins con orejas de soplillo va el primero. Señala las pisadas que terminan en la puerta principal.

—¿A quién han traído? —Mopar no se mueve.

—A todos.

La cara angulosa de Mopar parece reacomodarse.

—¿Está Peter Perkins?

—Sí.

Mopar se levanta y vuelve a bostezar, pero esta vez es como si tratara de borrarlo todo.

—Bueno, creo que ahora sí voy a coger esa arma.

Jim levanta el Thompson del suelo y se lo entrega.

—Puede que te lo cargues, pero te matarán.

—Chico listo —dice Mopar.

—¿Han llegado? —Wayne se acerca por el pasillo. Lo dice ansioso, está entusiasmado.

Mopar comprueba la palanca del subfusil.

—Maldita cucaracha. —Wayne levanta la escopeta y se dirige a Jim—. ¡Le has dado el arma!

—Vuelve a la cocina —dice Jim.

—Que te den. No sabes nada que yo no sepa —dice Wayne—. Tienen razón en lo que dicen de ti. Todos.

Apunta a Mopar con la escopeta.

Mopar ni le presta atención.

—Es como si hubiera pasado la vida redactando una nota de suicidio —dice—. Cada vez que he conocido a alguien, todas las personas que han estado en mi vida… Pero no se puede hablar de ello. Si se lo dices a una mujer, desaparece. Se lo dices a un hombre y se ríe de ti. Tampoco es de extrañar. Por eso no se lo había contado a nadie hasta ahora.

—Baja el arma —dice Wayne.

Mopar cabecea hacia el chico.

—¿Es tuyo? —le pregunta a Jim.

—No digas gilipolleces —dice Wayne.

—Estupendo. —Mopar le apunta con el cañón del Thompson.

61

El pueblo

Ahí está el cielo. Por encima de la explanada, sofocante, como si acabara de separarse de la oscuridad y hubiera descendido a solo seis metros del suelo. Ha parado de nevar y el sol aún no ha salido, pero ya no hay duda de que lo hará. Imposible de detener, aunque se quisiera hacerlo.

Checkers se sienta en un tocón y nota cómo le palpitan las venas azuladas de los pies. Al menos no piensa en el Smith & Wesson del 38 que tiene en la mesita de noche. Es en lo que piensa casi todas las mañanas a esas horas, cuando despierta y su mujer no está.

Su hija se mudó a San Francisco hace dos años, y uno después la siguió su esposa. Le dijo a Checkers que no las merecía a ninguna de las dos. En eso tiene razón. Hay libros enteros llenos de leyes escritas para evitar que los hombres como Checkers reciban su merecido. Por supuesto, también está la opción de dárselo él mismo.

Aunque probablemente no lo haga. En realidad, la mayoría de las veces Checkers no quiere pegarse un tiro, sino que le digan a su mujer que se ha pegado un tiro.

Tiene una idea muy equivocada de cuál sería su reacción.

Alice Oliver también está. Justo al lado de su marido Murray, en la parte trasera del coche de unos guardias. Cuando le saltó la tapa de los sesos al gigantón negro, los llevaron a las oficinas de la prisión y allí pasaron la noche bebiendo café. El alcaide Jugg no les dejó volver a la granja hasta que capturasen a todos los presos, por miedo a que Mopar decidiera vengarse.

Cuando avisaron de que habían acorralado a Mopar en casa de Molly Perkins, no hubo manera de que Alice estuviera dispuesta a perdérselo. Murray puso reparos, por supuesto. Pero es que Murray pone reparos a todo.

Si Alice lo dejara, Murray se consumiría hasta morir. Desde que les dieron la noticia de que su hijo no iba a volver del extranjero, no ha querido más que desaparecer. Alice es lo único que lo aferra aquí. Y, cuando Alice Oliver se aferra a algo, se queda. Lo quiera o no.

Tom Parker también está en la parte trasera de un coche. El del alcaide Jugg. Pero está esposado a Charles Coleman y los dos juntos, encadenados al suelo. El alcaide Jugg solo los ha traído para que a

Coleman y a Parker les entre bien en la cabeza que no tiene sentido tratar de resistirse. Que el alcaide Jugg siempre consigue lo que quiere.

De todos modos, a Parker no le preocupa. Tiene muchas preocupaciones, pero Jugg no es ninguna de ellas. Le preocupa Jim Cavey, desde luego. También Mopar y Dayton. Le caen bien esos chicos. Y le preocupa su pueblo, que se haya convertido en algo que no tenga vuelta atrás.

Aunque sobre todo le preocupa Charles. Está sentado a su lado, con la cabeza calva llena de regueros de sangre coagulada y los ojos en llamas.

Lo que le preocupa por encima de todas las cosas es que Charles empiece a hablar.

Charles, sin embargo, no diría nada aunque le metieran una pistola por la oreja. Le han dado tal paliza que pierde el conocimiento de vez en cuando y está prácticamente seguro de que se quedado sordo del oído izquierdo, pero lo único que piensa es que le encantaría sonreír.

Después de lo que ha hecho, nadie más le llevará el coche. Incluso puede que tenga que mudarse a Denver con su familia. Y le importa un pepino.

Porque, cuando la gran escena final termine, el pueblo no será un lugar mejor. Están reduciéndolo a cenizas. Quiere sonreír porque tiene que elegir su papel en la comedia.

Jimmy Barnes está detrás de un pino, con la escopeta de dos cañones que guarda detrás de la barra del Yard. Tiene los ojos como dos alfilerazos por la morfina que sigue tomando aunque ya no le haga falta.

Todo el pueblo sabe lo que es, pero nadie le dirá nada. Porque todo el pueblo sabe también que el brazo no es lo único que Jimmy perdió en Corea.

Hay penas que no tienen fondo.

Brent Beesecker acaba de llegar al campo. No tiene ni idea de dónde ha pasado las últimas horas. De vez en cuando veía algo que le llegaba hasta el cerebro y creía reconocer, pero se quedaba mirándolo embobado y al final no lograba recordar qué era. En cada uno de esos párate-y-mira, sacaba un frasco de pastillas de la marcha y se tragaba otra.

Es como si pudiera ver luz en la oscuridad. Con el ojo derecho, eso sí. Está prácticamente convencido de que se ha quedado ciego del izquierdo. A cada rato, lleva la mano a su ojo izquierdo para comprobarlo, pero sus dedos no encuentran nada. Lo único que toca es

un vendaje húmedo y algo blando.

Tiene un miedo atroz de que se le haya caído por el camino y de haberlo perdido en una de las zanjas sepultadas de nieve por las que anduvo después de estrellar el coche.

Y así es.

Ed Horn ha venido con su última adquisición. Un rifle de cerrojo Remington 700 del calibre 30-06. Nada más comprarlo, fue con él a la cantera para probarlo, pero desde entonces ha estado metido en el fondo del armario, detrás de los abrigos. Otra cosa que borró de su mente mientras se dedicaba a beber cerveza y a ver la televisión en su silla.

Ahora está con el rifle al hombro y observa la casa. En una vida llena de decepciones, Mopar es la peor de todas. Ed quiere ser quien le dispare. No sabe muy bien por qué, pero cree que debe ser él quien acabe con el chico. Igual que se hace con los perros.

Tiene una idea de lo que piensan de él. No se le escapó que dejaron de ir a su taller y que le llevaban los coches al negrata de Charles Coleman.

Si dispara él, cambiarán de parecer.

Richard Montgomery observa a Ed Horn. Tiene que contenerse para no dejar escapar una sonrisa. Ed no le acertaría al chico aunque lo tuviera a tres metros. Es un borracho viejo e inútil.

Lo que no tiene tan claro es si Dayton estará en la casa con Mopar. Su mujer le contó que Dayton se acercó a preguntar por la sirena en cuanto se produjo la fuga. No es tonto. Enseguida se dio cuenta de que estaba metida en el ajo.

Hay cosas raras, muy raras y después está Dayton Horn. Un día Richard salió a cabalgar con Crévecoeur, pasó cerca de su casa y se la encontró tomando un baño en una tina de estaño. Richard paró el caballo para mirarla. Es una mujer que parece hecha de ramas rotas, pero Richard no dejó de observarla hasta que salió de la bañera y se secó.

Siente un hormigueo al pensar que podría ser él quien la mate.

El ayudante del alcaide Adam Bellingham está apoyado en un coche, con la mandíbula vendada y un Springfield M1903A3 al hombro. No va a disparar, imposible. Con este dolor de cabeza se le rompería el cráneo como una cáscara de huevo, aunque se llenara los oídos de algodón.

Pero Jim Cavey está en la casa. Tiene que estar ahí. El ayudante del alcaide Bellingham aún no le ha contado al alcaide Jugg que fue el superintendente Bowman quien disparó ni cree que lo haga, pero se

ha enterado de que Cavey le zurró de lo lindo. Y eso significa que el capitán Bellingham no va a disparar si Cavey anda cerca.

Con todo, cuando ve al superintendente Bowman al lado de una camioneta con Dickie Carr, le parece que una jaqueca sería un buen precio por meterle una bala a Bowman en la mandíbula.

El superintendente Bowman tiene la sensación de que lo observan. Le da igual. Que se vayan todos al infierno, se dice. Después de lo que le hicieron a la señora Bowman, prendería fuego a toda la casa si de él dependiera.

Qué ganas de beber un trago. Hace un tiempo asqueroso. Dickie Carr está bebiendo de una cerveza y a punto está de arrancársela de la mano.

Saliva tanto que tiene que escupir.

Dickie Carr bebe otro trago. Procura que el superintendente Bowman lo vea bien. Como si alguien no supiera lo de la cabaña para beber. No hay nada que Dickie Carr deteste tanto como un cabrón que se cree mejor que los demás. Como el superintendente Bowman y el adefesio de Jim Cavey.

Dickie Carr vuelve a beber, guarda la botella en el bolsillo del abrigo y da un par de saltitos y una palmada deseando que empiece la catástrofe de una vez.

Desde que su esposa lo dejó, hay noches que llora hasta quedarse dormido.

Está deseando que se alce el telón.

Chris Hansen está tan impaciente como Dickie Carr. Apenas recuerda qué pasó cuando Jim Cavey le pegó, pero marcó un antes y un después en su vida. Olvida muchas cosas, pero no las importantes. No olvida su boda ni el nacimiento de su hijo, pero sí dónde ha puesto la corbata y a veces incluso dónde vive. Y se da cuenta de cómo lo mira su esposa cada vez que olvida algo.

Lo único que no olvida es quién partió su vida por la mitad. Quién la dividió en dos, con un antes y un después. Y el hombre que hizo eso está en la casa y él, Chris Hansen, tiene un cartucho del 30-06 preparado para volarle la médula espinal.

Un cartucho del 30-06.

Un rifle del 30-06.

Chris Hansen se mira las manos. No hay rifle.

Tiene ganas de vomitar. ¿Dónde coño lo ha dejado?

James Grace tiene agarrada la soga. La idea no le hace demasiada gracia, porque el cuello de Bad News va atado al otro extremo y todo

el mundo lo está mirando.

No es que Bad News le guste. Además de cagarse en los pantalones, le gusta escupir. Ha tenido que limpiarse el uniforme más de una vez al pasar por delante de su celda. Lo que le cabrea es por qué tiene que llevarlo él y no Shitkick. Sobre todo, dado que fue idea suya traerlo atado así.

Pero a Shitkick no se le puede decir nada. Llegó ya a esa conclusión cuando eran unos críos y a estas alturas se ha dado por vencido.

Bad News va con los ojos vendados. Además, lleva una cuerda al cuello y le han maniatado a la espalda con los codos doblados en una postura imposible. Aunque nada le molesta. Ni siquiera los pies descalzos que, de hecho, ni siente ya. Es como caminar sobre muñones, pero le da igual. Ha tenido tantos viajes así que ha perdido la cuenta.

Una vez se fumó treinta y seis chinos de caballo del tirón y para rematar, un canuto untado en aceite de hachís. Estaba en la península de Michigan, había ventisca y tenía delante un arce que le parecía espectacular.

Esto no puede ser real. No es más que un sueño.

Y un huevo. Es real y estoy colocado.

Pero es imposible. En el mundo no existen colores así. Debo de estar soñando.

Pasó dieciséis horas así.

Exactamente igual que ahora.

Shitkick Johnson está revisando el fusil automático para comprobar que está todo en orden. Le saca de sus casillas que Jugg dejara escapar a esa rata en casa de Coleman, pero intenta no alimentar esa decepción. La misma que siente por estar ahí parados, teniendo rodeada la casa. Tienen fuego más que suficiente para no dejar más que los cimientos.

Cada vez que ha hecho algo malo en el extranjero o aquí en casa ha sido en momentos como este. Por la decepción y el hastío. Por ver a los soplagaitas de la cúpula ordenar a unos cabronazos muertos del asco que vayan a hacer una gilipollez que no hace falta hacer. Te vuelves como un perro atado a una cadena, sin nada más que hacer que roerte una pata por sentir algo.

Luego, te sueltan y puedes descargar por fin toda la decepción y el hastío.

El automático tiene buena pinta. Siempre lo revisa y siempre está igual de bien. Lo único que le falta es una ocasión para usarlo.

El alcaide Jugg está orgulloso de sus hombres. Sus soldados. Eso son para él. Se quejan, claro, pero cuenta con ello. Si llega el momento de jugarse la vida por Old Lonesome, no titubeará ninguno.

En el pueblo hablarán de lo que Grace y Johnson le han hecho a Terry Dixon, pero es el precio de un intento de fuga. Si de Jugg dependiera, y da la casualidad de que es así, Dixon volvería a Old Lonesome tal y como está. Atado, con los ojos vendados y sin lo que le tengan que cortar de los pies en la enfermería; se encargará de que lo paseen así por el patio. Hay cosas que la gente del pueblo no entiende ni debe entender, la realidad es cruda. Cada noche duermen tranquilos gracias al alcaide Jugg y a sus hombres.

Y entonces le pica tanto en la entrepierna que tiene escalofríos.

En la vida se ha visto una cara más triste que la de Peter Perkins. Si alguna vez has visto a un hombre hecho y derecho con el corazón roto, es que has visto a Peter Perkins. Nunca imaginó que pudiera existir una mujer como Molly. Y, de existir, no le hablaría. Y entonces apareció.

Nadie quería tener nada que ver con ella salvo Peter Perkins. Por las tardes empezó a acercarse por su casa hasta que se armó de valor para bajar del coche e invitarla a dar una vuelta.

Desde aquel momento no ha dejado de estar enamorado de ella ni un solo instante. Eso hace el amor contigo.

No faltan ni los hermanos Smith. Uno tiene la cabeza envuelta en un trapo ensangrentado. El otro se ha enrollado en la cabeza un jirón de tela a juego, aunque no está herido. Miran hacia la casa, los guiñapos que llevan de ropa y los vendajes se les sueltan y se pierden en la nieve. No llevan armas de fuego, pero uno sujeta un arpón hecho con un trozo de barra de acero y el otro, un machete.

De vez en cuando se miran y piensan en lo mismo. Cada vez que se miran, lo que ven es la pequeña tumba de una chica de Cheyenne. Está detrás del tercer pino desde la esquina suroeste de su casa. Es vieja, tiene ya varias décadas y nada más que huesos dentro. No es más que un pedazo de tierra, pero la mantienen desbrozada y allí depositan tesoros. Cada mirada entre ellos los lleva a esa tumba.

Ha sido siempre así.

Están todos delante de la casa de Molly Perkins. Todos.

Salvo Pearl Greene.

Pearl Greene sabe cuidarse de aparecer por ahí.

62

El preso

Mopar no aparta el cañón del Thompson de Wayne. Wayne se lo devuelve con la escopeta, tiene la cara blanca y amoratada, y le tiembla la piel. Es como una hoja de papel de seda mojada.

DISPARA.

Nada de disparos.

Le están asfixiando. Todos los que están ahí fuera. El pueblo entero. Han estado toda la vida esperando a tenerlo acorralado en esta casa. No han querido otra cosa que quitárselo de encima desde que nació. Antes incluso.

Se le acumula a Mopar en la garganta y en los ojos. Su odio. Le crece dentro. Qué he hecho yo, se pregunta. Qué he hecho para que me odien así. Me odiaban antes de lo que pasó con el ayudante Rose y sin motivo. Es como si siempre hubieran sabido que iba a hacer lo que hizo. Como si hubiera sido un libro abierto.

Mopar tan solo necesita espacio. Lo necesita tanto que se consume. Todos, a cada minuto. Hay personas que son de un pueblo y el pueblo es suyo, es lo que son. Mopar, no. Ya no. Nació aquí y nunca se ha marchado, pero no es su pueblo. Es el de ellos y se han reunido para dejárselo claro.

Wayne da un paso adelante. Apunta con la escopeta al pecho de Mopar.

DISPARA.

No.

Mopar dispara una ráfaga al suelo.

ATRÁS.

La cara del chico se congela, tan estirada está la piel que podría rasgarse. Como si en este segundo exacto hubiera entendido algo que se ha pasado la vida sin entender. Es como ver a un niño hacerse hombre. Como si de pronto pudiera ver con nitidez las formas de todo lo que lo rodea.

Wayne retrocede. No baja la escopeta, pero ha dejado de mirar a Mopar. Mira las paredes, el suelo, a todas partes.

Fuera, como en una película que proyectaran a lo lejos, se oye el chasquido de un rifle. Después, otro. Y luego es como si una tormenta creciera y bajara por la montaña. Las paredes repican, y las balas silban y golpean la casa.

Wayne se desploma agujereado desde todas las direcciones.

Algo golpea a Mopar en la espalda como un martillo. Tose una vez y nota el sabor a sangre. Muévete, bodoque. Se tira al suelo.

No estoy listo para morir.

Que alguien detenga esto.

Eso es exactamente lo que piensa. La lámpara del techo estalla. Las esquirlas de cristal se le clavan en la cara. Nunca quise que pasara esto.

A Jim Cavey le han dado en la tripa. Está doblado por la mitad encima del banco. Las balas rebotan en todas las paredes. El aire se espesa con astillas de madera y polvo de yeso. Jim Cavey no se mueve. Está doblado en el banco, abriendo y cerrando los puños con los ojos cerrados. Espera el disparo que termine con él. Sabe que los de fuera también están ahí para matarlo.

Las balas pasan rozándole la cabeza a Mopar y se hunden en las paredes. Se arrastra por el suelo en busca de un sitio donde guarecerse, pero no lo hay. Es como estar en un nido de avispas que zumbaran por los aires y le picaran por toda la piel.

Piensa en todas las personas a las que cree haber querido alguna vez. Las tiene a todas ante sus ojos. Se desgarra por dentro al recordar también el daño que les ha hecho.

¿Y a quién quiere de verdad?

A Molly, no. Eso no fue amor.

Recuerda una noche. Volvía a casa en bicicleta después de estar con un amigo. Tendría unos nueve años. Su padre estaba fuera con el mono de trabajo, sentado en el último escalón del porche, caído hacia adelante y agarrando una cerveza que estaba un peldaño más abajo y que parecía pesar un mundo.

Mopar apoyó la bici en una pared de la casa e intentó pasar sin que se diera cuenta. Llegó sigilosamente hasta la escalera, subió de puntillas y continuó hacia la puerta.

Su padre lo agarró por la cintura.

—Sabes que quiero a tu madre, ¿no?

El aliento le olía a cerveza y a algo más viejo. Algo que no era solo cosa de la cerveza.

—Lo sé —dijo Mopar.

—Y también sabes que te quiero, ¿verdad?

Un movimiento al otro lado de la cortinilla de la puerta. Mopar sabía que era su madre. La mujer se movió y Mopar vio que se sujetaba la cara. Tenía la nariz agarrada entre las manos para que no sangrara o quizá fuera el ojo para que no se hinchara o quizá la mandíbula que ya estaba amoratada.

—Sabes que os quiero a los dos, ¿verdad? —dijo el padre—. Di, bodoque, ¿lo sabes?

Y justo en ese momento Mopar supo que su padre lo quería. Que

ese padre, el que apestaba a grasa y cerveza, lo quería de una forma tan visceral e intensa que nunca podría entenderlo. Y sabía que su madre, la que estaba metida en casa tapándose la nariz, el ojo o la mandíbula detrás de la cortinilla, nunca iba a quererlo igual.

Mopar puso la cara sobre el hombro de su padre y aspiró su olor. Ese olor a cerveza y a algo más viejo. Y lo odió con tanta crudeza que era algo muy parecido al amor.

Mopar se levanta. Se coloca frente a la ventana y vacía el cargador del subfusil Thompson, perfilándose contra la luz del amanecer.

Todo el amor que pueda haber en este mundo no alcanza. Ni para tener descanso ni luz, ni siquiera para aplacar el dolor. El amor que pueda haber en el mundo no alcanza para nada.

63

Los reporteros

En cuanto Stanley oyó el primer disparo, se lanzó detrás del coche. No es que se agachara, se lanzó de cabeza a un montón de nieve. Y entonces el mundo entero salió volando en añicos o en llamas. Todo prendió fuego a su alrededor, como si el aire estuviera plagado de cargas de profundidad. Algo se le retorcía y le apretaba en el pecho, hasta que lo partió por la mitad para salir. Se llevó las manos a las orejas y hundió la cara en la nieve mientras todo estallaba.

Al rato, Stanley levantó la cabeza para mirar. El chasquido de los disparos de los rifles por todas partes. Al otro lado del campo los arcos rojos de las trazadoras, tan lentos como nadie pensaba que podía moverse una bala, para ir a impactar en el enlucido de la casa. El eco de los disparos de bengalas. Las bengalas silbando en curva a través de la luz marchita, sus estallidos sobre la casa y la deriva en los paracaídas al vaivén del viento hasta caer gritando como estrellas moribundas y hundirse en la nieve. Todo doblado, deformado, caído hacia la casa como si fueran luces. Los pinos y los arces de los cerros hechos un parpadeo naranja y bailando al son de los disparos, las bengalas y las trazadoras.

Había olvidado lo bonito que es, se dijo Stanley. Con el arma adecuada, el mundo es un lienzo para nuestra imaginación. Tenía la cara mojada y le caían lágrimas por las mejillas congeladas.

Que nunca termine.

Y entonces termina. Cae a plomo un silencio contundente. El humo del tiroteo cubre el suelo como si fuera niebla. Y mezclado con el humo le llega también el olor a polvos de talco. Las estrellas titilan impertérritas en la mañana inminente y se niegan a apagarse todavía.

Y al rato también termina el silencio, y los hombres gritan y se dan palmetazos en la espalda. Se pasan cigarrillos y los encienden. Vuelven a circular botellas y pastillas.

Stanley se ha levantado. Se le doblan las piernas y las tiene arqueadas y torpes. Es como si fueran de otra persona. Les dice que caminen y lo hacen. La casa está borrosa en el otro extremo del prado nevado, como un dibujo al carboncillo que hubieran borrado con la palma de la mano. Soy yo que no veo un pimiento, se dice Stanley.

—¡Aún podría quedar alguien con vida! —le grita un guardia por detrás.

—Déjalo —responde otro—. Mejor que disparen a ese gilipollas que a mí.

Stanley sigue caminando.

Cuando está más cerca de la casa, se da cuenta de que no ve mal. Aunque camina con los ojos entornados, no se va la neblina. Es como la fotografía de un periódico antiguo de una guerra que nadie recuerda. Está al lado y es exactamente igual que la fotografía. Tiene miles de agujeros de bala por todas partes.

La puerta está abierta, colgando de las bisagras. El pomo ha salido volando con un pedazo de madera.

Mopar Horn está junto a la puerta. Caído en el suelo de medio lado, como un espantapájaros con el que hubieran jugado unos niños. Tiene un orificio de salida del tamaño de un puño en el pecho, pero no es el que lo mató. El lado derecho del cráneo le ha saltado por los aires y hay trozos de cerebro, dientes y astillas de hueso derramados como cuando se sale el agua de un vaso. La piel ya está blanca y la mandíbula caída porque se le han aflojado los músculos.

Al final del pasillo hacia el interior de la casa, el chico que iba con Cavey está contra una pared y con el cuello roto. No se ve un solo centímetro de él sin agujeros. Incluso en la cara, como si la hubieran remachado con fuerza de más con clavos grandes y de color negro. A la mayoría de los muertos que ha visto Stanley se les sueltan los músculos de la cara y del resto se encarga la gravedad. Pero a este chico, no. Sigue con los ojos abiertos y exuda rabia por no haber tenido suficiente vida.

También está Jim Cavey.

Pero él aún sigue vivo. Está plegado por la mitad en el banco del perchero, abriendo y cerrando los puños en los costados.

Dayton se acerca por el pasillo. Para y se apoya en la pared, la mano le chorrea sangre de un agujero que lleva en el hombro y tiene la manga del chaquetón empapada.

Intenta decir algo, pero lo que sea no le sale.

—Está vivo —dice Stanley señalando a Jim Cavey con el mentón.

Dayton tiene una cara de rasgos marcados y del color del pergamino, enmarcada por pelo negro.

Y Stanley cae en la cuenta de lo que se le ha escapado.

Stanley se resiste a cruzar corriendo la explanada. Ve que tres guardias agarran a Peter Perkins para que no se lance hacia la casa.

Tardó casi una hora en conseguir que Perkins desembuchara. Estaba convencido de que sabía adónde fue Mopar al escapar de casa de Charles Coleman. Y también por qué. Le costó un poco más que Perkins se lo dijera a Jugg. Por lo visto, pensaba que los demás guardias se reirían de él cuando supieran que Mopar se tiraba a su

mujer. Y así fue.

Stanley echa a andar. El sol inunda el prado atravesado por las sombras de los árboles como cicatrices. Las nubes se manchan de colores naranja y amarillo que solo interrumpe el azul rotundo del cielo. Stanley mira a la luz de la mañana. Busca en la nieve.

Ahí está. Garrett.

Está tendido boca abajo y el orificio de entrada de la bala es del tamaño de una moneda de diez centavos. Lo tiene en la nuca y el pelo de alrededor está mojado y empieza a cuajar con la sangre. Stanley se agacha y le da media vuelta. La mitad de la cara le ha desaparecido, el orificio de salida le ha arrancado el pómulo y buena parte de la frente.

Stanley se incorpora. Se queda un buen rato con la mirada perdida al frente. Mira hacia allí hasta que se atreve a mirar en otra dirección.

Y entonces se gira hacia los guardias.

Shitkick Johnson levanta el fusil automático y apoya la culata en la cadera. No le quita los ojos de encima a Stanley.

Epílogo

La forajida

Dayton no ha hablado con Jim Cavey desde hace cuatro años. Alguna vez ha pensado en visitarlo, pero al final no lo ha hecho nunca. De cuando en cuando lo ve caminar. Desprende soledad en oleadas negras. Está demacrado y encorvado, metido en harapos de ropa de segunda mano como una cebolla. Es igual que un oso viejo que nadie se decide a matar.

Pero estamos en agosto y ahí lo tiene llamando a la puerta; la mosquitera tamiza la luz veraniega alrededor de él y hace un eclipse en miniatura.

Dayton está sentada a la mesa con un libro de cuentas. Se levanta y abre la puerta.

—Buenos días, Jim.

—¿Molesto? —Tiene la cara llena de barro y hollín, y se ha dejado crecer la barba—. Pasaba por aquí.

—Puedes venir siempre que quieras, Jim. —Señala hacia la mesa —. Siéntate.

Jim pasa a su lado arrastrando los pies y se sienta en una silla de respaldo alto que cruje en señal de protesta. El olor le salta las lágrimas a Dayton. Es una mezcla de sudor, tierra y hogueras. Lleva salpicaduras de mierda en los bajos del pantalón. Es como si remolcara la montaña con él.

—¿Quieres algo? —le pregunta—. Hay café en el fuego.

—He bebido agua en el río.

—¿En el río?

Se lleva el puño a la boca y tose.

—Lo siento —responde Jim—. He perdido la costumbre de hablar con gente.

—Me contaron lo de Ruby —dice Dayton—. ¿Has vuelto a saber algo de ella?

—Ni siquiera sé adónde se marchó.

Dayton se da cuenta de que está tensando la mandíbula.

—Sé cuánto querías a la niña.

—Así es mejor para ella —le dice—. Siento no haber venido antes por aquí.

Eso la descoloca:

—¿Por qué?

—Debería haber venido, nada más.

—No me debes nada, Jim. Nada en absoluto.

Vuelve a toser en el puño.

—Solo quería decirte que siento lo de Mopar.

—No podías hacer nada —responde Dayton.

—Supongo.

Dayton ni siquiera se molestó en ir al hospital después del tiroteo. La bala que le dio había atravesado antes dos paredes y solo le quedó energía para alojarse en su brazo. La sacó con la multiusos en la cocina, limpió la herida con agua oxigenada y la vendó ella misma. Todo lo hizo como aturdida y, al terminar, se tapó con todas las mantas que tenía a mano.

No trató de encender el fuego. No podía. Tenía los huesos entumecidos de dolor y tales temblores que la cama traqueteaba sobre los listones del suelo y golpeaba contra la pared. Tenía a Mopar ante ella, Mopar estaba en todas partes. Los ojos oscuros y entrecerrados de Mopar cuando le contó lo de Molly, y la luz que lo envolvía. Mopar en el pasillo sin media cabeza. Molly muerta a palos en el armario de las escobas. Dayton pasó varios días entre el sueño y la vigilia.

Después se despertó y encontró a Sparrow sentado a los pies de la cama. Tenía un brazo escayolado y le tendía algo con la otra mano. Eran aspirinas.

—Te has despertado. —Le dio un vaso de agua.

Dayton se tragó las pastillas. Estaba sudando y la casa estaba caldeada.

—¿Cómo has entrado?

—He roto una ventana —dijo Sparrow—. Me costó la vida pasar con el brazo en cabestrillo, pero te prometí que volvería.

Le devolvió el vaso.

—¿Quieres pagar tus deudas?

—Podrías limitarte a dar las gracias. Llevo aquí sentado dos puñeteros días, cuidando del fuego y dándote agua y medicinas.

—No lo recuerdo.

Apartó las mantas. Llevaba la misma ropa que en la cacería, pero Sparrow le había quitado la chaqueta y estaba en una silla. Dayton dejó las piernas colgando a un lado de la cama.

—¿Qué coño haces?

—Tenemos trabajo.

Sparrow sacudió la cabeza.

Pero escuchó. Y lo que oyó le gustó. Trató de convencerla para que no lo hiciera, pero sin insistir gran cosa. Así que, cuando Sparrow y tres de sus hombres se llevaron a Shitkick Johnson de casa de su madre y lo metieron en el maletero, fue para llevarlo a casa de Dayton. Y fue Dayton quien le cortó los dedos de la mano derecha con

unas tenazas. También fue Dayton quien dejó los dedos en una bolsa de papel en la puerta del alcaide Jugg.

Este pueblo ya no es tuyo.

Jim sigue sentado en la mesa, esperando a que Dayton diga algo.

—¿Te has enterado de lo del reportero? —le pregunta.

—¿El de la fuga?

—El de la fuga.

—A uno lo mataron —dice Jim.

—El otro —dice Dayton.

—No leo el periódico —dice Jim.

—Provocó un incendio —dice Dayton.

—¿A propósito?

—A propósito. Incendió el melocotonar de su exmujer. Iba borracho. Llevó un bidón de gasolina de noventa litros, lo quemó todo y luego perdió el conocimiento.

—Supongo que era de esperar algo así.

—La cosa no termina ahí —dice Dayton—. Al ver el fuego, sus hijos salieron corriendo a buscarlo. La madre los perdió de vista entre el humo, pero dieron con él y lo sacaron a rastra, pero no sin que el niño se quemara. El fuego le desfiguró la cara. Y dime, ¿imaginas dónde está ahora el reportero?

—En Old Lonesome, supongo.

A Dayton se le tensan los músculos de la frente.

—No lo hagas.

—Perdona.

Pronto tendrá que irse. Dayton no aguanta mucho más.

—¿Dónde vives?

—Me instalé en la cabaña de los Smith. Se han marchado.

—¿Adónde?

—Desaparecieron sin más.

—Está lejos, es una caminata.

—No hago otra cosa que caminar. —Se levanta.

—Vuelve cuando quieras —dice Dayton—. Ven si me necesitas.

Jim tiene los ojos rojos y hundidos en las cuencas.

—Volveré —dice, y sale por la puerta. Escupe a un lado y echa a andar.

Dayton lo observa. Con la luz de agosto parece que su silueta parpadeara a la luz del ocaso. Desaparece y vuelve a aparecer hasta que cruza el prado y, entonces, desaparece del todo. Hay personas por las que es imposible hacer nada.

Dayton sigue con la vista perdida en el prado. Hay trabajo que hacer, pero ya no lo hace todo ella sola. Así que, de vez en cuando,

puede permitirse el lujo de sentarse a mirar el prado.

Al rato, se levanta, abre el cajón de los trastos y rebusca hasta encontrar un mapa del pueblo. Es el mismo que Jim Cavey dejó en la camioneta con marcas a lápiz. Lo despliega sobre la mesa, hace una señal y vuelve a cerrarlo.

Sparrow entra por la puerta y se sirve una taza del percolador de café que hay en el fogón. Se la da a Dayton con un cabeceo, «jefa» dice, y se sirve otra para él.

—¿Sabes dónde está la casa de los Smith? —pregunta.

—Ni sabía que existía.

Da un golpecito en el mapa con el dedo.

—La he marcado con una cruz. Quiero que entreguen provisiones todas las semanas.

—Tú mandas.

—Deja esa mierda —le dice.

Pero él ya vuelve a salir por la puerta con la taza de café para supervisar a los hombres del pueblo que han contratado para la poda.

Dayton recuerda que antes la descomponían la cara llena de cicatrices y el ojo tuerto. Ya no, porque sabe lo que es.

Una noche al terminar el trabajo, Sparrow le contó qué le pasó.

Se crio en una granja en las llanuras del este de Colorado. De niño tenía un vecino que se llamaba Adams y todos sabían que le faltaba un tornillo. Estuvo en la Primera Guerra Mundial y perdió la cabeza durante los Cien Días. Cuidaba él solo de una granja lechera y se rumoreaba que cagaba en los pastos de las vacas frisonas para que no pensaran que se creía mejor que ellas.

Adams tenía una perra, un pastor alemán. Era enorme y vivía encadenada a un álamo en el patio delantero. Sparrow pasaba por delante todos los días de camino a la escuela. Y como era un niño y tenía once años, le gustaba hacerla rabiar para ver cómo zarandeaba la cadena al intentar ir a por él.

Hasta el día que lo consiguió. El día en el que la cadena se rompió, la perra dio un salto y se enganchó a la cara de Sparrow. Según cuenta, habría muerto aquel día si no hubiera tenido un cuchillo Buck plegable en el bolsillo de atrás. Consiguió sacarlo de allí y mató al animal a puñaladas. Cuando el dueño apareció con el coche por el camino de entrada, la perra seguía caída sobre él y enganchada a la cuenca del ojo. Y entonces, como dijo el propio Sparrow, «las cosas se pusieron feas».

Adams lo agarró de la camisa y lo metió en el sótano. Lo dejó allí dentro seis días, a oscuras y tendido en el suelo. Solo veía la luz cuando Adams abría la puerta para tirarle patatas crudas o una jarra de agua. O cuando entraba a pegarle con un trozo de tubo de goma. Lo hacía todos los días, por la mañana y por la noche.

Al sexto día, dejó que se fuera. Le dijo que no se metiera con los perros de la gente y que se marchara a casa.

Dayton tiene la sensación de que la historia es mucho más larga, pero eso fue lo único que le contó Sparrow. Terminó la historia igual que termina la mayoría de las cosas, con algo que intentaba ser un chiste, pero que solo tiene gracia si no le das muchas vueltas. «Aun así no tengo nada en contra de los chuchos —le dijo—, pero desde ese día los amantes de los perros no son mi debilidad que digamos».

Porque sobrevives. No hay más. En este mundo no hay nada por lo que merezca la pena vivir, pero aun así lo haces. No piensas en ello, solo sigues adelante. Sobrevives y tienes la simple esperanza de conservar lo bastante de ti como para que haber sobrevivido mereciera la pena.